

Federico Fellini

El Jeque Blanco I Vitelloni La Strada Il Bidone



Lectulandia

Entre 1952 y 1955 Federico Fellini (Rimini, 1920) dirigió —a razón de una producción por año— sus cuatro primeras películas, sobre argumentos y guiones propios (en colaboración con Tullio Pinelli y Ennio Flaiano). El presente volumen reúne los tratamientos literarios de los cuatro filmes, con la novedad de que se incluyen en el texto las partes de los guiones que no se llegaron a rodar o que fueron descartados en el montaje definitivo. Ciertamente, ha sido una peculiar manera de utilizar el lenguaje cinematográfico —aprovechando al límite las claves expresivas peculiares de ese universo significativo— lo que confiere su valor a la obra fílmica del gran realizador italiano; sin embargo, la lectura atenta de los diálogos y de los apuntes ambientales de sus películas permite una profundización en aspectos que muy difícilmente se dejan captar en las salas de proyección. *El Jeque Blanco* es, además de una divertida sátira de la industria subcultural, una primera aproximación al mundo sentimental felliniano; *I Vitelloni* constituye una crítica ambigua —tanto por el blanco contra el que se dirige como por el espíritu que la anima— de los «tarambanas», los señoritos calaveras de la pequeña burguesía provinciana italiana; *La Strada* es tal vez la más notable película de toda la filmografía felliniana; *Il Bidone*, por último, representa un intento de comprender las zonas marginales de la moderna sociedad industrial.

Federico Fellini

El Jeque Blanco. I Vitelloni. La Strada. Il Bidone

ePub r1.0

Titivillus 13.11.2023

Federico Fellini, 1972
Traducción: Esther Benítez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

El jeque Blanco

Exterior campiña romana. Día.

Un tren atraviesa la campiña romana, entre ruinas de acueductos y grandes pinos, hacia la Ciudad Eterna, que se divisa en lontananza con los enormes inmuebles de la periferia y el perfil de la cúpula de San Pedro recortado contra el cielo.

Ivan está asomado a la ventanilla, mirando cómo se acerca Roma.
(SILBIDO DE LA LOCOMOTORA.)

*[Interior vagón de segunda clase. Día^{*1}.*

2.

En el pasillo y los departamentos de un vagón de segunda clase se amontonan viajeros y maletas, con la agitación y el alboroto de la inminente llegada.

3.

Ivan está de pie en el pasillo, zarandeado de un lado a otro por jovencitos con boina, medallitas y mochilas, capitaneados por un cura (una caravana de peregrinos del Año Santo). Algunos levantan las mochilas, la mayoría están asomados a las ventanillas, mirando cómo se acerca Roma.

4.

Ivan no consigue entrar en el departamento y trata —sin olvidar su digna actitud— de hacerse entender con voces y señas por alguien que está en su interior. Ivan es un joven de unos treinta y tres años, ni guapo ni feo, con cara no muy inteligente y modales llenas de dignidad y sosiego.

Resulta evidente que lo más importante en la vida es, para Ivan, la «respetabilidad».

IVAN: ¡Roma!... La sombrerera...

5.

En el departamento, idéntico agolpamiento y la misma confusión. Todos los viajeros están de pie, cogen las maletas de la red, se ponen los abrigos, etc. La persona a la que se dirige Ivan es una joven con cara de muñeca atolondrada, Wanda, que viste un traje nuevo de recién casada provinciana en viaje de bodas; no se la distingue bien, mezclada con los otros. Está de pie y trata concienzudamente de comprender las instrucciones de su marido y de seguirlas. Los demás tropiezan con ella y una maleta que alguien baja de la red le roza el sombrero, desplazándolo sobre una oreja.

6.

En el pasillo, los jóvenes peregrinos, guiados por el Cura, entonan un himno piadoso^[1].

(CANTO CORAL.)

7.

Ivan, arrollado por las mochilas, es desplazado de la puerta del departamento e instintivamente, al recuperar el equilibrio, se palpa rápidamente el bolsillo de la cartera, en la chaqueta. Después se inclina de nuevo hacia el interior del departamento, haciendo señas a Wanda, más con la mímica que con la voz, de que se ajuste el sombrero.

IVAN: El sombrero...]

Exterior estación Roma. Día.

Los andenes de la estación de Roma avanzan cada vez más lentamente hacia el tren que llega. Están atestados y llenos de confusión.

Mozos con carretillas cargadas de maletas y vacías serpentean entre la gente que llega o parte, gritando para abrirse camino. Los viajeros habituales se encuentran ahogados entre comitivas de peregrinos de todos los tipos y países.

El tren disminuye la marcha, se detiene. Se abren de par en par las portezuelas y oleadas de gente se desparraman por el andén, con maletas, mochilas y bultos.

También Ivan baja y grita:

IVAN: ¡Maletero!

Entre tanto, un grupo de muchachos vestidos de boy-scouts empieza a arrojar sobre el andén, desde el pasillo del tren, sus mochilas.

Una de ellas le roza la cabeza y le tira el sombrero. Ivan lo recoge y protesta.

IVAN: ¡Cuidado! ¡Qué modales son estos! ¡Vaya educación que os han dado!... ¡Wanda! ¡Wanda! ¡Las maletas!

WANDA: Estoy aquí, Ivan.

Desde el pasillo, Wanda empieza a pasarle las maletas a Ivan.

IVAN: La sombrerera. Dame primero la sombrerera.

Llega un mozo con su carretilla e Ivan lo detiene y le entrega las maletas.

IVAN (*Al maletero*): Ahí va la sombrerera, ahora le daré la maleta de fibra. (*A Wanda*): ¡Dame la maleta de fibra!

Wanda, desde la ventanilla, le da la maleta.

IVAN: ¡Espacio!

Ivan pasa la maleta al mozo.

IVAN: Ahí tiene la maleta de fibra. Trátela con cuidado, que lleva cosas frágiles. No se aleje de mí, se lo ruego, ¿eh? (*A Wanda*): Baja por este lado.

WANDA: Entendido, ya voy.

Ivan se acerca a la portezuela y ayuda a Wanda a bajar del vagón.

IVAN: Ven, querida, ven, ya hemos llegado. Habrá que dirigirse hacia la salida. Espacio, ten cuidado de no caerte.

FUNDIDO.

Plaza estación Roma. Exterior. Día.

Wanda e Ivan se han instalado con sus maletas en un coche de caballos. El cochero se vuelve a ellos y pregunta:

COCHERO: ¿Dónde vamos?

IVAN (*marcando las palabras*): Hotel «Tre Fiori».

Ivan se sienta, rígido y satisfecho. Wanda mira a su alrededor con grandes ojos estupefactos y soñadores.

COCHERO: Hotel «Tre Fiori». (*Restalla el látigo.*) Arre, Bianchi. ¡Oh! ¡Ooooooh!

El coche se pone en marcha, con el ruido del trote del caballo.

Las Náyades de la Plaza Esedra, relucientes de agua, desfilan ante sus ojos.

FUNDIDO.

Vestíbulo hotel Tre Fiori.

El oscuro y angosto zaguán de entrada del hotel. El portero, vestido con una lisa librea negra, está descifrando los documentos de Ivan, que se apoya en el mostrador. A su lado se encuentra Wanda.

PORTERO: ¿Cavoli?

IVAN: No, Cavalli. Ivan Cavalli (*Con un intento de sonrisa*).

PORTERO: ¿Y la señora?

IVAN: Wanda Giardino de Cavalli...

El portero coge una llave y se la tiende al mozo que llega a espaldas de Ivan.

PORTERO (*A Furio*): Tercer piso, la 5 de matrimonio.

Ivan, desmañado, hace ademán de coger la llave de manos del portero, pero advierte la presencia del mozo e interrumpe el gesto.

PORTERO (*Con una sonrisa halagadora*): ¿Quiere una postal?

IVAN: No, después... Tendría que telefonar, ¿puedo?

El portero, algo fastidiado por la negativa, le indica a Ivan un rincón.

PORTERO: Allí. Quince liras.

Ivan busca el dinero en el bolsillo del impermeable.

IVAN (*A Wanda*): Voy a telefonar a los tíos. Ahí tiene.

Da el dinero al portero.

Coge su sombrero de manos de Wanda y se dirige hacia el aparato telefónico.

IVAN: Gracias, querida (*Al echar a andar choca levemente con un anciano sacerdote*). Perdona, reverendo.

IVAN (*Al teléfono*): Oiga..., ¿casa de los señores de Cavalli?... Soy Ivan... Sí, en este mismo instante... Te he telefoneado inmediatamente... (*Riendo con estolidez*)... Sí, sí, con la novia... Está aquí, ansiosísima de conoceros...

Wanda, en el centro del pequeño zaguán, sin dejar de apretar su maletín, está absorta en la contemplación de dos mujeres indias, envueltas en sus chales, a las que ha descubierto acurrucadas en un rincón. No ve ni oye nada.

El mozo ha terminado de amontonar en el viejo y desvencijado ascensor las maletas y llama a Wanda desde la cabina.

Mozo (*Impaciente*): Señora...

Wanda vuelve en sí, mira alrededor perdida y desorientada, buscando con los ojos...

... a Ivan, que sigue telefoneando, con sonrisitas cohibidas y pequeñas inclinaciones; Ivan ni siquiera la ve.

IVAN: Ahora te paso a Wanda, ¿eh?... Ahora te paso a Wanda, que quiere saludarte y agradecerte... (*Alza la mirada en su busca*) Wanda... El ascensor, visto por Ivan, con Wanda en su interior; el mozo está cerrando las puertas. ¡Wanda!...

El mozo aprieta el botón del piso, da dos puñetazos a las paredes del ascensor, que parte lentamente, bamboleándose.

Interior portería hotel. Día.

34.

Ivan al teléfono, alarmado y agitado.

IVAN: Tío, ¿me oyes?...

[Interior pasillo hotel. Día.

35.

El mozo abre la puerta del ascensor y seguido por Wanda y otros clientes recorre un trecho del oscuro y sórdido pasillo, deteniéndose ante una puerta. La abre e indica a Wanda que entre.]

Habitación hotel. Interior. Día.

El mozo abre las contraventanas de la anónima habitación de matrimonio.

Wanda se asoma a la ventana y mira embelesada los tejados y edificios que se despliegan ante ella. El mozo dispone las maletas en un rincón. Wanda vuelve en sí, se dirige hacia él y le dice:

WANDA: Perdone... El mozo se le acerca.

MOZO: Dígame... (*Después, como ante una pregunta habitual*): Ah, está ahí en frente... Si quiere, puede pasar también por allí.

WANDA (*Cortada*): Gracias... (*Después, de repente, mientras el mozo está a punto de irse*): Perdone... (*A toda prisa*): ¿Está muy lejos de aquí la calle de

24 de Mayo?

MOZO: ¿La calle 24 de Mayo? Permítame (*El mozo indica con el dedo por la ventana abierta*). Allí la tiene, al final de aquella calle. Puede llegar en unos diez minutos. Tome la callejuela, después tuerza... Wanda lo interrumpe.

WANDA: ¿En diez minutos?

MOZO: En diez minutos.

Wanda mira con una luz repentina en sus ojos asombrados, mientras sale el mozo.

[Exterior panorama parcial Roma. Día.

42.

Desde la ventana a la que se ha asomado Wanda se ve una sucesión de tejados y edificios. El fragor del tráfico llega con claridad desde la gran arteria ciudadana, no muy alejada.]

Interior habitación hotel Tre Fiori.

Como volviendo en sí, Wanda abre afanosamente su maletín y saca con gestos febriles un paquete de cartas y un tubo de cartón. El paquete se le escurre de la mano y cae al suelo. Wanda se inclina a recoger con ansiedad las cartas que se Kan desparramado por el pavimento y las mete en el bolso. Esconde el tubo en la manga.

En ese instante se abre la puerta y entra Ivan.

IVAN: Ah, diablos... ¿Estás aquí?... (*Gira la vista por la habitación para contar las maletas*). Una, dos, tres... ¿La sombrerera?

WANDA: Está ahí...

Ivan cuelga de una percha el abrigo y el sombrero, mientras continúa diciendo:

IVAN: Te confieso que me quedé un poco... desorientado cuando no te vi...

< ...Estaba diciéndole a mi tío que querías saludarlo...

WANDA (*Turbada*): Ya, pero el mozo me dijo que subiera con las maletas...

Ivan abre una maleta, empieza a sacar un «neceser» de toilette.

IVAN (*Sorprendido*): ¡El mozo!... ¡El mozo! Pero eso no está bien... Una señora sola..., con el mozo... No sabía cómo justificarme con el tío. Es una persona acostumbrada a ciertas deferencias... Es una alta personalidad del Vaticano. Muy influyente. ¿Con quién te crees que tratas? Muy influyente. Basta con que él, desde Roma, haga así (*Restalla los dedos*) y toda la Altavilla Marittima baila al son que le tocan. Yo quiero llegar a secretario del Ayuntamiento dentro de dos meses, ¿sabes?

Wanda aún tiene el sombrerito en la cabeza y el bolso al brazo. Mira cómo Ivan se mueve por el cuarto. Ivan ha sacado el cajón de un mueble, le da la vuelta y golpea el fondo con la palma de la mano; después se vuelve a Wanda, con el cajón entre las roanos.

IVAN: Y para que te enteres, ya nos ha conseguido una audiencia con el Papa, esta mañana a las once. (*Tras un instante, como Wanda no responde, repite, subrayándolo*): A las once. Con el Papa.

WANDA (*Tranquila, aunque con una pizca de preocupación*): ¿Hay que hablarle?...

Ivan parece levemente desconcertado. Coloca en su sitio el cajón.

IVAN: No..., no creo... (*Como sobresaltado por una idea que no se le había ocurrido, repentinamente preocupado*). Claro, efectivamente... Pero no, no creo... Somos doscientas parejas... Si acaso, ¡hablaré yo! Ivan vuelve junto a la maleta y empieza a sacar otros objetos.

IVAN (*Tranquilizador*): Y ahora, querida, si me permites, quisiera quitarme la chaqueta... (*Inclinándose*) Gracias.

Ivan se quita la chaqueta y la cuelga con sumo cuidado en el armario.

IVAN: Te diré que me satisface especialmente la hora de la audiencia. No trastorna para nada mi «programita»... Incluso, en cierto sentido, pensándolo bien, lo completa todo. Está ordenado con minuciosidad, sin concedernos una pausa (*Saca del bolsillo del chaleco una agenda y la consulta*). «7 horas, llegada a Roma... 7.10, descanso en el hotel; 10-11, presentación a los familiares y trato con ellos...» (*Escribiendo*) 11 horas, visita al Papa..., Después comida con los tíos... Y desde las 13 hasta medianoche todo transcurre estupendamente, no queda un minuto libre...

Mientras Ivan habla, Wanda escucha con cierta ansiedad pintada en el rostro.

< (*Entusiasmado, leyendo la agenda*): Siempre con los tíos, Panteón, Coliseo, Palatino, Foro Romano, y aquí una cita con los primos De Pisis y todos juntos a la Vía Appia Antigua, Catacumbas, Cecilia Metela, regreso a Roma y... al anochecer (*Algo conmovido*), Altar de la Patria, todo iluminado (*Una leve pausa; después, cerrando la agenda y bajando los ojos, sintético y evasivo*): Después, naturalmente, cenita íntima... (*Ivan se ha acercado a Wanda y la mira fijamente a los ojos. Se ajusta la corbata, mirándose al espejo*)... y descansito nocturno...

(LLAMAN A LA PUERTA).

Ivan se separa de golpe. Se abre la puerta, aparece una mujer alta, huesuda, de aspecto atareado. Trae en el brazo dos toallas que va a dejar junto al lavabo, sin mirar a los clientes.

CAMARERA: Las toallas.

IVAN (*A Wanda*): La camarera.

Antes de salir, se vuelve con una mano en el pestillo de la puerta.

CAMARERA: Ah..., si alguien quiere bañarse tiene que decirlo media hora antes.

WANDA: Sí...

Ivan se vuelve, algo sorprendido, a mirar a su mujer, como si le chocara este repentino deseo que desbarata sus planes. Después, mirando a la camarera:

IVAN: Baño... caliente.

CAMARERA: Claro.

IVAN: ¿Hay sobreprecio?

CAMARERA: Doscientas liras.

Ivan tiene una leve vacilación, después, decidido:

IVAN: Sí.

Mira la hora y se dirige a Wanda:

< En realidad tienes tiempo, querida... Son las nueve, los tíos vienen a las diez y media. Perfecto... (*A la camarera*): Baño caliente para mi esposa. (*Para sí*)

< Y quizás mañana me dé yo uno (*A Wanda*) ¿De acuerdo?

La camarera sale, cerrando la puerta.

Ivan se arregla el pelo ante el espejo.

IVAN: Y ahora... mientras tú te bañas... me echaré... una siestecita...

Wanda se vuelve a mirar a Ivan. Tiene una sonrisa que traiciona una ansiedad reprimida.

FUNDIDO ENCADENADO.

Pasillo hotel Tre Fiori. Interior. Día.

Lenta y cautamente, Wanda abre la puerta de la habitación.

Está muy turbada. Se ha puesto una bata sobre el vestido y lleva doblados bajo el brazo el abrigo y el sombrero. Cierra cautelosamente la puerta, espiando por una rendija el interior del cuarto...

Interior habitación hotel. Día.

En la estancia inmersa en la penumbra, Ivan (como visto por Wanda) está tumbado en la cama y parece dormido; pero después mueve despacio la cabeza en la almohada hacía la puerta. Entorna los ojos y gruñe con una leve sonrisa soñolienta:

IVAN: Buen baño, querida...

Pasillo hotel Tre Fiori. Día.

Wanda se ha quedado sin aliento, rígida. Murmura, con un hilo de voz:

WANDA (*Con un hilo de voz*): Gracias...

Y cierra la puerta sin hacer ruido, quedándose inmóvil un instante, como con una última y temerosa vacilación, con la mirada clavada en la escalera. Abre la puerta del baño, arroja en su interior la bata y la vuelve a cerrar.

(RUIDO DEL AGUA QUE CAE EN LA BAÑERA).

[Escaleras y portería. Hotel Nazionale. Interior. Día.

67.

Wanda desciende velozmente las escaleras y llega a la portería. Jadeante de turbación, se detiene un instante antes de aventurarse a atravesar el zaguán, como si dudase en pasar ante el portero.

Tras su mostrador, el portero está escribiendo en su registro.

Wanda toma impulso y con sus pasitos rápidos y saltarines atraviesa la concurrida portería, pasando ante el portero que ahora habla por teléfono. Sale a la calle...

Exterior plaza S. Bernardo. Día.

69.

Un guardia municipal alarga el brazo, volviéndose, para impedir que los peatones, entre los que se encuentra Wanda, atraviesen la calle.

70.

Wanda retrocede y mira hacia arriba, hacia...

71.

... la estatua de la fuente de Moisés, con el brazo tendido.

72.

Wanda, confusa por la multitud, sin esperar a que el guardia dé paso a los peatones, baja la acera y atraviesa peligrosamente la calle, entre un cruzarse de coches. Un gran descapotable se desliza a su espalda.

Una dama elegantísima al volante, y detrás, muy digno, un gran perro.

SEÑORA (*A Wanda, desde el coche*): ¡Estúpida! ¿Estás dormida?

74.

El guardia silba nerviosamente, indicando...

75

... a Wanda a su colega que está en la acera. Este se dirige hacia...

76.

... la muchacha, que ya ha llegado a la acera opuesta y continúa caminando entre la multitud sin darse cuenta de nada.

FUNDIDO.]

Exterior calle hotel Tre Fiori. Día.

Wanda, con el sombrero puesto, el abrigo al brazo y el tubo de cartón en la mano, sale casi corriendo del hotel.

Se detiene un momento en la calle, mirando vacilante a su alrededor, después toma a la derecha y echa a andar rápidamente.

Exterior calle. Día.

Wanda camina apresuradamente por una acera atestada.

Interior atrio edificio antiguo. Día.

Wanda desemboca, sin dejar de correr, en el vasto atrio de un edificio antiguo. Mira impaciente a su alrededor, intimidada por la imponente columnata. A su derecha se entrevé el primer tramo de una enorme escalinata. Wanda se acerca decidida, lee unas placas colgadas de una columna, roza una con la mano y después empieza a subir.

Interior escalinata edificio antiguo. Día.

Wanda sube a la carrera la escalinata, emocionada, apretando contra sí el tubo de cartón.

Interior pasillo redacción «Encanto Azul». Día.

La puerta de gruesa madera está abierta. Wanda entra, tratando de contener su ansiedad. Recorre un breve trecho del pasillo.

El conserje y el botones, en mangas de camisa, están haciendo la limpieza matinal, con un cubo y un escobón. El conserje levanta la cabeza, mirando a Wanda con aire interrogante.

WANDA (*Emocionada*): Buenos días... El señor Fernando Rivoli, por favor...

CONSERJE: ¿Quién?

WANDA: Estoy citada con el señor Fernando Rivoli... Tengo que darle... (*Muestra el tubo*).

El conserje, con el tono de quien repite continuamente la misma respuesta:

CONSERJE: Fernando Rivoli no está nunca aquí.

Desde el fondo del pasillo, el botones añade en voz alta:

BOTONES: Sólo viene los fines de semana a recoger la pasta.

CONSERJE (*Para concluir*): Y ha estado el sábado.

WANDA (*Sonríe angustiada*): Pero yo..., pero yo me voy mañana... Wanda, tras un momento de vacilación.

WANDA: ¿Puedo..., puedo dejarle esto? (*Señala el tubo*).

CONSERJE (*Sin alzar la cabeza*): Póngalo ahí, en la mesa...

Wanda se acerca a la mesa, que está junto a la puerta de entrada. Aparece entonces Marilena Velardi con los brazos cargados de paquetes. La sigue un perro.

El conserje se precipita a abrir la puerta de la derecha, donde está escrito: Dirección.

CONSERJE: Buenos días, señora...

MARILENA: ¡Hola, chicos!...

Al entrar, Marilena ha chocado con Wanda.

Se vuelve, ve a la joven y le dirige una remilgada sonrisa.

MARILENA: Oh, perdona, querida... (*Al conserje*): Coge en brazos a Antonio (*Señalando a Wanda*). ¿Qué pasa?

CONSERJE: Nada..., tiene que darle algo al señor Rivoli...

Marilena, antes de entrar en el despacho de la dirección, se vuelve a examinar a Wanda. Le sonrío de nuevo.

MARILENA: ¿Una admiradora?

Wanda, emocionada.

WANDA: Quería darle... (*Y muestra el tubo*).

MARILENA (*Remilgada*): De modo que... una amiguita nuestra. (*Tono majestuoso*). ¿Cómo te llamas, querida?

WANDA (*Un poco emocionada*): ... sionada.

MARILENA (*Dulcísima*): ¿Cómo?

WANDA (*Más fuerte*): Muñeca apasionada... Marilena ríe, sacudiendo la cabeza.

MARILENA: Deliciosa. (*Sencilla, contando con el efecto*). Yo soy Marilena Alba Velardi...

Wanda, con suprema admiración, abriendo mucho los ojos:

WANDA (*Emocionada*): ¡¡¡¡Marilena Alba Velardi!!!!

Interior despacho Marilena (Redacción «Encanto Azul»), Día.

Wanda está sentada en el borde de la silla, ante el escritorio de Marilena. Tiene en la mano el tubo, que sostiene religiosamente, como una vela, y habla

con un tono de admiración humilde y fascinada.

WANDA: «El abismo estrellado», «Almas atormentadas», «Corazones en la tormenta», «En la vorágine del amor»... todas las semanas espero el sábado, que me trae mi revista... Voy a buscarla a la estación, después corro a casa, me encierro en mi cuarto... Y entonces comienza mi verdadera vida... leo toda la noche...

Marilena está sentada en su sillón de director y tiene ante sí, en la mesa, una máquina de escribir. Escucha sonriente a Wanda.

MARILENA (*Dulzona*): La verdadera vida es la del sueño... Marilena empieza a escribir a máquina.

WANDA: Oh, sí, yo sueño siempre... No hay mucho más que hacer allí. Qué quiere usted, gentes vulgares... Los jóvenes ni siquiera saben hablar, ¿sabe? Cuando una ha dado su paseo por la calle principal, se acaba todo...

Marilena empuja hacia Wanda la cajetilla de cigarrillos.

MARILENA: ¿Un cigarrillo?

WANDA: No, gracias, no fumo (*Lo piensa mejor*). Pero, si me permite, lo guardaré como recuerdo. Wanda coge el cigarrillo.

MARILENA: ¡Claro que sí! Wanda echa una ojeada al reloj de pared y hace ademán de despedirse.

WANDA: Señora, con su permiso, tendría que irme... Marilena le hace un gesto con la mano para invitarla a sentarse y empieza a recortar una fotografía.

MARILENA: No, no, nada de eso, siéntate... Querida niña, tienes razón tú... (*Gritando*) ¡Gigione! (*Después, a Wanda, con voz normal*) Es preciso encerrarse en el propio yo..., como...

WANDA Y MARILENA (*A coro*): ¡La condesita Lucilla de «Amor y fatalidad»!

MARILENA: ¡Muy bien! ¿Te acuerdas?

WANDA: Oh, recuerdo todas sus criaturas. La condesita Lucilla, Pelga la gitana, Raniero el aventurero..., ese... ¿cómo se llama?... pero sobre todo el Jeque Blanco... ¡Qué sublime Fernando Rivoli!... ¡Qué expresión tiene!...

(Wanda mira fascinada la fotografía del Jeque que está sobre el escritorio.)

Wanda se interrumpe. Se ha abierto la puerta y han entrado Gigione y Marcacci, dos redactores.

GIGIONE: Buenos días, señora.

Gigione se dirige hacia Marilena y le entrega unos folios.

MARILENA (*Irónica*): Sin prisas, muchachos, sin prisas... (*A Wanda*) Tres cartas, pues...

GIGIONE: Eh, un momento, señora, acabamos de preparar el guión de esta entrega.

MARILENA: ¿Terminado?

GIGIONE: Sí, terminadísimo, caramba. Marilena mira los folios que le ha traído Gigione.

GIGIONE: (*A Wanda*) Buenos días. (*A Marilena, galante*) Una elegancia realmente refinada.

MARILENA (*Halagada*): ¿Le gusta?

Marilena se dirige de nuevo a Wanda:

< Así es, querida... Tres cartas de Rivoli... y has venido a verlo... Niña mía..., puedes considerarte afortunada... pues estará aquí dentro de poco.

WANDA (*Turbada*): Pero... ahora ya es tarde... demasiado tarde... Yo quería sólo (*Muestra el tubo, como diciendo: quería darle esto*).

Gigione agarra el tubo.

GIGIONE: ¿Qué es? ¿Fotografías? ¿Me permite...?

Gigione desenrolla el tubo, mientras Marilena exclama, melindrosa.

MARILENA: ¿Qué es eso? Déjeme, déjeme ver...

Detalle del dibujo que representa a Fernando Rivoli vestido de Jeque Blanco.

GIGIONE (*A Wanda*): ¿Lo ha hecho usted?

WANDA (*Sonriendo*): Sí...

GIGIONE: ¡Estupendo! ¡Parecidísimo!

Gigione tiende el dibujo a Marilena. ¡Mire, señora, qué obra maestra!

MARILENA (*Mirando el dibujo*): ¡Precioso!

Marcacci se ha acercado. Mira el dibujo que representa a Fernando Rivoli vestido de Jeque Blanco.

MARCACCI (*Serio*): El turbante es tal cual.
Marilena, sin alzar los ojos del papel.

MARILENA (*A Marcacci*): ¡Hum, qué gracioso! Con exagerada admiración:
(*A Wanda*) ¿También pintora...? Qué estupendo... (*A Gigione*) ¿Verdad que es bonito? Es precioso... Muy bien, querida... Ya me imagino la sorpresa de Fernando... Es un muchacho tan encantador... Un corazón generoso, sensible... Agradecerá mucho tu obsequio... (*Con una breve risita*) Pero yo...

MARILENA (*Siempre mirando el dibujo*): Tienes alma, tú... Sabes ver las cosas... Las comprendes y posees ese don sublime que es el arte de hacer partícipes a todos de tu... de tu alegría... (*Sonríe*) ¡Muy bien! (*De golpe, a Gigione*) ¿Y las frases de aquí?

Se abre la puerta y en el umbral aparece un comparsa disfrazado de beduino.

BEDUINO: Señora, ha dicho el director, los diálogos... Que tenemos que irnos...

PERRO (*ladra*).

MARILENA: Los estamos haciendo, espere... (*Acordándose de algo*) ¿Ha llegado Fernando Rivoli?

BEDUINO: ¿Quién? ¿Nando? Sí, está abajo... Tenemos que irnos todos...

El perro de Marilena ladra al beduino.

< ¡Cállate!

Wanda se levanta.

MARILENA (*A Wanda*): ¿Qué te decía? (*Le hace señal de que espere*) Veamos, se podría... Fatma dice... (*Mirando a Wanda de pronto, con el tono de una maestra que propone un problema*) Sí tú, querida, estuvieras en el desierto, de noche, y supieras que tu Jeque está en peligro, ¿qué dirías?

Wanda se sienta.

WANDA (*Halagada*): ¿Yo? ¿Si yo fuese Fatma? (*Piensa intensamente*) ¿Sola en el desierto? ¿De noche? Diría..., diría... «Oh..., no estoy nada tranquila...» (*Ansiosa*) ¿No?

Gigione y Marilena se miran con un breve silencio de aprobación.

MARILENA: ¡Ah, qué hermosa, qué humanísima frase!

GIGIONE (*Con aire de entendido*): Sí, realmente humana...

WANDA: ¿Sí? ¿De verdad? (*Sonríe feliz.*)

MARILENA: Sí, la escribo ahora mismo. ¡Sencilla, como la vida misma!...

VOZ MASCULINA (*Gritando off*): ¡Marilena! ¡Marilena!

MARILENA (*A Gigione*): Asómese, ¡diga que lo mandamos ahora mismo!
Gigione, ante la invitación de Marilena, va a la ventana.

GIGIONE (*Gritando*): Está bien, chicos, ahora lo mandamos.
Marilena ha acabado de escribir y se levanta.

MARILENA: Listo... Ten, muchacho.

Marilena se acerca al beduino, le da los folios de los diálogos y la hojita que ha terminado de escribir.

< Esto es para el señor Fortuna... y después acompaña a la señorita junto a Fernando Rivoli...

WANDA (*Casi con desesperación*): Tengo que marcharme... por favor...

[123

Marilena, al coger la mano de Wanda, siente la alianza y después la ve.

MARILENA: ¿Una alianza, niña? ¿Casada?

124.

WANDA (*Turbada y conmovida*): Oh, sí... Me casé ayer...

MARILENA (*Con un grito de asombro*): ¿Ayer?

WANDA (*Como antes*): Hemos llegado hace una hora de viaje de bodas.

MARILENA (*Cada vez más excitada, riendo*): ¿Hace una hora?... ¿Y has venido en seguida a vernos?

125.

Gigione y Marcacci, junto a la mesa del correo, se vuelven a mirar a Wanda.

126

WANDA: Mi marido no sabe que estoy aquí... No me habría querido acompañar... Dice que soy una boba...

127.

MARILENA: ¡Oh! Todo esto es delicioso. (*Con fuerza*) ¡El bobo es él!... ¿Habéis oído, chicos? ¡Qué niña tan valiente! ¡Qué magnífico comienzo para una fotonovela!

BEDUINO: Señora, me bajo ya...

MARILENA (*Cada vez más excitada y locuaz, con cierto aire de intrigante*): ¡Un momento! (*A Wanda*) Esto es una gran aventura para ti... no puede concluirse con un fracaso... (*Sin dejar de hablar, agarra el teléfono y se lo tiende a Wanda*) Dile a tu marido que venga también aquí... (*Pausa*) ¿Por qué no? ¿Tienes miedo? ¡Esto es esclavismo! Telefonea, telefonea... Querida, siempre conviene estimular los celos de los maridos... ¿En qué hotel estáis?

WANDA (*Turbadísima, desorientada*): En el Nazionale...

Interior habitación. Ivan. Día.

128.

El teléfono, en la mesilla de noche, suena un buen rato.

(TIMBRE DEL TELÉFONO)

129.

Ivan, que dormía en la cama, se despierta sobresaltado y agarra precipitadamente el receptor, diciendo con voz aún ronca de sueño:

IVAN: Diga... Su rostro expresa un estupor profundo y desorientado.

IVAN: ¿Quién? (*Tras un silencio, atónito*) ¿Wanda?... Pero, ¿donde estás?

Interior redacción «Encanto Azul». Día.

130.

Wanda (Primerísimo plano) está hablando por teléfono. Turbadísima, balbucea confusamente:

WANDA: Voy en seguida, Ivan... Voy en seguida.

Interior habitación Ivan. Día.

131.

Ivan, sentado en la cama, con el auricular pegado al oído, trata en vano de recobrar y comprender algo.

IVAN (*Con voz temblorosa de estupefacción*): ¿Dónde estás?

Interior dirección «Encanto Azul». Día.

132.

Wanda repite por última vez, con voz temblorosa:

WANDA: Voy en seguida...

Y deja el receptor con mano trémula. Mira a su alrededor, con una leve sonrisa de triunfo.

WANDA: Vamos, pronto...]

MARILENA (*A Wanda*): Ve, querida, tu Jeque te espera...

Interior habitación Ivan. Día.

(LLAMADA A LA PUERTA, REPETIDA.)

Ivan salta de la cama y va a abrir. Sus pies descalzos chapotean inesperadamente en un reguero de agua que entra por debajo de la puerta. Abre la puerta. En el umbral aparece un cura negro, que está indicándole con voz gutural el agua que atraviesa el pasillo y entra en la habitación por debajo de la puerta.

CURA: *Talabalika idaguana idura... (Continúa hablando en su lengua incomprensible.)*

Ivan se inclina a mirar, desorientado y atónito, el reguero que corre entre sus pies.

VOZ DEL CURA (*Off*).

Una carta sale flotando de debajo del armario. Ivan, alelado, la recoge y sale al pasillo.

VOZ DEL CURA (*Off*).

Interior pasillo. Hotel. Día.

Ivan sale al pasillo y va a cerrar los grifos de la bañera. La camarera, furiosísima, avanza por el corredor dirigiéndose a la puerta del cuarto de

baño, de donde sale el agua entre nubes de vapor.

CAMARERA (*llamando a voz en grito*): ¿Qué ha ocurrido aquí? ¡Eh, Furio!
¡Ven a ver qué desastre!

Ivan, desorientado y afanoso, pregunta al cura, que sigue protestando.

IVAN: ¿Dónde está mi esposa?

Después mira hacia arriba, como para preguntarle a un criado que está en el piso superior.

< Mi esposa ¿Dónde está mi esposa?

[Interior almacén oscuro. Día.

141.

Wanda, precedida por el Beduino, atraviesa el oscuro almacén, atestado de cajas y telones, con la cabeza gacha. Del patio llega un confuso vocerío.

(CONFUSO VOCERÍO OFF)

El Beduino y Wanda salen al patio.]

Interior portería hotel. Día.

Ivan, con el rostro tenso en su intento de mantener una actitud digna, está ante el portero. Sus manos tocan nerviosa y mecánicamente las tarjetas postales.

PORTERO (*Encogiéndose de hombros*): Bueno, ¿cómo vamos a saber a dónde van los clientes cuando salen del Hotel?... ¿Quiere postales?

El mozo explica:

MOZO: Me preguntó dónde estaba la calle 24 de Mayo; ¡habrá ido a la calle 24 de Mayo, digo yo!

PORTERO: ¡Digo yo!

Ivan, ansiosamente, pero intentando conservar su aire de mesura y dignidad.

IVAN: ¿Y qué hay en la calle 24 de Mayo?

PORTERO: Eh, Furio, ¿qué hay en la calle 24 de Mayo?

MOZO: ¿Qué hay en la calle 24 de Mayo? ¡Vaya usted a saber!

Exterior hotel. Día.

El mozo sale del hotel hacia un taxi que acaba de pararse con dos clientes. Ivan lo sigue y se enfrenta con él de nuevo.

IVAN (*Amenazante*): ¡Oiga! ¡Dígame lo que hay en la calle 24 de Mayo!

MOZO: Eh... ¿Qué hay? Está el Palacio Real.

IVAN: ¿Y dónde está?

MOZO (*Indicando*): Por ese lado.

Ivan lo mira atontado, después empieza a andar, volviéndose aún de vez en cuando para mirar al mozo. Por último echa a correr.

[*Exterior patio «Encanto Azul». Día.*

149.

Un sirviente abre la verja del patio, mientras un automóvil espera para salir. El Beduino está inclinado junto a una de las portezuelas, hablando con alguien en el interior. Una voz sale del coche.

VOZ JEQUE (*Desde el coche*): Hazla subir...

150.

El Director, sentado en el coche, junto al chófer, replica en voz alta, irritado y agresivo.

DIRECTOR (*Al chófer*): ¡En marcha, en marcha!... No le hagas caso a este chalado.

BEDUINO (*Inseguro*): Pero la señora Marilena...

DIRECTOR (*Gritando*): ¡Qué Marilena ni qué ocho cuartos!... ¡Sube al camión tú! ¡Es muy tarde!... (*Al chófer*) ¡Muévete de una vez!...

VOZ JEQUE (*Gritando*): ¡Enséñamela al menos!... ¡Señorita!... ¿Dónde está?... ¡Señorita!... ¡Señorita!]

[*Interior escaleras edificio «Encanto Azul». Día.*

Wanda está bajando las escaleras detrás del Beduino. Llegados a la planta baja, el Beduino se detiene y dice a Wanda:

BEDUINO: Ahora tú esperas aquí. Voy a llamarlo.

WANDA (*Emocionada*): Sí, está bien, espero.

El Beduino se aleja. Wanda, presa de la excitación de la espera, lanza un suspiro como si fuera a desmayarse. Después se arregla la ropa y se ajusta el sombrerito, temblorosa.

De pronto, el redoble de un tambor distrae a Wanda de su beatífico atolondramiento.

Wanda lo oye pero no sabe identificar su procedencia. Al mismo tiempo, un jefe de comparsas empieza a incitar a sus hombres y a llamar gritando escaleras arriba.

JEFE COMPARSAS: ¡En marcha! ¡Al coche!... Sube... ¡Nos vamos! Eh, Oscar, muévete, que nos largamos.

(VOCES, LLAMADAS, CARCAJADAS A VOLUNTAD)

Llega un tipo flaco con gafas, que grita a su vez hacia las escaleras.

AYUDANTE DIRECTOR: ¡Felga! ¡Oscar!... Vamos, en marcha. Venga, Felga, vámonos.

En lo alto de las escaleras aparece por fin una especie de cortejo compuesto por tres odaliscas y dos beduinos. El grupo empieza a bajar las escaletas.

El rostro de Wanda se ilumina con una extática sonrisa.

WANDA (*Soñadora*): Felga... Oscar, el beduino cruel...

El variopinto cortejo sigue bajando las escaleras. Ahora Oscar se inclina al oído de Felga, le dice algo. Felga estalla en risas descaradas. Los estrafalarios personajes pasan ante Wanda, que está asombrada, fascinada; la miran con curiosidad y salen al patio.

Exterior patio edificio. Día,

Wanda sale a su vez al patio y se detiene como aturdida, mirando a su alrededor.

Ante ella, el patio lleno de movimiento y de fragor. Beduinos, odaliscas, actores, comparsas, etc., se agolpan en torno a los camiones, a los automóviles, entre confusas voces y llamadas.

Wanda mira a su alrededor, en éxtasis.

Llega el Beduino que ha guiado a Wanda. Está a punto de subir a una camioneta, pero Wanda le pregunta:

WANDA: Perdone, eh...

BEDUINO: ¡Ah! Dijo que monte...

WANDA: Pero...

BEDUINO: Dijo que tenía que hablarle...

WANDA: Pero, ¿dónde vamos?

BEDUINO: Suba, aquí al lado...

El Beduino empuja a Wanda para ayudarla a subir. Wanda gira la mirada a su alrededor, confundida, y ve...

... en una ventana de su oficina, a Marilena, que la mira. A su lado están Gigione y Marcacci. Wanda los saluda con la mano.

El mismo cuadro, desde más cerca. Marilena tiene una sonrisa dulzona y alza blandamente la mano a su vez, saludando.

Wanda desaparece en la oscuridad del camión, sentada junto a Felga y Osear. Dos hombres alzan la trasera del camión y la cierran. Unos chavales se divierten burlándose de los actores. Uno de ellos llega hasta el camión y le hace una pedorreta a Oscar, que le responde también ruidosamente.

Los camiones se ponen en marcha, perseguidos por los gritos de los niños.

[Exterior calle adyacente a vía Turati. Día.

168.

Ivan camina con paso rápido a lo largo de la pared, chocando con los transeúntes.

Exterior calle 24 de Mayo. Día.

Por la verja abierta sale el camión de los beduinos, entre los gritos festivos de los chavales de la calle. Inicia su ruta, seguido poco después por el segundo camión cubierto.

(GRITOS CHAVALES)

Interior camión cubierto. Día.

170.

Wanda, tambaleándose entre Alí, Felga y Osear, trata de que no se arrugue su dibujo, que sostiene en la mano como una vela.

(GRITOS CHAVALES)

Exterior Vía Turati. Día.

Los dos camiones tuercen al final de la calle.

En el mismo instante, por el lado opuesto, aparece caminando cada vez más de prisa, Ivan.

Ivan mira a su alrededor. Se detiene. Unos obreros están trabajando en el arreglo del firme de la calle. Ivan se acerca a uno de ellos, que está dando potentes mazazos en la calle removida, y le pregunta.

IVAN: Perdone, ¿toda la calle 24 de Mayo es ésta, por favor?

OBRERO (*Indicando*) : Sí, empieza aquí y acaba aquí.

IVAN (*Para sí*): Peto... pero... ¿cómo?

Busca en el bolsillo el pañuelo para enjugarse la frente y encuentra la carta.

La carta está abierta. Ivan empieza a leerla. No da crédito a sus ojos.

Detalle. Dos líneas de la carta escrita a máquina: «y si vienes pronto a Roma, como dices, ven a verme. Pasaremos una hora inolvidable... Tu Jeque Blanco».

Ivan está aturdido. Mira al frente con ojos vacíos. Relee otra vez la frase, pero las líneas se le confunden, como si fuera a desmayarse. Vuelve a alzar la mirada, que ahora parece la de un loco.

(CHARANGA DE LOS «BERSAGLIERI» QUE SE ACERCA.)

A sus espaldas avanza un pelotón de «bersaglieri», con la charanga el frente, a paso ligero, entre aplausos atronadores.

Mocetones descamisados y entusiastas corren a los flancos de la columna, con el mismo paso de los militares.

(CHARANGA DE LOS «BERSAGLIERI» Y APLAUSOS.)

Ivan, en medio de la calle, ve que arremete de pronto contra él la columna, a la carrera, y trata de volver a la acera, echando a correr a su vez; pero la columna lo alcanza. Ivan se encuentra rodeado, empujado, arrastrado por los jóvenes paisanos que corren a los lados del pelotón. Durante cierto tiempo se ve obligado a correr con ellos, y por último es arrojado a la acera opuesta.

La columna se aleja rápidamente.

(SE ALEJA LA CHARANGA.)

Ivan jadeante y descompuesto, retrocede unos pasos para recoger del medio de la calle el sombrero, que se le ha caído. Lo coge y queda inmóvil, anhelante, con el sombrero deformado entre las manos y la carta en la mano. Despacio, mecánicamente, trata de arreglar el sombrero, pero su mirada es absorta, extraviada.

Su rostro expresa la más completa desorientación y un vano esfuerzo por ordenar sus pensamientos.

Interior zaguán hotel. Día.

Sudado, jadeante, a la carrera, Cavalli entra de la calle, pasa ante el mostrador, donde está el portero. Pese a su desesperación, trata de mantener un tono de absurda dignidad.

El portero está vendiendo un «souvenir» a dos damas maduras.

IVAN: Perdona... ¿Ha vuelto?

PORTERO (*Seco*): No. Mire, ahí están esos señores. (*A las señoras, con una sonrisa cortés*): Very nice, ¿no?

Ivan va a dirigirse adonde le indican, pero ve...

... Sentadas en el sórdido saloncito, como posando para un grupo fotográfico, seis personas. El rostro de Ivan expresa una angustiada turbación. Se esconde tras una columna. El portero, al verlo en semejantes condiciones, le pregunta presuroso:

PORTERO: ¿Qué pasa? ¿Se encuentra mal? ¿Qué ha ocurrido?

IVAN: Tenga esto.

Ivan la tiende el impermeable y el sombrero y comienza a arreglarse la corbata y la camisa, echando de vez en cuando una ojeada al saloncito.

El portero, limpiando el sombrero:

PORTERO: ¡Se ha manchado todo! Pero, ¿qué sucede? Recuperándose, Ivan recoge el impermeable y el sombrero y hace ademán de dirigirse de nuevo al saloncito, pero vacila aún. La mirada del portero lo decide. En cuanto lo ven, los del salón se ponen en pie para saludarlo.

Tío (*A los parientes*): ¡Oh, aquí está!

Tía: ¡Aquí está!

El tío se ha puesto en pie. Es un hombre alto y solemne, vestido de oscuro.

Tío: ¡Querido Ivan!

La tía, una mujer apergaminada y vivaz, esboza una sonrisa inclinando a un lado la cabeza.

Tía: ¡Qué elegante está!

Junto a ella, una rozagante muchacha con pretensiones de elegancia ciudadana (Rita), el novio de ésta, un joven de falsa desenvoltura. Entre los tíos, un niño de ocho años, torvo y enfurruñado. En el extremo del grupo, una

señora gorda de unos cuarenta años, que seguirá la escena con una sonrisa cortés.

IVAN: Voy en seguida.

TÍO (*Abriendo teatralmente los brazos*): ¡Queridísimo Ivan!

Ivan ha dado los pocos pasos que lo separaban del grupo y queda en su centro, inmóvil, con una sonrisa idiota.

IVAN: ¡Queridísimo tío!...

Ivan y el tío se abrazan y se besan en las mejillas. Ahora le toca el turno a la tía, que se ha puesto en pie abriendo los brazos.

TÍA (*Con tono de festivo reproche*) : Tenías que casarte para venir a Roma, ¿eh?

IVAN (*Abrazándola y besándola en las mejillas*): ¡Queridísima tía!

Rita también se ha puesto en pie, y abre a su vez los brazos.

RITA: Querido Ivan...

IVAN (*Abrazándola y besándola en las mejillas*): Queridísima Rita...

RITA (*Indicándole al joven*): Mi prometido...

TÍO (*Continuando la presentación*): ... el señor Medaglia, contable...

MEDAGLIA: Mucho gusto.

IVAN (*Abrazándolo y besándolo en las mejillas*): Queridísimo señor.

Y cambia un besito con Medaglia.

TÍA (*Empujando al niño*) : Y también ha venido Armandino.

Ivan besa también al niño.

La agradable señora de cuarenta años se pone en pie, leyendo un periódico.

Ivan, arrastrado por la serie de abrazos y completamente aturdido, está a punto de abrazar también a la señora.

IVAN: ¡Queridísima! La señora lo rechaza hacia los parientes.

SEÑORA: ¿Eh? ¿Qué hace?

Ivan acaba entre los brazos de su tío, que le explica.

TÍO (*A Ivan*) : No, la señora no está con nosotros. Es una cliente del hotel.
(*A la señora*) Perdona, señora. La señora, ofendida, empuja al niño y se

marcha.

TÍO: Entonces, querido Ivan, habría que...

TÍA (*Interrumpiéndolo*): ¿Cómo está la abuela Carolina?

IVAN: Perfectamente.

TÍO: ¿Y Oreste?

IVAN: ¿Oreste? Perfectamente.

RITA: ¿Y qué hace Teresina?

IVAN: Perfectamente.

TÍA (*Desolada*): Y el pobre Pascual, ¿eh?

IVAN: Perfectamente...

TÍA: ¡Pero murió!... Ivan está confuso, pero interviene el tío para sacarlo del apuro.

TÍO (*Interrumpiéndolo*): Entonces, querido Ivan, no habría que retrasarse más. Tendrías que decirle a la novia que baje en seguida. Vamos, llama a Wanda.

TÍA (*Corrigiendo*): ¡Nanda!

RITA: Wanda, mamá... El tío coge el impermeable de Ivan y empieza a ayudarlo a ponérselo.

Ivan le deja hacer.

TÍO: ¿Nos vamos? Has tenido mucha suerte, porque hoy es fiesta nacional. Toda la ciudad está empavesada. Una orgía de colores. Es una fecha histórica para nuestra patria... Se oye (*off*) la charanga de los «bersaglieri».

(*Indicando hacia fuera.*) ... ¿Oyes a los «bersaglieri»? Ea, vámonos.

Y coge su propio abrigo. Ivan, todavía cortado, no sabe qué hacer. De pronto se acuerda de los confites y mete la mano en el bolsillo, diciendo:

IVAN: Los confites...

Y mecánica y afanosamente, tratando en vano de sonreír y de ganar tiempo, Ivan empieza a distribuir en silencio los paquetitos de confites...

LOS PARIENTES: Gracias... Gracias... Gracias...

Se produce otra temible pausa. Ivan lanza un vistazo a la puerta, parece estar en ascuas. Los otros lo miran, un poco perplejos, esperando.

TÍO (*Dándole unas palmadas en el hombro*): Bueno, Ivan, ¿nos vamos?

IVAN: Sí. (*Pero no se mueve.*)

TÍO (*insiste*): ¡Vámonos!

Ivan se pone en marcha. Los parientes van tras él, sin entender nada, intercambiándose miradas. Ivan sale a la calle y los demás, boquiabiertos, lo siguen.

Calle ante el hotel Tre Fiori, en Roma. Exterior. Día.

Ivan sale del hotel, rígido y con la mirada extraviada. Detrás de él salen sus parientes. Los parientes, perplejos, lo siguen boquiabiertos, mirándose unos a otros.

Tras dar unos pasos, el tío detiene a Ivan.

TÍO: Pero..., ¿no esperamos a la novia?...

TÍA: ¿No esperamos a Wanda?...

Ivan se detiene.

Ivan se apoya en la pared, como si las piernas le fallaran. Hay un breve silencio. Ahora también los demás parientes se han reunido con él y lo rodean, mirándolo fijamente.

IVAN (*Sin fuerzas, balbuciente, aunque tratando de ser natural y desenvuelto*): ... Wanda no se encuentra bien... Un dolor de cabeza... Le dije que tomara una aspirina... Tomó una aspirina... ¡pero como si nada!...

Rita lo mira con otros ojos, con una pizca de malicioso interés.

El relato de Ivan prosigue, cada vez más turbado; todos escuchan en silencio.

<... Le digo: toma una aspirina... Tomó una aspirina... ¡Como si nada!...

Ivan, agotado, recorre con la mirada...

... Los rostros sorprendidos de sus parientes. Ve que la tía no está y pregunta, excitado:

IVAN: ¿Dónde está la tía?

De golpe comprende las intenciones de la tía y se estremece, palideciendo mortalmente.

IVAN (*Con un grito ahogado*): ¡Tía!...

Y se lanza en persecución de su tía, que ha desaparecido ya en el interior del hotel.

Interior zaguán hotel Tre Fiori. Día.

La tía está preguntando al mozo del hotel:

TÍA: ¿La habitación de los Cavalli?

MOZO: Número cinco, tercer piso.

La tía se mete en el ascensor.

Ivan entra como un bólido en el zaguán y corre hacia el ascensor, que está poniéndose en marcha; desde el interior, la tía sonrío a Ivan, haciéndole señas con la mano de que esté tranquilo, que ella se ocupará de todo.

IVAN: No..., tía... tía..., un momento.

Ivan se queda unos instantes con los ojos muy abiertos y sin aliento; después se precipita en el zaguán, gritando:

IVAN (*Al mozo*): ¡Detenga el ascensor! ¡Detenga el ascensor!

Y como ve que la cabina continúa subiendo, sale como una flecha por las escaleras.

IVAN: ¡Tía!... ¡Espera! ¡Espera... tía!

Escaleras hotel Tre Fiori. Interior. Día.

Ivan sube las escaleras corriendo como un loco.

Ivan llega al rellano del segundo piso justamente cuando la cabina del ascensor pasa por allí.

IVAN: Tía, un momento... Espera, tía...

Ivan, trastornado, trata en vano de detenerla apretando botones y esforzándose por abrir la puerta.

Desde el interior de la cabina, la tía repite la sonrisa y el gesto tranquilizador; y vuelve a desaparecer hacia arriba.

Ivan corre de nuevo por las escaleras, con aliento entrecortado y ojos de loco.

IVAN: ¡Tía, párate! ¡Tía!

En un peldaño, hay un cubo que alguien dejó allí. Ivan, al correr, choca con él. Se mantiene en equilibrio gracias a un salto acrobático y prosigue su carrera sin volverse, mientras el cubo empieza a rodar por la escalera, botando de peldaño en peldaño y haciendo un ruido endiablado.

(ESTRUENDO DEL CUBO QUE RUEDA POR LAS ESCALERAS...)

La mujer de la limpieza grita algo desde el último piso. El cubo continúa rodando hacia abajo, rebotando... y llegando hasta...

Zaguán hotel Tre Fiori. Interior. Día.

... caer estruendosamente en el zaguán, casi sobre los pies de los parientes, que están entrando boquiabiertos y alarmados.

Ante la aparición del cubo, el mozo corre a gritar hacia arriba y el portero sale impetuosamente de detrás del mostrador y mira escaleras arriba.

MOZO (*Gritando*): ¿Qué estáis haciendo? ¡Amelia! ¡Amelia!

PORTERO: Pero, ¿qué ocurre?...

Los parientes se miran unos a otros estupefactos e inquietos y se reúnen en torno a la jaula del ascensor, cuyos engranajes rechinan.

(RUIDO DEL ASCENSOR EN MARCHA.)

La cabina del ascensor, precedida por los cables metálicos, vuelve a aparecer sobre las cabezas que se vuelven hacia arriba, y se detiene con la habitual sacudida.

En su interior están Ivan y la tía. Ivan abre las puertas y casi empuja a la tía, que sale asustada, mirándolo fijamente, en alarmado silencio.

IVAN (*Saliendo del ascensor*): Bueno..., ya estamos aquí.

TÍO: Pero, ¿qué ha ocurrido, Ivan?

Ivan está jadeante y sudado, pero resuelto. Afronta con temeraria decisión las miradas casi airadas y estupefactas de sus parientes, dirigiéndose sin dudar al más terrible de ellos, al tío.

IVAN: Nada, todo marcha perfectamente... perfectísimamente... Wanda acababa de coger el sueño... Ha estado despierta toda la noche... Hay que dejarla dormir ...¿Verdad, Rita? ¡Mañana iremos a ver al Papa!... (*Afanosamente.*) Mientras tanto, vámonos nosotros... Vamos a ver Roma...

TÍO: ¡Un momento! ¿Vendrá a comer?

IVAN (*Confiado, más tranquilo, como para sí*) : ¿A comer? ¡Claro! A comer vendrá... claro que vendrá... Vámonos...

FUNDIDO ENCADENADO.

Exterior pinar playa Fregene. Día.

El camión, con Wanda y los «beduinos», adelanta al animal. A bordo se oye un coro de alegres gritos y silbidos.

(CORO DE GRITOS Y SILBIDOS.)

El camión, seguido por el otro, se detiene en una explanada del bosque. Wanda, en la trasera del vehículo, mira a su alrededor y pregunta:

WANDA: ¿Dónde estamos?

Ve un cartel con la inscripción: Roma 26 km.

< ¡Mi madre!

Los actores empiezan a descender precipitadamente.

Se acerca el Director, que grita jadeante:

DIRECTOR: ¡Abajo todos! ¡Abajo todos, no perdamos tiempo! No hay manera de encontrar a Rivoli. ¿Dónde está Rivoli?

Un figurante vestido de beduino se acerca al Director.

BEDUINO: Eh, director...

DIRECTOR: ¿Qué pasa?

BEDUINO: Perdone, me he acatarrado. Si no se ve, puedo trabajar con zapatos.

El director tiene una especie de crisis de nervios y responde, excitado.

DIRECTOR: ¡Ah, lo que hay que oír!... ¡Con zapatos!... Tienes que ir descalzo.

Mientras tanto, Wanda baja del camión, entre la confusión de los actores, y se dirige ansiosamente a unos y otros.

WANDA: Oiga, señorita, tengo que volverme, en seguida...

Felga, impaciente, se la quita de encima.

FELGA: ¡Y a mí que me cuenta! ¡Pues váyase! (*Se suelta*) Y déjeme... que me rompe el traje. Márchese sola a Roma.

Otro beduino, recién bajado del camión, empieza a saltar, gritando:

2.º BEDUINO: ¡Ostras, qué mar! ¿Y si nos pegáramos un baño?

Un jefe de grupo lo amonesta:

JEFE DE GRUPO: El primero que se bañe no ve una lira, ¿entendido?

El Director grita a su vez:

DIRECTOR: ¡Quien se bañe no cobra una lira! ¿Entendido?

Wanda, viendo que nadie la escucha, se acerca a Oscar, el beduino acatarrado.

WANDA: Por favor, por favor.

ÓSCAR (*Tratando de evitarla*): ¿Qué quiere? ¿Quién es esta tía?

WANDA: Debo volver en seguida a Roma. ¡Ayúdeme, señor ayúdeme!

Oscar para al vuelo al director, que esta pasando a su lado.

ÓSCAR: Eh, director, oiga... Esta quiere volver a Roma...

DIRECTOR: ¿Qué?

WANDA: Tengo que volver a Roma.

DIRECTOR: ¡Todos tenemos que volver a Roma! (*A los demás*) Vamos, rápidamente, a maquillarse. (*A Wanda*) Venga, vaya a vestirse. (*A los demás*) ¡Las odaliscas por allí! Todos preparados en la playa para el rapto.

Y se va, dejando a Wanda, que sigue a Oscar y le pregunta:

WANDA: Dígame... ¿Dónde está la estación, por favor? Tengo que irme...

ÓSCAR: Ah, señorita, no hay estación aquí... La estación está en Roma...

WANDA: ¿Cómo en Roma?

Wanda permanece inmóvil un instante; después empieza a correr hacia el pinar.

En una explanada del pinar hay un niño. Wanda, llorosa, se le acerca y le pregunta:

WANDA: Niño, ¿dónde está el teléfono? ¿Eh?

Pero el niño sigue jugando, sin contestarle. Wanda echa a correr de nuevo por el pinar.

[Quiosco de bebidas. Día.

239.

Wanda corre ansiosa. De golpe se para. En un cruce, un aguaducho, con gente sentada a las mesitas (Clientela formada por chicas, niños, dos aduaneros, bañeros, etc.).

240.

Wanda se acerca al mostrador y se dirige al propietario de la barraca.

WANDA: Perdone, el teléfono...

241.

El quiosquero, con seriedad:

QUIOSQUERO: El año que viene.

Wanda se queda alelada. El quiosquero se explica.

QUIOSQUERO: Nos lo ponen el año que viene. Ya hablé con el ingeniero.

WANDA: ¿Y yo qué hago ahora...?

El quiosquero indica hacia el pinar.

QUIOSQUERO: Vaya donde Angiolino, siempre recto y después tuerza a la derecha... por el tercer camino a la izquierda... después de la fuente...

WANDA (*Iluminándosele la cara*): ¿Angelino? Gracias...

242.

Wanda se separa del mostrador y corre en la dirección indicada por el quiosquero.

QUIOSQUERO: Y dígame que me mande otra caja de cerveza... Wanda se vuelve un momento y luego reanuda la carrera.]

Exterior pinar. Día.

Wanda toma una senda del pinar y avanza cada vez más preocupada.

WANDA (*Murmurando*): Dios mío... ¿Y ahora qué hago?

Wanda se detiene, sin saber si coger a derecha o a izquierda.

Retrocede, toma otro senderito, se detiene, en el colmo de la angustia. Lanza un breve lamento infantil, está a punto de estallar en sollozos. Un crujido rápido, cadencioso, atrae su atención. Simultáneamente, una canción a voz en cuello, desentonada pero feliz.

(CANCIÓN JEQUE.)

Wanda da unos pasos más, y en un pequeño claro, ve...

... a Fernando Rivoli, maquillado y vestido de Jeque Blanco, que se columpia, cantando. Wanda, estupefacta, lo mira, diciendo para sí:

WANDA: ¡El Jeque Blanco!

Fernando Rivoli continúa meciéndose beatíficamente, cantando, hasta que ve a Wanda. Entonces le envía un galante beso a la muchacha y con la música de la canción, un fox-trot, dice:

FERNANDO (*Cantando*); Bonjour...

Wanda lanza una breve sonrisa. Está fascinada por la gracia de Fernando, que se balancea, con su chilaba al viento, y le sonrío.

Wanda se enjuga rápidamente una lágrima. Sigue sonriendo.

Fernando continúa meciéndose, mientras canta.

A lo lejos se oye una voz que llama:

VOZ: ¡Eh, Nandooo!

Fernando se vuelve a mirar hacia ese lado y después, con movimientos atléticos, elásticos, salta a tierra y coge del árbol, donde la había colgado, su espada, saludando una vez más a Wanda:

FERNANDO: Bonjour...

Y empieza a sujetarse la espada al cinto. Wanda, tímidamente, lo llama y empieza a acercarse.

WANDA: Señor Rivoli... Señor Rivoli.

FERNANDO (*Volviéndose a ella*): ¿Sí?...

Wanda se acerca y se detiene ante él, mirándolo fascinada y exclamando:

WANDA: ¡Fernando Rivoli!

FERNANDO: ¿Me conoce?

WANDA (*Emocionada*): Soy Wanda Giardino...

Y le tiende el rollo que lleva en la mano.

FERNANDO: ¿Qué es esto?

WANDA: Es para usted. Lo hice yo.

FERNANDO: ¿Para mí? ¿Qué es? ¿Un dulce?

Abre el rollo y lo mira sorprendido. Es su retrato.

¡Eh! ¡Soy yo!

WANDA: Sí.

FERNANDO: ¡Qué bien! Me ha sacado muy bien. (*Lee, con tono interrogativo*) ¿Muñeca apasionada? ¿De modo que usted me ha escrito una carta?

WANDA (*Precisando, ansiosa*): Tres...

FERNANDO: Tres cartas... (*La mira largamente, sopesando sus cualidades*) ¡Estupendo!

WANDA (*Temerosa*): Quizás..., quizás me imaginaba distinta...

FERNANDO (*Serio*): No... (*Mira el retrato*) Me gusta... es bonito. (*Galante*) Le doy mil gracias. ¿Puedo... puedo... invitarla a tomar algo? Hay

un quiosco por aquí. Hacia ese lado, sigamos el sendero. (*Invitándola*) Por favor...

Y se marcha con ella.

FUNDIDO ENCADENADO.

Quiosco de bebidas. Día.

El quiosco de bebidas. Fernando y Wanda apoyados en el mostrador.

Fernando mira a su alrededor, fatal, serio, y se esfuerza por hablar con corrección.

FERNANDO: De modo que aquí estamos... Qué extraño... este encuentro nuestro... Es una sensación... la realidad...

La llegada de Fernando ha causado sensación entre las muchachas que están en el quiosco. Se acerca una y pregunta:

MUCHACHA: ¿Es usted Fernando Rivoli?

FERNANDO (*Con afectación*): Sí.

La muchacha le tiende una foto-novela, pidiéndole:

MUCHACHA: ¿Me firma aquí, en la revista, por favor?

FERNANDO (*Siempre con afectación*): Con mucho gusto. Encantado.

Coge la revista y firma un autógrafo. Se acerca otra muchacha.

MUCHACHA 2.^a: ¿Cómo acaba el Jeque Blanco?

FERNANDO: ¿Para qué quiere saberlo? Destruiríamos toda su poesía.

WANDA (*A la muchacha*): Me encantaría que se casara con Felga.

FERNANDO: Esperémoslo.

Devuelve la revista a la primera muchacha:

< Perdonen... estoy ocupado.

Vuelve a apoyarse en el mostrador con Wanda y, cogiendo un bocadillo, se lo ofrece:

< Por favor...

WANDA (*Que está en ascuas, aunque extasiada de encontrarse junto al Jeque*): No, gracias, no se moleste. Tengo que regresar en seguida a Roma.

FERNANDO: ¿A Roma?

Un coche de turismo, conducido por un señor de unos cincuenta años, se detiene a unos pasos del quiosco.

FERNANDO (*Al ver et coche*): Oh... mi coche... yo también tengo que volver a Roma. Regresemos juntos.

Wanda no aparta los ojos de Fernando, lo mira hechizada.

Fernando coge un vaso, se lo da a Wanda y coge otro para sí.

FERNANDO (*Alza el vaso*): Chin, chin...

WANDA: Chin.

El señor baja del coche, alza la antena de la radio y empieza a desvestirse. La radio del coche de Mambroni está encendida y transmite unailable.

(RADIO TRANSMITE UN BAILABLE.)

(RADIO AUMENTA VOLUMEN.)

Fernando, siguiendo la música, mira a Wanda y tiende los brazos hacia ella, para invitarla a bailar.

FERNANDO: ¿Me permite?

Wanda, que durante toda la escena no ha apartado los ojos de Fernando, hace un leve movimiento hacia él, ofreciéndose. Fernando ciñe con un brazo la cintura de Wanda y empieza a bailar lentísimamente, quedándose inmóvil en el sitio, siguiendo con un runruneo continuado el tema dulzón que transmite la radio.

(MÚSICA CADA VEZ MÁS EMOTIVA.)

Wanda, preocupada al principio, poco a poco pierde su tiesura y sonrío. Se siente intérprete de una comedia musical. Fernando, siempre sonriente, seguro de sí, intenta algún paso difícil y baila sin dejar de mirar fijamente a Wanda, susurrando el tema de la canción. Mambroni ha terminado de desvestirse: está en camiseta y pantalón de deportes. Quisiera cerrar el coche pero se queda mirando sonriente a la pareja que baila.

El quiosquero mira a la pareja con un leve desagrado.

Las muchachas miran a la pareja, serias y fascinadas.

Wanda susurra ahora también el tema transmitido por la radio. Lo ha olvidado todo, *está bailando con el príncipe*.

(MÚSICA CADA VEZ MÁS EMOTIVA Y DULZONA.)

Fernando la aprieta contra sí, susurrando el tema de la canción con más fuerza, entornando los ojos.

FUNDIDO ENCADENADO.

ABRE DE NEGRO.

Dos manos tocan un tam-tam.

(SONIDO DEL TAM-TAM.)

En la playa, un joven beduino, sentado a poca distancia de la orilla, toca el tam-tam, mientras Felga se exhibe en una pretendida danza del vientre. A su alrededor, unos comparsas vestidos de esclavos, de beduinos, de «sulamitas», tocan palmas rítmicamente para acompañar la danza.

Mambroni, desnudo de cintura para arriba, con una gorrita de visera, avanza mirando a Felga con sonrisa idiota.

Los fotógrafos trajinan en torno a su máquina, colocada sobre un trípode.

En la orilla están varadas dos viejas barcas de vela.

Unos obreros terminan de camuflarlas, aplicándoles unas estructuras de cartón piedra. Entre las barcas, chapotean unos niños semidesnudos.

Cerca de las barcas están, formando un grupo aparte, los pescadores propietarios de ellas, algo desconfiados.

El sonido del tam-tam se debilita.

Mambroni se acerca a Felga, que disminuye el ritmo de su danza.

MAMBRONI (*A Felga, en voz baja*): Perdone, ¿están rodando una escena de alguna película?

FELGA: Casi.

DIRECTOR (*Irritadísimo*); ¡Vamos, atentos! ¡No me hagan gritar! No quiero gritar, hoy no me apetece. (*Al pintor, que está pintando un ojo en una barca.*) Giovanni, apúrate con ese ojo, que el tiempo va a cambiar.

PINTOR Un momento... Casi he acabado.

DIRECTOR: Hay que hacerlo en seguida. Todos aquí. Escuchad.

Lo siguen.

Se aparta un poco, seguido por Felga y otros figurantes y por Mambroni, que se ha puesto al lado de Felga. El director se arrodilla en la arena. Felga está de pie a su lado, con las manos detrás de la nuca, en una pose soñadora. También Mambroni se ha detenido junto al director. Lleva en la cabeza una toalla para protegerse del sol. El Director empieza a leer el guión:

DIRECTOR: La engañosa locura del jefe de los depredadores del desierto...

De repente advierte la presencia de Mambroni. ¿Qué hace usted aquí?

MAMBRONI: Perdone, soy un admirador de la décima musa...

DIRECTOR (*Fastidiado*): Bueno, pues aquí no puede estar. Márchese.

Mambroni se va, molesto. El Director empieza de nuevo a leer el guión. «Concibe un pian de temeraria ferocidad...» (*A Felga.*) Felga, por favor...

DIRECTOR (*Continuando*): ... Oscar, el beduino cruel, desembarca en la playa del harén del misterio, con sus legendarias balandras moriscas... especie de barcazas bien conocidas en las costas africanas...

Óscar el beduino cruel, se adelanta y ensaya su «cara feroz» y las actitudes de su papel, inmovilizándose en poses absurdas.

DIRECTOR (*Excitado*); ... y guía a sus diablos a la fatal derrota contra el Jeque Blanco... Después se acerca a una odalisca que está junto a una barca y brama de pronto:

ÓSCAR (*Bramando*): «¡Arrebatémosle todas las sulamitas a ese perro!».

DIRECTOR (*Con voz muy alta*): ¡Silencio!

El sonido del tam-tam se debilita de nuevo.

DIRECTOR: La noche africana estaba en su apogeo. En los marmóreos salones del Harén del Misterio, las bellas sulamitas...

Las muchachas vestidas de sulamitas, sentadas en la arena, ensayan lánguidas actitudes de sueño.

DIRECTOR (*Voz off*): ... dormían soñando con el Jeque Blanco. Sólo Felga, la griega misteriosa, dorada falena del harén, velaba, presa de una angustia bastante extraña...

Felga asume de pronto una pose de inspirada inquietud.

DIRECTOR (*Continuando*): Y junto a la griega misteriosa, otra criatura velaba, temblorosa e insomne: Fatma, la esclava fiel...

Vemos a la «esclava fiel»: es Wanda, con traje oriental. Está sentada en un patín de remos, soñadora, perdida en una inconsciente felicidad, aislada del mundo real.

Escucha con la boca abierta la fábula narrada por el Director, de la que milagrosamente forma parte. Ante ella, de espaldas, se sienta Fernando, que observa el trabajo del maquillador, que está retocándole las cejas.

Wanda, conmovida, repite para sí:

WANDA (*Murmurando*): Oh, no estoy nada tranquila... ¿Qué será lo que amenaza a mi Jeque? El maquillador está terminando de dar bistre a los ojos de Wanda. El Jeque la contempla con aire de entendido.

FERNANDO: Pónmela... más oriental...

El maquillador, un tipejo irascible, está molesto por la intervención de Fernando.

El jefe de grupo se acerca, tirando del ronzal del caballo blanco del Jeque y gritando a algunos comparsas que están tumbados en la playa.

JEFE DE GRUPO: ¡Acabaréis de una vez! No os pagamos, eh... ¿Creéis que habéis venido aquí a tomar el sol?

Fernando se dirige a otra odalisca y le grita:

FERNANDO: Eh, tú, tráeme la diadema... ¡Corre!

La muchacha le trae la diadema, que él enseña a Wanda. Ella la contempla admirada y repite, mientras Fernando le pone la diadema:

WANDA: «Oh, no estoy nada tranquila»... ¿Cree que saldrá bien?

FERNANDO: Claro que sí, querida.

DIRECTOR (*Congestionado, levantándose*): Y el velero maldito zarpaba hacia la destrucción, la muerte, el amor... ¡Todo dispuesto!... Rápido, vamos...

Se vuelve hacia Fernando.

DIRECTOR: ¿Preparado, Rivoli?

FERNANDO: ¡Preparado! El manto...

El maquillador da un retoque más al maquillaje de Wanda.

El director le grita, irritado:

DIRECTOR: ¡Eh! ¡Ya está bien de maquillaje!

Luego se dirige a uno de los fotógrafos.

< ¿Está preparada la primera máquina?

FOTÓGRAFO: ¡Preparada!

DIRECTOR: ¿Preparada la segunda?

VOZ (*Off*): ¡Preparada!

DIRECTOR (*Excitado*): ¡Todos a sus puestos! ¡Empezamos!

Fernando se acerca a Wanda, que está mirándose el peinado al espejo, y le dice, tomándole la barbilla con una mano y mirándola con aire de entendido:

FERNANDO: ¡Déjame ver! ¡Déjame ver!

El jefe de comparsas acude e invita a Felga a subir al camello.

JEFE DE COMPARSAS: Venga, vamos. Anda, sube rápida al camello, hale.

Y la ayuda a subir a la grupa del animal, que está acostado en la arena.

El director ha subido al podio.

Fernando coge a Wanda de la mano y se acerca a otro beduino.

FERNANDO: Ven acá, cógela en brazos. Cógela en brazos.

El beduino la toma en brazos.

FERNANDO: Vete allá atrás. Vete atrás, así, retrocede... Alto... Quieto.

El beduino, con Wanda en brazos, se detiene y se vuelve hacia Fernando.

(A Wanda): Mira hacia aquí. Clava tus ojos en mí. Así.

Wanda asume un aire soñador; Fernando se dirige al Director.

FERNANDO: ¿Está bien así, director?

El director, de pie en la torreta, grita gesticulando:

DIRECTOR: Vamos, atrás los beduinos.

El ayudante de dirección llega con un salacof, trepa por la torreta y se lo tiende al director.

AYUDANTE: Director, el casco.

DIRECTOR: Gracias.

Se quita el panamá y se pone el salacof. El ayudante le pasa después el megáfono.

DIRECTOR: ¡Todos a sus puestos para el rapto!

Fernando, que está subiendo a su corcel ayudado por Oscar, se queja:

FERNANDO: ¡Ay! Este se me encabrita de pronto, como si lo viera.

ÓSCAR: Es un monumento este caballo, no se mueve, puedes estar tranquilo...

Wanda sigue en brazos del beduino. Observa la escena y sonrío.

FERNANDO: No me puede suceder nada, porque si yo fallo no coméis ninguno.

El director, en la torreta, saca del bolsillo un silbato y da la señal de comenzar la escena, gritando órdenes. Fernando, a caballo, sonrío a Wanda y le manda un saludo.

Wanda responde sonriendo lánguidamente.

DIRECTOR: Oscar, ¿dónde estás?

Mientras los beduinos empiezan a arrastrar a las muchachas, Oscar, que está ayudando a apartar un quitasol, responde:

ÓSCAR: Aquí estoy, señor.

DIRECTOR: ¡A tu puesto! ¡A tu puesto! Prepárate para el duelo.

ÓSCAR: Sí, señor, aquí estoy, aquí estoy.

DIRECTOR: Vete para allá, vete para allá. Preparados. ¡Llevaos a las sulamitas! ¡El camello, a su sitio! ¡Que se adelante el camello!
El jefe de comparsas corre hacia la muchacha del camello.

JEFE DE COMPARSAS: ¡Más adelante! ¡Muévete con ese animal!

El Jeque, dispuesto a entablar el duelo con Osear, tiene problemas para desenvainar su espada.

DIRECTOR (*Off*): ¡Rivoli, saca la espada!

ÓSCAR: No perdemos tiempo aquí, ¿eh?

Fernando extrae finalmente la espada. El director continúa gritando excitadas órdenes, mientras los actores y los comparsas adoptan poses para la escena, y los fotógrafos se preparan a disparar.

DIRECTOR: ¡Allí, preparados, los caballos! ¿Qué hacen ahí? ¡Rivoli! Quietos, así está bien. ¡Preparados! ¡Quietos! ¡Quietos ahí! ¡Preparados! ¡Preparados, preparados!

Dos pescadores que observan las tomas intercambian una mirada de admiración.

¡Preparados! (*De pronto grita.*) ¿Quién es ese cretino? ¡Fuera!

FERNANDO (*Volviéndose y gritando*): ¡Eh, tú!

Oscar grita a su vez.

ÓSCAR: ¡Vete! ¡Imbécil! Y lárgate de aquí.

Es Mambroni, que está tranquilamente en medio de la escena, ante la muchacha del camello, siempre con su toalla en la cabeza, sonriendo a Felga. Los otros continúan lanzándole gritos insultantes. Por fin, Mambroni se da cuenta de que la han tomado con él y escapa.

DIRECTOR: ¡Quietos!... Quietos.

FERNANDO: ¡Preparado!

Oscar se inmoviliza en una pose feroz. Los beduinos agarran a las sulamitas. Otros las arrastran por el suelo o se las cargan a hombros. Entretanto, el director ordena continuamente a los fotógrafos que disparen.

Wanda, en brazos de su beduino, contempla todo extasiada, sonriendo.

El director la ve y monta en cólera.

DIRECTOR: ¡No se ría!

Fernando y Oscar asumen, en primer plano, una pose de duelo.

Wanda, en brazos de su beduino, sonrío extática.

VOZ DEL DIRECTOR (*Off*): Usted, no sonrío... ¡Esclava fiel! ¡Sería! ¡Sería!
Wanda sigue sonriendo.

El fotógrafo hace un gesto al director. Está preparado.

Director, gritando:

DIRECTOR (*Grita*): ¡La esclava no debe sonreír!

FERNANDO (*Volviéndose dulcemente a Wanda*): No te rías.

Wanda como saliendo de un sueño, parpadea y su sonrisa se cambia repentinamente en una mueca de preocupación, más real que fingida.

VOZ DEL DIRECTOR (*Off*): Eso es, así... ¡Preparados, dispara!

Travelling sobre el rostro de Wanda, tomado en su mueca de preocupación.

Interior «trattoria». Día

(SE OYE OFF EL SONIDO DE UNA GUITARRA, DE UNA MANDOLINA Y DE UN ACORDEÓN «O'MARE, O' CIELO, O' SOLE».)

VOCES CAMAREROS:

—¡Tres de callos!

—¡Uno de macarrones!

—¡Un consomé especial para el señor comendador!

Una típica «trattoria» de moda (tipo Alfredo en vía della Scrofa). Junto al mostrador de la cajera, entre un agitado vaivén de camareros que gritan los encargos a la cocina, Ivan termina de marcar un número de teléfono y espera que contesten. De pronto presta atención.

IVAN: ¡Oiga! ¿Hotel Tre Fiori? Quisiera hablar con... Póngame con la habitación número 32, por favor...

Mientras espera la comunicación, Rita, que evidentemente sale de los lavabos, se acerca a Ivan y le pregunta en voz baja:

RITA: ¿Se encuentra mejor?

Ivan le lanza una sonrisa y un gesto que indica que aun no lo sabe.

IVAN (*Al teléfono*): ¿Habitación 32?

Interior habitación Cavalli. Día.

El mozo, con un escobón y una bayeta en la mano, ha acabado de fregar el suelo y contesta al teléfono.

MOZO: Sí, habitación 32. Yo soy el mozo.

Interior «trattoria». Día.

Ivan al teléfono.

IVAN: ¿La señora Cavalli?

Ivan, viendo que Rita no parece dispuesta a irse, se pone más nervioso.

IVAN: Sí, soy yo, Ivan.

Lanza una sonrisa a Rita.

Rita, coquetuela, acerca la boca al micrófono y dice, melindrosa:

RITA (*Por teléfono*): ¡Muchas felicidades, querida Wanda!

Ivan se aparta, sonríe, se pone serio, traga aire y después, por el aparato:

IVAN (*Al teléfono*) : Es la prima Rita, que quiere felicitarte... ¿Cómo? Se lo agradeces... Sí, querida... (*A Rita*) ... Que muchas gracias...

Interior habitación Cavalli en el hotel. Día.

El mozo al teléfono. Su rostro expresa sorpresa.

MOZO (*Por teléfono*): Eh, pero aquí no hay nadie... Más tarde...

Interior «trattoria». Día.

Ivan al teléfono. Gruesas gotas de sudor perlan su frente. Rita trata de oír y de vez en cuando dice algo.

IVAN: Ahora estamos aquí, comiendo... ¿De veras no te apetece? Sí, haces bien, más vale que no cargues el estómago... Desde aquí iremos al teatro... ¿Tú no quieres?... ¡Lástima!... El tío ha buscado entradas... Se las ha facilitado el novio de Rita, el señor contable...

Interior habitación Cavalli. Hotel Día.

El mozo al teléfono. Ya no entiende nada.

MOZO (*Por teléfono*): El contable ha salido... Y también la señora ha salido... No hay nadie.

Interior «trattoria». Día.

Ivan al teléfono. La misma mímica de las escenas anteriores. Rita espera el final de la conversación telefónica.

IVAN (*Por teléfono*): Lo esencial es que estés bien esta noche... ¿Quieres que pasemos a buscarte después? ¿No? ¿Estás segura de que no necesitas nada? Que no quieres que los tíos... Bueno... Entonces te telefono después, desde el teatro, para ver si... Adiós, cariño... Recuerdos de Rita... Sí, adiós... Un beso...

Interior habitación Cavalli. Hotel. Día.

El mozo, estupefacto, mira el micrófono. Está a punto de contestar, pero siente el clic de que se ha interrumpido la comunicación y cuelga el teléfono.

Interior «trattoria». Día.

Ivan ha colgado el teléfono.

Rita y los demás están sentados a la mesa.

Ivan, se acerca, turbado y nervioso. El tío pregunta:

TÍO: ¿Viene al teatro?

IVAN (*Inseguro*): No sé, pero... no creo... Pero no tiene... no tiene nada de apetito...

TÍA: Pero un caldito...

TÍO: Por favor, no, no. Dieta...

MEDAGLIA (*Aventura*): Un poco de arroz blanco...

TÍO: Dieta total.

IVAN: Eso es, también yo lo creo... Sí, sí... tiene razón el tío. Toda la razón.

TÍO: Le estaba diciendo a Medaglia, querido Ivan, que eres un excelente versificador.

IVAN: ¡Hummm... hummm... hummm!

TÍO: Recítanos aquel que compusiste para tu prometida...

IVAN (*Confuso*): ¿Cuál, aquél de «Ella es graciosa, dulce y pequeña...»?

TÍA: Sí.

TÍO (*A Medaglia*): Una oda.

IVAN (*Corrigiendo*): Un soneto.

TÍO: Un soneto.

IVAN (*Declamando*): «... Ella es graciosa, dulce y pequeña, y la llaman todos...»

CAMARERO: (*Alegremente*): Llegan los tallarines calientes, calentitos.

Ivan se interrumpe con un nudo en la garganta y las lágrimas velan sus ojos. Inclina la cabeza en silencio.

CANCIÓN: O mare... o cielo... o sole... o sole... o cielo... o mare... o mare... o cielo... o sole...

TÍO (*Mientras cantan los músicos*): Un plato sustancioso, restaurador...

Exterior playa Fregene. Día.

El trípode y la máquina fotográfica, cubiertos con un paño negro. Cerca de la máquina, el fotógrafo. Se ha quitado los zapatos, se ha remangado los pantalones y come un bocadillo mirando al mar con los ojos entornados.

Se oye la música de un bailable.

Un beduino se acerca al camello, acostado en el suelo.

También el animal está comiendo.

El ayudante de dirección, sentado bajo un quitasol, estudia mentalmente unos encuadres.

Otro beduino se sirve una cerveza.

Un pescador ha tomado entre sus brazos a una odalisca y ha empezado a bailar.

Alejados de la orilla, donde comienza el monte bajo, otro grupo de comparsas.

Comen. Apartada del grupo, Felga sola, que come su bocadillo con «distinción», a menudos mordiscos.

Detrás de Felga, Mambroni espera pegar la hebra, pero es demasiado tímido. Felga ha acabado de comer su bocadillo, se frota las manos con un

pañuelo, se quita las migas del velo y mira a su alrededor, buscando su bolso. Mambroni, rápidamente, aprovecha la ocasión y le ofrece su pitillera.

(MUSIQUILLA RADIO)

MAMBRONI: ¿Un... (*Se aclara la garganta*) un cigarrillo? Felga se vuelve con fingida sorpresa. Sonríe.

FELGA: Realmente, buscaba el pañuelo, pero... (*Cogiendo un cigarrillo*) Gracias.

Mambroni, arrastrándose por la arena, se acerca a Felga y le tiende el mechero encendido.

Sentados en otro punto de la playa, Oscar y una joven sulamita están comiendo. La muchacha, mirando hacia Wanda y Fernando, dice:

MUCHACHA SULAMITA: ¿Y ésa es la nueva amiga de Fernando? ¡Uf, qué fea! ¿A ti te gusta?

Oscar se incorpora y pone la mano derecha en un muslo de la muchacha, diciendo:

ÓSCAR: A mí me gustas tú, me gustas...

La muchacha le aparta la mano.

MUCHACHA: ¡Déjame en paz!

Vistos desde donde está la muchacha, la playa, Fernando mientras tira piedras al agua y Wanda.

Wanda, sentada sobre una barca que ondea levemente, mira, extática, hacia Fernando. Tiene en las manos, intacto, su bocadillo, y a su lado, en un banquillo de la barca, una botella de cerveza.

Fernando ha tirado la última piedra, se frota las manos y le dice a Wanda, sonriendo:

FERNANDO (*Sonríe*): ¿No has comido?

WANDA (*Sacude la cabeza, sonriendo*): No. (*Tomando el bocadillo*) ¿Lo quiere?

FERNANDO: Encantado. Sin cumplidos.

Fernando coge el bocadillo y lo muerde con satisfacción.

FERNANDO: A mí el mar... (*Va a decir «me abre el apetito»*)... me atrae. (*Masticando*) Siento una voz... desde niño... ¡Iba a ser capitán de barco! (*Con tristeza*) En cambio... (*Se encoge de hombros, con una sonrisa de mofa*).

Coge la botella de cerveza, se la lleva a los labios, bebe un sorbo y después le da la vuelta.

Vacía... (*La tira lejos.*)

Un beduino observa los manejos de Fernando, mientras el Ayudante, sentado junto al Director, que dormita, continúa haciendo encuadres con los dedos.

Unos niños han empezado a tocar los tambores de los beduinos.

De repente, Fernando coge en brazos a Wanda y la mete en la barca.

FERNANDO: Monta, vamos.

WANDA: Pero..., pero ¿qué...?

FERNANDO: No te preocupes. El beduino se vuelve para advertir al Director.

BEDUINO: ¡Eh, director! Nando coge la barca.

El Ayudante se pone de inmediato en pie.

Fernando está empujando la barca hacia el agua, ayudado por un grupo de muchachos.

El Ayudante lo llama:

AYUDANTE: Nando... Nando... ¿A dónde vas con la barca? ¡Vuelve aquí!

Fernando da un último empujón a la barca, que se desliza en el agua, y salta a bordo.

También el Director se ha puesto en pie, junto con el fotógrafo, y mira alarmado a Fernando, que adentra en el mar con la barca.

Interviene el pescador, propietario de la barca.

PESCADOR: ¿A dónde va ése con mi barca? (*Al Director.*) ¡Ay, señor, ése me la destroza!

El Director grita con fuerza, autoritario:

DIRECTOR: ¡Nandooo!

FUNDIDO ENCADENADO

La barca, como vista por el Director, el pescador y el fotógrafo, está yendo a favor del viento, alejándose,

Interior barca. Día.

Wanda, en la barca, se bambolea de acá para allá como un péndulo debido a los movimientos de la embarcación; mira ya a Fernando, con infinita y feliz

emoción, ya a la orilla que se aleja, con instintiva inquietud.

A lo lejos, en la orilla, se oyen las llamadas del Ayudante de Dirección.

VOZ: ¡Nandooo! ¡Nandooo!

WANDA: ... No sé qué me pasa... Qué extraño, me parece que no soy yo...

FERNANDO (*Pensativo*): ... Cuando voy en barca me sucede lo mismo. (*Hablando «a lo fino»*) Una extraña y amarga felicidad se apodera de todo mi ser...

Fernando alza los ojos hacia arriba.

< ¡Oh! ¡Una gaviota! (*Silba a la gaviota*).

También Wanda alza los ojos para mirar a la gaviota.

< ¡Hola, gaviota! ¡Querida gaviota!

Wanda sonrío, extasiada.

Fernando reanuda la conversación con Wanda. Está claro que cita de memoria una reciente lectura de fotonovela.

< ...una felicidad que proviene del recuerdo de una vida posterior (*Piensa un instante*) ... anterior, cuando quién sabe quiénes éramos nosotros dos. Quizás yo un pirata y tú... ¡se me antoja que tú una sirena!

WANDA (*Invasada por una ola de emoción*): ¡Qué estúpida! Me dan ganas de llorar... Y sin embargo soy tan feliz... Soy loca y feliz... ¿me cree?

Fernando sonrío, saboreando su éxito literario. Después:

FERNANDO: Siéntate aquí. Ven, hazme el favor. Ven.

Wanda se sienta junto al Jeque.

Fernando ciñe los hombros de Wanda con un brazo.

Wanda, repentinamente turbada, baja lentamente la mirada, seria e instintivamente reacia.

Fernando le alza la barbilla, inclinando sobre ella un rostro que refleja una actitud de intensa pasión, los ojos entornados, las ventanillas de la nariz dilatadas y temblorosas.

FERNANDO: Nena... Fernando hace ademán de besarla. Wanda le baja la mano, con serio y turbado candor. Fernando pone la cuerda de la vela en manos de Wanda.

FERNANDO: Sostén aquí...

Después intenta de nuevo el beso. Pero Wanda lo esquivo y le devuelve la cuerda.

WANDA: Tenga.

Fernando queda cortado. Con una sonrisa forzada en la cara:

FERNANDO: ¿Miedo?

WANDA (*Hace un gesto negativo*): No...

FERNANDO (*Amargo*): ¿Quizás... desagrado?

WANDA (*Hace un gesto negativo, más enérgico*): No.

FERNANDO: ¿Entonces?...

WANDA (*Turbada*): Entonces, no.

FERNANDO (*Con su habitual sonrisa, apremiante*): ¿Por qué no?

WANDA (*Repite, turbada*): Porque no...

Fernando la mira fastidiado, como si por fin se diera cuenta del tipo de mujer con que se enfrenta y de la táctica que hay que seguir. Su rostro asume una expresión de amarga pasión.

Vuelve la mirada al mar y queda en silencio durante unos instantes. Después, sin volverse a Wanda, dice:

FERNANDO: Entonces, ¿por qué me has ilusionado?

Wanda, como ante una acusación inesperada e insoportable:

WANDA (*Muy turbada*): No puedo escucharle, Fernando... Hay cosas más grandes y más fuertes que nosotros... ¿No?

FERNANDO (*Que no entiende*): ¿Qué cosas?

WANDA (*En un susurro*): No soy libre...

FERNANDO (*Algo enfadado, casi impaciente con tanto sofisma*): ¿Por qué? ¿Estás prometida? ¡Qué mas da! Entonces yo, ¡que soy casado!

Wanda se estremece. Evidentemente la revelación la coge de improviso y la trastorna. Mira fijamente a Fernando, como si todas sus ilusiones estuvieran a punto de derrumbarse.

WANDA (*Como antes*): ¿Casado?

Fernando, cortado:

FERNANDO (*Se encoge de hombros*): Casado.

[Exterior playa Fregene. Día.

(VIENTO Y RUIDO DE OLAS)

374.

En la playa, donde está diseminada la *troupe*, el Director, de pie en el límite de la escollera, escruta a lo lejos el mar, preocupado y encolerizado.

Hace altavoz con las manos y grita muy fuerte:

DIRECTOR: ¡Nandooo!...]

WANDA: ¿Casado?

El Jeque la mira en silencio, primero muy asombrado por el desconcierto de Wanda; después, interpretándolo a su manera, como fatuo que es, continúa con una leve sonrisa.

JEQUE: ¿Te disgusta?... Bah, no tienes que estar celosa... No la amo...

El rostro de Wanda expresa un estupor aún más severo. Se aparta despacio.

El Jeque advierte por fin que se ha equivocado de camino y, por instinto, recurre al remedio más inmediato.

JEQUE (*Patético, amargo*): No me juzgues mal... Tú no sabes... Río, bromeo... (*Viendo que el énfasis es el adecuado, continúa, marcando aún más el tono de histriónica y patética mentira*) Esa mujer ha arruinado mi vida...

Wanda escucha ahora sorprendida y muy tensa, afectada y turbada...

WANDA (*En un susurro*): ¿De veras?

FERNANDO: Sssssí...

WANDA: Cuénteme, Fernando.

FERNANDO: No, no me preguntes.

WANDA: Por favor..., por favor...

FERNANDO (*Amargamente, con una leve sonrisa*): El caso es que yo... (*Fernando deja caer la cabeza en silencio, para ganar tiempo. Se acerca a Wanda, que esta vez no se lo impide.*) Es un historia falsa y desleal... Yo amaba a otra, Milena... Era hermosa... hermosa como tú... (*Corrigiéndose*) Tú eres mucho más hermosa. Iba a llevarla al altar... pero el día de la boda, con un desleal engaño, con un filtro mágico...

WANDA: ¿Qué?

FERNANDO: Un filtro... mágico... La mujer que hoy es mi esposa me durmió.

WANDA: ¡Madre mía!

FERNANDO: Me hizo perder la memoria... Te lo juro... No me enteré de nada y cuando recuperé el conocimiento supe que Milena había desaparecido...

WANDA: ¿Desaparecido?

FERNANDO: Quizás haya muerto...

WANDA: ¡Muerta!

FERNANDO: ¡Vete tú a saber!

WANDA (*Turbada y conmovida*): Pobre Milena... Un filtro mágico...

Wanda se coge la cabeza entre las manos e insensiblemente resbala sobre el fondo de la barca.

FERNANDO (*Pausa*): No pensemos más en ello. Perdóname... ¿Me crees digno de tu amor?

WANDA: ¡Oh, sí!

Fernando se sienta inmediatamente junto a ella en el fondo de la barca. Toma a Wanda en sus brazos.

FERNANDO: Pero ahora te he encontrado a ti... ¿Qué importa lo demás...? El pasado no vuelve... Dame un beso...

WANDA: ¿Qué?

FERNANDO: Un beso... (*Impaciente*) Venga, dame un beso...

Fernando hace ademán de besar a Wanda. Esta lo mira extática, después lo atrae hacia sí de pronto, espantada.

El mástil que sostiene la vela, suelto, se ha movido y golpea un par de veces la cabeza de Fernando.

FERNANDO (*Grita*): ¡Oh, Dios! ¡Madre mía!... La vela... La cuerda...

[Wanda está aterrada. El mástil se zarandea de un lado a otro e impide moverse a Wanda.

WANDA: ¿Y ahora? ¿Qué hago?... ¡Oh, Dios mío!

390.

El fuerte viento balancea peligrosamente la barca. La vela se zarandea. Wanda, tras un instante de vacilación, suelta una cuerda y la vela cae ruidosamente, cubriéndolos a ella y a Fernando.

391.

Wanda asoma de la maraña de velas y cuerdas y se afana por ayudar a Fernando.

Ve un cubo, lo agarra, lo llena de agua.

Se acerca a Fernando y le rocía un poco de agua en la cara, delicadamente.

WANDA (*En voz baja*): Don Fernando...

392.

Fernando no se mueve.

393.

Wanda está aterrada.

WANDA: ¡Oh!... ¡Y si está muerto!

De muy lejos llega, entre el fragor del viento, la voz del Director:

VOZ DIRECTOR OFF (*Lejanísima*): ¡... ndooo!...

394.

Wanda mira hacia la orilla y responde con voz normal, como si el Director estuviera a dos pasos.

WANDA (*Con tono de voz normal*): Sí..., ya vamos...

Mientras se vuelve hacia la orilla, vacía sin darse cuenta el cubo en la cara de Fernando.

395.

Fernando, bajo la repentina ducha, vuelve en sí con un profundo suspiro. Hace ademán de ponerse en pie.

FERNANDO (*Con voz ronca*): ¡Joroba!... ¿qué ha ocurrido?...

396.

Wanda lo empuja hacia el fondo de la barca.

WANDA: Nada... Tranquilo... Se ha golpeado...

397.

Fernando cierra los ojos, luego los abre. Su mirada va hacia la vela caída, hinchada por el viento.

FERNANDO (*Como antes*): La vela... ¿qué pasó? Fernando se toca la nuca, dolorido.

¡Ay!... ¡Ay!...

Mira a Wanda y se da cuenta del fracaso de su aventura. Tiene una última inspiración.

Al menos... dame un beso...

WANDA (*Maternal*): No... ahora debes descansar... Yo velaré por ti...

Fernando entorna los ojos y apoya de nuevo la cabeza en el fondo de la barca...

VOZ DIRECTOR (*Lejanísima*): ¡Nandooo!...

398.

Wanda se le acerca, lo mira con intenso amor.

WANDA (*Como antes, en un susurro*): Yo velaré por ti...]

Interior Teatro de la Opera. Día.

El paraíso.

Ivan y todos los parientes están de pie y aplauden excitados, junto con el resto del público. Se oyen gritos de bis:

VOCES PÚBLICO: Bis... bis...

El director de orquesta. Espera a que cesen las aclamaciones, y luego empieza a dirigir.

El escenario visto desde el paraíso. El barítono y la soprano repiten el dueto. El barítono es flaco. La soprano, gruesa.

BARÍTONO (*Cantando*): «*La'ci darem la mano...*».

El paraíso. Ivan, que no puede más, se ha levantado con cara terrosa y comienza a salir de la fila en la que está encajado.

Su decisión ha provocado cierta contrariedad en el grupo de los parientes.

VOZ SOPRANO (*Off*): «*Vorrei e non vorrei... Mi trema un poco il cuor. Felice inver sarei, ma può burlarmi ancor*».

El tío Cavalli, trastornado y severo, hace un ademán para detenerlo, pero Ivan, decidido, prosigue.

EL TÍO (*Severísimo, en un susurro*): ¿Qué haces? Quédate sentado...

IVAN (*En un susurro*): ¡Vuelvo en seguida! Ivan franquea las rodillas de su tío y avanza por la fila, obligando a todos a desplazarse o levantarse, con ruido de butacas y de pies. Ivan ha llegado al pasillo y se dirige a la salida.

Pasillo paraíso Teatro de la Opera. Interior. Día.

Ivan asoma por el largo pasillo desierto; avanza a toda prisa, buscando ansiosamente, con la mirada, algo.

Un acomodador de librea lo ve y le sisea:

ACOMODADOR: Chsssss...

Ivan le indica con un gesto que se acerque.

IVAN (*En voz baja*): Perdone, ¿dónde está el teléfono?

ACOMODADOR: Abajo...

IVAN: ¿Abajo?

El acomodador indica hacia abajo y repite su gesto de que guarde silencio. Ivan se dirige de puntillas hacia la puerta de las escaleras.

VOZ BARÍTONO: «*Vieni mio ben diletto...*»

VOZ SOPRANO: «*Mi fa pietà Masetto...*»

Interior. Portería Hotel Tre Fiori. Día.

El portero, muy fastidiado, está gritando por teléfono.

PORTERO: ¡Diga! ¡Diga!...

Pasillo paraíso Teatro de la Opera. Interior. Día.

Ivan al teléfono.

IVAN (*Con voz alterada, sofocada*): Oiga... Oiga... Se da cuenta de que no ha apretado el botón de la ficha y lo aprieta afanosamente, pero la ha

metido mal, y la vuelve a introducir con mano temblorosa. Dice, con voz casi llorosa:

IVAN: Oiga... Soy el señor Cavalli...

Interior portería hotel Tre Fiori. Día.

El portero:

PORTERO (*Feroz*): ¿Quién?

Interior pasillo paraíso Teatro Opera.

Ivan al teléfono.

IVAN: ¿Ha vuelto?

Interior portería hotel Tre Fiori.

El portero al teléfono.

PORTERO (*Exasperado*): ¡Le he dicho que no!

Y cuelga.

Interior pasillo paraíso Teatro Opera. Día.

IVAN (*Casi vacilando, con aliento entrecortado*): ¿Ah, no?... ¿Todavía no?...

Se le apaga la voz. Sin añadir nada más, cuelga lentamente el auricular y queda inmóvil, apoyado en la pared, como un saco de trapos, con la cabeza vuelta al teléfono.

De la sala siguen llegando las voces de la soprano y el barítono, interpretando el dueto.

Exterior. Comisaría de Policía. Día.

Un jeep con la inscripción «Policía» está parado ante la entrada, con un agente en su interior. Bajo el jeep, un mecánico realiza una reparación.

Despacho del Comisario (Policía). Interior. Día.

Una habitación con dos mesas, otros muebles de oficina. Una pared del cuarto está ocupada en su parte inferior por un voluminoso archivo (cartapacios atados con cintas) y en la parte superior por una ventana oblonga que da a un pasillo.

Otra ventana da al patio. Una puerta comunica con otros despachos.

Un agente se acerca al Comisario, sentado a su mesa, y le susurra algo al oído. El Comisario hace un gesto afirmativo con la cabeza y el agente se vuelve a mirar...

... a Ivan, que avanza trastornado hacia la mesa del Comisario.

El Comisario, sin alzar la vista de un papel.

COMISARIO: Siéntese, siéntese...

Ivan vacila. El suboficial cierra la puerta y se dirige a su mesa, ocupándose de sus expedientes.

Ivan se detiene en el centro de la estancia y después se acerca lentamente a la mesa del Comisario, sin sentarse.

El Comisario lo mira de arriba a abajo un instante, repitiendo con cierta impaciencia mientras sigue escribiendo:

COMISARIO: Siéntese... (*Y, tras un instante*) Veamos...

Ivan se ha sentado en el borde de la silla, con el sombrero en las rodillas. Traga saliva a duras penas.

El Suboficial sigue ajetreándose con los expedientes archivados.

El Comisario alza por fin la vista hacia Ivan, dejando de escribir y observándolo a través de sus gafas de oro; después lanza una rápida mirada al impreso y, como repitiendo lo escrito en él:

COMISARIO: «Motivos delicados»... ¿Qué pasa? ¡Vamos!...

Ivan trata de aclararse la voz, y tras un instante de silencio pregunta:

IVAN (*Con voz sofocada, estrangulada*): Lo que voy a declarar... ¿lo escriben en los periódicos?...

COMISARIO (*Irritado, casi agresivo, escrutándolo tras las gafas*): ¿Por qué?...

IVAN (*Muy digno, a media voz, cansadamente*): Porque tengo parientes muy bien situados aquí en Roma... Y soy muy conocido en Altavilla Marittima...

El Suboficial vuelve la cabeza para mirar a Ivan con curiosidad divertida.

El Comisario menea la cabeza y mira de nuevo el impreso, mientras trata de encender medio cigarrillo que ha puesto en la boquilla.

COMISARIO (*Conteniéndose*): Motivos delicados... ¿O sea?

IVAN (*Algo aturdido*): ¿Qué?

COMISARIO (*Silabeando, marcadamente*): ¿O-se-a?... El Suboficial se sienta ante la máquina de escribir y mete los papeles del atestado.

Ivan saca fuerzas de flaqueza y empieza a hablar trabajosamente, aunque tratando de dar a su narración un tono de algo normal y tocando nerviosamente los timbres de la mesa del Comisario.

IVAN: Esta mañana... Una señora del hotel Tre Fiori... hacia las nueve y media... desde el hotel Tre Fiori... fue a la calle 24 de Mayo... (*Y no dice más*). El Comisario lo mira fijamente.

IVAN (*Tras un largo silencio*): ... Y aún no ha vuelto... (*Tras una breve pausa*.) Además, han encontrado una carta de la que no se sabe...

COMISARIO (*Desorientado*): ¿Qué?

IVAN: No saben... el marido de esa señora no sabe ni la intención ni la procedencia de esa carta, pues es seguro que dicha señora no tenía amigos en Roma... Ahora bien, basándose en estos elementos... se quería saber... la autoridad investigadora debería saber cómo...

COMISARIO (*Como antes*): ¿Cómo qué?

IVAN: Cómo esa señora del hotel Tre Fiori fue a la calle 24 de Mayo...

El Comisario mira a Ivan y tiende la mano para coger la carta. Ivan se resiste.

IVAN: No, por favor... Déjela...

COMISARIO: «¡Oh, mi muñeca apasionada! Si vienes pronto a Roma, como dices, ven a verme. Pasaremos juntos una hora inolvidable. Tu Jeque Blanco.» El Comisario clava la mirada en Ivan; después sonrío.

COMISARIO: ¿Y la muñeca apasionada sería usted?

IVAN (*Con una sonrisa*): ¿Yo? No... es..., se presume que es la señora.

COMISARIO: ¿Y usted quién es?

IVAN: Yo quisiera conservar el incógnito.

COMISARIO: Ah, sí. (*Mostrando la carta*) Y ese árabe, ese jeque blanco, ¿lo conoce usted?

IVAN (*Sonríe como ante una pregunta absurda*): ¿Cómo voy a conocerlo? Si lo conociera no estaría aquí...

El Comisario baja los ojos, pensativo, y relee para sí la carta.

COMISARIO: Nosotros, en cambio, tendríamos que conocerlo... Claro...
(Pausa) Quíteme una curiosidad...

IVAN (*Tranquilo*): Dígame...

Ivan, nerviosamente, toca el tintero, se mancha de tinta un dedo y, sin darse cuenta, se lo pasa por la cara, manchándose.

COMISARIO: Y cuando usted encontró esta carta, ¿la tenía la señora en cuestión?

IVAN: No..., en un reguero de agua... En el suelo. El Comisario alza la vista y ve a Ivan con la cara manchada. Queda sorprendido. Adopta una actitud atenta, cortés, como si se enfrentara con un loco y no quisiera llevarle la contraria.

COMISARIO (*Condescendiente*): Ah, sí...

IVAN (*Tratando de explicarse*): Evidentemente, al salirse el agua de la bañera el reguero hizo flotar la carta y yo la vi... (*Explicando*) Se supone que la señora se disponía a bañarse...

COMISARIO: Suposición sensatísima... Esto lo explica todo...

IVAN (*Con algo de esperanza*): ¿Usted cree?

COMISARIO: Está muy claro, señor..., ¿señor?

IVAN (*Cayendo en la trampa*): Señor Cavalli... Ivan Cavalli...

COMISARIO: Ah... (*Dirigiéndose al suboficial.*) Ivan Cavalli.

El suboficial empieza a escribir velozmente a máquina.

Ivan está espantado.

COMISARIO: ¿Hijo?

IVAN (*No entiende*): Hijo...

COMISARIO: El nombre de su padre.

Ivan, tras un instante de vacilación, responde dignamente, a media voz:

IVAN: Perdone, pero... ¿qué tiene que ver mi padre?

El Comisario hace un gesto de irritación.

COMISARIO: ¡Ah!... (*Grita*) ¡Filiación!

IVAN: ¡No grite!

COMISARIO (*Ablandado*): No grito. (*Paciente*) ¿El nombre de su padre?

IVAN (*Entre dientes*): Luigi.

COMISARIO (*Seco, al suboficial*): Luigi Cavalli. (*A Ivan*) ¿El nombre de la señora?

El suboficial escribe.

IVAN (*Agitado*): Pero no es indispensable...

El Comisario, en tono conciliador, paternal, se acerca a Ivan, le apoya una mano en el hombro y hace un gesto con la cabeza al suboficial.

COMISARIO: Ya lo sé, ya lo sé, pero... verá, señor Cavalli..., es un formalismo para ayudarle. Le diré que hace tiempo que lo esperaba. Más aún, empezaba a inquietarme. ¿Por qué no vendrá el señor Cavalli?, me decía precisamente ayer. Vamos, ¿el nombre de la señora?

IVAN (*En un susurro*): Wanda Giardino...

COMISARIO (*Insinuante*): ¿De Cavalli? Ivan se pone en pie de golpe.

IVAN (*Tragando saliva*) : Señor Comisario, no me arruine... Nadie debe saber nada... Mi padre es concejal y veterinario... mi tío, aquí, es una alta personalidad del Vaticano...

El Comisario hace un gesto exageradamente afirmativo.

COMISARIO (*Extremadamente cortés*): Deme dos minutos de tiempo y nos ocuparemos de todo. Entre tanto, quédese tranquilo. (*Saca la pitillera del bolsillo y la ofrece a Ivan*) Coja un cigarrillo, por favor.

Ivan va a coger medio cigarrillo.

< Por favor, por favor, coja uno entero. (*Ivan coge uno entero*).

El Comisario guarda la pitillera en el bolsillo.

< Y espere aquí, sin agitarse. Se lo ruego, ¿eh?

Se dirige hacia la puerta, donde están el suboficial y otro agente de paisano.

< Sin agitarse.

Ivan continúa hipando. Antes de salir, el Comisario agrega:

COMISARIO: Ya verá cómo le damos una buena lección al Jeque. Ya lo verá.

Sale y cierra la puerta. Ivan, que se ha quedado solo, se pone en pie y va a escuchar cautelosamente a la puerta.

Otro despacho Comisaría (Policía). Interior. Día.

El Comisario se dirige al Suboficial, diciéndole:

COMISARIO: Vaya a llamar al doctor Bonatti.

SUBOFICIAL (*Marchándose*): Está bien.

Interior despacho Comisario.

Ivan, tras la puerta, ha oído estas palabras y agarra el pestillo para abrir, pero está cerrada con llave.

Interior otro despacho Comisaría.

El Comisario, que se ha quitado las gafas y saca un pañuelo del bolsillo para limpiarlas, dice para sí, echando una ojeada a la puerta tras la que está Ivan y alzando los ojos al cielo.

COMISARIO: ¡Ah, qué tiempos estos! Acabaremos todos locos.

Despacho Comisario. Interior. Día.

Ivan comprende de pronto la situación. Se aparta de la puerta, agitado, y va hacia la ventana, de puntillas. Mira hacia fuera.

Como visto por Ivan, un patio. Un pelotón de agentes está bajando de una camioneta.

Ivan se aparta rápidamente de la ventana y mira a su alrededor. En la pared del fondo ve la ventana oblonga que da al pasillo.

Se dirige a la carrera hacia ella. Pero por una puerta entra un agente con un montón de expedientes en la mano.

Ivan disminuye la marcha, tratando de parecer tranquilo.

Al llegar a la altura de la puerta se lanza por ella, encontrándose en un largo pasillo. Tras un instante de vacilación, echa a correr en dirección a las escaleras. Pero debe pararse de nuevo y dar media vuelta porque aparece otro agente con un montón de expedientes en los brazos. El agente le grita:

AGENTE: Eh, joven, écheme una mano, por favor.

Ivan se vuelve de golpe y, aliviado, ayuda al agente a dejar en el suelo la pila de cartapacios.

< Muchas gracias.

El agente desanda su camino limpiándose el polvo, mientras Ivan prosigue por el pasillo.

Escaleras Comisaría. Interior. Día.

Ivan está bajando rápidamente las escaleras, presa de una viva agitación.

En la barandilla de un rellano aparece el Suboficial, que llama en voz muy alta:

SUBOFICIAL: ¡Ivan Cavalli!

Ivan se detiene aterrorizado, mirando hacia arriba.

En la barandilla del piso superior al del Suboficial se asoma otro agente, que llama con voz cavernosa y tonante:

AGENTE: ¡Cavalli, Ivan!

Ivan, aterrorizado, no consigue moverse. Se recupera al oír la voz de un suboficial que hace la instrucción con el pelotón de agentes del patio.

VOZ SUBOFICIAL: Un-dos. Un-dos. Un-dos.

Ivan sigue descendiendo cautamente, mirando hacia arriba con el rabillo del ojo.

Patio Comisaría. Exterior. Día.

Ivan sale por la puerta de servicio y ve al pelotón de agentes que hacen la instrucción a las órdenes de un suboficial.

VOZ SUBOFICIAL: Un-dos. Un-dos...

Tras unos instantes de vacilación, Ivan se dirige hacia el pelotón, que entretanto ha dado media vuelta a la derecha y le da la espalda.

< ¡Vuelta... a la der...!

Pero el suboficial ordena media vuelta y también Ivan debe darla y preceder al pelotón.

< ¡Media... vuelta...!

Tras un par de evoluciones más, en las que sigue o precede al pelotón, Ivan pasa entre las dos filas en sentido inverso al del propio pelotón y llega por fin a la salida.

[Exterior plaza Teatro de la Opera. Día.

471. FUNDIDO ENCADENADO.

El gran edificio del Teatro de la Opera aparece ahora cerrado y silencioso. También está semidesierta la plazoleta contigua.

472.

Ivan llega jadeante y se detiene con la mirada clavada en...

473.

... las puertas cerradas y atrancadas del Teatro.

474.

El rostro de Ivan expresa un espanto gradual, cada vez más profundo y aterrado, como si se despertara a la realidad, una realidad terrorífica: el Teatro está cerrado, el espectáculo terminó...

IVAN (*Aterrado*): ¡Dios mío!...

Ivan se lleva las manos a la cabeza, fuera de sí.

IVAN (*Trastornado, balbuciente*): ¡Dios, Dios, Dios!... ¡Se han ido al hotel!... (*Con un grito abogado*) ¡No!...

E Ivan echa a correr, enloquecido, por el centro de la plaza, lanzándose con los brazos abiertos ante un taxi que está pasando.

475.

El taxi frena bruscamente, con rechinar de frenos, y el taxista, estupefacto y encolerizado, asoma la cabeza por la ventanilla.

476.

Ivan se ha quedado temblando, ante el chófer, agarrando con mano convulsa la manija de la portezuela anterior.

IVAN (*Balbuceando, sin conseguir recordar en su frenesí el nombre de su hotel*): Al hotel... Hotel... Hotel... (*Con un rabioso sollozo, dando una patada en el suelo*) Aquél..., allí..., el que está allí..., el que está allá...

Desesperado, se deja caer junto al estupefacto chófer, con una expresión de voz sollozante, que parece un estornudo.

IVAN: ... ¡Nazionale!... ¡Pronto!...

477.

El taxi se pone en marcha.

Interior delantera taxi. Día. (Transparencia.)

478.

Ivan, sentado junto al chófer en el taxi a todo correr, tiene la mirada clavada ante sí, mordiéndose los labios, muy agitado...

479.

... La calle, ante el morro del coche a la carrera, está llena de automóviles, trolebuses, peatones...

480.

El chófer lanza una mirada preocupada y llena de sospechas a Ivan, que parece estar en ascuas.

IVAN (*Con un gemido*): ¡Más rápido!... Más rápido...

De pronto, al ruido de la calle se superpone el de una charanga de «bersaglieri» que se acerca.

(CHARANGA DE LOS «BERSAGLIERI»)

481.

IVAN (*Preocupado*): ¡Adelante!... ¡Muévase!

CHÓFER (*Volviéndose*): Ni que fuera tonto... Son los «bersaglieri»...

482.

Ivan mira convulsamente a izquierda y derecha.

(CHARANGA MÁS PRÓXIMA)

Ivan, trastornado, desesperado, amenaza histéricamente al cielo con un puño, lanzando un débil gemido:

IVAN: ¡Ay!... (*Al chófer*) Dé la vuelta..., pase por detrás..., dé la vuelta...

CHÓFER (*Enfadado y asombrado*): ¡Demontre!

Exterior Calle en Roma. Día.

483.

Una compañía de «bersaglieri» con su charanga al frente atraviesa a la carrera la encrucijada.

(CHARANGA FORTÍSIMA)

Los otros coches se ponen en marcha.

Interior delantera del taxi. Día. (Transparencia.)

484.

El chófer se vuelve a Ivan.

CHÓFER (*Más amable, explicándose*): También yo fui «bersaglieri». ¿Y usted?

IVAN (*Agitado*): ¡Dese prisa!... Adelante..., ¡en marcha!

CHÓFER (*Cándido*): Pero, ¿qué prisa tiene?

485.

El taxi se pone en marcha. Ivan cierra los ojos y aprieta las mandíbulas para no gritar.

(SE ALEJA LA CHARANGA)

Exterior hotel Nazionale, Día.

486.

Detalle de la muestra del Hotel Nazionale.

Panorámica hacia abajo sobre la calle; el grupo de los parientes dista unos cincuenta metros del hotel, y avanza compacto e irreductible.

487.

Por una calle asoma, a gran velocidad, rechinando en la curva, el taxi de Ivan:

Interior delantera taxi. Día.

488.

Ivan mira con ojos febriles ante sí y ordena con un grito ahogado.

IVAN: ¡Tío! (*Al chófer*) ¡Párese!

(CHIRRIDO DE FRENOS)

489.

Ivan abre la portezuela del taxi y baja a la carrera.

Exterior calle hotel Nazionale. Día.

490.

Ivan ha bajado a la carrera del taxi. Alza los brazos y grita sin moderación hacia...

IVAN (*Grita*): ¡Tío! ¡Oh! ¡Tío!

491.

... el grupo de parientes, que avanza, hacia la entrada del hotel. Los parientes se vuelven de golpe, sorprendidos, y se detienen.

492.

Ivan corre hacia ellos, jadeante, flaqueándole las piernas.

FUNDIDO ENCADENADO.

Café «Grande Italia». Interior. Noche.

493.

Cinco «damas vienesas», con traje de noche blanco, tocan en un tablado.

(ORQUESTA, TOCA UNA PIEZA CARACTERÍSTICA)

El local está atestado. Todos los clientes escuchan la orquesta. A los pies del tablado, una mesa ocupada por Ivan Cavalli, el tío, la tía, Rita, Medaglia y el nietecito. Todos están comiendo helados, la «gran copa Italia», enorme composición de crema y nata con un barquillo plantado en el medio.

494.

Las cinco damas. La dama que toca el violín es también la directora de la orquesta. Alza el arco con remilgada gracia, sonriendo hacia fuera de campo a un cliente habitual.

495.

Un camarero que se desliza silencioso con una enorme bandeja cargada.

Pasando en panorámica se descubre primero la mesa de Ivan Cavalli, cuyos cinco ocupantes continúan comiendo helado con ritmo siempre igual.

496.

El tío mira a Ivan. Hay en sus ojos una sombra de sospecha.

(RUIDO DE CUCHARA QUE CAE)

Ivan sonrío a Rita. Ivan se inclina a recoger la cuchara. La tía mira a Ivan. Se interrumpe un instante con su helado. Después vuelve a tomarlo más

deprisa.

El contable Medaglia mira a Ivan a hurtadillas, mientras come su helado.

497.

Hay una atmósfera de sospecha. Ivan se inclina una vez más a recoger la cuchara. Mira hacia fuera de campo, a...

(RUIDO DE CUCHARA QUE CAE)

498.

... la puerta de entrada. Están entrando dos policías. Ivan se queda con la cuchara en el aire.

(ORQUESTA QUE ACABA ESTRUENDOSAMENTE LA PIEZA)

CORTE.]

Exterior playa Fregene. Atardecer.

El perfil negro de una barcaza de motor se desliza sobre el mar, ya más tranquilo, contra la luz del último rayo de sol...

(RÍTMICO SONIDO DE UN MOTOR.)

La barcaza arrastra, a remolque, la barca de vela del Jeque Blanco.

VOZ DIRECTOR (*Off*) (*Gritando*): ¡Inconsciente, criminal!... Hace tres horas que te esperamos. Hemos perdido todo el día. Me lo has estropeado todo.

El Jeque y Wanda están sentados en la barca, alejados uno de otro, muy mohínos, serios y acobardados. El Jeque se alza y va hacia la proa de la barca.

Playa Fregene. Exterior. Atardecer.

En la playa, diseminada a la espera, está toda la «troupe». El director, furioso, hace altavoz con las manos y continúa gritando.

DIRECTOR: Esta tarde te liquido el contrato, ¿sabes? Igual que te creé, te destruyo.

Interior barca de vela. Atardecer.

DIRECTOR (*Off*): Y así vuelves a ser barbero. O mozo de carnicería. Ese es el trabajo que te va, patán.

El Jeque, ante los insultos que ahora oye claramente, lanza una ojeada a Wanda, turbadísima, y trata de adoptar una actitud de indiferente

superioridad, barbotando algo y encogiéndose de hombros con una sonrisita.

JEQUE (*Refunfuñando*): ¡Pse!... (*A Wanda*) ¿Lo oyes?

Exterior playa Fregene. Atardecer.

El Director continúa gritando a voz en cuello:

DIRECTOR: No, no digas nada. ¡No digas nada! ¡Cállate, sabes! No tienes conciencia. No tienes honor profesional...

Entre tanto la barca ha llegado a la orilla, con Fernando erguido en la proa. Unos pescadores empiezan a vararla. Continúan oyéndose los insultos del Director (*Off*).

DIRECTOR (*Off*): ¡Mirar a este payaso!

Una buena moza, robusta, de expresión enérgica, está inmóvil en la playa, con las manos en jarras y mirada amenazadora.

<... Eres un retrasado mental, un cretino, como todos tus admiradores...

El Jeque salta a tierra y avanza, tratando de explicarse, hacia el Director, que continúa gritando.

FERNANDO: ¡Director!... Le diré, tengo que explicarle...

DIRECTOR: Ya no me engañas, ¿sabes?

FERNANDO: No es culpa mía. Toda la culpa es de ésta. Esta imbécil.

DIRECTOR: ¡No vuelves a trabajar conmigo! El Director se aleja gesticulando. El Jeque grita a espaldas del Director, juntando las manos y agitándolas.

FERNANDO: Pero... ¿qué tiene que ver el trabajo con...? El Jeque persigue al Director, pero el jefe de comparsas lo detiene.

JEFES COMPARSAS: Déjalo ya...

FERNANDO: ¿Cómo voy a dejarlo...? ¿Me explicas cómo?... ¡Director!... ¡Director!... Oiga, que le explico cómo fue la cosa...

Wanda, en quien nadie repara, ha quedado a bordo de la barca y observa desolada la escena. El Jeque, en vista de que el Director se ha alejado sin contestarle, se vuelve teatralmente a los otros, como buscando su aprobación.

FERNANDO: Mira qué tipo, que...

Interviene el Ayudante de Dirección.

AYUDANTE DIRECCIÓN: Sí, tiene razón. Tiene toda la razón.

Fernando empieza a discutir con él, agresivo. Pero también el Ayudante lo deja plantado.

FERNANDO: ¿Cómo, razón? ¿También tú te metes?... mira que...

Desde el fondo se acerca Felga, seguida por Mambroni. Felga está furiosa.

FELGA (A Fernando): ¡Hace cuatro horas que te espero! ¡Estúpido, cretino!...

FERNANDO: ¡Mira esta otra! ¿Qué quieres? Voy a... (*Hace el gesto de alzar la mano.*)

FELGA: ¡Inténtalo, cobarde! ¡Desgraciado!

Da media vuelta y se aleja. Mambroni, antes de alejarse tras Felga, se burla de Fernando, imitándolo:

MAMBRONI: Je-je-je...

FERNANDO: ¡Y este tío! ¿Quién le ha dado vela en este entierro? Hasta él se mete...

Se vuelve para retroceder y de repente enmudece, al encontrarse ante la muchacha morena, a la que aún no había visto. Pierde el color, se confunde, trata de asumir un tono desenvuelto.

JEQUE (*Con media sonrisa tensa*): ¡Ah, Rita! ¿Cuándo has venido? Estábamos bromeando. ¿Has visto? He ido en barca. (*Haciéndose el niño*) Hace mucho que no iba... Nunca voy en barca... ¡Me he dado un golpe en la cabeza! (*Se toca la nuca*).

Wanda, entre tanto, baja de la barca y se dirige hacia el Jeque.

Estaba jugando a... se soltó la vela... y el palo... ¡zas!... justo aquí... en el cuello... ¡Ay, Rita!... Mira dónde me dio el palo...

La muchacha morena sigue mirándolo en silencio.

El Jeque trata de hacerse el desenvuelto, agitándose vanamente y tratando de escabullirse.

JEQUE: Yo me voy a vestir... (*Con una forzada sonrisa, hace una apresurada presentación*) Esta es una nueva actriz... ¡Muy buena!... (*Indicándole a Wanda la muchacha*) Mi mujer... (*Después, de pronto*) ¡Qué frío!... Nos vamos en seguida a casa...

Y, entre las carcajadas de Oscar, se aleja unos pasos, saltando como para entrar en calor, y después se detiene mirando de soslayo lo que ocurre a sus

espaldas. La mujer del Jeque no se ha movido. Wanda aventura un pequeño saludo, educado pero severo.

MUJER: ¡Eh!...

Wanda se vuelve, un poco sorprendida.

WANDA: ¿Es a mí?

MUJER: Sí, ven aquí, tú.

Wanda retrocede unos pasos.

MUJER (*Tras mirarla fijamente, en silencio*): ¡Cochina!

WANDA: ¿Qué?

MUJER (*Silabeando lentamente*): Co-chi... (*y en vez de la tercera sílaba, le larga un formidable bofetón*).

Wanda, aterrorizada, se tambalea.

El Jeque, a respetable distancia, se estremece y trata con voz trémula de llamar a su mujer.

JEQUE: ¡Eh, Rita!... No seas mala...

La mujer se le revuelve como una tigresa.

MUJER: ¡Ahora me ocupo de ti!... (*Se vuelve de nuevo a Wanda y prosigue, violenta*): ¡Pendón!... ¡Excomulgada!... ¡Ten!... (*Le da una segunda bofetada*).

El Jeque entra en campo, tratando de interponerse.

JEQUE (*Con voz trémula*): Ritaaa... No seas así... No hemos hecho nada malo... Así me quede cieg...

No consigue terminar. Su mujer le da un bolsazo en la cabeza.

WANDA (*Heroica y temblando de despecho*): Sí, sé que es usted una mujer falsa y terrible... Lo sé todo... Déjelo en paz... ¿Qué derechos tiene sobre él?... Usted sabe que no la ama... Sabe muy bien cómo se casó con él... sabe que lo ha engañado... No tenía que hacer eso...

Atraída por las voces, bastante gente se ha agrupado en torno a los tres. El Jeque, muerto de miedo, con voz temblorosa, trata de acallar a Wanda.

JEQUE: Cállate... (*Dirigiéndose a su mujer, finge no entender nada*) Pero, ¿qué dice esta tía?...

MUJER (*Apartándolo y acercándose más a Wanda, tratando de comprender*): Dime, dime...

Wanda retrocede un paso.

WANDA (*Con voz cada vez más trémula de emoción, despecho y llanto, pero excitadísima*): No tengo miedo... Fue una trampa infame... Él amaba a otra, a Milena... Pero usted le dio un filtro... Y él se durmió y así usted lo llevó al altar... ¡Qué bonito!

El Jeque, asustado, balbucea palabras inconexas, tratando de detener a las dos mujeres.

JEQUE (*Asustado*): ...¡me cago en tus muertos!... ¡Ay, idiota! ¿Quieres buscarme un lío? ¿Qué estás inventando? ¡Ay, pobre de mí! ¡Ay! ¡Ay!...

MUJER (*Atenta*): ¿Qué historia es ésa?

WANDA (*Llena de despecho*): Lo sabe muy bien. ¡Tiene sobre su conciencia la desaparición de Milena y se atreve a acusarme!

MUJER: ¿Milena? Voy a darte a ti Milena...

La mujer hace ademán de lanzarse contra Wanda, pero los presentes la sujetan.

Wanda, que ha visto que también el Jeque la insulta, no entiende nada. Completamente confundida, tiembla, balbucea...

MUJER (*Soltándose*): ¡Me la como!... ¡La desuello!... A ella y a Milena.

Wanda retrocede, asustadísima. Echa a correr hacia las dunas, ya envueltas en sombras...

Fernando la sigue, farfullando, cogiéndose la cabeza entre las manos, arrodillándose, desesperado.

FUNDIDO.

Ya está oscuro. En el límite del pinar sólo ha quedado el camión de los actores.

(ZUMBIDO DEL MOTOR Y BATIR DE PUERTAS.)

El motor está encendido, los faros lanzan un haz de luz hacia los pinos. Las portezuelas baten, cerrándose.

Casi todos los actores han subido ya al camión.

La mujer de Fernando está sentada en la Vespa y Fernando en el sillín posterior.

FERNANDO: No tengo ni idea de cómo se llama ésa.

MUJER: Ah, no lo sabes, ¿eh?

FERNANDO: Dice que Muñeca Apasionada.

MUJER: Uf... Muñeca Apasionada... (*Hablando hacia fuera de campo en voz alta.*) ¡Dice que se llama Muñeca Apasionada!

Algo alejado, el Director está de vigía en una duna, junto a su Ayudante. Tiene en la mano el megáfono, que se lleva a la boca, gritando:

DIRECTOR: ¡Muñeca Apasionadaaaaa!...

Fernando, haciéndose el niño, se acerca a su mujer, le ciñe la cintura con los brazos y le susurra al oído.

FERNANDO: Ea, vámonos, venga.

MUJER (*Aún arisca, pero a punto de ceder*): Déjame en paz...

FERNANDO: ¡Dame un besito!

MUJER (*Como antes*): Humm, un besito... Te voy a dar yo a ti...

La mujer pone en marcha la Vespa, que parte con un brusco salto. Fernando se agarra fuertemente a su mujer.

FERNANDO (*Bromista*): ¡Ay, que te ahogo! Hasta la vista a todos.

La Vespa se aleja.

Sentada en el coche con las sulamitas y algunos beduinos, Felga pregunta al Director, irritada.

FELGA: ¿A quién esperamos?

DIRECTOR: A esa desgraciada.

FELGA: ¡Vámonos! Se habrá ido a Roma por su cuenta. El Director hace un gesto de resignación y se acerca al coche, diciendo como para sí:

DIRECTOR: ¿Dónde se habrá metido? (*Con el megáfono*) ¡Todos a los coches!

Se acerca Oscar, de paisano, seguido por Mambroni, aún con pantalones cortos y camiseta.

ÓSCAR: Eh, director, oiga a este tío. Dice que le han robado la ropa de su coche.

DIRECTOR: ¡La culpa es suya! Si hubiera cerrado el coche, nadie se habría llevado su ropa.

MAMBRONI (*Fastidiado*): ¡Bonita manera de razonar! ¿Dónde estamos, entre personas civilizadas o en la jungla?

VOZ DE ÓSCAR DESDE LA CAMIONETA (*Off*): ¡Corta el rollo!

MAMBRONI (*Volviéndose hacia la camioneta*): ¿Que corte, yo? Nos veremos con los guardias.

DIRECTOR (*Cediendo, para acabar de una vez*): Muy bien, vaya a los guardias, pero quítese de en medio.

MAMBRONI: ¡Más reirá quien ría el último!

ÓSCAR (*A Mambroni*): ¡Eh, tú, piérdete ya!

MAMBRONI (*En el máximo de la cólera, repite*): ¡Esto no acaba así, eh! No acaba así. ¡Delincuentes! ¡Ladrones!

El coche y el camión se alejan. Mambroni los sigue, mientras continúa gritando.

(NUEVO CORO DE GRITOS Y PEDORRETAS DESDE LA CAMIONETA.)

Otro lugar del pinar. Ya está oscuro. Wanda está acurrucada tras un árbol, todavía con su traje oriental, y sorbe por la nariz, sacudida por los últimos sollozos.

De improviso se estremece. En la sombra...

Se ha dibujado un perfil irreal e inverosímil, que se le acerca lentamente, bamboleándose: es el camello, que guiado por su guardián se dirige pausadamente hacia el pinar. El guardián se detiene; la mira, curioso y sorprendido.

GUARDIÁN: ¿Qué haces tú ahí?

WANDA (*Débilmente*): ¿Dónde están los otros?

GUARDIÁN: ¿A estas horas? Se han ido. ¡Te han buscado tanto...! ¿Es tuyo este abrigo? Lo encontré allá, en la playa.

WANDA: Sí..., sí, gracias.

Se acerca al Guardián y coge el abrigo.

GUARDIÁN: ¿Qué vas a hacer para volver a Roma?

WANDA: No lo sé.

Interior coche de caballos. Noche. (Transparencia.)

Ivan está sentado entre el tío y la tía, muy serio.

Frente a ellos, Rita y Medaglia. En el pescante, al lado del cochero, el nietecito.

El rostro del tío, más severo que nunca.

Rita tiene los ojos bajos. Medaglia fuma nerviosamente.

EL TÍO (*Al cochero*): Pare.

El coche se detiene.

Exterior del Hotel Tre Fiori. Noche.

El coche de caballos está parado ante la entrada del hotel, en la acera de enfrente. Ninguno de sus ocupantes se mueve. Ivan alza la mirada hacia arriba.

IVAN (*Con voz rota*): La ventana está apagada... Se ve que Wanda se ha dormido.

TÍA: ¿Ah, sí?

TÍO: Está bien... Por hoy, creo que ya basta...

IVAN (*Con heroica indiferencia*): Entonces, hasta mañana.

El tío saca una agenda del bolsillo y la consulta.

TÍO: Hasta mañana. A las diez, cita en el hotel... (*Interrogando a Ivan.*)
¿A las diez?

IVAN (*Repitiendo*): Cita aquí...

TÍO: A las once, audiencia pontificia (*Mirando fijamente a Ivan*), conseguí postergarla... ¡Tú y Wanda, naturalmente!

IVAN (*Sacudiendo la cabeza afirmativamente*): Sí, naturalmente. Mañana, sí...

TÍO: A las trece... comida con los primos De Pisis. Después, Palatino, Parlamento y obras del Metro...

IVAN: Magnífico.

El niño está aburrido. Se quita el gorro y le da con él en la cabeza a Medaglia.

NIÑO: Uf, vámonos a casa.

MEDAGLIA: Estate quieto.

El tío mira a Ivan en silencio unos instantes; después, solemne y severo:

TÍO: Bueno... Buenas noches... También a Wanda, a quien no hemos tenido el gusto de conocer...

Ivan cambia besitos con el tío y la tía.

IVAN: Buenas noches, tío... (*A la tía*) Buenas noches, tía... (*A Rita*) Buenas noches, Rita (*A Medaglia*) Buenas noches, y gracias... (*Al sobrinito*) Buenas noches, pequeño...

LOS PARIENTES (*A medida que se despide de ellos, responden*): Buenas noches... Buenas noches..., querido... Adiós, Ivan... Buenas noches... Buenas noches, tío...

Acabados los saludos, Ivan baja y se detiene en la acera.

TÍO (*Al cochero*): A la Plaza Vittorio, cochero.

El coche se pone en marcha. Ivan, inmóvil en la acera, continúa intercambiando saludos con los parientes que se alejan.

IVAN: Buenas noches...

RITA: No te preocupes, por favor. Ya verás como mañana Wanda está perfectamente.

NIÑO: Adiós, Ivan... (*Más saludos a voluntad.*)

Cuando el coche ya está bastante lejos, el tío se vuelve para una última advertencia, de pie en el carruaje.

TÍO (*A Ivan*): Y por favor, ¿eh? ¡Cita aquí a las diez!

IVAN (*Inmóvil en medio de la calle*): Cita aquí, ¿eh?

Ivan mira aún al coche; después, receloso, entra al hotel.

Interior zaguán hotel Tre Fiori.

Ivan entra y se dirige hacia el portero, que está encendiéndole el cigarrillo a una fulana sentada en el salón.

PORTERO (*A la mujer*): Cada día estás más flaca, hija mía, ¿qué haces? El portero se vuelve a Ivan.

PORTERO (*A Ivan*): Buenas noches...

IVAN: ¿Ha vuelto?

El portero sacude la cabeza negativamente, con cierta compasión.

PORTERO: No ha vuelto.

Ivan baja la cabeza, acobardado. El portero, amable y compasivo al mismo tiempo, dice en voz baja:

PORTERO (*Amable y compasivo*): Perdóneme, pero... ¿qué habrá ocurrido?
Ivan sacude la cabeza.

IVAN (*En un susurro*): Nada...

FUNDIDO.

Exterior Roma. Noche.

Panorama nocturno de Roma, con un campanario en primer plano. El reloj de la torre da las dos.

(DOS TOQUES.)

Una plaza encuadrada desde arriba, desierta y silenciosa. Otro campanario da las dos.

(DOS TOQUES.)

La fachada de una iglesia y una plaza desierta con una fuente. Se oyen maullidos de gatos.

Por el fondo de la calle, arrastrando los pies y casi tambaleándose a cada paso, avanza Ivan Cavalli, que, agotado y muerto de cansancio y angustia, mira a su alrededor con ojos apagados y nublados. Se acerca a la fuente, se dobla y cae sentado en el borde de la propia fuente, con la cabeza entre las manos.

Se queda así unos instantes, respirando trabajosamente; se moja la frente, mira a las estrellas, después es sacudido por un sollozo. Ivan alza despacio el rostro, bañado en lágrimas: llora. Un llanto silencioso, de agotamiento y angustia. De repente suena a sus espaldas una voz femenina.

VOZ DE LA PEQUEÑA: Tendrías que verlo... el final de la primera parte... es formidable... y él le dice «¿me quieres?».

Dos grotescas prostitutas están pasando por la plaza, a espaldas de Ivan. Una es gruesa y alta, la otra pequeña y rechoncha.

< Ella le dice que sí, pues entonces baila conmigo. Y los dos se ponen a bailar así... (*Gira en torno a la otra, bailando el charleston, acompañándose con la voz*) Yo tenía que haber sido bailarina...

La pequeña da unos pasos más, después ve...

... a Ivan, sentado en la fuente.

Las dos prostitutas se detienen, desconfiadas.

LA PEQUEÑA: ¡Mira! ¡Mi madre, qué trompa...! Ivan continúa llorando.

La pequeña avanza hacia él, y al ver que llora:

LA PEQUEÑA: ¿Qué haces?... ¿Estás llorando?...

Ivan alza la cabeza y la mira. La pequeña, curiosa y divertida, se inclina a observarlo. Ivan vuelve a doblar la cabeza en silencio.

LA PEQUEÑA (*Curiosa y divertida*): ¡Llora!...

Ivan, pasivamente y sin reaccionar, se tapa la cara con las manos y continúa sollozando.

La prostituta gorda, alarmada, se ha quedado donde estaba.

LA GORDA (*Preocupada*): ¿Quieres ver como ése se mata?... ¡Larguémonos!

La pequeña se acerca un poco más y le pregunta con infantil interés.

LA PEQUEÑA: Eh, dime, ¿vas a matarte?

Ivan no responde.

< (*Se vuelve a la otra, haciéndole señas de que se acerque*): Ven a ver, ven a ver...

La gorda se aproxima.

LA PEQUEÑA: ¿Qué te ha ocurrido?

Ivan, desalentado, responde entre lágrimas, sin alzar la cabeza.

IVAN: Se me ha escapado mi mujer...

Las dos mujeres quedan muy impresionadas por esta confesión. La más pequeña anuncia a la más gorda, casi con excitación.

LA PEQUEÑA: ¿Qué te ha ocurrido?

La gorda está impresionada por el hecho de que Ivan continúe llorando.

LA GORDA (*Con sincera pena*): Pobrecillo... Mira cómo llora...

Ivan continúa sacudido por el llanto.

Las dos mujeres se miran y lo miran con sincera pena. Querrían hacer algo para consolarlo, pero no saben qué decir. La pequeña, que se ha sentado a su lado, le ofrece un cigarrillo.

LA PEQUEÑA: Oiga, señor, tome un cigarrillo... (*A la otra*) Asun, dame una cerilla. Tome, señor. Mecachis, pobrecito...

Ivan coge mecánicamente el cigarrillo. La más gorda pasa las cerillas a la pequeña, que frota una y la enciende. Ivan se queda con el cigarrillo encendido entre los dedos, sorbiendo por la nariz.

LA GORDA (*Acongojada*): ¡Mecachis! ¡Cómo somos las mujeres!

LA PEQUEÑA: Pero, ¿por que se ha escapado tu mujer? ¿Le pegabas?

Ivan responde con un gemido. La pequeña le seca las lágrimas con un pañuelo que ha sacado del bolso. Ivan se lo permite pasivamente, como un niño.

LA PEQUEÑA Dime, ¿le pegabas?

La gorda, que permanece en pie, agrega:

LA GORDA: Te portaste mal con ella, ¿eh?

Ivan vuelve su mirada, despacio, a una y otra, siempre con un nudo en la garganta; se encoge de hombros y empieza a hablar, suave y tristemente, con voz rota por los sollozos, casi como recapitulando para sí mismo el hecho increíble que le ha ocurrido.

IVAN: Eh... eh... esta mañana...

LA PEQUEÑA: ¿Qué?

IVAN (*Repitiendo algo más claramente*): Llegamos esta mañana... sin incidentes... a la hora en punto... cogimos un coche de caballos...

LA GORDA (*A media voz, a la pequeña*): ¿Qué cogió?

LA PEQUEÑA (*Secamente, a media voz*): Un coche de caballos...

IVAN: ...fuimos en seguida al hotel... Telefonamos... preparamos todo... A las once teníamos que ver al Papa...

LA GORDA: ¿Al Papa?

LA PEQUEÑA (*Impaciente*): Al Papa, al Papa... ¿Es que no se va a ver al Papa? ¡Ha estado incluso un primo mío!

IVAN: Sí, sí... Nos esperaba... Después teníamos que ir de un lado a otro... Al Altar de la Patria... Lllaman, me despierto... (*Con un nuevo estallido de llanto*) Pero, ¿por qué?... ¿Dónde ha ido?... (*Al sacar el pañuelo se le cae un paquetito de confites*)

Las dos mujeres se quedan algo desconcertadas. Ninguna de ellas ha comprendido muy bien lo ocurrido, pero la pequeña está conmovida de todas formas. La pequeña recoge el paquetito de los confites.

LA PEQUEÑA: ¡Confites! ¿Puedo comer uno?

LA GORDA (*Sorprendida*): Pero, ¿cómo?... ¿Estaban en viaje de bodas?...

IVAN (*Sollozando intensamente*): Sí, sí... ¡en luna de miel!

Las dos mujeres se miran, impresionadísimas.

LA PEQUEÑA (*A media voz, a su compañera*): ¡Caramba! (*Excitada, con el tono de quien lo ha comprendido todo*) Esa se ha escapado con su amigo... Todo estaba preparado.

LA GORDA: Podría haberle ocurrido una desgracia...

IVAN (*Sacudiendo la cabeza*): No, no, no..., sé que no ha ocurrido una desgracia...

LA PEQUEÑA: ¿Has visto? (*Se mete un confite en la boca; después, como si tuviera una idea repentina*) ¿Era joven tu mujer? ¿Guapa?

IVAN: ¿Guapa? ¡Ay!... Mire, mire...

Ivan saca la cartera del bolsillo y coge un montón de fotografías, que entrega a la pequeña. La pequeña toma la primera fotografía y la mira. Su rostro expresa asombro.

LA PEQUEÑA (*Maravillada*): Pero, ¿es que tu mujer tiene trece años?

Ivan mira la fotografía.

IVAN: No... esta es... la primera comunión... (*Elige otra fotografía del montón*) Aquí está... año pasado... abril... día de la petición de mano... veinte años...

LA PEQUEÑA (*Admirada*): ¡Qué mona! Mira, mira. (*Pasa la fotografía a la gorda, que la contempla admirada*)

LA GORDA: ¡Qué guapa!

IVAN (*Eligiendo otra foto*): Y ésta... seis años, primero elemental... dieces en todo...

LA PEQUEÑA (*Admirando*): ¡Qué bien!

IVAN: Menos en caligrafía...

IVAN (*Disfrutando de su triunfo*): Y ésta en los baños de mar... hace dos años... más gruesa...

LA PEQUEÑA (*Mirando*): ¡Bonita! ¿Sabes que está muy bien tu mujer en traje de baño?

IVAN (*Mostrando la última foto*): Y ésta a los seis meses... Septiembre 1932... yo era ya vanguardista...^[2]

LA GORDA (*Lanzando un beso a la fotografía*): ¡Qué ricura!

LA PEQUEÑA (*De pronto, mirando hacia fuera de campo*): Oh, mira quien está ahí...

Ivan y la gorda miran hacia fuera de campo.

Por la plaza pasa un hombre tambaleándose, con las manos en los bolsillos. La pequeña lo llama.

LA PEQUEÑA: ¡Arturo!

EL HOMBRE: ¿Quién me llama? ¿Quién eres?

LA PEQUEÑA: Soy Cabiria.

La pequeña se levanta y va hacia el hombre.

EL HOMBRE: ¿Cabiria?

LA PEQUEÑA: Sí... Vamos, echa una llamarada...

EL HOMBRE: No, déjame en paz... He trabajado hasta ahora.

LA PEQUEÑA: Vamos, ea, no te hagas de rogar...

EL HOMBRE: Te digo que estoy cansado.

La pequeña ha cogido las cerillas y está encendiendo una.

LA PEQUEÑA: ¡Qué cansado ni que ocho cuartos!

EL HOMBRE: ¿Y si lo hago?

LA PEQUEÑA: Si lo haces este señor te regala algo.

EL HOMBRE: ¿Qué señor?

LA PEQUEÑA: Aquél de allí.

El hombre saca del bolsillo una varita con una pelotilla de estopa y un frasco. La pequeña le enciende la estopa.

La gorda, entre tanto, trata de consolar a Ivan.

LA GORDA: ¿Por qué no vamos a un hotel, y así descansas un poco? ¿No te gusto, eh? La pequeña grita a Ivan y a la gorda.

LA PEQUEÑA: Mirar, mirar...

El hombre bebe un sorbo de la botella. De pronto escupe el líquido sobre la estopa encendida. De su boca sale una enorme llamarada.

Ivan y la gorda miran la exhibición. Después, la Gorda hace de nuevo proposiciones a Ivan, que ni siquiera parece oíría.

LA GORDA: Vamos a un hotel, así descansas un poco. ¿No te gusto? (*Le da un sonoro beso*).

A instancias de la pequeña, el hombre repite la llamarada.

LA PEQUEÑA (*Cada vez más excitada*): Otra vez... hazla más grande.

EL HOMBRE: No, ya basta.

LA PEQUEÑA: ¡Vamos!

EL HOMBRE: ¡No, ya estoy harto!

LA PEQUEÑA: Sólo una más.

EL HOMBRE: Me hace daño al estómago.

LA PEQUEÑA: Vamos...

Entre tanto, la gorda e Ivan, que la secunda pasivamente, se han levantado y se están encaminando hacia el fondo de la plaza. La pequeña ha convencido al hombre de que eche otra llamarada y se vuelve a llamarlos.

LA PEQUEÑA: ¡Mirad ahora! Eh, ¿adónde vais?

LA GORDA: Adiós, Cabiria. Nos veremos mañana.

LA PEQUEÑA: Adiós... (*Al hombre*.) ¡Dale!

El hombre repite una vez más la llamarada, suscitando de nuevo el admirado asombro de la Pequeña.

LA PEQUEÑA: Dale... más...

El hombre vuelve a repetir su ejercicio.

Calle hotel Tre Fiori. Exterior. Noche.

El coche de Mambroni avanza lentamente desde el fondo de la calle.

Mambroni, al volante, en camiseta y pantalón corto, mira a derecha e izquierda.

Junto a Mambroni está Wanda, arropada en su abrigo. Está destrozada, jadeante, casi irreconocible. El coche se para.

MAMBRONI: Aquí tiene el Tre Fiori...

WANDA: Gracias, no hace falta que siga, por favor... Mambroni mirando a Wanda...

MAMBRONI: Entonces... ¿no quiere que vayamos a comer ese arroz? (*Wanda se calla*) No hay nadie en mi casa... ¿sabe?... todos están en Cortina... Incluso, si quiere, puede quedarse a dormir... ¿Eh?

Wanda se afana por abrir la portezuela.

WANDA (*Que no consigue abrir la portezuela*): Ábrame...

MAMBRONI (*Abriendo la portezuela*): Lástima... (*Sujeta la portezuela, esperando que Wanda cambie de idea.*) ¿Entonces?... ¿Nada de arroz?...

Wanda baja a toda prisa.

WANDA (*De prisa*): Gracias, señor..., gracias... No insista...

Mambroni, completamente desilusionado, irritado, cierra de golpe la portezuela.

Pone el motor en marcha y arranca el automóvil.

MAMBRONI (*Irritado, partiendo*): ¡Vete a la porra, bayadera!

(RUIDO DE COCHE QUE PARTE.)

Wanda queda inmóvil, con la mirada clavada en el portal del hotel.

Una expresión de suprema angustia se pinta en su cara.

Sus ojos descienden despacio por el abrigo ajado, bajo el que aparecen las gasas del traje oriental. Se arrebujaba en el abrigo, lentamente, aterrada, como para esconderse... Sus labios tiemblan, su respiración es afanosa...

Allá abajo, al fondo, en el recuadro luminoso, se está dibujando lentamente la sombra de un hombre. El mozo, con un gran delantal atado delante y las mangas arremangadas, aparece en el umbral, estirándose y mirando al cielo, con cara soñolienta y aburrida.

Wanda lo observa espantada. Después, ciñéndose el abrigo, se vuelve y echa a correr, desapareciendo por el final de la calle.

FUNDIDO ENCADENADO.

Portería hotel Tre Fiori. Interior. Noche.

El mozo duerme en su catre.

(TIMBRE DEL TELÉFONO.)

El timbre del teléfono rompe el silencio del zaguán, despertando al mozo, sobresaltado.

Se levanta a regañadientes y va a coger el auricular, respondiendo con voz fastidiada y aún ronca por el sueño:

Mozo: Hotel Tre Fiori...

Interior farmacia de guardia. Noche.

Wanda está al aparato en una farmacia de guardia. Está deshecha, temblorosa, balbuciente, pero su rostro expresa una trágica decisión.

WANDA: Oiga... ¿Está el señor Cavalli?

Interior portería hotel. Noche.

El mozo, soñoliento, gira el cuerpo hacia los casilleros de las llaves, echándoles una ojeada.

Mozo (*Refunfuñando*): Aquí no está la llave... Espere un momento, que llamo...

Interior farmacia. Noche.

Wanda al teléfono.

WANDA: No... no... no lo llame (*Con patética ternura*) Déjele dormir, pobrecito... Dígale sólo... que no me espere más... (*Se interrumpe, con un nudo de llanto en la garganta*)

Interior portería hotel. Noche.

El mozo, irritado e impaciente, grita por teléfono, tratando de entender:

Mozo: ¡Oiga!... ¡Oiga, oiga!

Interior farmacia. Noche.

Wanda ha conseguido dominarse y continúa hablando, con voz alterada, trémula, rota por el llanto.

WANDA: Dígale que por un destino fatal he manchado el honor de su nombre... el honor de su nombre... Pero soy inocente y pura... Dígale que...

La mirada de Wanda, apagada, se vuelve lentamente hacia una enorme redoma en la que está pintada una gran calavera sobre unas tibias cruzadas. Wanda continúa hablando con un leve gesto de la cabeza, como diciéndole a la imagen de la muerte que no tiene otra salida.

WANDA: ... que ahora estoy hundida en el lodo, pero que saldré de su vida... Para siempre...

Interior portería hotel. Noche.

El mozo, al teléfono, sigue sin entender nada.

MOZO: Espere un momento, que lo escribo...

Coge un lápiz.

< Diga...

Interior farmacia, Noche.

Wanda continúa al teléfono.

WANDA: La verdadera vida es la del sueño... Pero a veces el sueño es un abismo fatal...

Interior portería hotel. Noche.

El mozo, desconcertadísimo, irritado, está con el lápiz en la mano, en una vana tentativa de tomar notas y comprender el sentido de esa extraña llamada.

MOZO: ¿Qué?... ¿Abismo? ¿Con «B» de Bolonia?... Quiere repetir, por favor...

Exterior Tíber. Alba.

La escalinata que baja desde el paseo al río. Las aguas fangosas del Tiber corren lentas y silenciosas. La incierta claridad del alba blanquea en el horizonte...

Wanda está de pie en el arenal; al borde del agua amarillenta que corre un metro más abajo. Wanda, como en un último saludo, vuelve los ojos llenos de lágrimas y empañados al puente... a los terraplenes coronados por grandes plantas... al cielo que se aclara poco a poco. Se oye el ladrido de un perro.

(LADRIDO INSISTENTE DEL PERRO.)

Wanda empieza a caminar por el arenal, tropieza, cae de rodillas, se pone en pie. Sacudida por los sollozos, mira largamente las turbias aguas del río, después se vuelve y alza la mirada hacia las estatuas del puente, insinuando un tímido saludo. Después, sacando fuerzas de flaqueza, baja a la carrera el último tramo del talud. De pronto, en una barcaza anclada en el río, se enciende una luz.

Wanda se estremece, tiembla intensamente, tiene un último instante de vacilación, como presa del terror de que la descubran y al mismo tiempo decidida a tirarse a cualquier precio. Hace la señal de la cruz, mira una vez más las estatuas de los ángeles del puente, se tapa la nariz con una mano, los ojos con la otra, y se tira, pero cae justamente en la orilla, donde sólo hay unos centímetros de agua.

Exterior barcaza. Alba.

Un hombretón en ropa interior sale corriendo del cobertizo, hacia el borde de la barcaza, pero se detiene de pronto, asustado. Su carota expresa más susto que terror. Un perro corre, ladrando, de arriba a abajo por la borda.

HOMBRETÓN: ¿Quién es? ¿Quién está ahí?

Wanda está sentada en el agua, que en ese punto sólo tiene unos centímetros de profundidad, Los chorreantes cabellos se le pegan al rostro, la diadema de bayadera, empapada, se le ha caído sobre una oreja, y las gasas del traje oriental flotan blandamente en torno a su cuerpo, en las aguas lentas y sucias. Tiembla convulsamente, entrechocando los dientes. De pronto mira hacia fuera de campo..., hacia el hombretón.

HOMBRETÓN: ¡Eh! ¿Qué estás haciendo ahí? Vamos, levántate.

[Interior garaje Cruz Roja. Noche.

633.

Un enfermero gordísimo está hablando por un teléfono de pared, en el interior de un garaje. Cuelga y sube a una ambulancia.

ENFERMERO: Está bien... En seguida...]

Exterior calles y plazas de Roma. Alba.

Varias calles y plazas de Roma, como podrían verse desde una ambulancia que corre velozmente, lanzando prolongados sonidos de sirena.

(ULULAR DE LA SIRENA DE LA AMBULANCIA.)

[Interior habitación mujer gorda. Noche.

(ULULAR DE LA SIRENA DE LA AMBULANCIA QUE SE ACERCA)

635.

Una habitación típica de prostituta. Muebles pobres pero muy ordenados. Fotografías en las paredes.

En una gran cama duerme, agotada, la gorda, con los brazos fuera de las sábanas.

(RONQUIDOS DE LA GORDA)

En la misma cama, apoyado de espaldas en la pared, con las rodillas dobladas contra el pecho y sujetas por las manos cruzadas, está Ivan. Está despierto, los ojos muy abiertos, clavados en el vacío. Está enteramente vestido y se comprende que siempre ha estado así.

Lo saca de su meditación el sonido de la sirena.

(ULULAR SIRENA MÁS FUERTE, DESPUÉS SE ALEJA)

(UN RELOJ DA LAS CINCO)

636.

Ivan, lentamente, baja de la cama, deja algo (dinero) en la mesilla de noche, se dirige hacia la puerta con discreción, a pasos afelpados. La abre, sale a...

Interior amplio pasillo entrada (Mujer gorda). Noche.

637.

... un amplio pasillo de entrada. Ivan mira a su alrededor para encontrar la salida.

Al final del pasillo, está abierta la puerta de la cocina.

Una vieja está moliendo café.

(RUIDO MOLINILLO)

638.

Ivan avanza hacia la cocina, tratando de andar sin hacer ruido. La vieja le dedica un saludo cortés, inclinando la cabeza sin decir nada.

De pronto se abre una puerta junto a la cocina. Sale un hombretón en camiseta, que se está secando la cara con una toalla. También el hombretón hace un cortés ademán de saludo con la cabeza.

La vieja ha dejado la cocina y le indica a Ivan la puerta de salida. Ivan se lo agradece con un gesto y va hacia la puerta.

639.

La mujer gorda sale de su cuarto en bata, soñolienta, despeinada, y va hacia Ivan, que se detiene antes de salir.

Tras los dos, a respetuosa distancia, la vieja y el hombretón observan la escena con simpatía, respetuosamente, sacudiendo la cabeza como si dijeran «Pobrecillo».

640.

La gorda abre la puerta e Ivan cruza el umbral.

LA GORDA (*En voz baja*): No tenía que molestar... .

Ivan le dirige una sonrisa, como diciendo, «No hay de qué».

LA GORDA (*Con una sonrisa*): Buena suerte...

641.

Ivan no contesta. Querría decir algo pero renuncia a hacerlo.

Sale al rellano.

VOZ DE LA GORDA: ... y gracias.]

Entrada hotel Tre Fiori. Interior. Día.

... Se abre la puerta de entrada y aparece Ivan en el umbral.

Ivan entra rígidamente, parándose en seguida. Está pálido como un muerto, con grandes ojeras negras y una mirada alucinada.

Tras el mostrador, el portero está escribiendo, como de ordinario, en su registro, y a sus espaldas... en el casillero del correo, se destaca nítidamente la hojita blanca con el recado telefónico para Ivan.

El portero, volviéndose a medias, coge del casillero la hojita blanca. Se la tiende a Ivan, diciendo:

PORTERO: Señor Cavalli... han dejado esta nota para usted.

Ivan avanza unos pasos y mira fijamente...

... al grupo de parientes, vestidos de oscuro, alineados en las butacas, esperándolo, desde hace un buen rato. Pero los rostros son más severos, más desconfiados, más sombríos.

Ante las palabras del portero, todos se vuelven. Ivan da unos pasos hacia ellos.

Los parientes se levantan y lo miran en silencio, esperando. Ivan se detiene, aprieta las mandíbulas con un esfuerzo sobrehumano e ignorando al portero dice:

IVAN (*Con voz ronca*): Tío... tengo que hablarte.

El tío se quita las gafas y lo mira muy serio.

IVAN (*Como antes*): El nombre... de los Cavalli...

Los parientes continúan en silencio...

(TIMBRE DEL TELÉFONO.)

En ese momento se oye el timbre del teléfono de la portería. El portero contesta.

PORTERO (*Off*): Diga... Tre Fiori..., sí... ¿Quién?... ¿El señor Cavalli?... Espere un momento... Señor Cavalli, al teléfono.

Como un autómatas, Ivan se acerca lentamente, inseguro, a la recepción. El portero desplaza el aparato hacia él.

PORTERO: Ahí tiene, hable desde ahí...

Le tiende el auricular.

Ivan mira fascinado al receptor durante un momento, sin cogerlo, confuso y asustado.

... Por fin lo coge, se lo aproxima al oído, balbuciendo con voz apagada y dando la espalda a los parientes.

IVAN: Sí..., sí... (*No tiene resuello ni para decir «sí» empieza a soltar largos gemidos, cada vez más débiles y angustiados...*)

Ante él, el Portero, cuya atención es atraída por esos extraños gemidos se vuelve y lo observa con desconfianza...

El rostro de Ivan, crispado en un esfuerzo supremo y convulso.

IVAN (*Haciendo salir del gznate una voz desentonada, aterrorizada, como en una pesadilla*): ¿Dónde está?...

Emite aún algún gemido más, se vuelve brevemente hacia sus parientes, esbozando una sonrisa forzada, y hace ademán de dejar el receptor; pero de repente sus rasgos se relajan, se ablandan, sus ojos se nublan y cae al suelo, quedando cuan largo es ante el mostrador del portero. Se ha desmayado. Sobre su cabeza se mece el auricular del teléfono, colgado del cable.

FUNDIDO ENCADENADO.

Pasillo hotel. Interior. Día.

La cabeza de Ivan, llevado en brazos por sus parientes, se bambolea con la boca abierta.

PARIENTES: ¡Espacio!...

... El grupo es guiado por un mozo, que los precede hacia la puerta de la habitación de los señores Cavalli.

¡Mueve la cabeza!... ¡No empujar!... Llamemos a un médico...

El mozo pasa ante dos o tres puertas cerradas y se para ante la de la habitación de Ivan, mientras el grupo lo sigue.

Mozo: ¡Aquí!...

Tío (*Al mozo*) : Abra la puerta, por favor.

El mozo saca la llave del bolsillo y la mete en el agujero de la cerradura.

Pero en ese momento Ivan vuelve en sí, mira hacia la puerta de su cuarto y ve que el mozo la está abriendo. Grita como un loco, comenzando a agitarse convulsamente y a patalear, tratando desesperadamente de ponerse en pie.

IVAN: ¡No! ¡Quietos! ¡Dejadme! ¡Dejadme marchar!

PARIENTES: ¡Ivan!... ¡Vuelve en sí!... ¡Quieto!... ¡Quieto!... ¡Ay!

Y el grupo, separándose ante los movimientos de Ivan, lo deja caer al suelo.

Tío: Dejadlo que se levante él solo. ¡Dejadlo! Dejadlo.

Ivan cae al suelo golpeándose el trasero, pero de pronto, como empujado por una loca y desesperada voluntad, se levanta jadeante, aferrándose a la pared, trabajosamente, cubriendo la puerta con su cuerpo.

IVAN (*Balbuciendo, trastornado, apoyado en la puerta*): Estoy muy bien... Muy bien... No ha pasado nada... (*Al mozo, con voz enérgica*) ¡Váyase usted, váyase! (*El mozo se marcha*) Ahora mismo vamos a ver al Papa... Wanda está preparada... Se encuentra muy bien... (*Gritando con voz ronca y desentonada, temblorosa*) Wanda... date prisita, cariño, ¿eh? Te esperamos. ¿Eh? (*A los parientes*) Dice que ahora viene. Iros vosotros, mientras tanto (*Se pone el dedo en los labios*) ¡Chist!... ¡chist!... No la asustéis... Id delante... ¡A San Pedro! ¡Con el Papa! Os alcanzamos más tarde. Dentro de media hora, bajo la columnata...

Los parientes, asustados, empiezan a tener una extraña sensación de miedo... Instintivamente retroceden todos unos pasos, excepto el tío, que se queda inmutable, mirando a Ivan en silencio. Ivan lo agarra por las solapas, sacudiéndolo y haciéndolo retroceder junto a los demás.

IVAN: Perdona... mil perdones... Ya lo hemos convenido... Dentro de media hora, bajo la columnata... El tío le baja la mano, mirándolo con ojos terribles.

Tío: Ivan..., de hombre a hombre... ¿qué ocurre?

Ivan lo mira con ojos alucinados, luego indica con la mirada a los parientes.

Los parientes continúan mirando a Ivan, espantados.

El tío se vuelve hacia ellos y les ordena:

Tío: ¡Vosotros, esperad abajo! ¡Marchaos!

Los parientes retroceden aún más y, en silencio, volviéndose a mirar a Ivan, se van por el pasillo.

Sólo se queda el mozo, que continúa mirando, curioso.

Tío (*Restallando los dedos hacia el mozo*): ¡Fuera!

Mozo: ¿Habla conmigo?

Tío: ¡Váyase!

Mozo (*Abriendo los brazos*): ¡Está bien!

Se vuelve y marcha por el pasillo, tras los parientes de Ivan.

Cuando todos han desaparecido, también el tío se vuelve de espaldas a Ivan, alejándose con paso firme y pesado por el pasillo. Al llegar al final, se detiene y se vuelve.

Tío: ¿Dentro de media hora?

IVAN (*Frenético*): Sí, bajo la columnata.

Ivan se ha quedado inmóvil ante la puerta. Sus manos temblorosas se mueven a su espalda...

Después, en cuanto el tío ha desaparecido al final del pasillo, Ivan se precipita a su cuarto.

Interior habitación Ivan, Hotel Tre Fiori. Día.

La puerta, empujada desde fuera, se abre de par en par y deja paso a Ivan, que se mete en el cuarto dando medio vuelta rapidísima. Cierra después la puerta a sus espaldas, casi con terror. Da vuelta a la llave y se queda un instante inmóvil, jadeante, como para ordenar desesperadamente sus ideas antes de ponerse en acción. La habitación está vacía y silenciosa. De repente Ivan se lanza de cabeza por el cuarto, saltando como un loco sobre la maleta y comenzando a sacar de ella, con manos temblorosas y febriles, prendas que arroja al suelo una tras otra...

FUNDIDO ENCADENADO.

Escaleras y portería del hotel Tre Fiori. Interior. Día.

Ivan, con un paquete de ropas, un zapato asomando por un bolsillo y un velo negro que vuela tras él, corre por las escaleras con ímpetu de loco, saltando de un rellano a otro y arrollando a los que están subiendo...

(COM. MUSICAL.)

Cae de un salto en la portería. El portero, asustado, levanta la cabeza y ve pasar como un rayo...

... a Ivan, que atraviesa el zaguán con el velo negro revoloteando a sus espaldas. Sale a la calle como un bólido.

Exterior calle Roma. Día.

Ivan sale corriendo del hotel y sigue corriendo por la acera... Su rostro está descompuesto, sudoroso... Sigue corriendo alocadamente, grita a derecha e izquierda.

IVAN (*Corriendo y gritando*): ¡Taxi!... ¡Taxi!...

El mozo, encaramado a una escalera de mano, está limpiando el farol de la entrada. Ivan le grita:

< ¿Dónde hay un taxi?

MOZO (*Indicando a la izquierda*) : Por allí.

Ivan corre hacia ese lado.

MOZO (*Indicando a la derecha*) : No, por allí.

Ivan da media vuelta y echa a correr en dirección opuesta. Desde una parada, un taxi se dirige hacia Ivan, que sigue corriendo por el centro de la calle, agitando los brazos.

Exterior entrada manicomio provincial. Día.

(LARGO CHIRRIDO DE FRENOS, OFF.)

Se está abriendo una gran verja.

El taxi de Ivan atraviesa la verja recién abierta dando bandazos y saltando, gira en torno al patio y se detiene ante un banco, donde están sentados dos viejos internados. Ivan salta de inmediato a tierra y, dirigiéndose al taxista, le grita:

IVAN: No se mueva... Espere ahí... Volvemos en seguida...

TAXISTA: No, será mejor que me pague antes.

IVAN (*Irritado*): ¡Déjeme en paz, déjeme en paz! El taxista lo mira con la cara fruncida en una mueca de susto.

Ivan se dirige a uno de los viejos internados.

IVAN: El pabellón quinto, por favor.

VIEJO INTERNADO (*Indicando con el bastón*): Coja por ahí, todo recto.

IVAN: Gracias.

Ivan echa a correr. El taxista, por la ventanilla, le grita:

TAXISTA: ¡Eh! ¡Está loco!

Después abre la portezuela y se lanza tras Ivan. Un médico con bata blanca está parado en una avenida arbolada del manicomio. Desde el fondo avanza a todo correr Ivan, perseguido por el chófer del taxi. Ivan llega jadeante ante el médico y se detiene.

MÉDICO: ¿El señor Ivan Cavalli?

IVAN: ¡Uff!...

MÉDICO: Este es Ciriola. El hombre que salvó a su esposa.

Ciriola, el hombretón de la barcaza, en bañador y con una camisa sobre los hombros, está sentado en un poyete. Le hace un gesto de saludo, salta a tierra, agarra a Ivan por un brazo y echa a andar con él y con el médico, que les indica la ruta, hablando con tono cordial y conmovido.

CIRIOLA: ¡Mecachis en la mar! Estaba durmiendo... en mi caseta...

Sus palabras quedan cubiertas por el comentario musical, mientras los tres—Ivan en el medio, Ciriola a un lado y el médico a otro—y el chófer, que los sigue, se dirigen a buen paso hacia la puerta de un edificio blanco con la inscripción «V pabellón».

Interior escaleras y larguísimo pasillo Manicomio. Día.

Encuadrados desde arriba, cuatro hombres suben rápidamente las escaleras. Ivan va en el centro y sube los peldaños de dos en dos; a su lado están el hombretón de la barcaza y un médico con bata blanca; detrás, el chófer del taxi. Los cuatro llegan al rellano y empiezan a recorrer con el mismo paso un larguísimo pasillo blanco a cuyos lados se abren las puertas de grandes habitaciones, seguidos por una monja que los esperaba en el rellano.

Ciriola continúa con su narración, pero sus palabras quedan cubiertas por el comentario musical. En el pasillo se cruzan con una camilla de ruedas,

cerrada como una jaula y empujada por un enfermero, en la que está sentado un internado.

El grupo se detiene ante una puerta cerrada, junto a la que está el Suboficial que hemos visto en la Comisaría.

SUBOFICIAL: Buenos días, Cavalli. ¿Ve cómo la encontramos? Y ahora encontraremos también al Jeque.

MÉDICO: La señora está ahí dentro. Quédese tranquilo y no se impresione, por favor.

El médico abre la puerta y se hace a un lado, dejando paso a Ivan.

Ivan tiene un momento de vacilación, corno acometido por una repentina, fortísima y angustiosa emoción. El médico lo empuja e Ivan entra, solo.

Interior cuartito Manicomio. Día.

Ivan entra, la puerta se cierra a sus espaldas. Ivan pasea la mirada a su alrededor.

El cuartito, con una cama de hierro blanco, intacta, en una esquina, parece vacío.

El rostro de Ivan tiene una contracción de espanto; después, volviendo de golpe la cabeza, descubre al lado de la puerta...

... a Wanda, que sigue vistiendo su traje de odalisca. Está sentada en una sillita de hierro blanco y lo mira en silencio, con el pelo erizado como una gata, con ojos apagados y ojerosos y una expresión de supremo extravío. Ante la mirada de Ivan, Wanda se pone lentísimamente en pie, sin dejar de mirarlo.

Ivan se ha quedado inmóvil, tieso. A pocos pasos de él, Wanda está igualmente tiesa e inmóvil... Un sollozo ahogado, infantil, la sacude por entero, contrayéndole el rostro en una mueca lastimosa y grotesca. Inmóvil ante ella, Ivan es sacudido por un sollozo similar.

Un segundo sollozo, más fuerte, sacude a Wanda.

Ivan le responde a su vez con un segundo sollozo, lastimosamente grotesco y más fuerte que el primero. Erguidos y tiesos a pocos pasos uno del otro, Ivan y Wanda sollozan abiertamente, sin freno.

Después Ivan mira el reloj.

IVAN (*Alzando la nariz y tragándose los sollozos*): A las on... once... tenemos que ver al Papa... Tienes cinco minutos para vestirte... No quiero saber nada... ahora... Primero, el honor de la familia... Vístete...

Le tiende el paquete de la ropa, sacándose los zapatos del bolsillo.

< Ahí... tienes los zapatos... El velo... Ahí tienes... ¡Vístete en seguida!

Ivan abre la puerta y se vuelve una vez más a Wanda, antes de salir.
< ¡En seguida!

[Interior pasillo Manicomio. Día.
693. 694.

Ivan cierra la puerta tras de sí y mira a los cinco que lo han acompañado: el comisario, el hombretón, el taxista, el médico y el hombrecillo con sombrero de mago. Recuperando con un esfuerzo el control de sí mismo, Ivan dice:

IVAN: La señora se está vistiendo... Perdonen las molestias...
... y tiende la mano al Comisario.

COMISARIO (*Alegre*): Ya verá como encontramos al Jeque...

695

Ivan tiende la mano al médico, y entre tanto sonríe con esfuerzo al Comisario.

IVAN (*Al médico*): Gracias, doctor... No tengo palabras...

DOCTOR (*Cortés y clínico*): Por favor... Mucho descanso para usted y para la señora...

Ivan sonríe al médico, asintiendo, y entre tanto tiende la mano al hombretón.

IVAN (*Al hombretón*): Muchas gracias, de todo corazón...

HOMBRETÓN: Por favor, cuando me necesite... Sesenta salvamentos, y con este sesenta y uno. Y nunca pesqué una lira... porque Ciriola no lo hace por interés, lo hace por instinto...

Ivan, siempre asintiendo, tiende la mano al taxista.

IVAN: Gracias, gracias...

TAXISTA (*Curándose en salud*): Yo, en cambio, lo hago por interés... Tengo el coche abajo...

IVAN: Sí, gracias

... Ivan tiende la mano al hombrecillo con sombrero de mago.

< Gracias, gracias...

696.

El hombrecillo estrecha la mano de Ivan.

HOMBRECILLO (*Lanza un breve silbido*): ¿De qué?]

Plaza de San Pedro. Exterior. Día.

Campo total de la Plaza de San Pedro, inundada de sol. Las campanas están echadas al vuelo.

(TOQUES DE LAS CAMPANAS.)

En el borde de la columnata está reunido el grupo de parientes de Ivan. Todos los rostros expresan una viva inquietud, una indignación contenida y severa. El tío camina nerviosamente de arriba a abajo. Cerca de ellos hay otro grupito, en el que figuran una pareja de recién casados y dos monjas. Conversan entre sí mientras esperan la audiencia del Papa.

Por el fondo aparece un cura que se dirige a este grupo.

CURA: Vamos, rápido, rápido... Ea... Démonos prisa..., démonos prisa... Rápido, ea, muévanse...

El grupo se dirige apresuradamente hacia la puerta de entrada al Vaticano. La tía, al ver que el otro grupo se pone en marcha, se acerca solícita al tío.

TÍA: ¡Mira, ya están entrando!

El tío, cada vez más torvo e inquieto.

TÍO: ¿Y qué puedo hacer yo?

Después se vuelve hacia el cura que se está alejando, y comienza a llamarlo, dirigiéndose hacia el grupo.

TÍO: Reverendo..., Reverendo, oiga... un momento... El niño ha visto algo y se vuelve a llamar a su padre.

NIÑO: ¡Papá, ahí viene!

El tío y todos los parientes se vuelven a mirar.

Por el fondo de la plaza aparece un taxi, diminuto y lanzado como un bólido, que apunta en derechura hacia el grupo de parientes. Por la ventanilla asoma un brazo que se agita desesperadamente...

Interior taxi. Día.

En el interior del taxi, que se lanza como un bólido hacia el final de la columnata, están sentados Iván y Wanda. Wanda va vestida correctamente de oscuro, con el velo en la cabeza; Ivan, inclinado hacia adelante como para

acelerar aún más la carrera, agita el brazo por la ventanilla para anunciar su llegada...

IVAN: Aquí estoy, tío...

Plaza San Pedro. Exterior. Día.

El grupo de los parientes, hacia los que se dirige decidido el taxi, aproximándose rápidamente, sonríe.

El taxi ya está muy cerca, pero prosigue a toda velocidad, a cierta distancia del grupo.

Plaza San Pedro. Exterior. Día.

La portezuela del coche se abre impetuosamente, e Ivan salta a tierra. En su rostro, descompuesto por la fatiga y la emoción, brilla una luz de triunfo... Se vuelve hacia el interior del coche y tiende correctamente la mano a Wanda, que aparece en el recuadro de la portezuela y baja.

Los parientes, reunidos en grupo, miran con expresión suspensa...

... a Ivan y Wanda, que cogidos de la mano avanzan hacia ellos. Ivan y Wanda avanzan sonriendo hacia el objetivo. Después se paran.

IVAN: Mi esposa... Wanda.

(TOQUES DE CAMPANA.)

Los rostros de los parientes exhiben una sonrisa. Todos avanzan hacia Wanda, rodeándola y abrazándola.

LOS PARIENTES: Queridísima... ¡Querida!... ¡Queridísima!...

Wanda, con una sonrisa lastimosa y fija en la demacrada cara, abraza y se deja abrazar; la sonrisa se cambia pronto en silenciosos, infantiles y ahogados sollozos...

LOS PARIENTES: ¿Te encuentras mejor? ¿Ya pasó todo?... Estás un poco mustia... Ese dominante de Ivan no me dejó subir...

Ivan, algo apartado, inadvertido, ha cambiado de expresión; mira los abrazos de los parientes y a Wanda con ojos brillantes en un rostro palidísimo, casi trágico.

Trastornado por la emoción, está a punto de estallar en llanto y vuelve la espalda a los parientes.

Se encuentra ante el chófer del taxi, que pregunta con tono firme e irónico al tiempo:

TAXISTA: ¿Y el dinero?

IVAN (*Con voz rota por la emoción*): ¿Cuánto es?

El tío lo llama.

TÍO: Vamos, Ivan, date prisa. Tenemos que reunirnos con el cortejo de los otros novios.

El taxista está contando los billetes que le dio Ivan, que sigue ante él, mudo, siempre dando la espalda a los parientes.

TAXISTA: Gradas... (*Marchándose*) Y buena suerte.

TÍO (*Impaciente*); Vamos, Ivan, ¿acabaste de pagarle? ¡Ea, vamos! Tenemos que darnos prisa. Los otros estarán entrando ya en la iglesia... Ivan se vuelve lentamente y se quita el sombrero; se yergue y adopta una sonrisa de circunstancias.

IVAN: Si.

Se acerca a los parientes.

TÍO: Quítate el impermeable y ponte a la derecha de tu mujer.

Mientras Ivan se quita el impermeable, el tío se vuelve para dar órdenes a los otros parientes.

TÍO: ¿Estáis preparados? (*Wanda murmura un sí*) Vamos.

Ivan ofrece el brazo a Wanda, poniéndose en marcha solemnemente con ella, seguido por el grupo de parientes. Wanda contiene a duras penas el llanto, mirando de reojo a Ivan, que camina muy serio. De pronto, ella no puede más y susurra entre lágrimas:

WANDA: Ivan..., no he hecho nada malo, ¿sabes?...

Ivan continúa andando, muy tieso, sin responder y sin mirarla.

WANDA: Es cierto, ¿sabes? ...Fue el destino adverso... Pero soy pura... Pura e inocente...

Una oleada de alivio, como si se liberara de una terrible pesadilla, invade a Ivan, cuyas piernas se doblan por un instante. Está conmovido. Lo sacude un breve sollozo de liberación y aprieta fuerte y tiernamente el brazo de Wanda.

IVAN (*En un susurro, casi para sí*): También yo, sabes...

WANDA (*Siempre entre sollozos*): Ahora... mi Jeque Blanco eres tú...

Ivan mira a Wanda y se pone serio otra vez; su rostro se ensombrece al ver que ella contempla algo con aire beatífico. Ivan mira en la misma dirección y ve que el objeto de las miradas de Wanda es...

... La estatua de un ángel sobre la columnata.

Ivan se tranquiliza. Continúan andando con los ojos nublados por la ternura. Wanda cierra los ojos, dejándose arrastrar. Los parientes, muy serios, van detrás de ellos.

Tío: Vamos, muchachos, avivad el paso.

El grupo aviva el paso para reunirse con el largo cortejo de recién casados que se acerca a las puertas de la basílica.

Sobre una imagen total de la plaza inundada de sol, con la fachada de San Pedro y el cortejo que sube las escalinatas que conducen a la entrada, y una imagen de la estatua del ángel en la columnata...

FIN

TÍTULOS DE CRÉDITO

«EL JEQUE BLANCO»

Un film de
P. D. C. - O. F. I.

Producido por
LUIGI ROVERE

Dirección de
FEDERICO FELLINI

con
ALBERTO SORDI
BRUNELLA BOVO
LEOPOLDO TRIESTE
y la participación de
GIULIETTA MASINA

otros intérpretes
Ernesto Almirante
LILIA LANDI
FANNY MARCHIO
GINA MASCETTI
JOLE SILVANI
ENZO MAGGIO
ANNA PRIMULA
NINO BILLI
ARMANDO LIBIANCHI

y los nuevos actores

UGO ATTANASIO
GIULIO MORESCHI
ELETTRA ZAGO
PIERO ANTONUCCI
y AROLDINO

Guión de
FEDERICO FELLINI
y
TULLIO PINELLI
con la colaboración de
ENNIO FLAIANO
Sobre un argumento de M. ANTONIONI-F. FELLINI
T. PINELLI

Fotografía de
ARTURO GALLEA (A. I. C.)

Montaje de
ROLANDO BENEDETTI

Ayudante de Dirección
STEFANO UBEZIO

Secretario de Dirección
MORALDO ROSSI

Decorador
RAFFAELLO TOLFO

Técnicos de sonido
ARMANDO GRILLI
WALFREDO TRAVERSARI

2.º operador
ANTONIO BELVISO

Maquillaje
FRANCO TITI

Foto fija
OSVALDO CIVIRANI

Director de Producción
ENZO PROVENZALE

Inspectores
ANTONIO GRECO
VINCENZO TAITO

Secretario
RENATO PANETUZZI

Música de
NINO ROTA

dirigida por
FERNANDO PREVITALI

Laboratorios F. E. R. T. Turín-Roma
Revelado y Positivado
S. P. E. S.-Roma
Sistema de grabación
Western Electric
Recording
Copyright P. D. C.-O. F. I-Mcmlii

Sobre el fondo de los títulos de crédito hay una playa desierta, al atardecer. En primer plano, un toldo agitado por el viento; bajo el toldo, una torreta con una máquina fotográfica puesta en un trípode. Al fondo, en el horizonte, el Jeque Blanco montado a caballo.

I Vitelloni^[*]

[Los títulos de crédito de la película aparecen sobre la imagen de una caseta de playa que desmontan cuatro obreros. Cuando han quitado las paredes, aparece al fondo el mar, de espumeante blancura. El mes de septiembre ya está avanzado, la playa se encuentra desierta, el viento alisa la arena y hace volar trozos de papel.

Dos niños enteramente vestidos juegan, gritando, a perseguirse.

Los obreros acaban de desmontar la caseta y empiezan a hacer lo mismo con la de al lado.

En la terraza del Kursaal, desierta y batida por el viento, dos camareros están colgando guirnaldas de farolillos venecianos.

FIN DE LOS TÍTULOS DE CRÉDITO.

FUNDIDO.]

LOS TÍTULOS DE CREDITO DE LA PELÍCULA APARECEN SOBRE LA VISTA NOCTURNA DE UNA CALLE O PLAZA DE UNA CIUDAD PROVINCIANA. A LO LEJOS SE VE AVANZAR A CUATRO JÓVENES QUE CANTAN RUIDOSAMENTE A CORO Y QUE MARCHAN ALEGREMENTE DEL BRAZO.

Terraza Kursaal. Exterior, Noche.

La terraza del Kursaal está atestada de gente con motivo de la elección de la Miss local. Se oye la orquesta, que toca un motivo que Riccardo canta ante el micrófono.

VOZ RICCARDO (*Off*) (*Cantando*): Como una quimera... desciende la noche...

Del oscuro mar llegan ráfagas de viento que hacen oscilar los farolillos, las macetas de palmeras, y que levantan los manteles de las mesitas.

(La voz del locutor se superpone a la de Riccardo, que continúa oyéndose a intervalos.)

VOZ LOCUTOR: Este es el Kursaal de nuestra ciudad, donde se está desarrollando la última fiesta de la temporada. La elección de Miss Sirena 1953...

En primer plano, Antonio, un viejo camarero, echa un vistazo circular desde su puesto de observación a la multitud tiritante, como si presintiera una huida general debida al mal tiempo.

Alza un momento la cabeza para escrutar el cielo, se aleja después entre las mesitas, pasando ante la larga mesa del jurado, compuesto por Lidia Randi, una actricilla cinematográfica llegada de Roma, y por tres señores...

Un admirador se acerca a la actriz para que le firme un autógrafo.

VOZ LOCUTOR (*Sigue*): Hay un selecto público, ¿no? Forasteros, extranjeros e incluso una actriz de cine llegada de Roma para formar parte del jurado. Están todos y, naturalmente, estamos también nosotros, los Tarambanas.

En una mesa, dos jóvenes, Alberto y Leopoldo, contemplan el grupo de las Misses.

VOZ LOCUTOR: Este es Alberto.

Alberto se dirige a alguien que está fuera de campo, haciendo ademán de pedir un cigarrillo que, a juzgar por su contrariedad, le es negado. Señala después a Leopoldo, como si fuera inútil pedírselo a éste. En efecto, Leopoldo está encendiéndose uno para él, tranquilo y egoísta.

VOZ LOCUTOR: Y éste es Leopoldo. Y he aquí a Moraldo, el más joven de la pandilla.

Moraldo, sentado en la barandilla metálica de la terraza, mira absorto al cielo. Después se dirige a sus camaradas.

MORALDO (*Off*): Eh, mira que bien, está relampagueando. Riccardo, ante el micrófono, canta con inspirado empeño, mirando al cielo.

VOZ LOCUTOR: Y el tenor que está cantando es Riccardino. Como todos los años, ésta es, en cierto sentido, su gran velada.

Por un sendero que une los distintos pabellones del establecimiento avanza Fausto, en compañía de una joven.

VOZ LOCUTOR: Y he aquí a Fausto, nuestro jefe y guía espiritual.

El joven, dirigiéndose a la muchacha, como acabando una larga argumentación, le dice mirándola fijamente, con fingida y dolorosa intensidad.

FAUSTO: ¿Me crees ahora?

La joven sostiene un buen rato, tranquilamente, la mirada de Fausto.

Después, escuchando la lejana canción de Riccardo tararea a media voz el motivo y contesta a Fausto, en tono enojado.

MUCHACHA: Oye, ¿es que me tomas por boba? Venga dame el zapato.

Coge el zapato de manos de Fausto y pretende entrar en el local.

Fausto la retiene con una mano y trata de abrazarla.

FAUSTO: ¡Te lo daré, pero dame un beso!

La muchacha, cada vez más fastidiada, trata de soltarse.

FAUSTO: Vamos, dame un beso.

MUCHACHA: ¡Te he dicho que me sueltes!

FAUSTO: No me vengas con cuentos.

MUCHACHA (*Airada*): ¡Déjame, estúpido! ¡Patán, que no eres más que eso!

La joven consigue soltarse de un tirón del abrazo de Fausto y hace ademán de marcharse.

<... ¡Hummm!... ¿Te enteras? Fausto la retiene todavía.

FAUSTO: Oye, tontaina... Me habías prometido...

MUCHACHA: ¿Qué te prometí?

FAUSTO: Sí, me dijiste que antes de irte... (*Deja sobreentender el resto.*)

MUCHACHA (*Tocándole la barbilla con un gesto de burla*): Ah..., sí, pobre nene... Se prometen tantas cosas. Piensa en todo lo que le has prometido a Sandra.

FAUSTO (*Fastidiado*): ¡Dale con Sandra! ¿Quién se acuerda de ella?

MUCHACHA: ¿Queeee? ¡Conque quién se acuerda! Ja..., ja..., ja...

Mientras se echa a reír irónicamente, la muchacha se vuelve y entra en el local.

Kursaal. Exterior. Noche.

Riccardo ante el micrófono, con una nota en la mano, que lee.

RICCARDO... Miss Sirena 1953, ¡la señorita Sandra Rubini!

El público prorrumpe en aplausos. Todas las miradas se dirigen al grupo de las candidatas a Miss.

La madre de Sandra (Doña Teresa), sonriente y conmovida, se levanta de su mesa y se dirige hacia su hija, que se encuentra entre las otras candidatas.

MADRE DE SANDRA: ¡Oh, mi niña! ¡Querida! ¿Has visto, tesoro, has visto? ¡Y no querías presentarte!...

Leopoldo, Moraldo (que es hermano de Sandra) y Alberto se unen al entusiasmo del público y aplauden calurosamente a Sandra; Alberto se dirige a Moraldo y le pregunta festivamente, a propósito de la complacida alegría de doña Teresa.

ALBERTO: ¿Qué le pasa? Ha ganado tu hermanita, no ella...

Moraldo asiente sonriendo.

MORALDO: Sí.

ALBERTO: (*Off*): ¡Muy bien, Sandrona!

Siempre entre los aplausos del público, que no dan muestras de disminuir, doña Teresa, con excitado orgullo maternal, acompaña a Sandra hacia el estrado...

MADRE DE SANDRA: ¡Adelántate, querida, tesoro mío, adelántate!

... y se la confía a Riccardo, que la lleva ante el micrófono.

RICCARDO (*presentando a Sandra al público*): ¡Miss Sirena 1953!

(LOS APLAUSOS SE RECRUDECEN.)

(DEL MAR LLEGA UN REPENTINO RETUMBAR DE TRUENOS.)

Una ráfaga de viento más fuerte levanta un poco de polvo en la pista desierta.

Alberto saluda a Sandra desde lejos y continúa aplaudiendo frenéticamente.

ALBERTO (*Dirigiéndose a sus amigos, que están fuera de campo*): Está emocionada...

Aumenta la intensidad del viento. Un trueno fragoroso, seguido de un cegador relámpago. Riccardo trata impávidamente de llevar a buen fin la ceremonia.

RICCARDO: ¡Respetable público, atención, por favor! En este preciso instante la conocida actriz cinematográfica Lilia Randi, llegada expresamente

de Roma, ciñe con la banda de Miss Sirena 1953 a nuestra bellísima con-
ciudadana.

El público aplaude, pero más desordenadamente. Muchos se ponen en pie
escrutando el cielo. El viento, ya decididamente borrascoso, hace ondear
farolillos, lámparas y manteles.

En el estrado, Lilia Randi, tras haber ceñido a Sandra con la banda de
Miss Sirena, besa en las mejillas a la joven, que continúa sonriendo, muy
turbada.

Entre los aplausos que van extinguiéndose, Leopoldo, Moraldo y Alberto
miran a su alrededor, preocupados y arrecidos de frío por la tormenta, y se
alzan las solapas de la chaqueta.

LEOPOLDO: Adiós, se acabó la fiesta.

Riccardo invita a Sandra a que se acerque más al micrófono.

RICCARDO (*En medio del vendaval*): Y ahora di algo por el micrófono a
tus admiradores.

SANDRA (*Con un hilo de voz*): Yo...

RICCARDO (*Desenvuelto*): ¡Estupendo, estupendísimo! ¡Ha dicho yo!
La actriz, aterida, grita desde el palco a alguien.

ACTRIZ: Tognacci, tráigame la capa.

Caen en la terraza las primeras gotas. El público empieza a levantarse.

MORALDO (*Con infantil diversión*): Eh, mirad allá, un rayo.

Rápidamente, un aguacero cae sobre la multitud. Gritos, mesas derribadas
y rápida y desordenada carrera de los asistentes hacia los locales del interior
del Kursaal.

Sandra, cada vez más asustada, balbucea ante el micrófono.

SANDRA: Yo no quería presentarme...

Una señora le echa un jersey sobre la cabeza, para resguardarla de la
lluvia, y se la lleva de allí.

Riccardo, al micrófono, asume una actitud heroica, invitando a todos a
tener calma.

RICCARDO: Calma, calma, señores, es una nube pasajera. Quédense en sus
sitios...

El público continúa su desenfundada huida.

RICCARDO: La fiesta continúa. Es sólo una nube...

Se rodea rápidamente la cabeza con una bufanda y se une a la fuga general. Antonio, el camarero, se acerca a Alberto, que está acabando precipitadamente de beber.

ANTONIO: ¡La cuenta, don Alberto! Alberto trata de escabullirse.

ALBERTO: ¿Qué quieres? Todo el mundo se larga.

ANTONIO (*Reteniéndolo*): Ya, pero, de momento, págume usted. Pero Alberto ya escapa bajo la lluvia.

Salón Kursaal. Interior. Noche.

La muchedumbre empieza a invadir el interior del desnudo y polvoriento salón del Kursaal. En un rincón las grandes molduras de madera de las carrozas de la anual batalla de flores contribuyen a aumentar la impresión de desolación y abandono.

Kursaal. Exterior. Noche.

También los músicos desaparecen confusamente con sus instrumentos.

En la terraza llueve a cántaros. Antonio y otros camareros tratan de substrair al diluvio las sombrillas de paja y algunas sillas de mimbre.

Sandra, sostenida por su madre, avanza tambaleándose entre el gentío. Una señora la besa, felicitándola.

SEÑORA: ¡Muy bien, Sandrina!

Interior salón.

En el interior del salón, cada vez más lleno de gente, Leopoldo pide ansiosamente a un miembro del jurado que lo presente a la actriz.

LEOPOLDO: Preséntame a la Randi.

MIEMBRO DEL JURADO: Pero, no es éste el momento...

LEOPOLDO: Ahí está. ¡Por favor, preséntame!

Riccardo descubre un piano en el salón y trata de salvar la fiesta volviendo a tocar, con el guitarrista.

La actriz está cerca de una ventana. El Secretario intenta protegerla del asalto de los cazadores de autógrafos.

JOVENZUELO (*Recibiendo un autógrafo*): Gracias, señora.

ACTRIZ (*De mal humor*): De nada, de nada.

Da la espalda a la multitud. En ese momento llega el miembro del Jurado al que acompaña Leopoldo, y le presenta al joven con ademanes ceremoniosos.

MIEMBRO DEL JURADO: Eximia actriz, le presento a un conciudadano nuestro que honra a la ciudad: el comediógrafo Leopoldo Mannucci.

ACTRIZ (*Con forzada cortesía*): Encantada. Mucho gusto, mucho gusto.

LEOPOLDO (*Emocionado*): Muy honrado, señora. Siempre he seguido su carrera... en los periódicos...

MIEMBRO DEL JURADO (*Apologético*): Ha escrito también un drama, eh... Sí... se titula... es el poeta de nuestro teatro de aficionados. Pero ya la actriz les ha dado la espalda.

Riccardo y el guitarrista han empezado a tocar frenéticamente, pero su voluntariosa intervención sólo parece aumentar la confusión general. Moraldo está cada vez más excitado y contento con el temporal.

MORALDO (*A Riccardo y al guitarrista*): Está precioso fuera, chicos. Parece el fin del mundo. Es una maravilla.

Terraza Kursaal. Exterior. Noche.

Fuera, la terraza completamente desierta es azotada por ráfagas de viento y de lluvia.

Salón Kursaal. Interior. Noche.

Los participantes en la fiesta, apiñados en el salón, han empezado a bailar vertiginosamente. Entre los músicos está ahora también Alberto, que se exhibe en la batería, imitando a un músico de jazz americano. Sandra, adosada a una pared, recibe las felicitaciones y parabienes de sus amigas y de las otras candidatas al título de Miss Sirena.

VOCES:

— ¡Muy bien, Sandrina!

— ¿Contenta, eh?

— ¡Enhorabuena, señora!

Su madre, a su lado, sonrío orgullosa del pequeño triunfo. Más de una de las amigas se acerca a Sandra y la besa. Una morenita le grita:

MORENITA: Ahora te dedicarás al cine, ¿no?

Una expresión de sufrimiento ha aparecido en el rostro de Sandra, que parece respirar con dificultad. Se apoya en la pared, llevándose una mano a la frente. Un instante después se desliza al suelo, sin fuerzas. La madre, que no se ha dado cuenta, continúa sonriendo y dando las gracias, complacida. Después, viendo a su hija desmayada, lanza un gritito y se inclina para socorrerla.

MADRE DE SANDRA: ¡Sandrina! ¡Dios mío! ¡Dios mío! Se yergue de inmediato y llama asustada a su hijo.

MADRE DE SANDRA: ¡Moraldo! ¡Moraldo!

Moraldo se vuelve hacia su madre y pregunta, sorprendido y preocupado.
<(Off) ¡Moraldo!

MORALDO: ¿Qué pasa, mamá?

MADRE: Ven aquí. Tu hermana se encuentra mal.
Se acerca Moraldo, seguido por Riccardo.

MORALDO: Permítanme. Permítanme, por favor.

MADRE: ¡Un médico! ¡Un médico! Llamen a un médico.

RICCARDO: ¿Qué ha ocurrido, señora?

MADRE (*Cada vez mas asustada*): ¡Un médico! ¡Un medico!

Moraldo, tras echar una ojeada a su hermana, trata de tranquilizar a su madre.

MORALDO (*Cogiéndole la cara entre las manos*): ¡Mamá, mamá, tranquila! No es nada. Mamá, cálmate. ¿No hay un médico, por favor? ¡Abran paso! (*A su madre*) Mamá, tranquila. No es nada.

Riccardo trata de alejar a la gente que se agolpa en torno a la joven.

El Doctor Mancinelli, un anciano con barba, se abre camino a duras penas entre la muchedumbre.

MANCINELLI: ¡Aquí estoy! ¿Qué ha ocurrido? Vamos, déjenme pasar. Ea, abran paso. ¡No estorben! ¡Atrás!

Rápidamente Moraldo y Riccardo alzan a Sandra y, seguidos por un grupo de gente, la llevan a la dependencia contigua al salón. El médico los sigue, tratando afanosamente de contener a los curiosos.

MANCINELLI: ¡Atrás! ¡Atrás, demontres! ¡Quédense aquí, les he dicho!

MORALDO: ¡No es nada! Necesita aire.

Sandra es colocada sobre un sofá y la rodean su madre, Moraldo y Riccardo. El doctor le toma el pulso. La madre continúa lloriqueando.

MADRE: Moraldo... mira a Sandrina...

MORALDO: No es nada, mamá, tranquila, vamos... Riccardo se aleja del grupo y se asoma al umbral del salón, donde se agolpan los curiosos. Busca con los ojos a alguien y llama.

RICCARDO: ¡Fausto! ¡Fausto! Leopoldo, llama a Fausto. Dile que venga aquí.

Una muchacha repite la llamada de Riccardo.

MUCHACHA: ¡Fausto! ¡Fausto! Ven aquí.

El médico se ha inclinado sobre Sandra y le está auscultando el corazón, mientras Moraldo continúa consolando a su madre, que sigue desesperada.

MORALDO: Mamá, mamá, cálmate, cálmate. No es nada.

MADRE: ¿Cómo que no es nada? ¡Mírala!

En el salón, Fausto avanza trabajosamente entre la gente que se agolpa a la puerta del cuarto, pero se detiene en el umbral, preguntándole a Leopoldo, que está allí,

LEOPOLDO: Sandra se ha desmayado, se encuentra mal.

El médico ha concluido su reconocimiento y se pone en pie, silenciosamente. La madre, ansiosa, le pregunta:

MADRE: ¿Está mejor?...

... y se inclina sobre Sandra, que abre los ojos, se sienta y ve...

SANDRA: ¡Mamá!

MADRE (*Off*): ¡Cariño!

... a Fausto, de pie en la puerta.

Sandra aparta en seguida la mirada de Fausto y estalla en un llanto repentino y desesperado, ocultando el rostro entre las manos.

SANDRA (*Llorando*): ¡Quiero morirme, quiero morirme!

La madre de Sandra se inclina sobre su hija hasta rozarle el pelo con la cara.

MADRE: Sandrina mía, nenita, ¿qué dices? ¿Quieres morirte justamente esta noche que te han hecho Miss Sirena? No, querida, no lo digas ni en broma. (*Dirigiéndose al médico*) Doctor, ¿qué tiene?

Desde el umbral, Fausto contempla incómodo la escena.

La madre continúa mirando insegura al médico, como exigiendo una respuesta. Moraldo tiene el ceño fruncido.

MADRE: ¡Responda!

El doctor, serio, sostiene la mirada de la madre de Sandra y después mira a Moraldo. Por último, dando unas palmadas, dice autoritario.

DOCTOR: Por favor, jóvenes, ¿quieren salir de aquí?

Ante las palabras del médico, la madre, asaltada por una duda, mira primero a Moraldo y después a Sandra. Moraldo, en silencio, se vuelve a mirar a Fausto.

Fausto, que estaba a punto de entrar, retrocede cautamente dos pasos y se abre paso entre la multitud que se agolpa ante la puerta.

Calle de casa de Fausto. Exterior. Noche.

Llueve a cántaros en la calle desierta. Por el fondo de la calle aparece, corriendo pegado a las paredes, Fausto. Cuando llega ante la verja de su casa, entra en ella.

Complejo casa de Fausto. Comedor. Interior. Noche.

Fausto cierra la puerta, se restriega los pies y agita los brazos para sacudirse el agua de encima. Atraviesa el comedor oscuro, abre la puerta de su cuarto, entra y cierra de un portazo. La casa de Fausto es modesta, casi miserable.

Habitación del padre de Fausto.

En otra habitación de la casa, un hombre de unos cincuenta años, con una gorra de visera (el padre de Fausto), levanta la cabeza de su trabajo. En la mesa ante él, hay unos papeles de un proyecto de arquitectura, un plato con los restos de una modestísima cena y una garrafa de vino. Es evidente que el hombre está trabajando desde hace horas. Está en mangas de camisa.

El padre de Fausto está por reanudar su trabajo, pero le llega un ruido procedente de la habitación de Fausto. Se alza pesadamente y se dirige a la puerta.

Habitación de Fausto. Interior. Noche.

Fausto ha arrojado una maleta sobre la cama y la está llenando apresuradamente con ropa y objetos personales.

A sus espaldas, se abre la puerta de golpe y aparece el padre.

PADRE (*Con pesada ironía*); ¡Ah! ¿Eres tú? ¿Ya has vuelto? Por eso llueve...

Fausto se queda parado, como un ladrón, tratando de ocultar la maleta con su cuerpo. Pero el padre la descubre y su rostro se ensombrece aún más.

PADRE (*Desconfiado*): ¿Qué estás haciendo?

Fausto se decide a hablar. Está muy agitado y trata de poner en sus palabras una convicción insólita en sus diálogos con su padre.

FAUSTO: Oiga, padre... Me tengo que marchar... ¡Me voy ahora mismo!... Se trata de un asunto... ¿Se acuerda de que le hablé de un fulano de Milán que quizás me encontrara trabajo?... Bueno, me lo he pensado bien... Me pongo a trabajar...

PADRE DE FAUSTO: ¿A estas horas? (*Pausa; después, decidido*) ¿Qué te ha ocurrido?

FAUSTO (*Cándido*): Nada, me pongo a trabajar. ¿No está contento?

PADRE DE FAUSTO: ¿Qué clase de trabajo es?

FAUSTO: Pues, una sociedad... Han fundado una sociedad... Son personas muy serias... Por cierto, ¿me dejaría cinco mil liras para el billete del tren? Ah, en cuanto llegue se las devuelvo.

El padre de Fausto se acerca al joven y lo agarra por el pecho.

PADRE DE FAUSTO: Dime, bribón, ¿qué has hecho? ¿Eh? ¿Qué es lo que has hecho?

FAUSTO (*Algo asustado*): Nada, me pongo a trabajar... ¿No me cree? Tomo el expreso de la una...

VOZ DE MORALDO (*Desde la calle*): ¡Fausto!

Un silencio. Después un timbrazo resuena en la casa.

Calle casa de Fausto. Exterior. Noche.

Moraldo, ante la puerta, bajo la lluvia, repite muy quedo:

MORALDO: Fausto...

Pero queda sorprendido al ver al padre de Fausto.

Pasillo casa de Fausto. Interior. Noche.

Fausto, de espaldas, está en pie en el umbral de su cuarto. Al fondo, su padre ha abierto la puerta de entrada. Ante él se encuentra Moraldo.

MORALDO (*Tranquilo*): Buenas noches, don Francesco. Buenas noches. ¿Cómo está?

Un momento de silencio; después, el padre se vuelve desconfiado e interrogante hacia Fausto, que no se ha movido.

FAUSTO (*Para acabar con la tensión*) : Ah, Moraldo, hola. Entra. Ven, ven. Ven aquí.

Moraldo, siempre sonriendo con melancólico despego, atraviesa el pasillo y entra algo cohibido en la habitación de Fausto, evitando la mirada de su amigo.

Habitación de Fausto. Interior. Noche.

FAUSTO: Siéntate. (*Dirigiéndose a su padre*) Perdone, padre. Ya sabe.

Fausto, tras una leve vacilación, cierra la puerta y, evitando también las miradas de Moraldo, vuelve a la cama y sigue llenando la maleta con toda intención. Moraldo se ha quedado de pie junto a la pared, con la cabeza gacha.

FAUSTO: ¿Has visto cómo llueve? Bueno, se acabó la temporada. ¡Lástima! (*Pausa*) ¿Quieres fumar?

Fausto tiende a Moraldo una cajetilla de cigarrillos.

< ... Ten...

MORALDO (*Sin coger la cajetilla*) : Tienes sólo uno.

FAUSTO: No. No tiene importancia. No. No fumo. Moraldo, tras una leve vacilación, coge el cigarrillo. Fausto se dispone a encendérselo.

FAUSTO: Esto va a durar lo menos tres días. Un buen aguacero, ¿no?

Después vuelve a ocuparse de su maleta.

MORALDO: De modo que... ¿te vas?

FAUSTO (*Con afectada despreocupación*): Sí, me marchó.

MORALDO: ¿Vas a estar fuera mucho tiempo?

FAUSTO: No sé... depende...

Moraldo mira el cigarrillo encendido y por ultimo se arma de valor.

MORALDO (*En voz baja*): ¿Y Sandra?

FAUSTO (*Impávidamente*): ¿Sandra? (*Con forzada alegría.*) ¡Ha sido elegida Miss Sirena! Estaba muy guapa. Estará encantada, ¿no?

MORALDO (*Con voz sosegada*): Sandra espera un hijo.

Fausto se queda inmóvil, tenso y asustado. Pero su rostro, con histriónica rapidez, asume una expresión de intenso sufrimiento y de noble abnegación.

Se da media vuelta y se enfrenta con Moraldo.

FAUSTO (*Con voz vibrante*): Sí, lo sé. Por eso me marcho. Trata de comprenderme, Moraldo. Yo quisiera reparar mi falta... pero, ¿qué hago?

Mira a Moraldo como esperando una respuesta. Moraldo calla, evitando su mirada.

FAUSTO: Ahora estoy desocupado, como tú. No tengo una lira, y por eso me voy a Milán. Quiero tratar de labrarme un porvenir. Sí, naturalmente, en cuanto lo arregle regreso. Regreso en seguida.

Otra pausa penosa.

< ¿No me crees?

Moraldo mira a Fausto con su habitual sonrisa melancólica.

MORALDO: No he dicho nada.

Fausto se acerca a Moraldo como si quisiera hablar, suspira y va hacia la ventana, dándole la espalda a su amigo.

FAUSTO: Ya ves, Moraldo, entre nosotros sí que nos entendemos. Yo quiero mucho a Sandra, de verdad... Mira, te lo juro. Te lo juro por lo que quieras. ¿Quieres que te lo jure por mi madre? La quiero mucho. Ha sido una fatalidad.

Se vuelve lentamente y mira a Moraldo como si aludiese a una desgracia que les ha ocurrido a otros.

Sacude la cabeza, y viendo que Moraldo no se mueve continúa:

< Dime la verdad. Si estuvieras en mi pellejo, ¿no tratarías de labrarte antes un porvenir? ¿Eh?

Moraldo alza la cabeza.

MORALDO: No lo sé. ¿Y eso qué tiene que ver? ¿Eh?

Fausto vuelve hacia la cama, cierra la maleta y de repente tiene una idea. Se vuelve a Moraldo, como si le propusiera una excursión.

FAUSTO (*Iluminándosele la cara*): Moraldo, ¿por qué no te vienes conmigo?

La propuesta aturde a Moraldo. Fausto, cada vez más acalorado con su argumentación, prosigue:

FAUSTO (*Con calor*): Hale, sí, vayámonos ...¿Qué vas a hacer aquí este invierno?

MORALDO: ¿Qué dices?

FAUSTO: Si no encontramos trabajo en Milán, no importa... lo intentamos en otro sitio... Siempre hemos dicho que nos iríamos...

MORALDO: ¿Ahora?

FAUSTO: Te aseguro que ésta es la ocasión perfecta. ¡La ocasión perfecta! Y Sandra estará encantada. ¡Ya lo verás!

< Vamos, vente.

Fausto agarra la maleta, coge de la silla el impermeable y la gorra y se dirige a la puerta. Está alegre, le parece que ha resuelto la situación:

< Vamos a hablar de eso fuera. Chist, despacio. Ven. ¡Vamos! Apaga la luz.

Abre la puerta y Fausto ve a su padre, de pie en medio del pasillo, que le clava los ojos con una mirada hosca. Fausto intenta esbozar una sonrisa.

Pasillo-Interior. Noche.

FAUSTO: Oh, papá. Perdona, Moraldo.

Una embarazosa pausa, Fausto se dirige a su padre

FAUSTO: ... Papá... ¿me da esas cinco mil liras?

Ante estas palabras, el padre se acerca amenazadoramente al joven.

Las frases salen de su boca entrecortadas por la ira.

PADRE: ¿Qué quieres, cinco mil liras? ¿Para qué? ¿Para marcharte?

FAUSTO: No, papá.

PADRE: ¡Primero armas este embrollo y después te escapas!

FAUSTO: ¿Qué es lo que se cree?

PADRE: ¡Yo te mato!

Fausto trata de abrir la puerta, pero su padre ya se le ha echado encima y le da un terrible pescozón.

Fausto se tambalea y se refugia en un rincón de la habitación, cubriéndose la cabeza con las manos, como un niño.

FAUSTO: Padre, por favor...

PADRE: No grites. Ven acá, no grites.

FAUSTO: Pero, ¿qué hace? ¡Padre!

El padre se le ha echado encima de nuevo, pero Fausto escapa y se refugia en otro rincón.

PADRE DE FAUSTO: ¡Te juro...!

En su furia, ya incontrolable, derriba sillas y aparta la mesa para echarse sobre Fausto. Está a punto de pegarle cuando Moraldo se mete en medio y le sujeta la mano.

MORALDO: Don Francesco...

PADRE: ¡Quítate de ahí! ¡Cobarde!

El padre de Fausto aparta violentamente a Moraldo y consigue aferrar a Fausto en la puerta de entrada.

PADRE DE FAUSTO: ¡Te juro sobre la tumba de tu pobre madre que ésta es la última villanía que haces! ¡El padre de esa chica es un hombre de bien, como yo! Ha trabajado toda su vida como yo. ¡Como este imbécil! ¡Para mantener honrosamente a su familia! Pero yo te llevo a la iglesia... (*Casi llorando*) Ya verás cómo te llevo, a patadas, ¡Desgraciado!

Un emocionado sollozo brota de su pecho y el hombre deja a Fausto; se adentra, enjugándose los ojos, por el pasillo, en el final del cual ha aparecido la hermanita de Fausto, en camisón y soñolienta.

HERMANITA: ¿Qué ocurre papá?

El padre, hacia la niña:

PADRE: Nada. Vete, vuelve a la cama, (*Después, dirigiéndose a Fausto, con voz empañada por el llanto*) ¡Te casas, eh! ¡Te digo yo que te casas con ella!

Moraldo se ha quedado inmóvil, pegado a la pared, con la cabeza gacha.

En medio del silencio, Fausto abre la puerta de entrada y sale al umbral. Ante él aparecen Riccardo, Leopoldo y Alberto. Los tres, como cogidos en

falta, retroceden unos pasos.

Calle casa de Fausto. Exterior. Noche.

Todos miran a Fausto en silencio. Es evidente que los tres amigos lo han oído todo.

RICCARDO: Hola, Fausto.

Fausto baja la cabeza con un gran suspiro. Después Alberto empieza a reírse; primero es una risa sofocada, borboteante, que cada vez se hace más sonora, abierta e insultante.

FAUSTO: Sí, hacer el imbécil, que mi padre está llorando.

Alberto se ha apartado del grupo, señala a Fausto, se dobla en dos, se apoya en la pared, como si se muriese de risa.

FUNDIDO

Iglesia. Interior. Día.

(SE OYE EN SEGUNDO PLANO EL CANTO DE RICCARDO.)

En el coro, junto al órgano, Riccardo está cantando apasionadamente el «Ave María» de Schubert. Las notas del órgano y la voz del tenor llenan las grandes naves de la antigua iglesia medieval.

VOZ LOCUTOR: En efecto, se casaron. Fue una espléndida boda, aunque preparada un poco de prisa. Riccardo cantó el Ave María de Schubert e hizo llorar a todos. Y el Arcipreste, que nos conocía desde niños, soltó una plática muy conmovedora.

ARCIPRESTE (*Con voz temblorosa*): Queridos esposos, no podéis imaginaros con qué gozo os he unido en matrimonio en este momento. Y tú, querido Fausto..., y tú, querida Sandra...

La voz de Riccardo sube de tono.

(AUMENTA EL SONIDO DEL ÓRGANO.)

Alberto felicita a Fausto, que está visiblemente conmovido.

ALBERTO: ¿Qué? ¿Has visto? Sólo ha sido un momento... ¡Muy bien!

La ceremonia ha acabado. El órgano toca en tono altísimo las florituras finales.

Se ha formado confusa y desordenadamente el cortejo de salida, a las órdenes contradictorias y desordenadas del padre de Sandra y de otros voluntarios.

Fausto y Sandra avanzan conmovidos y sonrientes, detenidos a cada paso por gentes que los abrazan.

Fausto, sinceramente conmovido, tiene los ojos brillantes y da las gracias a todos, se deja abrazar, asintiendo repetidamente.

FAUSTO (*Muy conmovido*): Gracias, gracias a todos... ¡Ha sido estupendo!... Gracias... Muy bien, muy bien...

Tras los novios se forma el cortejo: el padre de Fausto, con un ajustado traje azul, da el brazo a la madre de Sandra. Está visiblemente intimidado. Cuatro o cinco niñas, con largos bolsos blancos, brincan excitadas y curiosas ante los novios, precediéndoles hacia la salida.

Detrás de todos, Moraldo. Contempla con su habitual sonrisa distante el techo y las velas encendidas...

Un fotógrafo detiene al grupo que avanza hacia la salida para sacar la foto de ritual.

Estación. Exterior. Día.

(SILBIDO DE UN TREN.)

El tren se pone en marcha. Fausto y Sandra, asomados a la ventanilla de un vagón de primera. Sandra se lleva el pañuelo a los ojos, Fausto saluda agitando las manos.

SANDRA (*Entre lágrimas*): Adiós, mamá...

En el andén, dos grupos distintos; el primero está formado por los parientes (padres de Sandra, tías, el padre de Fausto y su hija, una niña).

(SALUDOS A VOLUNTAD.)

El segundo grupo está formado por Leopoldo, Moraldo, Alberto, Riccardo y la hermana de Alberto.

Todos hacen ondear los pañuelos, después se quedan inmóviles y callados, mirando el tren que ya ha salido de la estación. Giudizio, el tonto del pueblo, persigue al tren con su carreta, voceando alegremente.

Se ve a Fausto asomarse por la ventanilla.

FAUSTO (*Gritando*): ¡Adiós, papá! El padre de Fausto, agobiado por la emoción, responde con un levísimo gesto de la mano.

FUNDIDO ENCADENADO.

Plaza de la estación. Día.

Todo el grupo de invitados sale de la estación. Sólo Moraldo permanece mucho tiempo en el andén observando al tren que se aleja, con su habitual mirada melancólica y absorta.

La plaza está desierta y desolada. Dos coches de caballos están parados al comienzo de la gran avenida.

Una breve espera que aumenta el malestar. Después, la madre de Sandra, dando muestras de una actitud de superioridad hacia el padre de Fausto, que se ha quedado un poco al margen, dice en voz alta:

MADRE DE SANDRA (*Dirigiéndose a su marido*): ¿Qué, nos vamos?

El padre de Sandra, evidentemente cohibido, se vuelve hacia el padre de Fausto.

PADRE DE SANDRA: Don Francesco... nos despedimos de usted...

El padre de Fausto se adelanta con torpe apresuramiento y estrecha la mano que le ofrece el padre de Sandra. La niña se ha quedado detrás.

PADRE DE FAUSTO: Gracias, señor Rubini... (*Con un esfuerzo.*) Ya verá como Fausto no es malo, ¿sabe?...

La emoción le impide proseguir. Sonríe. El padre de Sandra, para ayudarle a vencer su turbación, acaricia la cabeza de la niña, que se ha acercado.

PADRE DE SANDRA: ¿Es esta su hijita, la pequeña?

PADRE DE FAUSTO (*Con una sonrisa triste y agradecida*): Ah, es una niña estupenda...

La madre de Sandra interviene, seca.

MADRE DE SANDRA: Queda claro que su hijo vendrá a vivir a nuestra casa hasta que sea capaz de solucionarlo de otro modo... Buenos días...

El grupo de los amigos observa, al margen, la escena. Alberto comenta.

ALBERTO: ¿Por qué lo trata así?

La madre de Sandra echa a andar seguida por su marido y por el grupito de parientes, que saluda con cara de pocos amigos al padre de Fausto.

El padre de Fausto se inclina torpemente, con el sombrero en la mano, y permanece cierto tiempo inmóvil, con la niña a su lado; a sus espaldas, del grupo de amigos que han asistido a la penosa escena se separa Riccardo y se le acerca.

RICCARDO (*Con su resonante voz de tenor*): ¿Podemos invitarlo a algo, don Francesco?

El padre de Fausto, tras una leve inclinación, da las gracias con una sonrisa.

PADRE DE FAUSTO: No, gracias, Riccardo, me voy a casa. Y echa a andar de la mano de la niña, que tras dar unos pasos se vuelve hacia atrás, brincando, para mirar a los cuatro jóvenes que se han quedado solos. Hacia el fondo, lejanísimo, pasa Giudizio detrás de su carreta, perneando...

FUNDIDO.

Salón de billar (Interior, noche).

Alberto y Riccardo están jugando una partida a la italiana. Leopoldo, sentado junto al borde de la mesa, marca los puntos en la tablilla; Moraldo se balancea muellemente, sentado, con el respaldo de la silla apoyado en la pared y los pies sobre la mesa.

Calle. Exterior. Noche.

Los cuatro caminan lentamente, pensativos. Riccardo da una patada a un bote vacío.

RICCARDO: Bueno, decid lo que queráis. Entre tanto él está en Roma y nosotros aquí, en este asqueroso pueblo. (*Se pone el sombrero y hace como si cantara*)

CARUSO: Siii, tiene buena voz.

ALBERTO: ¿Voz? Dice que tiene voz. ¿Qué importa? Voz tienen todos. (*Después, dirigiéndose a Moraldo*): Dime... ¿tú te habías enterado de esa historia de Fausto con tu hermana? Porque, la verdad, si queremos ser objetivos... Fausto es un sinvergüenza...

Riccardo se detiene y se dirige a los demás.

RICCARDO: Pero hacen una buena pareja. Estaban muy bien juntos.

ALBERTO: ¿Qué? ¡Una buena pareja! (*Se ríe.*) Ella es mona. Ella es una chica guapa, pero Fausto no. Fausto tiene una cara...

RICCARDO: No, tiene buen tipo, es alto...

LEOPOLDO: No, no es un sinvergüenza... Yo diría más bien un instintivo..., un pasional... ¿me das lumbre?... de fondo bestial...

ALBERTO: ¿Qué dices? ¿Qué estás diciendo? Este se cree siempre que está escribiendo comedias. Ese es un cerdo, un asqueroso... ¡Sería como si uno de

vosotros se acostara con mi hermana!

RICCARDO: Pues yo me acostaría encantado con tu hermana...

Alberto lo mira y le da bromeando un pescozón. Riccardo consigue evitarlo, da un salto, llega junto al bote vacío, alza la pierna para no darle una patada.

RICCARDO: ¡Páralo!

Da una patada al bote y lo envía basta los pies de Alberto. Alberto gambetea, hace una finta y le da al bote, enviéndoselo con un pase exacto a Leopoldo. Leopoldo da una patada y yerra.

RICCARDO: ¡Pásalo...!

Riccardo interviene corriendo y da otra patada al bote, mandándolo lejos. Apenas se ha extinguido el ruido cuando por una calle perpendicular a la que recorren nuestros cuatro amigos aparece una prostituta de unos cuarenta años, baja, desgarrada, arrastrándose fatigosamente. Mira con cierta sospecha a los cuatro jóvenes que llegan y empiezan a meterse con ella, dirigiéndole frases bastante groseras. Moraldo no es partidario de ello e invita a sus camaradas a dejarla en paz.

La prostituta replica airada; evidentemente, también ella está acostumbrada a este tipo de bromas. Da una chupada a su colilla.

Riccardo ha llegado hasta el bote y le da otra patada. Sobre la visión de los cuatro amigos que se alejan cantando, comienza la voz.

VOZ: ¿Y ahora? ¿Qué más podremos hacer? También este día se acabó. Sólo nos queda volver a casa como todas las noches.

FUNDIDO.

Pasillo casa Alberto.

Alberto da un beso a su madre, que aún está vestida, y después, mientras se dirige a su cuarto, echa una ojeada a la habitación de su hermana.

VOZ: Alberto sabe que su madre no se va a la cama hasta que él regresa.

Olga está escribiendo a máquina. Tiene en la mesa unos libros de contabilidad que evidentemente se ha traído de la oficina. Olga responde al saludo de Alberto limitándose a alzar la mano. Alberto prosigue hacia su dormitorio.

Habitación de Riccardo. Noche.

Riccardo, con los pantalones del pijama y desnudo de la cintura para arriba, saca el pecho y mete la barriga ante el espejo del armario. Tiene un leve gesto de desconsuelo.

VOZ: Riccardo, como todas las noches, advierte que engorda.

Habitación de Leopoldo. Noche.

Leopoldo se sienta ante su diminuto escritorio.

VOZ: Y Leopoldo, tras haberse tomado la cena que sus tías le dejan en su cuarto, se prepara a trabajar también esta noche en su nueva comedia. Ha puesto su disco preferido, «Vuela en la noche», y se sienta ante la mesa..., abre la estilográfica...

Leopoldo ha destapado la estilográfica.

Leopoldo dibuja una flor en una hoja de papel.

Leopoldo mira al techo.

... dibuja un triangulito... persigue a sus personajes en el techo...

Leopoldo se levanta, va a la ventana, que da a un angosto patio, coge una larga caña y llama a la ventana frontera.

LEOPOLDO: ¡Caterina!

La ventana de enfrente se abre; en el vano aparece una joven soñolienta, con el pelo enmarañado.

VOZ: Es la criadita de los vecinos de al lado.

LEOPOLDO (*En voz baja*): ¿Cómo estás, Caterina?

CRIADITA: Mal, con este frío. ¿Y tú?

LEOPOLDO (*En voz baja*): Bien... Estoy trabajando.

CRIADITA (*Tras un bostezo*): ¡Qué hermosa luna!

LEOPOLDO (*Seductor*): ¡Tan bonita como tú! La joven, halagada, hace un gesto de mofa.

CRIADITA: ¡Hummm!... ¡Mentiroso! ¿Por qué cantas siempre la misma canción?

LEOPOLDO: Ya ves, me inspira.

Plaza. Exterior. Noche.

Exterior calle. Noche.

Moraldo está parado en medio de la calle.

VOZ: En las calles desiertas, como todas las noches, queda sólo Moraldo.

En medio del silencio nocturno se oyen los toques de una campana. Moraldo, que ha sacado del bolsillo las llaves y está a punto de abrir la cancela de su casa, se detiene y aguza el oído ante el eco de los lejanos toques. Cuando se ha apagado en el aire la última resonancia, se oye el silbido de un tren. Moraldo, en vez de abrir la verja, queda inerte y pensativo; se sienta en un banco y mira hacia arriba, a la bóveda estrellada.

MORALDO (*Para sí*): ¿Y si me marchase yo también? Lo arranca de sus pensamientos el paso saltarín de alguien que se acerca silbando. Moraldo se vuelve y ve asomar de repente, por una calle lateral, a un chico con mono de obrero y una gorra de hule de ferroviario. Al ver a Moraldo, inmóvil en la sombra, se detiene de pronto, como si hubiera tenido miedo.

MORALDO (*Sonriéndole con simpatía*): ¡Hola! ¿Por aquí a estas horas? Ya son las tres. ¿No te vas a la cama?

Tranquilamente el chico se acerca a Moraldo.

Bajo la abollada visera de la gorra, el niño tiene una cara extravagante y alegre.

MUCHACHO: Me acabo de levantar. Me levanto siempre a las tres, todas las mañanas.

MORALDO (*Sorprendido, serio*): ¿Y a dónde vas?

MUCHACHO: Trabajo en la estación.

Moraldo queda impresionado y reacciona con una extraña risita; luego alargando una mano y le revuelve un mechón de pelo.

MORALDO: ¿Cómo? ¿Trabajas?

MUCHACHO: Trabajo allí, en la estación.

MORALDO: Ven aquí, siéntate. ¿Qué haces? ¿Qué tipo de trabajo haces?

MUCHACHO: Ya te lo dije. Trabajo.

MORALDO (*Quitándole la gorra*): ¿Y ésta es una gorra de ferroviario?

MUCHACHO: Sí.

MORALDO: Pero, dime, ¿estás contento?

MUCHACHO (*Encogiéndose de hombros*): Bah, no está mal...

MORALDO: ¿Quieres un pitillo?

MUCHACHO (*Asintiendo*): Bueno...

Moraldo se hurga en los bolsillos y parece evidentemente molesto porque no tiene tabaco.

MORALDO: Oh, lo siento. No me quedan.

Como para librarlo de su turbación, el muchacho se aleja retrocediendo.

MUCHACHO: No importa... Buenos días...

MORALDO: Oye...

Y se aleja caminando por el centro de la calle con paso saltarín.

MUCHACHO: Adiós.

MORALDO: Adiós.

FUNDIDO.

Patio, Exterior. Día.

Un anciano hombrecillo, de ojos un poco alucinados y con una visera americana en la frente, se afana en torno a un complicado aparato provisto de alas y hélices.

Por el portal del patio entra Alberto, que pasa junto al vejete y mira el aparato con aire de entendido.

ALBERTO: Buenos días, ingeniero. ¿Cómo va el casco volante?

INGENIERO (*Digno y ligeramente desconfiado*): Va bien, va bien...

El ingeniero sigue con cierta ansiedad el movimiento de una hélice.

ALBERTO: ¿Y cuándo volaremos?

INGENIERO (*Con intención*): Más pronto de lo que mis enemigos quisieran. Luego echa una ojeada a Alberto.

ALBERTO (*Marchándose*): ¡Suerte, ingeniero! Alberto se acerca a una ventana enrejada, a través de la que vemos una oficina de altas estanterías llenas de carpetas.

Ante una mesa, junto a la ventana, está Olga, que comprueba unas cuentas en la máquina calculadora,

ALBERTO (*En voz baja*): ¡Olga! ¡Olguita!

Olga se vuelve, se quita las gafas y mira muy seria a su hermano.

< (*En voz baja*): ¿Está el jefe?

Olga, sin hacer caso de esta última pregunta, responde.

OLGA: ¿Qué quieres?

ALBERTO: Oye, Olga. Tienes que hacerme un favor... yo, después, el domingo, hago un negocio y te las devuelvo... (*Alza un dedo, mimoso.*) ¿Me prestas mil liras?

Olga lo mira fijamente. Está visiblemente cansada.

ALBERTO (*Adulador, con fingida aprensión*): Has trabajado toda la noche, ¿eh? (*En voz baja.*) Pero a ese tío se lo digo yo, ¿eh? Al menos, que te suba el sueldo.

Olga abre el bolso y coge un billete de banco.

OLGA: Sólo te puedo dar quinientas.

UN SILBIDO.

VOZ RICCARDO: ¡Albertone!

Alberto se vuelve hacia el portal del patio.

Riccardo está haciéndole grandes gestos.

Alberto coge el dinero de su hermana,

ALBERTO: Gracias, Olguita, gracias.

Le lanza una sonrisa y un ademán de despedida, y después se dirige hacia Riccardo.

Riccardo está jadeante.

RICCARDO: Oye, Massimo y Leopoldo van a Bolonia. Hay carreras de caballos.

ALBERTO: ¿Y qué?

RICCARDO: Me han hablado de un caballo seguro. ¿Por qué no apostamos algo también nosotros? Bastaría con mil liras. Yo tengo trescientas. ¿Cuántas tienes tú?

Olguita, que ha seguido la conversación, se mete en la oficina sacudiendo la cabeza.

FUNDIDO.

[*Exterior casa de Leopoldo.*]

Alberto, despatarrado en medio de la calle, suba hacia las ventanas de Leopoldo.

Se asoman simultáneamente dos viejecitas. Son las tías.

PRIMERA TÍA: Leopoldo está descansando...

SEGUNDA TÍA: Ha trabajado toda la noche...

ALBERTO: ¡Hay que despertarlo! ¡Se trata de un negocio! Que venga en seguida al garaje de Riccardo.

FUNDIDO.

Callejuela. Exterior. Día.

En una antigua calleja medieval, que corre entre huertecillos privados, hay un par de talleres mecánicos, una herrería y algunas tiendas.

Obreros concentrados en su trabajo, niños que juegan, mujeres que hacen la colada y tienden la ropa, gallinas que revolotean.

En una esquina hay un grupito formado por Leopoldo, Moraldo y una pareja anciana, él un hombretón pesado y de cara roja, ella una campesina gorda con sus alhajas al cuello.

Los cuatro miran hacia...

... uno de los talleres mecánicos, del que sale lentamente una vieja limusina, guiada con suma cautela por Riccardo. Gritos de gozo y estupor de los niños acogen la insólita aparición.

Riccardo echa el freno de mano y el sombrío cochazo se detiene con una sacudida. Riccardo baja y se dirige a la pareja, con una sonrisa radiante.

RICCARDO: ¿Eh? (*Como diciendo «¿Qué les parece?» Después, a Leopoldo*) ¿Y a usted, le gusta?

Leopoldo, que evidentemente debe prestarse a desempeñar el papel de «segundo comprador», asiente gravemente.

LEOPOLDO (*Gravemente*): ¡Lo que es bonito, sí lo es!

La mujer se dirige a su marido, enfurruñada y algo desconfiada, y dice en voz baja.

LA MUJER (*Con acento dialectal*): Pero, ¿no es demasiado grande?

MORALDO (*Fingiendo asombro*): ¿Grande?... No creo.

LEOPOLDO (*Asintiendo*): Ahora, señora, todos los coches los hacen así...

RICCARDO (*Al hombre, señalando a Leopoldo*): También el señor está interesado por el coche... Si no le parece mal, podemos dar una vuelta todos juntos...

HOMBRE: Oh, por mí...

LEOPOLDO (*A Riccardo*): Debe ser doloroso deshacerse de un coche así...

Riccardo, entre tanto, ha abierto las portezuelas e indica al hombre y a la mujer que suban.

RICCARDO: Suban, por favor... (*a Leopoldo*), Ni se me ocurriría venderlo si no tuviera que irme a París... Animo, señores, demos esta vuelta y ya verán cómo luego no quieren bajarse...

Leopoldo ha agarrado a la señora por una manga, reteniéndola.

LEOPOLDO (*En voz baja*): Un momento... Perdone, señora, quizá se le ha escapado un pequeño detalle. Mire...

Y señala un escudo nobiliario en la portezuela.

Es un escudo de marqués. ¡Qué finura! (*a Riccardo*). ¡No lo había notado!

MORALDO (*Indicando la otra portezuela*): Hay también uno aquí.

El hombre, con los ojillos hundidos en la carota gruesa, dice a Riccardo, con cierta desconfianza.

EL HOMBRE (*Pesadamente*): Pero... dígame... sobre... ¿cuánto hace con un litro?

LEOPOLDO (*Haciendo eco, muy serio*): Eso, ¿cuánto hace con un litro?

RICCARDO (*En el tono de quien dará grandes sorpresas*): ¡Suba usted! ¡Suba usted!

Interior coche. Día.

Mientras dice eso, Riccardo se ha sentado ante el volante.

Leopoldo, que está ocupando su puesto en uno de los traspuntines, indica algunos objetos a la mujer, que se está acomodando fatigosamente en el asiento, con el tono de quien va de sorpresa en sorpresa.

LEOPOLDO: ¡Ufff!... ¡Pero si es un verdadero salón!

Moraldo indica algo al hombretón, que está entrando.

MORALDO: ¡Tiene un cenicero de plata!

LEOPOLDO: ¡También hay un jarrón de cristal! Un teléfono...

Descuelga el aparato, con aire de querer dar una gran sorpresa:

< Ahí tiene, señora. ¿Quiere hablar?

LA SEÑORA: (*Desconfiada*): ¿Qué debo decir?

LEOPOLDO (*Hablando por el teléfono*): ¡Chófer! (*Tratando de hacer una gracia*.) Voulez-vous partir?

Riccardo no resiste a la tentación de contestar con una leve pedorreta, sobre la marcha. Después se vuelve a la señora.

RICCARDO: Perdona. ¿Están cómodos?

No espera respuesta y pone en marcha el coche.

El automóvil empieza a atravesar el patio. Unos niños lo preceden o lo siguen, voceando. Los habitantes del patio interrumpen por un momento sus ocupaciones para mirar el automóvil.

RICCARDO: ¡Qué suspensión! ¿Eh?

HOMBRE (*Insistiendo*): ... ¿Cuánto hace con un litro?

RICCARDO: Mire, ahora vamos a recoger a un mecánico de confianza y él te dirá qué clase de coche es éste.

Calle casa de Alberto. Exterior. Día.

Alberto, que viste un mono de mecánico y tiene la cara ligeramente sucia de grasa, espera junto al portal, mirando impaciente a la calle. Por una esquina llega, a discreta velocidad, el coche conducido por Riccardo.

El coche se para con un siniestro chirrido justamente ante Alberto. Alberto, acercándose a Riccardo.

ALBERTO (*Con aire de acongojado reproche*): ¡Hace mal en venderlo, señorito!

RICCARDO: ¡Ay, querido Alberto!... Es la vida... Vamos, monta detrás.

Alberto trata de abrir la portezuela, pero no se abre.

Perdona si te he molestado. ¿Serías tan amable de explicarles a estos señores las ventajas del coche?

Alberto sigue intentando inútilmente abrir la portezuela. Riccardo le echa una ojeada.

< (*En voz baja*) ¡Entra por el otro lado!

Mientras Alberto rodea el coche para entrar por el otro lado, Riccardo se vuelve confidencialmente a la pareja.

(En voz baja.) Ese muchacho ha estado quince años en la Fiat...

Interior coche. Día.

Alberto, entrando en el coche y sentándose en el sitio que ha dejado libre Leopoldo.

ALBERTO *(Con suficiencia)*: ¡Tiene un motor que es una joya!...
(Saludando serio a Leopoldo.) Buenos días...

Mira sonriente a la pareja. El hombre se arma de valor y se decide.

HOMBRE: Pero... no creo que sea el coche que necesito... Será mejor que bajemos... y les evitemos la molestia...

Un instante de consternación. Riccardo y Moraldo se vuelven, y, a coro:

LEOPOLDO *(A Riccardo)*: Bien, pero yo prefiero seguir...

RICCARDO *(Apremiando al hombre)*: Pruébelo también usted, ¿no?

LEOPOLDO *(Ofreciendo cigarrillos)*: Sí, total ya estamos aquí. ¿Fuma usted? ¿Y la señora?

EL HOMBRE *(Rechazando el ofrecimiento de Leopoldo)*: No tenemos tiempo..., debemos irnos.

RICCARDO *(Cogiendo la pelota al vuelo)*: ... Damos sólo una vuelta. Les acompaño a la estación.

HOMBRE *(Insistiendo)*: Yo quería un coche más modesto...

RICCARDO *(Rápidamente)*: ¿Y éste qué es?

LEOPOLDO *(Remacha humildemente, sonriendo)*: ¡Modestísimo!

ALBERTO *(Solemne)*: Usted, con éste, cuando se haya cansado dentro de cuatro o cinco años, lo transforma en camión. ¡Porque, dígame lo que se diga, el material de antes es el material de antes...! *(Rápido, a Riccardo.)* ¡En marcha, señorito!

Riccardo pone en marcha el coche. Leopoldo, con aire conciliador.

LEOPOLDO: El coche hoy es una necesidad... Un instrumento de trabajo... Ya ve, me lo compro incluso yo, que soy un artista... *(Una pausa; después, modesto)* Porque yo soy comediógrafo, sobre todo...

VOZ DE CARUSO: ¡¡¡Riccardino!!!

Calle salón billar. Exterior. Día.

En la puerta del billar, ante el que está pasando el coche, Caruso agita frenéticamente la mano para llamar la atención a Riccardo.

CARUSO: ¿A dónde vais? ¡Voy yo también!

Detrás de él, al otro lado del cristal, aparece el camarero Antonio, que mira el coche y a sus pasajeros con una expresión de desagrado y desconfianza.

RICCARDO (*Gritando*): ¡Después! ¡Después!

CARUSO (*Alegremente*): ¿Dónde lo has robado?

Interior coche. Día.

La frase de Caruso ha sido oída por el hombretón, que cambia una rápida mirada con su mujer.

Leopoldo continúa hablando de sí mismo con tono lastimero.

LEOPOLDO: Y además, esta última que he escrito afronta el problema del sexo... Me he atrevido a mandársela al director Salvini a Roma, y me ha escrito que la leerá.

Saca del bolsillo un sobre arrugado y se lo enseña a la mujer. Alberto asiente con simpatía.

ALBERTO (*Aludiendo a la comedia*): ¿Es bonita?

LEOPOLDO: Es formidable. En ese momento, el motor del coche, evidentemente recalentado, empieza a lanzar un ruido alarmante. El hombre aguza el oído y quisiera pedir explicaciones.

LEOPOLDO (*Continuando*): Sí, tengo muchas esperanzas en ese drama... Por otra parte, ¿cuáles son hoy en día los autores de teatro? ¡Dígame un nombre!...

La mujer mira fijamente a Leopoldo, sin responder.

El ruido del motor ha alcanzado un diapasón altísimo.

LEOPOLDO (*Acabando*): Una vez muerto Pirandello... ¡estamos a cero!

Moraldo se inclina hacía Riccardo.

MORALDO (*Aludiendo al ruido*): ¿Tiene que hacer eso?

Riccardo, nervioso, se encoge de hombros.

(AUMENTA EL SILBIDO)

En ese mismo momento el hombretón tiende un dedo hacia el motor.

RICCARDO (*En voz baja*): No puedo cambiar de marcha, se para...

HOMBRE: ¿Qué es ese ruido?

Alberto, Leopoldo y Moraldo fingen escuchar con gran atención.

ALBERTO: ¿Qué ruido?

LA MUJER (*Preocupada, a su marido*): Huele a quemado...

El ruido cesa de golpe y comienza un soplido ronco.

LEOPOLDO (*Rápido*): Soy yo, señora... ¡El cigarrillo!...

Al tratar de apagar el cigarrillo, se queda con el cenicero en la mano.

En ese mismo momento Riccardo anuncia triunfalmente.

RICCARDO (*Solemne*): ¡El campo! Ahora le piso un poco... (*Después a Moraldo, en voz baja.*) ¿Qué dice? ¿Lo compra? ¿Qué hacen? Si lo compra, me marchó mañana mismo. ¡Me marchó a Roma y no vuelvo a este agujero! (*Con voz resonante*) ¡Vamos a setenta!

En el interior, Alberto, que está poniendo por las nubes el coche.

ALBERTO: ¿Cómo? ¿A setenta? ¡Vamos por lo menos a ochenta!

RICCARDO (*Que no lo ha oído*): ¡A setenta!... (*Cantando.*) «¡Qué delicioso es ir en calesa!»... ¡A setenta y cinco!

El silbido se reanuda de improviso, más agudo que antes.

En el interior del coche, el hombre está limpiándose la chaqueta, manchada de cenizas levantadas por el viento del cenicero que Leopoldo ha esparcido cuando intentaba tirarlas por la ventana.

HOMBRE: Regresemos. No me interesa nada.

ALBERTO: Mire que comete un gran error... ¡Si es un rayo!

LEOPOLDO (*Sonriente*): Perdone que me entrometa... Aunque éste sea el coche indicado para usted y su señora... estoy encantado de que no se lo quede...

ALBERTO (*A Leopoldo*): ¡Qué gracia, dice que está encantado! Si no se lo queda él... lo cojo yo. Hace seis meses que le hago la rosca... ¡con quinientas mil liras!

LEOPOLDO (*Simulando alegría*): Ah, ¿no son seiscientas mil? ¡Quinientas mil! Ah, pero entonces... es cosa hecha.

MUJER (*Dando un salto, asustada*): ¿Cuánto ha dicho?

ALBERTO (*Con sencillez*): Quinientas mil liras. ¿Qué va a comprar hoy con quinientas mil liras?

HOMBRE: ¿Con quinientas mil liras? Se lo digo en seguida.

RICCARDO (*Triunfante*): ¡A ochenta! (*Después, en voz baja, a Moraldo.*) ¿Qué dice? ¿Está contento?

MORALDO (*Hablando muy serio*): Dice que por quinientas mil liras quiere cuatro coches como éste y a ti de chófer por un año, y además está diciendo otras cosas... no muy simpáticas...

RICCARDO: Dile que es un palurdo... (*Retumbante.*) ¡A ochenta y cinco!

La carota del hombre aparece en el recuadro del cristal divisorio, entre los hombros de Riccardo y Moraldo.

HOMBRE (*Pinchando con un dedo el hombro de Riccardo*): ¡Regresemos!

RICCARDO (*Volviéndose hacia atrás*): ¡Eh, podría ser usted un poco más amable! Después de todo, lo estoy llevando de paseo.

HOMBRE (*Gritando*): ¡Mire hacia delante, inconsciente! ¡Regrese!

RICCARDO: ¡No me escupa en la oreja!

HOMBRE: ¡Pues dé la vuelta! ¡Queremos regresar!

RICCARDO: ¡Ahora doy la vuelta! ¡Oh!

El auto está corriendo paralelo a la vía férrea. Riccardo gira el volante y va a atravesar la vía en un paso a nivel sin barrera.

HOMBRE: ¡Espere! ¡No, que viene el tren!

(SILBIDO LEJANO DE UN TREN)

El hombre indica hacia el horizonte...

... ¡el tren aparece por una curva y avanza echando humo!

RICCARDO: ¡Si está a cinco kilómetros!

EL HOMBRE (*Siempre alarmado*): Espere, ¡déjelo pasar!

RICCARDO: ¿Es que vamos a quedarnos aquí hasta mañana?

Riccardo se mete en el paso a nivel para atravesar la vía.

Cambia de marcha.

(SILBIDO DEL TREN)

Tras un rabioso soplido, el motor deja de funcionar y el coche se para con una sacudida en medio de la vía.

Durante un momento nadie se atreve a decir nada. En el repentino silencio, se oye el silbido del tren, que aún está lejos.

(SILBIDO DEL TREN)

ALBERTO (*Seguro, pero no demasiado*): Vamos, ponlo en marcha...

Riccardo mueve la llave de contacto.

¡Sube el aire!

RICCARDO (*Enfadándose*): ¡Ya lo subí! ¡Me cago en este cabrón!

La mujer, en el colmo del espanto.

MUJER: ¡Virgen mía! ¡El tren! ¡El tren!

La mujer cierra los ojos, su enorme cuerpo se dobla hacia adelante, cae sobre Leopoldo. Se ha desmayado.

LEOPOLDO (*Gritando*): ¡Ay! ¡Mi rodilla!

ALBERTO (*Gritando asustado*): ¡El tren!

Pretende pasar sobre el cuerpo de la mujer, mientras el hombretón, enfurecido y asustado, trata inútilmente de abrir la portezuela.

HOMBRE: ¡Esta condenada no se abre!

LEOPOLDO (*Gimiendo*): ¡Mi pie!... ¡Oh, Dios mío!...

Paso a nivel. Día.

Alberto consigue bajarse a fuerza de patadas y codazos y corte hacia la carretera.

ALBERTO (*A los demás*): ¡Quitad de ahí el coche!

RICCARDO (*A Alberto*): ¡Cobarde! ¡Hay que empujar! ¡Ven a ayudarnos!

También Riccardo y Moraldo han bajado.

MORALDO: ¡Calma, no os asustéis!

Pero también Moraldo está bastante impresionado, pues el tren se acerca cada vez más. Un silbido prolongadísimo; se ve al maquinista, que agita los brazos como enloquecido.

Interior coche. Día.

En el interior del coche, el hombretón empieza a gritar desesperadamente, luchando con Leopoldo para salir por la misma portezuela.

HOMBRE: ¡Socorro! ¡Socorro!

Paso a nivel. Día.

Al otro lado de la carretera, un campesino en bicicleta se ha parado a mirar la escena.

CAMPESINO (*Señalándolo*): El tren.

Alberto, que se ha puesto a salvo en la carretera, está a punto de echarse a llorar.

ALBERTO (*Con terror*): ¡Ay, madrecita mía!

Moraldo corre hacia el tren, que está ya a unos treinta metros, haciendo señales desesperadas.

MORALDO: ¡Párate!... ¡Párate!...

El tren, un trencito local, ha disminuido muchísimo su marcha, está frenando a todo gas, con un siniestro chirrido de ruedas. Pero el choque parece inevitable... Unos metros más y...

Interior coche. Día.

Leopoldo, que aún está en el coche, se santigua.

Paso a nivel. Día.

Riccardo, que se ha alejado del coche, se tapa los ojos con la mano.

(DESGARRADOR CHIRRIDO DE FRENOS)

La locomotora se detiene, tras haber rozado ligerísimamente el guardabarros posterior del coche, que da una pequeña sacudida. Después todo parece desvanecerse en la nube de vapor de los frenos.

FUNDIDO ENCADENADO.

Paso a nivel. Día.

Poco después, los numerosos pasajeros del tren están subiendo de nuevo a los coches.

El automóvil ha sido sacado de la vía y está en la carretera, entre multitud de curiosos.

Riccardo se enfrenta con dos guardias de tráfico, que lo están multando.

GUARDIA (*Escribiendo*): ... y el sello de la cédula fiscal.

RICCARDO (*Lloriqueando*): ¡Usted quiere arruinarme!... ¿Qué culpa tengo yo? Esos señores me rogaron que diera una vuelta para probarlo.

El hombretón está mojando la frente de su mujer, que acaba de volver en sí. Está sentada en la hierba y continúa gimiendo, echando a su alrededor una mirada apagada.

HOMBRE (*Revolviéndose como una fiera*): ¿Te rogaron?... ¡Te mato, eh, hijo de perra!

Alberto, que ahora fuma con ostentosa seguridad, interviene, fastidiado.

ALBERTO: ¡Ay!... ¡Cuántas historias! ¿Es que usted nunca vio una desgracia de verdad, con muertos y todo?...

Riccardo se acerca sonriente al hombretón.

RICCARDO: Hablemos ahora de hombre a hombre. Ya lo ha visto usted, el coche está en orden..., lo ha probado... Creo que podemos cerrar el trato. Se lo doy por cuatrocientas cincuenta y pago incluso la multa. ¿Le parece bien?

El hombre emite un mugido y va a lanzarse contra Riccardo. Los presentes lo contienen a duras penas.

FUNDIDO.]

Playa. Día.

Es un día gris y ventoso. El mar está surcado por largas crestas blancas. La playa está desierta.

VOZ: Y, así, la marcha de Riccardo quedó relegada a tiempos mejores... Ahora el mar estaba desierto, incluso en domingo...

Cerca de la orilla, retrocediendo cuando una ola más fuerte amenaza mojarles los zapatos, Alberto, Riccardo, Leopoldo y Moraldo, con abrigo y sombrero, están absortos en la contemplación del mar.

Ninguno habla. Cada uno sigue su idea de evasión. Rompe el larguísimo silencio Riccardo, que se dirige a Leopoldo.

RICCARDO: Y tú... si viniera un fulano y te diera diez mil liras, ¿te bañarías?

LEOPOLDO (*Que está temblando de frío, átono*): ¿Eh?

El viento pulveriza las crestas de las olas. Los jóvenes echan a andar simultáneamente por la orilla, caminando en fila india.

(LADRA UN PERRO.)

Tras un grupo de casetas alejado aparece un perro lobo que corre hacia los cuatro, ladrando alegremente.

Alberto lo saluda con idéntica alegría.

ALBERTO: ¡Eh, perro lobo!

El perro se detiene un instante, después se dirige decididamente hacia Alberto. Riccardo recoge en la orilla un trozo de madera y lo lanza hacia Alberto, que a su vez lo lanza más lejos. El perro deshace parte del camino andado, para recoger el trozo de madera, mientras Alberto corre a su encuentro. Alberto vuelve a lanzar la madera, siempre en dirección al grupo de casetas, y el perro continúa su juego.

LEOPOLDO (*Refiriéndose a Alberto*): No sé... ése siempre tiene ganas de jugar...

Cincuenta metros más adelante, Alberto y el perro siguen con sus carreras.

Ahora se han acercado al grupo de casetas. Prosiguiendo, el perro, que ha agarrado el trozo de madera, echa a correr hacia las casetas, llamado en vano por Alberto.

Alberto, que persigue jadeante al perro, ve a una pareja parada, en pie, cerca de las casetas. Una mujer y un hombre que están hablando, alejados uno del otro. Detrás de ellos, en el paseo marítimo, el perfil de un automóvil 1100.

ALBERTO: ¡Perro!

La pareja se vuelve; la mujer es Olga.

El perro va a llevar el trozo de madera al hombre que está con ella. Alberto, muy afectado, no sabe si avanzar o retroceder.

Su mirada va de su hermana al hombre que la acompaña. Los dos se han quedado inmóviles. Una larga pausa, interrumpida sólo por los ladridos del perro, que meneaba alegremente la cola ante su amo. Alberto, por último, da media vuelta para irse.

Olga echa a andar y lo llama en voz baja.

OLGA: ¡Alberto! Alberto se para sin volverse. Olga se reúne con él.

OLGA (*Rogando, aunque con firmeza*): No debes decirle a mamá que me has visto. Alberto, sin mirarla, con rencor y desprecio:

ALBERTO: ¡Dijiste que todo había acabado!

Olga intenta retenerlo poniéndole una mano en el brazo. Alberto se suelta:
< ¡Déjame!...

Alberto se dirige hacia la orilla. Llegan Moraldo, Riccardo y Leopoldo, que disminuyen la marcha hasta pararse para mirar a Olga y al hombre que está con ella.

Moraldo, Riccardo y Leopoldo, disimulando su desprecio, echan de nuevo a andar hacia el muelle, seguidos por Alberto. Hay un penoso silencio. A Riccardo, para romperlo, no se le ocurre más que pararse a recoger algo en la playa.

RICCARDO: ¡Eh! ¡Mira qué concha más bonita!

Alberto se ha vuelto a mirar hacia el paseo marítimo, por donde el 1100 está desapareciendo.

FUNDIDO.

Habitación de Olga. Noche.

Olga, sentada ante su mesa de trabajo, está escribiendo a máquina. Olga se ha vuelto a mirar hacia la puerta.

(RUIDO DE UNA PUERTA QUE SE CIERRA.)

La puerta se abre y aparece Alberto, muy tenso.

OLGA: Hola, Alberto, Parece que hoy no hacemos más que encontrarnos...

ALBERTO: Escucha un momento. No tengo ningunas ganas de que mis amigos me tomen el pelo por tu culpa, ¿sabes?

OLGA (*Tensa*): Ah, es que tus amigos... se permiten el lujo de reírse de alguien...

ALBERTO (*Irritado*): ¡Sí! (*En voz baja*) Debes acabar de una vez con ese sinvergüenza. (*Con desprecio*) ¿Qué esperas de ese tipo?

OLGA (*Sencilla*): Nada. No quiero esperar nada.

ALBERTO (*Separando las sílabas*): Está casado.

OLGA: No grites, que mamá duerme.

ALBERTO: Tiene una mujer. Está casado.

OLGA: Lo sé. Pero no viven juntos.

ALBERTO (*Sarcástico*): ¿Y eso, qué? ¿Se casa contigo? (*Pausa*) ¿Se casa contigo?

OLGA (*Dura*): No te metas en mis asuntos, Alberto. Siempre me las arreglé sola. Sé bien lo que debo hacer...

ALBERTO: ¡Ah! ¿Te crees que, porque trabajas, puedes hacer lo que te apetece?

OLGA (*Decidida*): Sí.

ALBERTO (*Se levanta*): ¡Ah, no! Pues eso no, ¡Eres mi hermana! (*Se acerca a Olga, le agita un dedo bajo la nariz*) Y haces llorar a mamá...

OLGA: Las manos quietas...

ALBERTO: Si haces llorar a mamá...

OLGA (*Mirándolo fijamente*): Lárgate de aquí, Alberto. ¡Sal!
Sale batiendo la puerta.

FUNDIDO.

Exterior. Café. Día.

Un tibio día de octubre. Leopoldo, Riccardo, Alberto y Moraldo, con los abrigos puestos, están sentados en las mesitas de la terraza del bar.

VOZ: Y un buen día, cuando casi nos habíamos olvidado de él... Por el fondo de la calle avanza Caruso, que grita algo.

CARUSO: ¡Eh, chicos! ¡Ha llegado Fausto!
Riccardo es el primero en entenderlo.

RICCARDO (*Iluminándosele la cara*): ¡Ha vuelto Fausto!

CARUSO (*Más cerca ahora, repite la frase*): Sí. Sí. ¡Se ha dejado bigote!

RICCARDO: ¿Dónde está?

CARUSO: ¡Ahí viene!

MORALDO (*Gritando*): ¿Fausto?

Los cuatro se levantan y empiezan a correr al encuentro de...

... Fausto y Sandra, que han aparecido en la calle y avanzan hacia ellos agitando las manos.

FAUSTO (*Gritando*): ¡Hello, boy!

RICCARDO: ¡Faustone!

El encuentro de los dos grupos se produce en el centro de la calle. Sandra se ha quedado algo atrás; viste el mismo traje del viaje de bodas y lleva un sombrero con velito.

Fausto abraza a Riccardo y Leopoldo, con grandes palmadas en los hombros.

FAUSTO: ¡Hace una hora que os estamos buscando!

RICCARDO: ¡Qué bien te sienta el bigote!

LEOPOLDO: ¡Sí! ¡Estás muy bien! ¡Estupendo!

RICCARDO: Mañana me lo dejo yo también.

Después se acerca a Alberto y lo abraza afectuosamente.

FAUSTO: ¡Hola, Alberto! ¡Hace una hora que os buscamos!

Fausto, que lleva un tocadiscos en la mano, va hacia las mesas del bar, invitando a los amigos a seguirlo.

FAUSTO: Eh, tengo una cosa maravillosa. Venid a verla.

ALBERTO: ¿Qué habéis traído? ¿Una tarta?

Rodeado de los amigos y respondiendo, a la vez que Sandra, a sus preguntas sobre el viaje, Fausto deja en la mesita el tocadiscos, lo abre y lo pone en marcha. Mientras tanto dice:

FAUSTO: Hemos visto a la Wanda Osiris...

SANDRA: Fue algo maravilloso...

FAUSTO: Sí, precioso, precioso. No estaba mal. Era un espectáculo chic, pero no exageremos...

SANDRA: Bajaba por una escalera larguísima...

Alberto inicia en tono burlón el motivo de una famosa canción de la Osiris.

ALBERTO (*Canta brevemente*).

FAUSTO: Silencio, silencio, ahora oiréis qué mambo, ¿eh? Oíd...

El fonógrafo empieza a sonar.

Había un bailarín... lo más bonito era eso: había un bailarín que lo bailaba así...

Siguiendo el ritmo del mambo, Fausto empieza a bailar solo con movimientos fatuos y elegantes. Mientras los demás lo miran, va desde la acera hasta el centro de la calle. Alberto se levanta, se le acerca y se queda observando los pasos.

ALBERTO: Oye, Fausto, ¿me lo enseñarás luego?

FAUSTO (*Continúa bailando*): Sí, es muy fácil.

También Alberto empieza a bailar, tratando de imitar torpemente a su amigo, mientras los demás los observan desde las mesas del bar.

Moraldo se vuelve a mirar a Sandra, que sigue el ritmo de la música. Le sonríe.

SANDRA: Bonito, ¿eh?

MORALDO (*Echándole un brazo al cuello*): ¿Estás contenta?

SANDRA (*Entornando los ojos*): Sí, mucho...

Fausto y Alberto, en medio de la calle, continúan su número de baile.

FUNDIDO ENCADENADO.

Tienda de artículos religiosos. Interior. Día.

VOZ: Y todo habría continuado como siempre si al suegro de Fausto no se le hubiera ocurrido una peregrina idea.

Un amplio comercio a la antigua con mostradores de nogal y estanterías blancas y doradas. La tienda está llena de estatuas, estatuillas, exvotos, velas decoradas, devocionarios, etc.

La puerta de la calle se abre, haciendo funcionar un carillón de sonido argentino.

(SONIDO ARGENTINO DEL CARILLÓN.)

Tras el mostrador, un hombre de unos cuarenta y cinco años (el señor Michele), de rostro decidido y cordial, está enseñando rosarios a dos monjitas encapuchadas y silenciosas.

DON MICHELE (*Jovialmente*): ¡Aquí llega nuestro caballero! ¡Un momentito y estoy con ustedes!

PADRE DE SANDRA: No hay prisa, no hay prisa, don Michele. (*Después, en voz baja, a Fausto.*) ¡Qué bueno es este perfume de iglesia! ¿Verdad?

(Fausto, que precisamente estaba olfateándolo, asiente con respeto aunque sin entusiasmo, y gira la vista por las caras extáticas de los santos de yeso y cartón piedra. Después, en voz baja.) Ya verás como te encuentras a gusto aquí. (Después de un leve embarazo, mirando el traje de Fausto.) Quizá tengas necesidad de comprarte un guardapolvo.

Fausto frunce el ceño, sin responder. Entretanto, don Michele ha servido a las dos monjas, que con la cabeza baja y murmurando un saludo casi ininteligible se dirigen hacia la salida, pasando entre Fausto y el señor Rubini.

(SONIDO DEL CARILLÓN.)

DON MICHELE (Con abierta simpatía): Aquí estamos... ¡queridísimo amigo! (Lo abraza) ¿Y este joven es su yerno? ¿Qué tal? (Tiende la mano y estrecha la de Fausto vigorosamente) Mucho gusto... y felicidades... algo retrasadas, pero de todo corazón. ¡Ha tenido usted mucha suerte! (Con intención) ¡Mucha! ¿Qué se dice por Roma, eh? El señor Rubini me ha dicho que han estado en Roma en viaje de bodas, ¿no? (Una pausa) Bien, bien... Bueno, y ahora al grano... ¿cómo se llama usted?

FAUSTO: Fausto Moretti.

DON MICHELE: Bueno, querido Fausto, le hablaré con toda claridad. Usted ve que mi empresa es modesta... lo que ve...

PADRE DE SANDRA (Intensamente admirativo): ¡Y la llama modesta!...

DON MICHELE: Todo, fruto de nuestro trabajo... Francamente, querido Fausto, yo necesitaría un muchacho o un mozo de cuerda... hay que cargar, descargar, abrir y cerrar la tienda... Pero he preferido hacerlo de otra manera. Prefiero contratarle a usted.

PADRE DE SANDRA: Ya oyes, Fausto, da las gracias al señor...

FAUSTO: Gracias.

DON MICHELE: ¡Por favor! Estoy encantado de poder ayudar en estos momentos a un joven que empieza su vida... En resumen, ésta es su casa. ¿De acuerdo?

Tiende la mano a Fausto, que se la estrecha.

¿Cuándo quiere empezar?

PADRE DE SANDRA: ¡Ahora mismo!

FAUSTO (Sorprendido y desganado): ¿Ahora mismo?

PADRE DE SANDRA: Así te vas enterando... vas viendo...

Por el arco que separa el comercio de la trastienda aparece dona Giulia con unos impresos en la mano.

DON MICHELE: Eh, Giulia, ven...

PADRE DE SANDRA (*Rápidamente*) : Buenos días, señora...

DON MICHELE: Ya conoces al señor Rubini... Este es el marido de Sandrina... que a partir de hoy nos ayudará en nuestro trabajo.

Doña Giulia es una mujer seria, algo ajada, de unos cuarenta y cinco años. Inclina la cabeza como suele hacer con los religiosos clientes de la tienda y murmura un saludo superficial.

DOÑA GIULIA: Mucho gusto. (*A su marido*) Ha llegado el camión...

DON MICHELE: ¡Ahora voy!

PADRE DE SANDRA: Otra cosa... ¿Tiene que comprarse un guardapolvo?

DON MICHELE: Por hoy puede ponerse éste.

Abre un armario empotrado, saca un guardapolvo gris y se lo tiende a Fausto, que, ayudado por don Michele y su suegro, se lo pone con cierto fastidio, frunciendo la nariz.

DON MICHELE (*Solemne*): ¡Ya está! Comienza el trabajo. (*Sonriendo*) Ahora, Fausto, vaya al patio y vigile la descarga de las cajas. Este es el talonario. (*Coge los impresos de manos de doña Giulia y se los entrega a Fausto*) ... Por favor, no pierda de vista a los cargadores, porque lo rompen todo. Son cosas muy frágiles. Vaya, vaya...

Doña Giulia se ha marchado, dirigiéndose hacia la trastienda. Tras un momento de vacilación, Fausto la sigue lentamente y cuando llega al arco que separa el comercio de la trastienda mira angustiada a su suegro, que se ha quedado junto a la puerta con don Michele. El padre de Sandra le devuelve la mirada sin decir nada.

Fausto hace un breve saludo con la mano y desaparece en la trastienda. Don Michele y el padre de Sandra se quedan solos.

Tienda de artículos religiosos. Día.

Se está haciendo de noche. La tienda empieza a ser envuelta por las primeras sombras...

Don Michele, Fausto y doña Giulia están sentados en la semioscuridad, inmóviles, cada uno detrás de su mostrador.

(REPIQUE.)

Fausto mira de soslayo, ora a don Michele, ora a doña Giulia, con un aire turbio, a medio camino entre el aburrimiento y el respeto que bien a su pesar le impone el nuevo ambiente.

Un largo silencio. Fausto aguza el oído; entre las voces de los transeúntes que pasan por la acera le ha parecido reconocer a alguien. En efecto, pronto ve perfilarse tras los cristales de la puerta de entrada las figuras de Alberto, Riccardo, Leopoldo y Moraldo, que caminan lentamente, con fingida desenvoltura, evitando a propósito mirar hacia la tienda. Las cuatro figuras desaparecen un momento y reaparecen en el hueco del gran escaparate. Los cuatro fingen interesarse por las estatuas expuestas.

Las frases de sus comentarios llegan confusas y amortiguadas al interior. Es evidente que los cuatro muchachos se esfuerzan por no mirar a Fausto, para no estallar en carcajadas.

Don Michele sacude su entumecimiento para mirar, con curiosidad, a los cuatros extraños jóvenes que aprecian su mercancía. También doña Giulia alza la cabeza de su labor de costura.

Don Michele va al interruptor y enciende la luz del escaparate. Un «¡oh!» infantil y prolongado de los jóvenes acoge el gesto de don Michele.

Don Michele se vuelve a mirarlos y gira el interruptor de la lámpara central. La tienda queda iluminada violentamente.

Exterior tienda artículos religiosos.

A la vista de la tienda iluminada, los cuatro jóvenes emiten otro «¡oh!» aún más prolongado. Ahora, a través del cristal, resulta perfectamente visible Fausto, aprisionado tras su mostrador como una fiera enjaulada. Alberto y Riccardo empiezan a hacerse muecas recíprocas.

ALBERTO (*Aludiendo a Fausto*): ¡Qué trabajador!

RICCARDO: ¡Entremos! ¡Finjamos ser dos clientes! ¡Ea, vamos!
También Leopoldo ríe, divertido con la idea.

MORALDO: Eh, dejadlo, vámonos.

ALBERTO: Déjame en paz.

MORALDO: Así le haréis perder su puesto.

Y se aleja el primero del escaparate, volviéndose para repetir la invitación a los otros tres.

< ...¡Dejadlo en paz!...

El último que se aparta del escaparate es Alberto, que finge interesarse, como aficionado al arte, por una estatua.

Exterior. Otro punto de la misma calle.

Entre el vaivén de la multitud vespertina, que pasea perezosamente de arriba a abajo por el Corso, avanza Sandra.

Camina graciosamente erguida, con el aspecto feliz de una joven recién casada.

De repente, alguien la llama; dos muchachas llegan corriendo a sus espaldas y se reúnen con ella.

PRIMERA MUCHACHA: ¡Sandra! ¡Qué bien estás! ¿Cuándo has vuelto?

Las muchachas hablan con tono de falsa cordialidad.

Es evidente que buscan la oportunidad de humillarla.

SEGUNDA MUCHACHA: ¿Qué efecto te hace que te llamen «señora»?

SANDRA (*Con orgullo*): Fausto trabaja.

PRIMERA MUCHACHA (*Con asombro*): ¡Ah! ¿Trabaja?

SANDRA: Ahora voy a buscarlo.

SEGUNDA MUCHACHA: Haces muy bien en vigilarlo, ¿sabes? Las dos amigas se ríen a coro.

PRIMERA MUCHACHA: No... ¿Por qué? ¡Fausto es un buen chico! ¡Quizá algo voluble!... Estaréis muy bien en vuestra casita, ¿no?

SANDRA (*Con sencillez*): No, por ahora vivimos con mis padres.

SEGUNDA MUCHACHA: ¡Ah, claro! No habéis tenido tiempo... Lo habéis hecho todo tan de repente...

Las miradas de las dos amigas se posan ostentosamente en el vientre de Sandra.

PRIMERA MUCHACHA (*En voz baja*): ¿Sabes que aún no se nota nada de nada?

Sandra palidece y la amiga prosigue con crueldad.

< ¿Falta aún mucho tiempo? (*Quiere decir «para el nacimiento del niño».*) Sandra baja los ojos, herida.

SANDRA: Lo siento, pero tengo que irme. Hasta la vista.

LAS MUCHACHAS: Hasta la vista, Sandra. ¡Muchas felicidades! ¡Recuerdos a Fausto! ¡Nos veremos un día de estos!

Saluda a las dos amigas y se aleja por la acera, entre la multitud, caminando con paso rápido.

Su expresión humillada y ofendida cambia cuando...

... ve a Fausto, en el umbral de la tienda, mientras baja la persiana metálica del escaparate grande.

La cara se le ilumina de gozo y emoción. Atraviesa la calle, corriendo hacia él.

SANDRA: ¡Fausto!

FAUSTO: ¡Hola, Sandrina!

SANDRA: ¡Fausto! He venido a buscarte.

Fausto se vuelve y le sonrío alegremente, como un niño que ve llegar a su madre a recogerlo en su primer día de escuela. La coge del brazo y le da un beso en los labios.

SANDRA (*Pudorosa, pero feliz*): ¡Que estamos en la calle!

FAUSTO: ¡Eres mi mujer! (*Orgulloso*) ¿Sabes? ¡He vendido una estatua así de alta!

SANDRA (*Asombrada y feliz*): ¿De veras?

FAUSTO: Sí, sí.

Sandra está tiernamente conmovida.

SANDRA: ¡Qué estupendo!

FAUSTO: Y ahora, ¿sabes qué hacemos? Nos vamos al cine. Tú y yo.

SANDRA: Muy bien.

FAUSTO: ¿Tenemos dinero?

SANDRA: Sí, ahí tienes, traje yo.

FAUSTO: ¡Bien por mi testarudilla!

Sandra asiente, guiñando los ojos picarescamente, con patética complicidad.

Interior cine.

Una acomodadora precede a Fausto y Sandra por el patio de butacas. La sala está atestada y llena de humo.

En la pantalla, a los sonos de una frenética musiquilla, aparecen las diapositivas publicitarias.

Fausto y Sandra encuentran un sitio en las primeras filas.

FAUSTO (*Cariñoso, a Sandra*): ¿Estás bien aquí? ¿Ves bien?

SANDRA (*Asintiendo*): Mira qué nevera más bonita.

FAUSTO: Compraremos una así.

Ahora viene el anuncio de una fábrica de leche en polvo, y en la pantalla aparece la risueña carita de un recién nacido.

SANDRA (*Enternecida*): ¡Qué rico!

Fausto se hurga en los bolsillos.

< ¿Buscas los cigarrillos, eh?

FAUSTO: ¡Claro!

Ha abierto el bolso y saca una cajetilla de cigarrillos, que muestra a Fausto con jovial orgullo.

FAUSTO (*Afectuoso*): Gracias. Cerillas ya tengo.

SANDRA (*Más íntima*): ¿Sabes que papá te aprecia? Y mamá, esta mañana, ¿sabes qué me ha dicho? Yo estaba en mi cuarto y ha dicho: Sandra, ven aquí un momento. Yo fui y ella me dijo que papá quiere levantar un piso más en casa. Pero nosotros debemos fingir que no sabemos nada...

Durante este diálogo, Fausto ha encendido el cigarrillo de Sandra y el suyo. Está a punto de tirar la cerilla cuando una hermosa dama que se sienta a su lado extiende hacia él un cigarrillo y le dice.

SEÑORA (*Con voz profunda y velada*): ¿Me da fuego, por favor?

Fausto se apresura a tenderle la cerilla. La hermosa dama se inclina, enciende lentamente el cigarrillo.

SEÑORA (*Sin mirar a Fausto*): Gracias.

FAUSTO: De nada.

Fausto se ha quedado inmóvil y oculta su turbación interna mirando fijamente a la pantalla. La musiquilla de la publicidad es sustituida, tras una breve pausa, por la música dramática de los títulos de crédito de la película.

(MÚSICA DRAMÁTICA.)

Fausto se vuelve un momento hacia Sandra, que ha dicho algo en voz baja.

FAUSTO: ¿Qué?

SANDRA (*En voz baja*): Así podemos estar todos juntos, ¿no?

FAUSTO (*Distraídamente*): Claro que sí.

Pero es evidente que Fausto piensa en otra cosa. Finge mirar hacia la pantalla y mientras Sandra se aprieta contra su brazo, mira con el rabillo del ojo a su hermosa vecina.

También la hermosa vecina mira a Fausto con el rabillo del ojo. Cuando sus miradas se encuentran, fingen de inmediato que miran a la pantalla.

FUNDIDO.

(MÚSICA DRAMÁTICA.)

Sandra ha apoyado la cabeza en el hombro de Fausto, siguiendo con interés la historia que se desarrolla en la pantalla. Se oyen las voces de los actores.

VOZ ACTOR: Te ruego que no lo creas, querida mía.

VOZ ACTRIZ (*En un susurro*): Ah, sí. Tendría entonces que fiarme de tus palabras.

VOZ ACTOR: Siempre sospeché de ese abogado. Bill me dijo...

La hermosa dama mira aparentemente impasible a la pantalla, mientras Fausto dirige lentamente su rodilla hacia la rodilla de ella. Las dos rodillas se tocan, y unos instantes después la dama retira la suya, desplazándose levísimamente.

Fausto se inclina a besar el pelo de Sandra.

FAUSTO (*Aludiendo a los actores*): ¡Son buenos, eh!

SANDRA: Sí, mucho...

Sandra sonrío feliz, apoya aún más la mejilla en el hombro de su marido y sigue viendo la película con conmovido interés.

Fausto ha tocado de nuevo la rodilla de la dama. Se queda unos instantes inmóvil, luego se vuelve, decidido a mirarla a la cara.

La hermosa dama está atenta a la pantalla, pero en su rostro se ha acentuado aún más la sonrisa misteriosa y excitante.

Tras unos instantes, la dama se inclina hacia Fausto a mirar su reloj de pulsera; después se levanta con un suspiro y se dirige a la salida.

Fausto contiene la respiración; sigue con la mirada a la dama, que está saliendo, se agita excitado en su asiento y se dirige a Sandra.

FAUSTO: Sandra, perdona un momento,

SANDRA (*Volviéndose, asombrada*): ¿Qué?

FAUSTO (*En voz baja*): Vuelvo en seguida... Guárdame el sitio.

SANDRA (*Alarmada*): ¿No te encuentras bien?

FAUSTO (*Rápidamente*): No, no. Estoy perfectamente... Vuelvo en seguida...

Se levanta y, pisoteando los pies de sus vecinos, se dirige hacia la salida.

Exterior cine. Noche.

La hermosa dama, subiéndose el cuello de su abrigo de pieles, sale del vestíbulo del cine y echa a andar por la calle semidesierta. Oye a sus espaldas un ruido de pasos, pero no se vuelve.

Fausto ha aparecido en el umbral del cine. Mira a su alrededor. Vacila.

Al fondo de la calle, la dama ha doblado la esquina y ha desaparecido.

Una calle. Noche.

Jadeante por la carrera y la emoción, Fausto está a punto de alcanzarla. Le dice en voz baja.

FAUSTO: Señora, señora. Perdone...

La dama no responde y continúa andando, mirando fijamente ante sí.

Una callejuela. Noche.

Dobla la esquina de nuevo, tomando una vieja callejuela semioscura y tranquila, y tras dar unos pasos se para ante el gran portal de un viejo edificio silencioso. Mete la llave en la cerradura.

Fausto llega a tiempo de alcanzarla y detenerla.

FAUSTO (*Sin resuello*): Buenas noches, señora. ¿Cuándo podré volverla a ver? Porque ahora...

La señora lo mira con distante asombro.

LA SEÑORA DEL CINE: Pero, ¿qué quiere?

FAUSTO (*Apremiante*): Deme su número de teléfono.

LA SEÑORA (*Haciéndose la ofendida*): Pero, ¿cómo se le ocurre telefonarme? Váyase.

FAUSTO: No, espere un momento. No cierre. Perdone...

La dama entra en el portal. Fausto mete decidido un pie entre las hojas de la puerta y entra a la fuerza en el oscuro zaguán del edificio.

FAUSTO: Tengo que hablarle...

Zaguán edificio antiguo. Noche.

Ciñe la cintura de la dama y la besa en la cara. La dama no se defiende; aunque asume un aire de gran sorpresa. Fausto la besa de nuevo en la boca.

LA SEÑORA DEL CINE (*Librándose del abrazo*): ¿Qué hace? ¿Está loco?

FAUSTO (*Con voz estrangulada*): Yo la conozco a usted. Este verano llevaba un traje blanco... ¿Se acuerda del Kursaal?

SEÑORA: ¿Y qué?... También yo lo conozco a usted. Estaba acompañado, creo, en el cine. Con una chica guapa...

FAUSTO: ¿Yo? No. (*Apremiante*) ¿Cuándo nos volvemos a ver?

SEÑORA (*Alarmada*): Váyase. ¿Qué se cree? Soy una dama. Mi doncella está arriba.

Fausto la besa otra vez.

FAUSTO: Entonces deme una cita... ¡Mañana por la noche!

SEÑORA (*En voz baja, con fuerza*): Nunca. Nunca más.

FAUSTO: ¿Pasado mañana? ¿Sí?

SEÑORA: No.

FAUSTO: ¿Cuándo?

LA SEÑORA DEL CINE: Cuando nos encontremos. (*Después, rápida*)
Dejemos actuar al destino. ¡Adiós!

La señora empieza a subir las escaleras. Fausto la sigue.

FAUSTO: No, espere un momento, señora. No se vaya. Tengo que decirle algo importante. Venga aquí, señora. Oiga...

La dama ya ha desaparecido por las escaleras.

SEÑORA: ¡Váyase!

Fausto se queda solo. Se pasa mecánicamente una mano por el pelo. Se ajusta el nudo de la corbata, con una sonrisa de fatua satisfacción.

Calle. Exterior. Noche.

Fausto, al salir a la calle, alza la mirada hacia las ventanas del edificio, con idéntico aire complacido.

Después echa a correr de pronto.

Exterior cine. Noche.

Sandra, en la acera del cine, mira a su alrededor, sola y como perdida. Los anuncios luminosos y las luces de las carteleras están apagados. Un empleado del local está colgando tiras con la leyenda «Hoy» sobre las fotografías del nuevo programa. Fausto asoma a la carrera por el fondo de la calle y, tras un segundo de vacilación, se dirige hacia Sandra, siempre corriendo. Se reúne con ella y se adelanta a hablarle con fingida y agresiva sorpresa.

SANDRA: ¡Fausto!

FAUSTO: ¡Sandra! ¿Aún estás aquí?

Sandra lo mira a los ojos con temblorosa angustia.

SANDRA: ¿Dónde has estado?

FAUSTO (*Inventando de mala manera*): He visto a alguien... Me olvidé de que lo había citado... Pero llegué tarde... (*Después, como queriendo entrar en el cine.*) ¿Ya acabó?

Fausto la coge del brazo y echa a andar.

FAUSTO: ¡Lástima! ¿Y cómo acaba?

Sandra se deja llevar, profundamente turbada.

< ¿Muere?

SANDRA (*Con un temblor en la voz*): No..., se casa. Dos lágrimas surcan el rostro de Sandra.

FAUSTO (*Sigue hablando*): Era buena esa actriz... ¿Te acuerdas de ella en esa otra película que vimos en Roma?...

Se interrumpe.

FAUSTO: ¡Sandra! ¿Qué haces? ¡Estás llorando!

Sandra sacude la cabeza, intenta una débil sonrisa, se seca con un dedo una lágrima en un ángulo del ojo.

SANDRA: No, no.

FAUSTO: Sí, claro que estás llorando... ¿Qué tienes? (*Pausa*) ¿Qué te he hecho?

La tensión de Sandra cede; se apoya en Fausto e inclina la cabeza.

SANDRA (*Con voz ahogada*): Tengo miedo...

FAUSTO (*Realmente sorprendido*): ¿Miedo? ¿De qué?

SANDRA: No lo sé... tengo miedo.

Sandra se avergüenza y trata de esconder su llanto con unas risitas nerviosas; da unos pasos, saca del bolso el pañuelo y se suena.

< Perdóname...

Fausto es asaltado por una sensación de profundo desaliento y se avergüenza de sí mismo; la visión de su mujer, a pocos pasos de él, menuda e indefensa en la calle desierta, le pone en la garganta un nudo de emoción. Le dan ganas de llorar también a él y dice con tono de infantil tristeza:

FAUSTO: No, Sandrina, no hagas eso...

Se le acerca, le coge la mano y se la besa. Una sensación de emoción maternal invade ahora a Sandra.

SANDRA (*Tranquilizándolo, presurosa*): No, no... ya pasó, cariño. Si estás cerca de mí, no tengo miedo...

FAUSTO (*Conmovido y sincero*): Yo estaré siempre a tu lado...

Sandra le sonrío entre lágrimas, se enjuga los ojos y coge del brazo a Fausto.

SANDRA (*Sonríe*): Vamos a casa...

FAUSTO: Sí, vamos a nuestra casita, los dos juntos...

Todavía vibrante de emoción, Fausto echa a andar con su mujercita por la calle desierta.

FUNDIDO.

Barbería. Interior. Día.

Riccardo, ante el espejo, se está retocando el bigote con las tijeras.

VOZ: En los meses siguientes, las novedades más importantes fueron que Riccardo se dejó bigote... Y Alberto patillas...

En el sillón de al lado, Alberto comprueba ante el espejo el tamaño de sus patillas.

FUNDE CON.

Tienda de artículos religiosos. Día.

VOZ: Fausto, en cambio, se había quitado el bigote... En la tienda no hay nadie. Fausto, sentado tras el mostrador, contempla el gran escaparate.

A veces su padre y su hermanita pasaban ante la tienda para verlo trabajar...

Pasan ante el escaparate, deteniéndose un momento, el padre y la hermanita de Fausto, con la actitud respetuosa de quien no quiere molestar.

FUNDE CON.

Habitación de Leopoldo. Noche.

VOZ: También Leopoldo trabajaba como siempre... Él se había dejado una perilla...

Leopoldo, en la ventana, se exhibe ante la criadita de enfrente.

CRIADITA (*Ahoga un bostezo y una risita*): Me das miedo...

LEOPOLDO (*En voz baja*): ¿Cómo? ¡Creí que te gustaba! ...

FUNDE CON.

Paseo principal. Exterior. Día.

(TROMPETAS-DULZAINAS.)

Es un día gris y lluvioso. A lo largo de la calle principal del pueblo ha comenzado el triste desfile de máscaras.

VOZ: Y finalmente, tan esperado como todos los años, llegó el Carnaval.

Guirnaldas de papeles de colores cuelgan de un extremo a otro de la calle, meciéndose sobre los cables de la luz.

Unos coches de caballos cargados de máscaras que lanzan serpentinas y confetis recorren lentamente el paseo, acogidos con algazara.

Niños vestidos de *pierrots* y damitas del XVII pasean de la mano de sus padres.

Llovizna. Mucha gente tiene el paraguas abierto. Los más felices son los niños pobres, que se han limitado a ponerse la chaqueta del revés y a tiznarse la cara con carbón; se persiguen, chocan con la gente, recogen colillas.

Complejo casa de Alberto. Cuarto de Alberto. Día.

(SE OYE EL REPIQUETE DE UNA MÁQUINA DE COSER.)

Apojado en el vano de la ventana, Riccardo, vestido de mosquetero, con un sombrero de plumas en la cabeza, los guantes puestos y una espada al costado. Echa una ojeada al paseo por el Corso y después se vuelve al interior de la habitación. Tiene el aspecto triste y desaliñado de quien se ha disfrazado hace un par de horas.

RICCARDO (*Con un optimismo no muy convencido*): Este año es mejor el Carnaval. La gente tiene ganas de divertirse. Ponte un lunar también en el otro lado.

ALBERTO: No, basta con uno.

Sentado en la cama de Alberto está Leopoldo, vestido de mandarín chino. Fuma un cigarrillo. Aprueba con la cabeza lo que ha dicho Riccardo.

Ante el espejo del armario, Alberto acaba su maquillaje. Viste una camiseta y una falda de mujer.

ALBERTO: El traje está preparado.

A través de la puerta de comunicación con el cuarto trastero se entrevé una figura femenina, que cose a máquina. Es doña Elvira, una mujer de unos cuarenta y cinco años. La mujer se levanta de la máquina y entra trayendo una blusita de encaje.

DOÑA ELVIRA (*A Alberto*): Ahí la tiene. Y ahora déjeme en paz, que si no su madre me regaña. Tengo que acabar las sábanas.

ALBERTO: No son así. Tendrían que ser más grandes. Son de mujer.

Después, al ver a Alberto maquillado, sacude la cabeza como si estuviera enojada.

DOÑA ELVIRA: ¡Mira qué cosas! ¡No puedo verlo así disfrazado!... ¡Un muchacho tan guapo!...

Riccardo está decidido a divertirse a costa de la señora Elvira.

RICCARDO (*Guiñando un ojo a los otros*): ¿Le gusta Alberto, eh?

Doña Elvira lanza una mirada severa a Riccardo y sale del cuarto.

RICCARDO (*En voz baja*): Alberto... (*Señala con el dedo a doña Elvira*) Esa está enamorada de ti.

Desde la cama, Leopoldo asiente sonriendo.

ALBERTO (*En voz baja*): Sí, sí. Hasta mi madre se ha dado cuenta...

LEOPOLDO (*En voz baja*): ¿Es cierto que está cargada de dinero?

ALBERTO (*Con voz normal*): ¿Por qué? ¿Quieres casarte con ella? (*Después grita*) ¡Doña Elvira! ¡Doña Elvira! ¡El sombrero! ¡El sombrero!

Mientras dice eso, Alberto se asoma al umbral de la puerta que da al comedor, donde la señora Elvira ha reanudado su trabajo entre un mar de blancas sábanas.

DOÑA ELVIRA: No tengo yo su sombrero.

ALBERTO: ¿No lo tiene? ¿Y quién lo tiene? (*A Leopoldo, dándole el traje*) ¡Sostenlo un momento! ¡Mamá!

Alberto se retira del umbral, atravesando su dormitorio, sale por la puerta que da al pasillo, llamando a gritos.

Interior dormitorio Olga y madre de Alberto.

Una modesta habitación de dos camas. La madre y la hermana de Alberto, que evidentemente estaban discutiendo entre sí, se quedan de golpe silenciosas al aparecer el joven.

La madre se enjuga rápidamente los ojos y va hacia la ventana, dándole la espalda a Alberto.

Olga permanece sentada a los pies de la cama y saca nerviosamente del bolso una cajetilla de cigarrillos.

ALBERTO (*Sorprendido, a su hermana*): Ah, ¿aún estás así? Yo ya estoy listo, ¿sabes?, y me voy.

OLGA (*Encendiendo un cigarrillo*): No voy al baile.

Alberto, tras una leve vacilación, se encoge de hombros con ostentada indiferencia.

ALBERTO: Está bien, entonces dame uno de tus sombreros.

OLGA (*Fastidiada y despreciativa*): ¿Y yo qué llevo?

ALBERTO (*Con sincera preocupación*): ¿Y cómo me las arreglo?

Olga lo mira fijamente en silencio, con una mirada gélida.

La madre se ha quedado inmóvil ante la ventana y mira cómo la lluvia raya los cristales.

ALBERTO (*En un arrebato, amargamente*): Parece hecho aposta. ¡Para una vez que te puedes divertir, nadie te ayuda!

La madre, sin volverse, con una voz que trata de mantener firme e indiferente.

MADRE DE ALBERTO: Mira en el baúl... Encontrarás algo... Pero no lo revuelvas todo...

Alberto se queda indeciso un momento, mira una vez más a su hermana, que le sostiene la mirada con una pizca de desprecio.

ALBERTO: Pero, ¿qué ha ocurrido? ¿Qué habéis hecho? Aquélla llora, esta otra...

Se acerca a su madre.

< Mamá, ¿qué tienes?

MADRE: Nada. Un poco de dolor de cabeza.

Alberto queda un momento sin saber qué hacer, después se vuelve y se dirige decidido hacia la puerta. Al salir, dice amenazador a su hermana.

ALBERTO: ¡Tú y yo acabaremos mal, eh!

Comedor.

Alberto entra impetuosamente y de mal humor. Riccardo, que ha abierto un gran arcón, lo llama.

RICCARDO: Alberto, ven a ver. Hay un arcón lleno de cosas.

DOÑA ELVIRA: Dejen eso, que luego se enfada la señora.

Leopoldo está ensayando un paso de danza.

LEOPOLDO: Riccardo, estoy convencido de que el paso básico es éste, ¿eh? ¡Mira!

Riccardo se inclina a recoger una fotografía.

RICCARDO: ¿Quién es este barbudo?

Alberto mira la fotografía, la besa y dice con sencillez:

ALBERTO: Es el pobre papá.

RICCARDO (*A Leopoldo*): ¡Leopoldo! Ven a ver esta fotografía. (*Se muere de risa*)

ALBERTO (*Con un grito de gozo*) : ¡Aquí está el sombrero! ¡Veis, lo he encontrado!

Alberto saca del baúl un viejo sombrero femenino adornado con plumas, se lo pone en la cabeza, meneando monstruosamente las caderas.

Interior Politeama Bertucci.

En el escenario del teatro, una orquesta de jazz de diez personas toca un mambo.

(MÚSICA)

La pista está animada por parejas de máscaras que bailan en un clima de alegría tropical, subrayando la vivacidad de la pieza que toca la orquesta.

Desde los palcos bajan guirnalda y serpentinas que los bailarines arrastran por la pista.

Entre las parejas, una formada por Riccardo y una muchacha vestida de odalisca. Riccardo repite las notas del mambo.

Otra pareja está formada por Alberto vestido de mujer y Caruso.

En un palco entra la familia del señor Rubini.

La señora Rubini, vestida con un viejo traje de noche y perifollos en la cabeza. El señor Rubini viste un traje azul. Sandra, en traje de noche y con una mascarita de plata, se aprieta contra el brazo de Fausto. Este va de smoking y mira con simulado aburrimiento la confusión reinante en la pista. Sandra, en cambio, está radiante.

SANDRA (*A Fausto*): ¿Bailamos?

Fausto sonrío a Sandra y la acompaña fuera del palco. Bajan a la pista y empiezan a bailar. En vez de seguir las complicadas figuras que el baile exige, bailan meciéndose lentamente, con las mejillas pegadas.

El rostro de Sandra expresa una felicidad tierna y apasionada. Fausto, con una sonrisa complacida en los labios, trata de evitar los encontronazos con las otras parejas y se mantiene en los bordes de la pista. Le parece más

«distinguido». Durante el estribillo del «mambo», Sandra, cada vez más tierna, entorna los ojos y repite con la boca cerrada la melodía.

Riccardo baila con su odalisca estrechándola vigorosamente.

RICCARDO: ¿No ha visto usted nunca los subterráneos de este teatro?

La joven lo mira con sonrisa irónica; ha comprendido a dónde quiere llegar Riccardo.

Un poco más allá, entre las parejas, Leopoldo, vestido de mandarín chino, baila con una muchacha vestida también de china; es una de las dos amigas de Sandra que hemos visto paseando por el Corso.

LEOPOLDO: También usted ha tenido la misma idea... La China... ¿Sabe lo que significa esto para nosotros?

La muchacha, distraída, no contesta.

LEOPOLDO (*Prosigue*): Significa que tenemos la misma sensibilidad.

LA MUCHACHA (*Quejosa y fastidiada*): ¿Por qué me aprieta tanto?

LEOPOLDO (*Con una penosa sonrisa*): Ya ve... entre chinos...

LA MUCHACHA: Bueno, tengo sed. Me voy a beber algo.

LEOPOLDO (*Abriéndose paso*): ¡Oh, la invito yo! ¡Con su permiso!

Después, intentando causar impresión.

¿Sabe lo que estaba pensado? Que un día estará usted, en este teatro, viendo mi comedia...

LA MUCHACHA: A mí me gusta la revista...

LEOPOLDO (*Con una sonrisa indulgente*): ¡Qué graciosa! ¿Ha visto alguna vez los techos de este teatro? Han llegado al «buffet», donde sobre largas mesas están colocados platos fríos, pasteles, jarras de naranjada y limonada. Entre los camareros, está también Antonio. Alguien tira a Leopoldo de la manga. Es la criadita, vestida de gitana. Lleva una máscara.

CRIADITA: ¿Me conoces?

Leopoldo no oculta su sorpresa. Está turbado.

LEOPOLDO:... ¡Claro que te conozco!

Sonríe, pero no sabe si debe presentar a las dos jóvenes. Se vuelve al camarero.

LEOPOLDO: Dos naranjadas, por favor (*A la criadita*) ¿Estás sola?

CRIADITA: No, estoy con mis compañeras.

LEOPOLDO (*A la chinita*) : Tenga. (*Le tiende la naranjada*) (*A la criada*)
Yo... yo decidí venir en el último momento... (*Se ríe*)
Un momento de turbación.

CRIADITA: Ya lo sé.

La chinita mira a la gitana con claro desprecio. Ha terminado de beber y deja con fuerza el vaso en la mesa del «buffet».

LEOPOLDO (*Para vencer su turbación, dirigiéndose a la criada*): Es muy mono tu traje... (*A la chinita.*) ¿Bailamos?

Leopoldo deja el dinero en la mesa, agarra a la chinita por la cintura y da dos pasos de baile. Lanza una sonrisa a la criada.

LEOPOLDO (*A la criada*): ¡Después bailo contigo!

Leopoldo y la chinita se alejan por la pista. La criada sonrío, algo humillada.

CRIADITA: Sí... después...

Entre el gentío avanzan bailando Fausto y Sandra.

FAUSTO: ¿Quieres un pastel, cariño?

SANDRA (*Extasiada*): No..., ¡me muero de sed! Una limonada...

La pareja se para y Fausto le pide a Antonio.

FAUSTO: Una limonada, por favor...

Fausto reconoce a Antonio.

FAUSTO: Buenas noches, Antonio.

ANTONIO (*Sirviendo la limonada en un vaso*) : Aquí estamos, de refuerzo.

FAUSTO (*Con tono despegado*): Divertido, ¿eh?

MORALDO: ¿Puedo bailar con mi hermanita?

Riendo excitadas, dos señoras se acercan al «buffet». Las acompaña un señor bajito, de smoking. Una de las damas, casi irreconocible con su traje de noche negro, es doña Giulia, la dueña de la tienda donde Fausto trabaja. Está ligeramente achispada.

AMIGA DE GIULIA: Yo, casi, casi, volvería a empezar a cenar. Tengo un hambre...

SEÑOR DE SMOKING (*Presuroso*) : ¿Un coñac, doña Giulia?

DOÑA GIULIA (*Riendo*): ¡Oh, no! ¡Ya me da vueltas la cabeza!

La señora Giulia, al volverse, ve en el espejo a Fausto, que la está mirando intensamente. En efecto, el escote de doña Giulia revela un seno amplio y blanquísimo. La señora se vuelve hacia Fausto y éste, cada vez más metido en su personaje, le hace un ligero gesto con la cabeza. Doña Giulia dispara un poco, quizás ha bebido realmente mucho o quizás quiere demostrar que sabe ponerse al nivel de su dependiente; el caso es que tiene un gesto inesperado. Coge un manojito de confetis de un saquito y los arroja a la cara de Fausto, con una risita vibrante.

Fausto permanece inmóvil, gratamente sorprendido. Escupe dos confetis que se le han quedado en los labios y lanza una distante risita, entornando los ojos.

FAUSTO: ¿Se divierte?

DOÑA GIULIA: Mucho.

Fausto baja la vista y la clava descaradamente en el seno de doña Giulia. Entorna los ojos y ensancha las ventanillas de la nariz.

FAUSTO (*Señalando hacia la pista*) : ¿Me permite?

Doña Giulia tiene de inmediato la sensación de haber exagerado un poco.

DOÑA GIULIA (*Seria*): No gracias. Estoy acompañada... Después, volviéndose hacia don Michele, que está atravesando la sala: ¡Michele!

Y se dirige hacia su marido, junto con su amiga y el otro señor de smoking.

Fausto sonrío enigmático.

FUNDIDO.

Dos horas después, el baile está en su apogeo. La orquesta toca furiosamente, en una tentativa caótica de imitar a una orquesta americana. El trompeta se levanta y se sienta rítmicamente.

(LA ORQUESTA TOCA UN RITMO FURIOSO.)

Don Michele y doña Giulia bailan juntos, algo jadeantes, riendo.

Los padres de Sandra bailan también, correctos y dignos, sin seguir el ritmo de la orquesta. Fausto y Sandra bailan igual que antes, con las mejillas pegadas.

En el centro de la pista, Alberto está bebiendo de una botella que le ha dado un joven. Ya está borracho y su alegría sirve de diversión a las parejas que están a su alrededor y que le han dejado un pequeño espacio libre para sus payasadas.

Alberto grita, imitando al trompeta.

El ritmo de la orquesta se acentúa y la sonoridad llega al máximo.

Sótano del teatro.

El techo vibra bajo los pasos de los bailarines. De vez en cuando cae una nubecilla de polvo. El estruendo de la orquesta es ensordecedor. En la penumbra de los recovecos se adivinan parejas enlazadas.

Una de las parejas la forman Riccardo y la odalisca.

Riccardo está besando tiernamente a la joven en el cuello.

La muchacha entorna los ojos y se lo permite.

RICCARDO (*En voz baja*): Mañana te llevo a dar un buen paseo en coche...

FUNDIDO.

De la orquesta sólo queda un trompeta, que suena descompasadamente. El baile de máscaras ha llegado a su fin. Los palcos están vacíos. En la pista de baile, semidesierta, llena de paquetes de serpentinas y confetis, los únicos que bailan son Leopoldo, la criadita, el trompeta y Alberto que, con la peluca torcida, se arrastra torpe y cansadamente, apoyado en un mascarón.

Leopoldo estrecha contra sí a la criadita, que baila como un fardo.

Alberto, cada vez más inseguro sobre sus piernas, baila estrechamente abrazado al mascarón. Lo besa, lo aprieta cariñosamente. De pronto se detiene. Parece a punto de vomitar. Descubre, colgada del techo, la carota estólida de otro mascarón y le dedica una mueca de desagrado. Agotado ya, se dirige lentamente hacia la salida del teatro, arrastrando al fantoche.

Vestíbulo del Politeama. Madrugada.

Sale Alberto. Es una fría madrugada. La plaza del Teatro está desierta. Llega el sonido de la trompeta, que toca los últimos sonos del can-can.

Un tiempo. El silencio es ahora profundo. Alberto se apoya en una columna del vestíbulo. Espera recuperar sus fuerzas.

Alberto se desliza por la columna, sentándose en el pedestal. Se lleva una mano a la frente.

A escasa distancia, salen Moraldo y la muchacha disfrazada de chinita.

Moraldo está a punto de irse, de bracete con su compañera, cuando ve a Alberto y se detiene.

MORALDO: Alberto, ¿qué tienes? (*Se acerca unos pasos*) ¿Te encuentras mal?

Alberto, con la cabeza gacha, responde fastidiado.

ALBERTO: No, estoy bien, estoy bien...

Moraldo da otro paso, hace ademán de coger a Alberto por un brazo.

ALBERTO (*Fastidiado*): ¡Lárgate! (*Ve a la chinita*) ¡Vete, vete a Pekín!

MORALDO (*Suave*): Venga, vamos... ¡Levántate!

La chinita, a Moraldo, en voz baja.

MUCHACHA: Moraldo, déjalo...

MORALDO: Pero, ¿cómo lo voy a dejar? Es Alberto, un amigo mío.

ALBERTO: ¡Uff! (*Se levanta*)

Moraldo se acerca a Alberto, lo coge del brazo y los dos empiezan a andar, seguidos por la muchacha, que está visiblemente fastidiada por el poco interés que le demuestra Moraldo.

Alberto, atontado, trata de aparentar que se encuentra a sus anchas.

ALBERTO: ¿Vamos a bañarnos?

MORALDO (*Como si hablase con un loco*): Sí, después iremos a bailarnos... Ahora vamos a casa...

MORALDO: Vamos juntos, ¿eh? Los tres echan a andar.

Pero Alberto se detiene, tambaleándose, y mira fijamente a Moraldo.

ALBERTO: ¿Quién eres, eh?

MORALDO: Moraldo.

ALBERTO: ¿Quién eres?

MORALDO: Moraldo.

ALBERTO (*Restalla la lengua*): No eres nadie. Ninguno sois nadie. (*Se le derrumba encima; Moraldo lo sostiene*) Todos vosotros. Todos. Claro que sí. ¿Qué se os ha metido en la cabeza? (*Trata de soltarse*) Que se os ha... déjame... déjame... Déjame, me dais asco.

Moraldo lo suelta por fin. Alberto echa a andar trabajosamente, arrastrando siempre el mascarón.

ALBERTO: Quiero irme solo.

MORALDO: Alberto, te haces daño.

ALBERTO: Quiero irme solo. Me voy tan tranquilo...

MORALDO: Alberto, créeme...

ALBERTO (*Se vuelve y escupe delante de sí*): Me dais asco.

La muchacha intenta de nuevo llevarse a Moraldo.

MUCHACHA: Moraldo, por favor, vámonos.

MORALDO: Pero, ¿cómo vamos a irnos? No puedo dejarlo aquí (*A Alberto*), ¿Puedo ir ahora? ¿Puedo ir?

ALBERTO: ¡Bueno, ven! ¡Ven!

Moraldo, seguido por la muchacha, se pone a su lado y lo sostiene otra vez.

ALBERTO: Pero, ¿qué quieres de mí?

MORALDO: Nada de nada. Venga, vamos a casa.

ALBERTO: ¿Qué quieres de mí?

MORALDO: Nada, vamos. Alberto se detiene.

ALBERTO: Moraldo, ¿sabes? Oye. Nos deberíamos casar.

MORALDO: Sí.

ALBERTO: Nos debemos casar. ¿Has visto a Fausto? Tranquilo... se ha colocado, es feliz. En su casita... también nosotros debemos casarnos.

Pasa Riccardo con su chica y se detiene a saludarlos desde lejos.

RICCARDO: Adiós, Alberto, adiós. Alberto se vuelve y le grita.

ALBERTO: Debes casarte, Riccardo. Debes casarte.

RICCARDO: ¡Vale! ¡Vale! Adiós.

ALBERTO (*A Moraldo*): ¿Has visto? Se lo he dicho también a él. ¿Y sabes también lo que podemos hacer? Nos embarcamos. Vamos a Brasil, ¿eh? ¿Te imaginas en Brasil? La llevamos también a ella.

MUCHACHA: Claro, claro.

ALBERTO: Sí, claro, a Brasil. Cogemos un paquebote. (*Imita la sirena de un barco.*) No me caigo, no me caigo...

MORALDO: Sí, pero vamos a casa, ¿eh?

ALBERTO: A Brasil... en un bonito paquebote.

Moraldo echa a andar con Alberto, que continúa desvariando. La chica protesta:

MUCHACHA: ¿Y ahora me dejas aquí?

MORALDO: No puedo dejarlo aquí. Ven tú también. Ea, vamos, ven. Y echan a andar por la plaza desierta.

Calle casa Alberto. Madrugada.

La calle está desierta. De los cables de la luz cuelgan serpentinas. No muy lejos del portal de casa de Alberto está parado un automóvil 1100, con los faros encendidos. Al volante está el hombre que hemos visto en la playa con Olga.

Por la esquina de la calle aparecen Alberto, Moraldo y la muchacha disfrazada de china.

Se acercan al portal de la casa de Alberto.

MORALDO (*Condescendiente*): Ya está, Alberto. Has llegado a casa. ¿Quieres que te acompañe arriba?

ALBERTO (*Apoyándose en la pared*): Yo no voy a casa, ¿qué voy a hacer allí?

A espaldas de Alberto, se oye una voz baja y conmovida.

OLGA: ¡Alberto!... ¡Alberto!

Alberto se vuelve y se encuentra cara a cara con Olga. La muchacha lleva puesto el abrigo y tiene en la mano un maletín. Sus ojos están enrojecidos de llanto.

... Te he esperado hasta ahora, Alberto... Quería despedirme... Perdóname, Alberto... Quédate con mamá... Yo pensaré siempre en vosotros... Adiós...

Olga le da un rápido beso a Alberto y se aleja hacia el auto.

(*En voz baja, con voz trémula de llanto*): ¡Y ten juicio, Alberto!

ALBERTO (*Pasmado y sin voz*): Olga, ¿a dónde vas?... (*Dirigiéndose a Moraldo*) Pero, ¿a dónde va?

Olga, antes de subir al coche, se vuelve y hace un saludo con la mano.

ALBERTO (*Grita*): ¡Olga! ¡Olga!

El coche se pone en marcha.

(RUIDO DEL COCHE QUE PARTE.)

¡Olgaaa!

Alberto se queda junto al portal, trastornado.

Vuelve la vista hacia Moraldo...

... que se ha quedado inmóvil, impresionado. Alberto se vuelve de pronto y entra en el portal.

Interior portal Alberto. Madrugada.

Alberto sube las pocas escaleras, jadeante; abre como puede la puerta de su piso y entra.

Comedor. Interior. Madrugada.

Sentada ante la mesa, con la cabeza entre las manos, está su madre. Sus hombros están sacudidos por los sollozos.

Alberto aparece en el umbral. Se detiene, le entran ganas de llorar.

ALBERTO (*Lloroso, ronco*): Mamá... ¿qué ha ocurrido?

MADRE DE ALBERTO (*Entre sollozos*): ¿Has visto?... Se ha marchado... Nunca me lo hubiera esperado de mi hija... Después de todos los sacrificios... (*Solloza de nuevo.*)

Alberto se acerca a la mesa, acaricia a su madre en los hombros, la besa en la cabeza...

ALBERTO (*llorando*): No llores, mamáita... Yo no me iré nunca, estaré siempre contigo.

Los sollozos de la madre se redoblan.

Y ya verás como ésa se arrepiente y vuelve...

MADRE (*Sacude la cabeza.*)

ALBERTO (*Llorando, con rabia*): Y si no vuelve, ¡mejor! ¿Qué se ha creído? ¡Para cuatro cuartos que nos daba! ¡Que se vaya, que se vaya! No tenemos necesidad de nadie... ¡Yo encontraré un trabajo!

Ante estas palabras la madre deja de llorar y levanta la cabeza. Mira a

Alberto sorprendida, y dice con un hilo de voz.

MADRE DE ALBERTO (*Con un hilo de voz*): ¿De verdad, Alberto?

ALBERTO: ¡Claro que sí!

MADRE DE ALBERTO (*Como antes*): ¿Has encontrado algo?

ALBERTO: ¿Qué?

MADRE: ¿Has encontrado algo?

Alberto, ligeramente preocupado por haber dejado escapar una promesa tan concreta, deja de llorar, sorbe por la nariz.

ALBERTO: ¡No!

Se abandona en una butaca, con inerte entumecimiento, sollozando cada vez más débilmente.

Fin primera parte.

Tienda de artículos religiosos. Interior. Día.

Fausto cruza el umbral y echa una ojeada al interior de la tienda, que...

(CARILLÓN.)

... está atestada de clientes. (Un grupo de monjas, otro de frailes, algunos seminaristas y dos viejecitas.) Al ver entrar a Fausto, don Michele, que está enseñando varias estatuillas luminosas a las monjas, lanza al joven una rápida mirada de reproche. Fausto atraviesa, sin apresurarse demasiado, la tienda.

FAUSTO: ¡Buenos días!

DON MICHELE (*Secamente*): ¡Ah!

Fausto está a punto de entrar en la trastienda pero lo retiene la voz de don Michele.

DON MICHELE: Mire a ver qué desea la señora.

FAUSTO (*Volviéndose*): ¿Cuál señora?

DON MICHELE: ¿Cómo que cuál? ¡Aquella!

E indica a la viejecita que se ha acercado tímidamente al mostrador central. Fausto contiene un bostezo y se bambolea sobre el mostrador en actitud desenvuelta, preguntando:

FAUSTO: ¿Qué desea?

VIEJECITA: Queríamos dos velitas rojas... como las que compramos el año pasado...

FAUSTO (*A don Michele*): Quieren dos velitas rojas...

DON MICHELE (*Conteniendo su ira*): Bueno, pues cójalas. ¡Están allá!

Fausto echa a andar para entrar en la trastienda, y al pasar junto a don Michele tiene una sonrisa afable y confidencial.

FAUSTO (*En voz baja*): Se divirtió ayer, ¿eh? Don Michele contiene un gesto de enojo y después dice en voz baja también, pero con entonación severa:

DON MICHELE: Oiga, tiene que venir antes.

FAUSTO (*Confidencial*): Sí, ya lo sé... Pero... se ha escapado la hermana de Alberto... (*Y agrega*) ... de un amigo mío...

DON MICHELE: ¿Se escapa todas las mañanas? Ah, usted siempre encuentra una excusa.

FAUSTO: Y además me duele un poco la cabeza.

DON MICHELE: ¡Váyase!

Fausto, algo mortificado, entra en la trastienda, tras haber dirigido un breve saludo a la señora.

Fausto se dirige a una estantería, donde hay varias cajas de velas. Coge una caja que está debajo de otras y trata de sacarla con un gesto seco y elegante, de experto dependiente. Las cajas que están encima caen ruidosamente al suelo.

(RUIDO DE CAJAS QUE CAEN.)

Don Michele cambia una mirada con su mujer y los dos van hacia el umbral de la trastienda a ver qué ha ocurrido.

Fausto, arrodillado en el suelo, está recogiendo las velas. Alza la cabeza para mirar a don Michele y a doña Giulia y hace un ademán de excusa, sonriendo.

Don Michele, que ha decidido controlarse, hace un gesto a su mujer.

DON MICHELE: Ayúdale.

La señora Giulia se inclina a recoger las velas caídas.

FAUSTO: Oh, no, señora, no se moleste.

Doña Giulia, sin responder, continúa recogiendo velitas. Fausto se la encuentra frente a él y no puede dejar de clavarle la mirada encima, en las caderas y el seno. Doña Giulia siente esta mirada y durante un instante deja de recoger las velitas caídas; experimenta una sensación de fastidio. Se pone en pie, mientras Fausto permanece de rodillas, mirándola con una leve sonrisa en los labios. Después también Fausto se levanta; las velitas ya están recogidas.

Fausto saca la mano del bolsillo y en la palma abierta aparece un montoncito de confetis.

Fausto «recuerda»; con una brevísima sonrisa, mira a doña Giulia y, con un gesto que quiere ser de mundana complicidad, le lanza a la cara los confetis. La señora lo mira estupefacta y con tácito resentimiento. Con gestos

breves y secos se limpia los confetis del guardapolvo. Pese a todo, esboza una sonrisa cortés.

DOÑA GIULIA (*Sorprendida*): ¿Cómo...?

El joven, con una sonrisa fatua y misteriosa, responde:

FAUSTO: Lo que se hace se paga...

Doña Giulia lo mira unos segundos, severa, con una pizca de malestar.

DOÑA GIULIA (*Seca*): El Carnaval se acabó.

Fausto la mira atrevidamente a los ojos, entornando un poco los párpados.

FAUSTO (*Con un ligero jadeo*): Usted, doña Giulia, tendría que vestirse siempre como anoche.

Doña Giulia se va sin contestarle.

Fausto permanece un instante inmóvil, con una sonrisa satisfecha. Después entra lentamente en la tienda, llevando en la mano la caja de las velas.

FUNDIDO.

Ahora la mirada de Fausto está clavada en doña Giulia, que trabaja en la escribanía de la trastienda.

La tienda está vacía.

Doña Giulia alza un momento los ojos del trabajo y ve a Fausto, que la mira. La insólita actitud del joven inquieta en cierto sentido a la señora. Como para vencer esa inquietud, la señora se vuelve hacia Fausto y le pide, del modo más natural posible:

DOÑA GIULIA: Fausto, por favor, deme ese fajo de recibos que hay en el cajón.

Fausto sonrío, y dice sin apartar los ojos de la mujer, a media voz:

FAUSTO: ¿En qué cajón?

DOÑA GIULIA: Ahí, en el cajón del mostrador...

Fausto hace oscilar aprobadoramente la cabeza, mientras sigue equivocándose sobre las intenciones de doña Giulia. Fausto coge los recibos y entra en la trastienda. Apoya el montón de recibos en la escribanía de doña Giulia y se queda allí inmóvil, de pie, junto a la señora, que continúa escribiendo sin alzar la cabeza. Por último, nerviosa por la agobiante presencia de Fausto, alza la mirada hacia él.

FAUSTO (*En voz baja*): Ahí tiene los recibos. ¿Sabe que esta noche no pude dormir? (*Pausa*) Bailé siempre con usted... en sueños...

Doña Giulia está visiblemente molesta. Coge de la mesa un montón de libros y se los tiende a Fausto.

DOÑA GIULIA (*Con voz decidida*): Ponga esto en el estante de los libros.

Ha evitado mirar a Fausto y el joven toma su reticencia por turbación de los sentidos. Sonriendo, Fausto coge el montón de libros, da dos pasos hacia la estantería, después se para y, acentuando su sonrisa:

FAUSTO (*Con voz persuasiva*): Ayúdeme usted.

Doña Giulia finge por un instante ignorar la propuesta del joven, pero está visiblemente emocionada. Cierra el libro registro, se levanta de su sitio y se dirige a la tienda.

Pero Fausto la espera en la puerta y le obstruye el paso.

Queriendo quitar toda importancia al incidente, la señora coge de manos de Fausto el montón de libros y dice, sin mirar al joven:

DOÑA GIULIA (*Con voz abogada*): Démelos, yo me ocuparé de ponerlos.

Va a poner los libros en la estantería pero Fausto, dando media vuelta, interpone los brazos entre la estantería y la mujer, impidiéndole el paso.

FAUSTO (*Seducitor*): ¡Qué temperamento! Sólo ayer comprendí que es usted una verdadera mujer.

Los ojos de doña Giulia se mueven rápidamente de un lado a otro, desconcertados. Fausto está muy cerca y ella se ve obligada a deslizarse entre sus brazos y la estantería.

DOÑA GIULIA (*Balbuciendo sofocada*): ¡Usted está borracho!

Y se escabulle, chocando con Fausto. Aunque rápido y brusco, este contacto induce a Fausto a pasar a la acción. Se acerca a ella y le murmura:

FAUSTO: Sí, borracho de ti, de tu carne, de tu perfume...

Fausto la besa a la fuerza en el cuello.

DOÑA GIULIA: ¡Uff! ¡Basta de estupideces!

FAUSTO: ¿Por qué se empeña en darme a entender que no le gusta?

DOÑA GIULIA: ¡No!

Doña Giulia lanza un gritito ahogado. Se suelta y le da un bofetón.

Rápidamente se serena y prosigue hacia la tienda, jadeante y con la cara roja.

Don Michele entra en la tienda frotándose las manos y va hacia su mujer.

DON MICHELE: Hace sol fuera, pero está fresco...

Fausto sale de la trastienda ajustándose la corbata, con un aire falsamente desenvuelto. Evita mirar a don Michele.

(CARILLÓN.)

Un momento de silencio; después se abre de nuevo la puerta y entra una señora de unos cuarenta años, elegantemente vestida, acompañada por una joven de unos dieciocho años (su hija). La señora avanza unos pasos, saluda con un gesto de cabeza y después se dirige a don Michele.

CLIENTE: Buenos días. ¿Podía enseñarme algunos ángeles?

FUNDIDO.

Es la hora de cerrar. La persiana metálica ha sido bajada a medias. Fausto se ha quitado el guardapolvo; coge el sombrero y el abrigo y hace ademán de dirigirse hacia la puerta.

FAUSTO: Buenas tardes, don Michele. Me voy por aquí. Don Michele le interrumpe.

DON MICHELE: No, un momento. Suba a tomar una copa con nosotros. Hoy es nuestro aniversario de bodas. Ya son quince años...

Mientras dice esto apaga la luz de la tienda y abre una puertecita que da al patio. Se hace a un lado para dejar paso a Fausto, que está un poco inseguro.

FAUSTO (*Vacilante, con una pizca de desconfianza*): ¡Felicidades!... No quisiera molestar...

DON MICHELE: No, nada de eso. No nos molesta en absoluto. Suba.

FAUSTO: Mire, si lo hubiera sabido, habría traído flores, no sé, algo.

DON MICHELE: No, no se preocupe.

Indica a Fausto la escalera que sube desde la tienda al piso.

DON MICHELE: Vamos... pase. Vivimos aquí arriba. Resulta muy cómodo. Por favor...

FAUSTO (*Sin saber qué decir*): Gracias. Muy amable. Los dos desaparecen por la escalera.

Interior salita don Michele.

El cuarto está a oscuras.

Se enciende una luz en el vestíbulo e ilumina, a través de los vidrios opacos de la puerta, la salita. Se oye la voz de don Michele.

VOZ DON MICHELE: Venga, venga, le indico el camino. Se abre la puerta de la sala y don Michele enciende la luz. Mientras tanto, llama.

... ¡Giulia! ¿Quieres traer aquí el vermut? Va hacia una cristalera y saca una bandeja, donde pone tres vasos. Fausto se ha quedado en el umbral y mira con interés la habitación. Su desconfianza ha desaparecido.

FAUSTO: Es bonito esto, ¿eh?

DON MICHELE (*Volviéndose*): ¿Le gusta? Son cosas modestas, pero a mí me agradan. ¡Siéntese! Fausto se sienta en una butaca.

FAUSTO: Ahora tengo que poner casa yo también.

DON MICHELE (*Le echa una rápida ojeada*); Ah, sí...

Entra doña Giulia con una botella de vermut, se queda un poco sorprendida al ver a Fausto, y sin decir nada deja la botella en la mesa. Oh, aquí está el vermut...

DOÑA GIULIA (*Un poco cortada*): Me voy allá... a acabar...

DON MICHELE: Sí, querida. Vete, vete. (*A Fausto, aludiendo a la señora Giulia*) Una buena mujer mi esposa, ¿eh?

Doña Giulia sale.

FAUSTO (*Rápido*): Ah, sí, muy buena. Además...

DON MICHELE (*Interrogante*): ¿Además...?

FAUSTO (*Que no sabe qué decir*): ¡Muy buena!

Entretanto, don Michele ha llenado tres vasitos.

DON MICHELE: ¡Ah, sí! Ya no somos muy jóvenes, pero estamos a gusto juntos. Tenemos pocos amigos y casi siempre nos quedamos en casa por la noche... En este cuarto. ¡A veces, incluso jugamos a las cartas! A usted le dará risa, ¿no? Pero, ¿cómo? ¿Juegan a las cartas? O bien yo leo un libro y mi mujer hace punto. Y no nos aburrimos. ¿Sabe por qué? (*Pausa*) Porque nos queremos. (*Una pausa*) Pero usted eso no lo puede entender.

FAUSTO: Ah, lo entiendo perfectamente.

DON MICHELE: No, no puede entenderlo.

FAUSTO: Claro que sí.

DON MICHELE: No, no puede. Y me da mucha pena. Y su pobre mujer aún me da más pena que usted.

Saca dinero de un bolsillo.

Fausto boquea, como si quisiera hablar.

FAUSTO (*Agresivo y despreciativo*): ¿Qué quiete decir? (*Una pausa*)

Don Michele es asaltado por una furia repentina. Se refrena y tira el dinero en la mesa, ante Fausto.

DON MICHELE: Ahí tiene el saldo del mes. Busque una excusa para su familia y para su suegro. Diga que no se encontraba a gusto aquí... que había demasiado trabajo... Diga lo que quiera... Es usted muy capaz de encontrar excusas...

Fausto se ha levantado de la butaca. En su rostro hay una sonrisa insegura.

FAUSTO: ¿Por qué me echa?

DON MICHELE: Para que aprenda a vivir. Yo lo he acogido como a un hermano y usted se ha comportado como un bribón. ¡Y ahora, váyase, porque tengo muchas ganas de romperle la cara!

FAUSTO (*Fingiendo sorpresa y dolor*): Jamás me habría esperado esto de usted.

Recoge el dinero de la mesa.

DON MICHELE (*Llamando*): ¡Giulia!

FAUSTO: No, mire, déjelo...

Fausto da un paso hacia la puerta y al mismo tiempo entra, por la puerta de la cocina, doña Giulia, que mira con cierta tensión a su marido y a Fausto.

DON MICHELE: Don Fausto se va. No viene a trabajar más con nosotros. Deja su puesto.

FAUSTO (*Con infantil desaliento*): ¿Entonces no tengo que venir mañana?

DON MICHELE: No.

Un silencio.

FAUSTO (*En voz baja*): Buenas noches. Don Michele y doña Giulia no contestan. Tras un segundo de vacilación, Fausto se dirige hacia la puerta.

FAUSTO (*A doña Giulia*): Era una broma, ¿sabe?

Y sale.

[Comedor en casa de los Rubini. Interior. Noche.

Sentados a la mesa, Sandra, Moraldo y los señores Rubini han empezado a cenar.

Sandra está extrañamente feliz e impaciente.

(TIMBRE DE LA PUERTA)

Al oír el timbre, Sandra se levanta de golpe.

SANDRA: ¡Fausto! (*Después, dirigiéndose a sus familiares.*) Se lo digo yo, ¿eh?

Corre hacia la entrada.

Entrada casa Rubini.

Sandra sale del comedor. Corre hacia la puerta, la abre. En el umbral, pensativo, está Fausto. Antes de que pueda hablar, Sandra, sonriendo feliz, le dice:

SANDRA: ¡Ven, Fausto! ¡Una sorpresa! ¡Cierra los ojos!

Y antes de que Fausto pueda decir nada, lo coge de la mano y lo lleva a toda prisa al...

Comedor casa Rubini. Noche. Interior.

... comedor. Sandra repite.

SANDRA: ¡Cierra los ojos!

Fausto baja los párpados y Sandra coge de una butaca un gran rollo de papel que despliega en la parte libre de la mesa. El señor Rubini y Moraldo sonrían; la señora Rubini tiene una leve resistencia.

MADRE DE SANDRA: ¡Cuidado, no lo manches!

SANDRA (*A Fausto*): ¡Ya puedes mirar! ¿Te gusta?

Fausto mira el gran papel desplegado, sin comprender de inmediato.

FAUSTO: ¿Qué es?

SANDRA (*Feliz*): ¿Cómo que qué es? ¡El plano del piso de arriba!

Fausto lanza una sonrisa idiota y mira instintivamente al techo. Después se inclina a observar el papel. Sandra empieza a hablar, mientras el señor Rubini y Moraldo se levantan de su sitio para seguir la explicación.

SANDRA (*Indicando a medida que habla*): Mira, ¿ves? Por aquí se entra... éste es el vestíbulo. Aquí la cocina, con la despensa... Esta es nuestra habitación... y aquí hay otra... para el niño... Este es el comedor... Y, aquí, el baño... Mientras Fausto sigue con la mirada en el papel las explicaciones de Sandra, comienza la voz.

VOZ: Sandra continuó hablando durante una hora. Y el proyecto fue muy alabado. Sólo más tarde, en el café...]

Billar. Interior. Noche.

En el billar, Riccardo juega con Caruso, mientras Leopoldo marca los tantos. Fausto y Moraldo, apoyados en la pared, hablan entre sí mientras observan el juego.

FAUSTO: Perdí mi puesto.

MORALDO: ¿Qué?

FAUSTO: Sí, a causa de esa idiota de mi patrona.

MORALDO: ¿Qué idiota?

FAUSTO: ¡Se enamoró de mí! Me provocaba... y como yo no le hice caso... aunque sólo fuera por respeto a don Michele... (y, además, es una vieja, imagínate si yo...) Entonces ella me malmetió con su marido. Y hoy, con un pretexto, me ha despedido.

MORALDO (*Airado*): ¿Con qué pretexto?

FAUSTO (*Confuso*): ¿Cómo?

MORALDO: ¡Pero no puede echarte así! ¡Es demasiado cómodo!

FAUSTO (*Amargo y resignado*): Ah, no, puede, ¡claro que puede! Imagínate que me ha dicho: «busque usted una excusa para su familia»... ¿entiendes? (*Airado*) Tengo que encontrarla yo...

MORALDO (*Con creciente irritación*): ¡Pero eso es absurdo! ¡No debías haberte ido! Y, además, no te ha dado la liquidación. ¿O te ha dado algo? Ante todo debía darte un preaviso... De un mes, por lo menos.

FAUSTO (*Impresionado*): ¡No! ¡No me lo ha dado!

MORALDO: Es lo mínimo, ¡un mes! No puede robarte treinta mil liras... Hombre, hoy ya no se puede despedir a la gente así como así, ¿sabes? Tu trabajas, tienes un puesto, eh...

Moraldo continúa hablando, pero Fausto ya no lo escucha. Está absorto, como siguiendo el hilo de un idea.

FUNDIDO.

Plaza de la Catedral. Exterior. Noche.

Moraldo y Fausto caminan uno al lado del otro, las manos en los bolsillos, la cabeza gacha.

Tras dar unos pasos, Fausto mira a Moraldo, todavía indeciso, sin saber si confiar o no en él. Por último se detiene. Moraldo da un par de pasos todavía. Se para a beber en una fuente.

MORALDO: Ah, qué buena es el agua, ¿eh? ¿Tú no bebes? ¿No tenías sed?

FAUSTO: Oye, Moraldo.

Moraldo se detiene, se vuelve y mira a Fausto, que le clava intensamente los ojos.

< ¿Sabes guardar un secreto?

Moraldo se encoge de hombros, inseguro.

MORALDO: No lo sé... ¿Por qué?

Fausto se le acerca.

FAUSTO: Dijiste que don Michele tenía que darme al preaviso, ¿no? (Pausa) Bueno, pues voy a cogerte yo el preaviso. (Otra pausa) Después iremos a medias.

MORALDO: No entiendo.

FAUSTO (*Misterioso, mirando instintivamente a su alrededor*): ¿Tienes miedo de saltar ahora un tejado?

MORALDO: ¿Qué tejado?

FAUSTO: ¡Un tejado!

MORALDO (*Cada vez más inseguro e intrigado*): No sé... ¿Por qué?

FAUSTO (*Impaciente*): Bueno... ¿tienes miedo?

MORALDO: ¡No!...

FAUSTO: Entonces, vamos. Ven conmigo.

Fausto echa a andar, dirigiéndose hacia el fondo de la plaza.

Moraldo, vacilante, se queda mirándolo.

Fausto se vuelve y repite su invitación.

FAUSTO: ¡Vamos!

Moraldo echa a andar, siguiéndolo.

Tejados y patio de la tienda de artículos religiosos. Noche.

Moraldo y Fausto se dejan caer resbalando desde un tejado sobre la tejavana que cubre a medias el patio de la tienda de don Michele.

Fausto precede a Moraldo. Los dos avanzan cautelosamente, tratando de hacer el menor ruido posible. La bajada al patio por el tubo de desagüe es bastante trabajosa, pero finaliza sin incidentes.

Fausto ayuda a Moraldo a saltar al suelo.

MORALDO (*Jadeante, en voz baja*): Pero... pero... ¿dónde estamos?

FAUSTO (*En voz baja*): ¡Cállate! No hables. Este es el patio. (*Señala hacia la casa*) Duermen, ¡ven!

Fausto avanza bajo la tejavana, tratando de no tropezar con los cajones, cajas y paquetes de cartón amontonados allí.

Moraldo lo sigue, titubeando cada vez más. Fausto enciende una cerilla y se orienta entre la confusión. Moraldo se reúne con él.

Fausto se dirige hacia una puerta cerrada por una gruesa tranca de madera.

FAUSTO (*En voz baja*): Es aquí...

Quita la tranca con infinita cautela, da la caja de cerillas a Moraldo:

< ...Ten, enciende.

Moraldo coge la caja y enciende una. Fausto abre la puerta y aparece un montón de virutas de embalar.

Fausto entra en el recinto y esquivando paquetes de virutas descubre el rostro de una estatua de madera que representa un ángel. Fausto sigue quitando paquetes de virutas. Moraldo enciende otra cerilla. La estatua es ahora enteramente visible: mide alrededor de un metro veinte, es de madera tallada y coloreada. El ángel sonrío.

Fausto se vuelve encantado hacia Moraldo.

MORALDO: ¿Qué haces?

FAUSTO: Es bonito, ¿eh?

MORALDO: ¿Qué es?

FAUSTO: Es un ángel. Ahora tenemos que llevárnoslo. ¿Sabes cuánto vale? Por lo menos cuarenta mil liras. He visto las facturas. Es antiguo.

La cerilla se apaga.

En la oscuridad, la voz de Moraldo suena asustada.

MORALDO (*Aterrado*): ¿Quieres robarlo?

Moraldo enciende otra cerilla.

Vámonos, Fausto.

FAUSTO (*En voz baja, apremiante*): ¡Si no lo robo! Cuando descargaron las cajas se quedó aquí... Nadie se dio cuenta. ¡Hace dos meses! (*Pausa, presionándole*) Y, además, ¿no has dicho que me correspondía un preaviso? Él no me lo ha dado y nosotros nos lo tomamos.

MORALDO (*Vacilante*): ¡Pero es un robo!

FAUSTO: Oye, Moraldo, ahora tengo una familia. Necesito ese dinero... tengo tantas cosas que arreglar. Si tienes miedo, dímelo. Lo haré yo solo. Moraldo no responde.

Fausto, tras mirarle fijamente a los ojos, se inclina y abraza al ángel, levantándolo,

FAUSTO: ¡Dame luz por lo menos, no!

Moraldo enciende una cerilla y a su temblona luz reaparece el rostro sonriente del ángel, cerca del de Fausto.

FAUSTO: ¡Mira qué bonito es!

Moraldo, con una vaga sonrisa de ternura y estupor.

MORALDO (*Casi para sí*): ¡Precioso!

FUNDIDO.

Exterior camino convento de monjas. Día.

Es una límpida y soleada mañana. Giudizio, el mozo de la estación, empuja su carreta, en la que está el ángel de madera, envuelto en un grueso saco.

Giudizio pernea alegremente tocando su trompeta.

Tras él, a unos diez metros, caminan Fausto y Moraldo, vigilando a Giudizio.

MORALDO (*Alarmado*): ¡Dile que se calle!

FAUSTO (*Llamando en voz baja*): ¡Giudizio! ¡Cállate!

Giudizio se vuelve, le lanza una sonrisa idiota, musitando palabras incomprensibles e indicando la puertecita de un convento medieval.

Fausto y Moraldo se acercan a la vieja construcción; Fausto, con aire decidido, tira del cordón de la campanilla.

Se oye el lejano tintinear de una campanilla.

(SONIDO DE LA CAMPANILLA.)

Moraldo respira lentamente y los dos jóvenes evitan mirarse.

Tras unos segundos, se abre la puerta y una monja joven, con gafas, saca la cabeza.

FAUSTO (*Con agresiva cordialidad*): Buenos días, herma-mana. ¿Está la madre superiora?

HERMANA: ¿Para qué?

FAUSTO (*Con una sonrisa de viajante de comercio*): Tendría que proponerle un negocio.

Fausto señala al saco puesto de pie en la carretilla.

FAUSTO: Se trata de una ocasión única... ¿Podemos hablar con ella?

Ante las palabras «ocasión» y «negocio» la hermana desconfía un poco. Lanza una ojeada al envoltorio e insiste.

HERMANA: Pero, ¿de qué se trata? La Madre está ahora en el locutorio.

MORALDO (*En voz baja, a Fausto*): Fausto, vámonos.

Fausto, en cambio, no se da por vencido. Se vuelve a Moraldo.

FAUSTO: No, Moraldo. Enséñaselo... enséñaselo. (*Después, vuelto hacia la hermana*) ¡Ya verá qué hermosura!

Moraldo, a toda prisa, lleno de turbación, abre la boca del saco y destapa la cabeza del ángel.

Giudizio ríe encantado.

La hermana tiene un movimiento de sorpresa y Fausto, tranquilamente:

FAUSTO (*Sonriendo*): Un ángel. De madera maciza. Lo teníamos en casa y ahora ya no podemos conservarlo. Es una verdadera ocasión.

La aparición del ángel dentro del saco ha cogido a la monja por sorpresa. Se acerca unos pasos, examinando el rostro rosado y los ojos celestes de la estatua. Luego vuelve a mirar con acentuada desconfianza a los dos jóvenes.

Ahora en sus ojos aparece un mudo y airado reproche por aquel modo irrespetuoso de hacer viajar a los ángeles.

Giudizio prorrumpe inesperadamente en un grito descompuesto.

GIUDIZIO (*Rápidamente*): ¡El ángel, el ángel, el ángel, el ángel!...

La hermana se estremece, temerosa. Y dice, retirándose hacia la puerta:

HERMANA: No, ya tenemos muchos ángeles... Buenos días.

FAUSTO: ¡Oh, un momento!

Pero la puerta ya está cerrada. Fausto y Moraldo se miran en silencio.

Giudizio, que ha cerrado de nuevo el saco, agarra las varas y echa a andar. Tras él, Fausto y Moraldo.

FUNDIDO.

Exterior colina. Día.

Ahora el carrito trepa fatigosamente por un caminillo que lleva a un pequeño cerro, cerca de la ciudad.

Giudizio tira como un caballo; Fausto y Moraldo, chorreando sudor, empujan por detrás.

La estatua se bambolea y estremece en el carrito.

Los tres pasan ante el huerto del gran convento que ocupa la cima del cerro. Giudizio para el carro y señala a un fraile que está encaramado en un árbol, podando.

FRAILE: ¿Qué quieren?

Fausto va hacia el fraile.

FAUSTO: Buenos días. ¿Cómo está usted? ¿Quiere un cigarrillo? Espere, ¿eh? ¡Cójalo!

Saca un cigarrillo y lo lanza hacia el fraile del árbol.

¡Hop-lá!

El fraile lo coge.

FAUSTO: ¡Muy bien! ¡Qué sitio más bonito! ¡Esta sí que es vida!... Oiga, ¿cómo se llama usted?

FRAILE (*Siempre desconfiado*): Padre Felice.

FAUSTO: ¿Está el padre guardián? El fraile hace un gesto negativo.

FRAILE: No.

FAUSTO: Ah, bueno... Y cuando no está él, ¿quién se ocupa de todo?

FRAILE: Yo.

FAUSTO: Ah, perfecto. (*Pausa; solemne*) Tengo un buen negocio para usted. ¿Les interesa una estatua magnífica, pintada, adecuada para un altar?
El fraile baja del árbol y se acerca a los tres.

FRAILE (*Brusco*); ¿La tienen ahí?

FAUSTO: Sí (*A Moraldo*) Enséñasela.

Moraldo, presuroso e inquieto, abre el saco, descubriendo la cara del ángel.

FAUSTO: Mire qué bonito. Mire qué expresión...

El fraile mira la estatua.

Tras un momento de silencio, el fraile mira a Fausto fijamente.

FRAILE: ¿Dónde la han cogido?

La cara de culpabilidad de Moraldo es demasiado elocuente. Fausto, en cambio, no se desanima.

FAUSTO: Lo teníamos en casa... No tenemos un sitio adecuado, ¿sabe?... Y hemos pensado en venderlo. El fraile echa otra ojeada a la estatua, y después dice lentamente, mirando a Fausto.

FRAILE (*Duro*): No. A nosotros no nos vale.

Vuelve la espalda a los tres, regresa al árbol y recoge un haz de leña seca.

FUNDIDO.

Exterior playa. Tarde.

VOZ: Ese día, la estatua no pudo venderse. Al caer la noche, Fausto y Moraldo se la confiaron a Giudizio, con mil recomendaciones.

Una calle de pobres casas y barracas en el barrio marinero. Anochece. Al fondo pasan Giudizio, Fausto y Moraldo.

Se detienen.

Giudizio, con las varas del carro, escucha lo que le dicen Fausto y Moraldo, haciendo signos de calurosa afirmación.

Playa. Exterior. Día.

Giudizio, sentado en un montón de arena, con un mendrugo de pan en la mano, observa con aire extasiado la estatua, puesta en el umbral de su casa.

A su lado, dos perros vagan husmeando el suelo.

Tras haber mirado largamente la estatua, Giudizio se levanta, va a cogerla y la lleva a la playa, dejándola sobre un montón de arena.

Después admira el efecto mirándola con amor y admiración, y la acaricia fascinado.

GIUDIZIO (*Para sí*): ¡El ángel!...

Vestíbulo y pasillo de casa de Sandra. Noche.

El padre de Sandra entra como una furia por la puerta de las escaleras y la cierra de un golpe seco, atronando la casa.

Comedor de casa de Sandra. Interior. Nache.

(GOLPE DE UNA PUERTA QUE SE BATE.)

Alrededor de la mesa, Sandra, la madre de Sandra, Fausto y Moraldo. El sitio de la cabecera está vacío.

SANDRA: Ahí está papá.

Ante el terrible golpe, los comensales se quedan inmóviles, con la cuchara en el aire y los ojos clavados en la puerta, que un instante después es abierta violentamente por el padre de Sandra.

El señor Rubini se detiene un momento en el umbral, jadeante. Cierra la puerta de un golpe seco. Después, disimulando su verdadero objetivo, da unos pasos por la estancia mirando al vacío, para dar de improviso un salto hacia Moraldo.

(RUIDO DE LA PUERTA QUE SE BATE.)

La maniobra no tiene éxito porque Moraldo, que lo ha comprendido al vuelo, se levanta a tiempo y empieza a girar en torno a la mesa.

Pasado el primer impulso, el señor Rubini queda separado de su hijo por toda la largura de la mesa.

Entonces, tratando de dar a su voz un tono natural, dice:

PADRE DE SANDRA (*Jadeante*): Moraldo, ven acá... ¡Déjate coger, que es mejor para ti!

Fausto se ha recobrado antes que nadie de la sorpresa y se está sirviendo una chuleta en el plato, aunque sin apartar la mirada del señor Rubini.

Moraldo, siempre girando en torno a la mesa.

MORALDO (*Con un aire asustado, de fingida inocencia*); Pero, ¿por qué? ¿Qué es lo que he hecho?

PADRE DE SANDRA: ¡Sinvergüenza! ¿Qué has hecho?
(*Señalando a Moraldo y a Fausto.*) ¡Ladrones! ¡Fuera de mi casa! ¡Los dos!

MADRE DE SANDRA (*En el colmo del estupor*): Pero, ¿qué ha ocurrido?

PADRE DE SANDRA (*Ahogado por la ira*): ¡Han robado una estatua!
(*Después, sollozando de rabia.*) Mi hijo... y ese gandul de ahí... ¡Como dos ladrones! ¡Iban a venir los guardias! (*Después, con un nuevo sollozo, indicando a Fausto.*) ... Y ese cerdo... ha molestado a la mujer de mi amigo... ¡Qué vergüenza!...

Fausto deja de cortar su chuleta. Sandra se pone en pie, temblorosa, estalla en llanto y después desaparece.

Fausto, aún sentado a la mesa, responde alzando la voz.

FAUSTO: Le han contado un montón de cuentos. Me asombra que un hombre como usted se los haya creído. Me asombra mucho.

PADRE DE SANDRA: ¡Y aún te atreves a levantar la voz!

FAUSTO (*Poniéndose en pie y dejando caer los cubiertos en el plato*): ¡Claro que la levanto! Me tratan como a un niño de cinco años. ¡Y tengo treinta!

Con un gesto furioso, tira el plato de la mesa y coge la chaqueta colgada del respaldo de la silla.

< ¡Guárdense sus chuletas! ¡No me volverán a ver! ¡No me verán más!
Y sale furibundo del cuarto.

Habitación de Sandra. Interior. Noche.

La habitación está inmersa en la penumbra. Tendida en la cama está Sandra. Aprieta en la mano un pañuelo enrollado y tiene los ojos enrojecidos por el llanto. A sus espaldas se abre lentamente la puerta y aparece Moraldo en el umbral. Se queda mirando a su hermana que solloza.

Después se acerca a la cama y se sienta al borde.

MORALDO (*En voz baja*): Sandra...

La joven no responde; sus hombros continúan sacudidos por los sollozos. Moraldo se inclina más hacia ella.

< ...Sandra... No fue culpa suya, ¿sabes? Ha sido ella... doña Giulia, la que lo provocó. Y, además, lo malmetió con su marido... (*Pausa.*) Sandra, ¿me oyes?

Sandra sigue sollozando.

Sandra alza los ojos, llenos de lágrimas, y con cierta esperanza en la voz:

SANDRA: ¿De veras?

MORALDO: Sí, ella... porque Fausto no quiso hacerle caso.

SANDRA: ¿Qué?

Sandra sigue mirando a Moraldo.

MORALDO: Porque Fausto ni siquiera la miró. Y ellos no quisieron darle ni una lira. De modo que pensamos en coger esa estatua... Sandra tiene, entre lágrimas, una debilísima sonrisa.

SANDRA: ¿De verdad que no le hizo caso?

MORALDO: Sí. Te lo juro.

Sandra mira a Moraldo y empieza a enjugarse las lágrimas.

SANDRA (*Con una sonrisa angustiada*): ¿Y dónde ha ido ahora?

MORALDO: Está abajo, en el jardín.

Jardincillo de la casa Rubini. Exterior. Noche.

Al fondo del patizuelo, sentado en una caja vacía y desfondada, está Fausto, enfurruñado y taciturno. Fuma un cigarrillo. Se vuelve al oír unos pasos en la grava.

Sandra está de pie a su lado.

SANDRA: ¡Fausto!

Y le sonrío tiernamente. Después se acerca y queda de pie ante él.

FAUSTO: Estoy esperando a Moraldo para irme. Dile a papá que no me volverá a ver... No quiero ser una carga para nadie.

SANDRA: Fausto, ¿qué dices? Moraldo me lo ha contado todo...

FAUSTO (*Con algo de aprensión*): ¿Todo qué?

SANDRA: Sí, se lo diré yo a papá... que fue ella la que tonteó contigo.

FAUSTO: No hablemos de eso...

SANDRA: Nada, ¡tienen que saberlo!

Fausto baja los ojos, afectado a pesar suyo por el candor de Sandra. Sandra, sentándose al lado de Fausto, saca un envoltorio del bolsillo.

SANDRA: Ten... es la chuleta... No has comido nada.

Fausto, asumiendo una actitud digna, vuelve los ojos al cielo y dice en tono conmovido.

FAUSTO: ¡Lo que faltaba!

Y coge el bocadillo.

SANDRA (*Tras una pausa*): ¿Por qué habéis cogido esa estatua? ¿Necesitabas dinero?... ¡Podías decírmelo! ¿Por qué no te has sincerado conmigo?

Fausto, que ha empezado a morder el bocadillo, es asaltado poco a poco por una gran autocompasión. Sacude los hombros con un gran suspiro y Sandra, con lágrimas en la voz, continúa hablando. (*Tiernamente.*)

<Debemos decirnos todo... debemos estar juntos... Estamos solos los dos... Ya ves, mamá es tan buena... pero me trata como si aún tuviera cuatro años... Y papá siempre está tan ocupado... no sabe nada de mí... ¡Sólo te tengo a ti, Fausto!

La voz se le apaga en un susurro de desesperada emoción y llora.

SANDRA: Si tú te vas también...

Fausto, ahogado de emoción, la abraza.

FAUSTO: Sandrina... no digas eso...

... y la besa torpemente en el pelo.

Sandra, feliz, en medio de su angustia, se apoya en él.

SANDRA (*En un susurro*): ¿Me quieres aún? ¿Quieres a nuestro hijo?

FAUSTO (*Con los ojos llenos de lágrimas*): Sandrina mía... Sandra, es nuestro hijo.

SANDRA (*Temblorosa*): Entonces... ¿te quedas conmigo?

FAUSTO (*Masticando, conmovido*): Sí. Sí.

SANDRA: Vamos, entonces.

FAUSTO: No, no.

SANDRA: Vamos a casa.

FAUSTO: No, déjalo.

SANDRA: Vamos junto a papá, ven. Y se dirigen abrazados hacia la casa.

VOZ: Así Fausto fue perdonado y se puso con calma a buscar un nuevo trabajo.

Billar. Día.

Fausto, con el taco en la mano, da un buen golpe a la bola, haciendo caer todos los palillos. Alrededor de la mesa, Leopoldo, Riccardo, Alberto y Moraldo.

Interior comedor casa Rubini. Día.

Los padres de Sandra, las tías, Moraldo, Sandra y Fausto forman un grupo en torno a la criada, que tiene en brazos a un recién nacido.

VOZ: Por lo demás, la familia se ocupaba un poco menos de Fausto desde que nació el niño... *precioso...* se parecía a la mamá, al papá e incluso un poco a los abuelos, a las tías y a Moraldo.

Todos hacen muecas, sonriendo al niño.

VOZ: Sandra era feliz. Y un día, casi a escondidas...

Casa de Fausto. Día.

Sandra, con el niño en brazos, está sentada ante la mesa del comedor.

VOZ: ...Fue a visitar a su suegro para enseñarle a Moraldino.

Ante ella está el padre de Fausto.

Los dos miran fascinados al niño. El padre se siente torpe y cohibido y por primera vez lo vemos sonreír.

HERMANITA: El café está en la lumbre.

PADRE: Muy bien, muy bien.

HERMANITA (A Moraldino): Moraldino, Moraldino, ¿por qué estás tan gordito?

SANDRINA: Ayer dijo «bla». Quién sabe lo que quería decir.

Llega la hermanita de Fausto trayendo una bandeja con las tazas de café.

PADRE DE FAUSTO: ¿Y Fausto? ¿Encontró trabajo?

SANDRA (*Algo turbada*): Sí..., parece que sí. En cualquier caso sólo es cuestión de días...

Sandra se levanta para desviar la conversación.

Perdone, papá, voy a la cocina a ver el café.

El padre de Fausto se levanta a su vez.

PADRE DE FAUSTO: No, no. Ya voy yo.

SANDRA (*Poniéndose en pie*); No, déjelo, papá.

HERMANITA: Sandra, ¿me dejas cogerlo un poco en brazos?

SANDRA: Está bien, si quieres, Pero sujétalo bien. No lo dejes caer.

Le da el niño a la hermanita de Fausto, que se queda rígida de alegría y responsabilidad, y lo besa.

HERMANITA: Moraldino, Moraldino guapo, dale un beso a tu tía.

El padre de Fausto, que ha seguido la maniobra con aprensión, se acerca y coge al niño de los brazos de su hija.

PADRE DE FAUSTO (*Murmurando*): Dáselo un momento al abuelo.

HERMANITA: No, no, papá. Tú no sabes cogerlo. (*Se ríe*) No se coge así...

FUNDIDO.

Calle casa Moraldo. Exterior. Noche.

Moraldo está sentado en un banco de la calle desierta y silenciosa. Con él está el pequeño ferroviario. Los dos miran las estrellas y Moraldo contesta a una pregunta del chico.

MORALDO: Ah, ésa no sé.

El chico indica otra estrella.

CHICO: Y aquélla de allí es la más lejana de todas, ¿no?

MORALDO: Y se llama Sirio. Sí.

CHICO (*Sigue mirando fascinado el cielo*): Y tendrán habitantes, como aquí...

MORALDO (*Sacudiendo la cabeza*): No, no creo.

CHICO (*Dirigiéndose a Moraldo*): ¿Te gustaría vivir allí?

MORALDO: Ah, a mí, sí.

CHICO (*Sonriendo*): ¡Anda ya!

MORALDO: ¡Claro que sí!

CHICO (*Levantándose*): ¿Me acompañas?

MORALDO (*Levantándose a su vez*): Sí, te acompaño.
Y echan a andar hacia la estación.

VOZ: Ahora las noches eran más suaves...

FUNDIDO.

Plaza con fuente. Exterior. Noche.

Moraldo pasea solitario por la plaza, yendo hacia la fuente. A lo lejos se oyen los toques de un campanario.

VOZ: ...se sentía ya la primavera.

Interior Politeama Bertucci.

En el escenario, ocho bailarinas interpretan un número de baile, acompañadas por la orquesta (que ya vimos en el baile de disfraces) que suena burocráticamente. El número se acerca a su fin.

El patio de butacas está atestado. En un palco junto a las primeras filas se sientan Alberto, Riccardo, Fausto, Moraldo y Leopoldo.

El *ballet* termina su número. Se cierra el teloncillo de seda negra. Grandes aplausos desde las butacas.

En su palco, los tarambanas aplauden, salvo Fausto, que ha adoptado el aire entendido de un aficionado al teatro.

Las luces del escenario se debilitan. Una voz anuncia solemnemente por el micrófono.

ALTAVOZ: Y ahora, ante ustedes un gran hombre y un gran corazón, el comendador Sergio Natali.

(REDOBLE DE TAMBOR.)

En la platea, Leopoldo, excitadísimo, susurra a sus amigos.

LEOPOLDO (*En voz baja*): Ahí está él... Ahora portaos bien, por favor...

Sobre el fondo del telón de seda negra, enfocado por la luz del reflector, aparece un hombre anciano, alto, gordo, correctamente vestido de oscuro y con el pelo revuelto a lo artista. Leopoldo aplaude con calor y emoción. Todo el patio de butacas le hace eco.

(SALVA DE APLAUSOS.)

En el profundo silencio que sigue, el comendador Natali, ostensiblemente conmovido, da las gracias inclinándose a derecha e izquierda, al centro, y después mira hacia el palco.

EL VIEJO ACTOR: Gracias..., gracias..., gracias...

Después cerrando los ojos y tendiendo un brazo hacia adelante, anuncia:
< Recitaré «Fantasía de Juventud».

En la platea, Leopoldo, ya conmovido, se vuelve a sus amigos, gimiendo:

LEOPOLDO: ¡Es estupendo!... ¡Es estupendo!

Pero Alberto no puede dejar de observar.

ALBERTO: ¿Es ese Natali?

LEOPOLDO: Sí.

ALBERTO (*En voz baja*): ¡Pues es bien feo!

Leopoldo lo invita a callarse con un gesto fastidiado y algo histérico. Desde las candilejas es lanzado al escenario un niño de unos siete años, que se queda a cierta distancia del actor y pregunta con voz chillona:

< ¿Papá?

El viejo actor se acerca al niño y le acaricia la cabeza, fingiendo una intensa emoción.

VIEJO ACTOR (*Declama*): Pequeño, tu padre ya ha vuelto. Está entre nosotros, aquí, confundido entre la gente. Te mira, te sonrío y te ha rozado. Y tú, pequeñín, no sientes nada...

NIÑO: ¿Por qué, abuelo?

VIEJO ACTOR: Porque eres inocente. Porque papá partió en primavera. Partió como el abuelo, de teniente, con flores, canciones y una bandera. (*Cantando en voz baja*) «Toca, fanfarria mía, toca fanfarria...»

El viejo actor, aumentando poco a poco el volumen de la voz, continúa cantando, mientras la orquesta lo acompaña con un rítmico redoble de tambores que imita el paso de los soldados.

(REDOBLE DE TAMBORES.)

Un escalofrío de emoción recorre el patio de butacas. Leopoldo, inclinado hacia adelante, con ojos que se le salen de la cara, sigue con gran atención.

VOZ: Es la noche que Leopoldo espera hace tanto tiempo. El gran actor ha leído su comedia y lo espera en su camerino al final del espectáculo.

FUNDIDO ENCADENADO.

(LA MÚSICA Y EL REDOBLE DE TAMBORES AUMENTAN DE TONO.)

Ahora han aparecido en el escenario las bailarinas, con los muslos desnudos, un gorrito militar en la cabeza y un sable al costado. Desfilan a paso de marcha por la pasarela, mientras el viejo actor, rígido en un saludo, continúa cantando.

VIEJO ACTOR: ¡¡¡Pasa la juventud, pasa el amo-o-or!!!

De improviso la trompeta de la orquesta toca «firmes» y por el telón del fondo, donde se han agrupado las bailarinas, aparece la *vedette*, vestida sumariamente de Italia, con una leve corona almenada en la cabeza y unas vaporosas gasas que le sirven de manto. La *vedette* lleva el pelo suelto por la espalda.

La aparición es recibida con grandes aplausos de las butacas.

En el palco, los tarambanas se inclinan para verla. Alberto y Riccardo intercambian una mirada de aprobadora admiración.

LA ORQUESTA TOCA «VUELA PALOMA».

La *vedette* abre los brazos con ademán de querer abrazar a todo el público.

VEDETTE (*Cantando*): Vuela, paloma blanca, vuela...

BAILARINAS (*A coro*): Díselo tú, dile que volveré...

VEDETTE (*Como antes*): Dile que nunca estará sola...

BAILARINAS (*Como antes*): ... y que jamás la dejaré.

Ahora todos los actores están en primer plano.

(COMPASES DE LA BATERÍA.)

La batería toca cuatro compases de espera y la orquesta inicia el final.

CORO Pavesas de amor / De mi corazón / Sois voluptuosidad / Pavesas de amor / De mi corazón / ¡Sois la fe-li-ci-dad!

La voz vuelve a hablar.

FUNDIDO.

Interior escenario. Noche.

VOZ: Ha llegado la gran hora...

Entre el ondular de las bambalinas, movidas por los tramoyistas, avanza Leopoldo, aturdido, seguido por sus cuatro amigos.

Leopoldo, siempre seguido por sus amigos, avanza por un pasillo, emocionadísimo.

De repente aparece ante una puerta cerrada por una cortina rota el comendador Natali, ya sin maquillaje en parte, y envuelto en una amplia bata remendada, con una vela en la mano.

VIEJO ACTOR (*Con voz sonora y cordial*) : Ah, es usted. ¡Y acompañado! Siéntense, por favor. Pasen por aquí, por favor (*En voz alta*) ¡Traigan sillas!

Los jóvenes avanzan, algo torpes y encogidos,

RICCARDO Y ALBERTO: No se moleste... nos quedaremos de pie...

VIEJO ACTOR: Perdone la vela, pero en estos teatruchos de provincias roban todas las bombillas.

LEOPOLDO: Ya lo sé, comendador, no se preocupe.

VIEJO ACTOR (*Tendiendo una cajetilla*): ¿Puedo ofrecerles un cigarrillo? Son nacionales... porque, para la voz, el americano es peligrosísimo...

Tiende la cajetilla de cigarrillos y mientras los demás cogen tabaco y encienden, Leopoldo, ahogado por la emoción y el gozo:

LEOPOLDO: Comendador, soy un gran admirador suyo...

RICCARDO: Yo lo vi en una película, «Los dos Foscari».

VIEJO ACTOR: Ah, si. Pero, ¿sabe?, al montarla cortaron todo. Por favor, señores, siéntense un momento. Mientras tanto, acabo de quitarme el maquillaje, con su permiso.

Leopoldo se sienta y vuelve a empezar.

LEOPOLDO: La primera vez que lo vi... en Bolonia... en el 43... Fue una velada inolvidable... ¡Usted me descubrió a Ibsen!

VIEJO ACTOR (*Pensativo y amargo*): ¡Oh, Ibsen! ¡Qué tiempos aquellos! ¡Parece que fue ayer! Mi querido amigo... ser director de compañía es algo demasiado pesado... Y ustedes me ven ahora en una pausa que querría denominar una vacación... un paso provisional... Porque estoy organizando para el próximo año una compañía excepcional: figúrense que contaré con la Ferrari e incluso con Gassman.

Se oye una risa femenina y (mientras el viejo actor continúa hablando en off) aparece en el umbral del camerino una bailarina que contempla con mirada experta al guapo Fausto. Leopoldo lanza un gemido de aprobación.

LEOPOLDO (*Mirando a Alberto*): ¿Habéis oído? ¡El Comendador contará con la Ferrari y con Gassman!

VIEJO ACTOR: Y quiero dar obras nuevas..., de jóvenes... por la subvención, sí, pero también porque me tienta esa batalla. A propósito, he leído su obra. Oh, Dios mío, sólo una ojeada, porque, ya usted comprende, estoy siempre tan ocupado... El teatro es un tirano, pero...

El viejo mira largamente a Leopoldo, que espera su respuesta como si se tratara de un oráculo.

Después, el viejo actor, asintiendo con grave bondad:

< Hay madera..., la hay...

LEOPOLDO (*Alzándose lentamente y tragando saliva*): ¿De verdad... Le ha gustado?

El actor, con idéntica gravedad, se golpea la frente con el índice.

VIEJO ACTOR (*Se toca la frente*): Hay de esto... y (*Tocándose el corazón*) ... y también de esto...

LEOPOLDO: Comendador...

Leopoldo tiene una sonrisa de felicidad que bordea la angustia.

No sabe qué decir. Traga saliva y mira a sus amigos con aire idiota...

FUNDIDO.

Interior restaurante. Noche.

En el salón del restaurante, completamente desierto, Leopoldo, Riccardo, Fausto, Alberto y Moraldo ocupan una mesa.

El viejo actor está comiendo a la cabecera. Conserva aún bajo los ojos y en las cejas las huellas del lápiz de maquillar. Leopoldo, con ojos pasmados, está leyendo su original. Pone en la voz y en los gestos una fuerza insólita en él; está realmente embebido en la oleada de poesía que cree haber evocado con sus diálogos.

Los amigos de Leopoldo siguen alrededor de la mesa, pero no están comiendo.

Alberto tiene ante sí un pastel y los otros una copa de licor, y algunos un café.

El viejo actor, que aún tiene las pestañas maquilladas, escucha las frases que dice Leopoldo, comiendo a dos carrillos y aprobando con breves ademanes. Hace que los jóvenes le vayan pasando el pan, el vino, la sal.

LEOPOLDO (*Leyendo su original*): Roberto: Soy hijo de estos tiempos. En mis altares no adoro a ninguna autoridad. No sé si tú me entiendes, Frida.

FRIDA: Creo comprender, Roberto, que tu orgullo te está devorando.

ROBERTO: (*Ríe*) Ja, ja, ja... ¿Qué puede devorar aún el orgullo en un alma ya arrasada?

FRIDA: ¡Oh, ciego! ¡Sólo el miedo podría salvarte!

VIEJO ACTOR (*Repitiendo*): ¡Oh, ciego! ¡Sólo el miedo podría salvarte!

LEOPOLDO (*Al viejo actor*): ¡Magnífico! Aunque esta es una frase de Frida... (*Siguiendo.*) Frida: En el silencio de tu desierto, ¿no oyes una voz que te llama?

ROBERTO (*Irónico*): ¿Tu voz, Frida?

FRIDA: No, la de Dios.

Leopoldo dice esta última frase y deja caer el folio que tenía en la mano.

LEOPOLDO: Así acaba el segundo acto.

RICCARDO: Precioso, ¿eh?

MORALDO: Sí, muy bonito. ¿No es bonito?

Leopoldo coge el resto de la obra.

LEOPOLDO: ¿Puedo empezar con el tercer acto?

VIEJO ACTOR: ¡Continúe!

LEOPOLDO: Acto tercero. Escena primera...

(CARCAJADA DE LA VEDETTE.)

Todos se vuelven hacia la puerta...

... por la que ha entrado, seguida por dos bailarinas la *vedette*. Se ríe en falsete, a todo reír.

Una ráfaga de viento levanta los manteles de las mesas. En la mesa del actor, éste está visiblemente fastidiado por la aparición de la *vedette*.

VIEJO ACTOR: La puerta, por favor...

Una de las bailarinas cierra la puerta y la *vedette*, sin dejar de reír, tras echar una ojeada a la mesa de nuestros amigos se sienta en la de al lado. Leopoldo, contrariado por este contratiempo, que quizás postergue la lectura de su obra, se estremece.

LEOPOLDO: ¿Puedo empezar? Tercer acto.

VOZ DE VEDETTE (*Off*): Eh, eh, eh... ¡Camarero! El camarero se precipita a la mesa de las mujeres.

VEDETTE (*Al viejo actor*): Buenas noches, Natali.

VIEJO ACTOR (*A la vedette*): Buenas noches... (*A Leopoldo*): ¡Siga, leyendo!

Leopoldo, animado, continúa leyendo.

LEOPOLDO (*Leyendo*): El decorado es el mismo del primer acto. Roberto está sentado ante la chimenea y mira el fuego, que chisporrotea alegremente. Frida está ante la cristalera, con la mirada clavada en el crepúsculo que dora las dunas. El chillido de las gaviotas entra a veces, traído por el viento. Como asaltada por un escalofrío repentino, Frida se vuelve. Está cansada, ha envejecido.

Fausto, Alberto, Riccardo y Moraldo miran a la *vedette* y a las dos bailarinas. Fausto sonrío a la *vedette*...

... que le corresponde con una mirada lánguida y una risita.

(DURANTE LAS FRASES DE LEOPOLDO, LAS RISAS DE LA VEDETTE Y DIVERSAS ÓRDENES QUE LE DA AL CAMARERO.)

Moraldo se da cuenta y a su pesar se pone serio durante un momento.

Leopoldo aparta un instante la mirada de la comedia y mira al actor. El actor está serio, con la mirada fija ante sí. Come un flan.

LEOPOLDO: Se acerca a Roberto.

FRIDA: Esta noche no habrá luna.

FUNDIDO ENCADENADO.

Media hora después.

Ahora Alberto, Fausto, Riccardo y Moraldo se han sentado a la mesa de la *vedette* y las bailarinas. Alberto, en pie, con un vaso en la mano, está haciendo una imitación de Amedeo Nazzari.

ALBERTO: El vino me gusta. ¡Mala peste le dé a quien no bebe conmigo!

Gran carcajada general.

La *vedette* mete en la boca de Fausto un plátano pelado, con gesto alusivo y obsceno. Otra bailarina le pregunta a Alberto.

BAILARINA: ¿Sabe imitar a Gary Cooper?

Riccardo grita a Alberto.

RICCARDO: Alberto, haz la sierra, haz la sierra, Alberto.

ALBERTO: La sierra sí que la hago bien... Pero cierren los ojos...

RICCARDO: ¡Chist! ¡Escuchen!

Poniendo una mano de canto sobre el otro brazo, Alberto imita el movimiento de la hoja de una sierra, que acompaña haciendo con la boca un ruido sibilante. También esta exhibición es acogida con una carcajada general. Las bailarinas se están divirtiendo mucho.

Una de ellas se pone en pie y se coloca una servilleta en la cabeza, diciendo:

BAILARINA (*Zalamera*): Ahora imitaré yo a alguien. ¡A mi abuela!

Alberto le salta encima y la envuelve en sus brazos.

ALBERTO: Abuelita, guapa, no te dejaré nunca más.

Una tercera bailarina, impresionada a todas luces por el encanto de Moraldo, le acaricia la cabeza y le pregunta.

BAILARINA (*Con un mondadientes en la boca*): ¿Y tú no sabes imitar a nadie? ¿Qué tienes, que estás tan serio?

Después, dirigiéndose a su amiga:

<¿Sabes que me gusta este morocho? (*Inspirada*) ¡Es un tío muy fino!

VEDETTE (*Off*): Sí, es cierto.

La atención del grupo es atraída por la voz de Leopoldo, que sigue en la mesa del viejo actor y declama un pasaje clave de su comedia.

LEOPOLDO (*Leyendo con fogosidad*): ¡Incluso el delito! ¡Nada me inspira horror! Y, sin embargo, recuerdo que...

El grupo de los amigos de Leopoldo y las bailarinas estalla en carcajadas, divertido e insolente.

Fausto dice algo al oído de la *vedette*. Moraldo lo mira con desaprobación. Riccardo, entre tanto, se ha puesto en pie y anuncia.

RICCARDO (*Off*): Eh, chicos, aquí hay una radio. Ahora la enciendo.

La *vedette* se ríe de la frase que le ha dicho Fausto y replica, bromista:

VEDETTE (*Acento napolitano*): Eh, eh, eh, eh... pero eso no se dice... ja, ja, ja...

La radio está transmitiendo música de baile y Fausto coge de la mano a la *vedette* y la invita a bailar.

Apretando a la joven contra sí, guiña el ojo a Moraldo con aire de complicidad. Moraldo, serio, un poco triste e incómodo, baja la vista.

La mesa del actor, visiblemente fastidiado por la jarana montada por los jóvenes y las bailarinas. Se pone en pie de pronto, coge el abrigo y se dirige a la puerta. Leopoldo lo sigue apresuradamente. Cuando está en el umbral, Alberto lo ve y lo llama.

ALBERTO: ¡Leopoldo! ¿A dónde vas?

LEOPOLDO (*Excitado*) : Luego, luego. Luego os contaré. Ha tenido una inspiración poética..., una idea magnífica, de artista.

Y sale.

Calle restaurante. Noche.

Es una noche muy oscura y ventosa.

En el asfalto oscilan los haces de luz de los faroles.

El viejo actor respira hondamente, con la nariz al aire.

VIEJO ACTOR: ¡Viento de mar!... ¡Viento nocturno!

Y echa a andar decidido, seguido por Leopoldo, que camina a su lado.

Esos amigos suyos me han desilusionado. Quien no ama el arte no ama la vida... (*Una pausa.*) ¿Se va por aquí al mar?

LEOPOLDO: Sí, comendador.

VIEJO ACTOR (*Deteniéndose*) : Tuteémonos, mi querido amigo... entre artistas... (*Después, reanudando la marcha*) Tu Frida es un carácter acabado, perfecto... Le irá estupendamente a la Ferrari... Estupendamente... Mira, le escribo esta noche y con toda seguridad acepta. Si el tercer acto es como los dos que me has leído... Tenemos el triunfo en la mano, chico... ¿Cómo te llamas?

LEOPOLDO: Leopoldo, comendador.

VIEJO ACTOR (*Solemne*) : ¡Leopoldo! Dentro de dos meses tendrás que venir a Milán. Leopoldo se para, ahogado por repentina emoción.

LEOPOLDO: ¿De verdad, comendador? ¿Lo dice en serio?

VIEJO ACTOR: Llámame Sergio.

LEOPOLDO (*Con voz abogada, temblorosa*): Comendador, pero, ¿lo dice en serio?

VIEJO ACTOR (*En medio del viento*): Vamos, Leopoldo, vamos a leer el tercer acto...

Los dos hombres andan algo doblados hacia adelante, con la cabeza baja. El actor lleva en la mano su sombrero.

LEOPOLDO: Comendador, usted no sabe... tú no sabes... lo que significa para mí esto que me ha dicho... Estaba a punto de ceder, de abandonar todo... Mis sueños de muchacho, mis esperanzas...

VIEJO ACTOR: Hacia el mar, hacia el mar. ¿Por dónde se va?

LEOPOLDO: Es duro, ¿sabes?, vivir en medio de la incompreensión, en esta provincia sorda, cerrada a toda manifestación artística, a toda voz... Estás solo..., incluso tus propios amigos no te comprenden, tienen intereses más materiales..., más contingentes... Las mujeres..., el dinero... El invierno no acaba nunca. Ya ves, a medianoche, todo está apagado. ¿Cómo se las arregla un artista para alimentar sus fantasmas, para vivir?... Y así pasan los años, y una mañana te despiertas..., eras un muchacho y ya no lo eres...

El viejo actor, que ha escuchado mientras camina la tirada de Leopoldo, sin volverse, empieza a silbar.

VIEJO ACTOR: (*Silba «Vuela Paloma».*)

Una ráfaga de viento más fuerte se lleva el sombrero de Leopoldo. Él lo persigue afanosamente, mientras continúa hablando. Por fin lo alcanza.

LEOPOLDO: Ah, pero ahora... ¡ahora se acabó! ¡Ya sabía yo que no debía ceder! Dentro de dos meses voy a Milán, a donde tú quieras...

El viejo actor sigue andando.

Leopoldo lo llama y se reúne con él, cogiéndolo del brazo para proseguir hacia el mar.

LEOPOLDO: ¡Sergio! ¡Sergio!

Playa con muelle. Noche.

Leopoldo y el actor están uno al lado del otro en el paseo marítimo.

Tras un instante, el viejo dice, mirando ante sí:

VIEJO ACTOR: ¡Toma! ¡El mar! ¿Y aquello de allí es el muelle?

LEOPOLDO (*Sabiéndose las solapas*) : Sí.

VIEJO ACTOR (*Impaciente*): ¡Me tienes que leer el cuarto acto! Vamos...

Y el actor, seguido por Leopoldo, se dirige hacia el muelle.
Leopoldo demuestra cierto desconcierto. Aprieta la comedia contra su pecho.

LEOPOLDO: Comendador, ¡eh!, Sergio, pero... ¿a dónde quieres ir?

VIEJO ACTOR: Ya encontraremos allí un sitio.

LEOPOLDO: Pero allí está oscuro... Comendador...

Pero el otro ya se ha puesto en marcha,

(RUIDO DEL VIENTO Y DE LAS OLAS.)

Leopoldo, presa de una confusa inquietud, se detiene. Después el actor se vuelve a mirar a Leopoldo; una sonrisa reveladora, que deja helado al joven, ha aparecido en su cara fofa.

Durante un instante, los dos hombres se miran en silencio.

VIEJO ACTOR: ¡Ven! ¡Ven!

El actor sigue sonriendo con aquella sonrisa atroz.

VIEJO ACTOR: ¿Es que te doy miedo?

Leopoldo parece clavado al suelo. Luego comienza a retroceder.

Retrocede un paso más.

La voz del viejo actor, cargada de sobreentendidos, tiene el efecto de proyectar a Leopoldo sobre sí mismo. Rápidamente, apretando la obra contra el pecho, se aleja. El viejo actor lo llama.

VIEJO ACTOR: ¡Poldo! ¡Poldo! ¿A dónde vas? Estaba bromeando. Ven, ven aquí. ¡Poldo! (¡Ay-ay-ay-ay!)

Leopoldo no contesta. Entrevé en la oscuridad, inmóvil entre las ráfagas de viento, el perfil trágico y grotesco del viejo actor.

Una amargura y un infinito desagrado oprimen su garganta y le hielan el corazón. Se vuelve de golpe y echa a correr hacia las casas.

FUNDIDO.

Interior habitación del hotel. Noche.

La cabeza soñolienta de la *vedette* se destaca sobre la almohada. La *vedette*, con los ojos entornados, ofrece sus labios a Fausto, que se inclina para despedirse.

FAUSTO: ¡Adiós!

VEDETTE (*Soñolienta*): Adiós, bebé. Tápate bien. No cojas frío...

FAUSTO (*En voz baja*) : Mañana iré a la estación a despedirte. Adiós.

La *vedette* cae de nuevo en la cama, dormida. Fausto atraviesa la habitación en penumbra, abre la puerta que da al pasillo y sale.

Plaza con hotel. Noche.

(TOQUES DE UNA CAMPANA.)

En la plaza desierta y barrida por el viento suenan tres campanadas. En la plaza próxima al hotel, inmóvil, junto a la fuente, está Moraldo. Tiene levantadas las solapas del abrigo. Se vuelve a echar un vistazo hacia la puerta del hotel.

Por la puerta de cristales del hotel sale Fausto. Echa a andar por la plaza, y Moraldo se aparta de la fuente. Fausto se detiene sorprendido al ver a Moraldo,

FAUSTO: ¿Qué haces aquí?

MORALDO: Te he esperado.

FAUSTO: Ah, muy bien, gracias.

MORALDO: Pienso que será mejor que volvamos a casa juntos.

FAUSTO: ¡Seguro!

Echan a andar, uno junto a otro, en silencio durante unos instantes. La insólita actitud de Moraldo pone a Fausto en una situación molesta. Para vencerla, dice:

FAUSTO: ¡Qué mujer! ¿Sabes qué me ha dicho? Que si sabía cantar me contrataba... No es mala vida esa, ¿sabes? Viajas, te diviertes, libre, sin preocupaciones..., siempre entre mujeres... (*Se pone a bailar, cantando.*) «Ah, se estaba mejor antes...»

Moraldo lo mira con reproche. Fausto se interrumpe bruscamente.

FAUSTO: ¿Y tú?

MORALDO (*Sin mirarlo*): ¿Yo?... Nada. Yo nada.

FAUSTO: ¿Y por qué? No estaba mal, ¿eh?

FAUSTO (*Con una pizca de irritación*) : Pero, ¿qué tienes?

MORALDO: Nada. Pensaba...

FAUSTO: ¿En qué?

MORALDO: En Sandra.

Y sigue su camino con la cabeza gacha. Fausto va tras él.

FAUSTO: Ah, ah..., entonces por eso me esperaste, ¿eh? ¡Contesta!

Moraldo no responde, continúa andando con la cabeza gacha.

Escaleras casa Rubini. Noche.

Moraldo y Fausto suben las escaleras de puntillas. Fausto, enfurruñado, se para a despedirse de Moraldo, con la boca chica.

FAUSTO: Buenas noches.

MORALDO (*En voz baja*): Límpiate, estás manchado de carmín...

Fausto saca rápidamente el pañuelo y se limpia una mejilla.

Por el otro lado.

Fausto se limpia la otra mejilla. Moraldo, sin esperar a que le den las gracias, se dirige a su cuarto. Fausto lo sigue un momento con la mirada, luego abre la puerta de su habitación y entra de puntillas.

Habitación de Sandra y Fausto. Noche.

La habitación está a oscuras.

Sandra está en cama, con los ojos muy abiertos. El niño está en la cama a su lado.

Fausto, que debido a la escasa luz no ha visto que su mujer está despierta, se para ante el espejo y vuelve a pasarse con fuerza el pañuelo por la mejilla, mojándolo en saliva. Después va a quitarse la chaqueta, pero advierte que Sandra tiene los ojos abiertos y le clava una mirada petrificada.

Fausto tiene un leve movimiento de sorpresa y turbación.

FAUSTO: Ah, Sandra... (*Una pausa, una cobarde sonrisa.*) ¿No duermes?

Después, para romper la embarazosa situación se inclina sonriendo sobre el niño y farfulla burlonamente:

FAUSTO (*En un susurro*): Mira qué naricita, qué lindo... Y alarga una mano para acariciar la cabeza del niño; lo detiene la voz ahogada y furiosa de Sandra.

SANDRA: ¡No le toques!

FAUSTO (*Sorprendido*): ¿Por qué?

Fausto retira la mano, cohibido, mientras Sandra, vencida por la angustia, se vuelve del otro lado sollozando quedamente. Durante un instante, Fausto espera que cese en su llanto, pero por fin tiene que adoptar una actitud.

FAUSTO (*Con tono asombrado*): Bueno, ¿y ahora qué haces? ¿Lloras?

Sandra, mordiéndose los labios para frenar sus lágrimas, suplica desesperada.

SANDRA: ¡Vete de aquí! ¡Vete!... ¡Vete de aquí!... Fausto se sienta en la cama, se inclina sobre su mujer y esboza una caricia en el hombro de ella, con un tono que trata de ser acongojado y sorprendido.

FAUSTO: ¡Sandrina! Oye, Sandra... Mira que despiertas al niño... Sandra sigue sollozando y no contesta:

FAUSTO: Sandrina... No hay respuesta.

(*Con lotto dolorido, pero decidido*): Dime, ¿qué te he hecho?

Un sollozo más fuerte responde a esta última pregunta. Un sollozo largo, desesperado, que sacude todo el cuerpo de Sandra y deja estupefacto a Fausto.

Habitación de Moraldo. Interior. Noche.

Moraldo, aún semivestido, está sentado en la cama. Después se levanta y se acerca a la pared divisoria de las dos habitaciones. Pálido y tenso, oye el llanto de Sandra.

FUNDIDO.

Habitación de Sandra y Fausto. Interior. Noche.

Dos horas después. A lo lejos canta un gallo. El cuarto está ahora iluminado por una debilísima luz que entra por las persianas cerradas.

Sandra, levantada sobre la almohada, con la cara agotada por el llanto, mira, inmóvil, a Fausto, que duerme. El joven está boca arriba, con los brazos desnudos sobre la cabeza. Una tranquila respiración hace alzarse su ancho pecho.

FUNDIDO.

Exterior calle casa de Sandra. Madrugada.

Se abre el portal de la casa de los Rubini. Sale furtivamente Sandra, llevando en brazos al niño, envuelto en una manta.

VOZ: Esa mañana Sandra salió de casa sin decir nada a nadie...

Sandra, tras echar un vistazo a la calle desierta, camina pegada a la pared. Junto a la acera, un barrendero está barriendo la calle, aterido. Sandra desaparece por la esquina de la calle.

... y a mediodía aún no había regresado.

Exterior plaza fuente. Día.

Como vistos desde el coche que se acerca, Fausto y Leopoldo, que esperan ante la fuente de la plaza.

LEOPOLDO: Ahí está Riccardo con el coche de papá. El coche llega hasta la fuente y se para.

LEOPOLDO: Hola, Riccardo, ¿Qué hay, Alberto? (*Saludos*)

LEOPOLDO: Ven, Fausto. Sube.

Interior coche. Día.

El coche se para. Leopoldo y Fausto se acercan y suben a él. Fausto tiene una expresión tensa y preocupada, aunque se esfuerce por disimularla. Alberto le hace sitio a su lado.

RICCARDO (*A Fausto*) : Moraldo ha ido a ver a la Rossi, la maestra de Sandra... en la escuela... Quién sabe, a lo mejor puede haber ido allá...

El coche se pone en marcha.

LEOPOLDO: Sí, tiene razón, Fausto. También yo creo que puede estar allí.

RICCARDO (*Conduciendo el coche*): Entonces, ¿vamos primero a la escuela y después a ver a la nodriza?

LEOPOLDO: Sí.

RICCARDO: ¿A cuántos kilómetros vive la nodriza? Porque... la gasolina...

El coche sigue andando. Fausto mira en tensión, hacia la calle. Alberto, que lo está escrutando hace un rato, se decide a preguntarle.

ALBERTO (*A Fausto*): Fausto..., ¿qué ha ocurrido? Os peleasteis, ¿eh?

Fausto no contesta.

FAUSTO: Ahí está Moraldo.

Como visto desde el coche en marcha, Moraldo está parado ante el portal de un viejo edificio medieval. A su lado está una señora anciana, vestida de negro, con un abrigo sobre los hombros.

El coche se detiene ante ambos.

RICCARDO: ¿Qué?

MORALDO (*Serio y tenso*): Nada. No la ha visto.

Los cuatro amigos, que ya preveían su respuesta, quedan en silencio.

La maestra mira al soslayo dentro del coche, para ver a Fausto.

FAUSTO: Sube, vamos a ver a la nodriza.

Moraldo evita la mirada de Fausto.

MORALDO: id vosotros... Yo buscaré por mi cuenta.

Y se aleja sin esperar respuesta.

La maestra pregunta, ansiosa.

MAESTRA: Pero..., ¿qué ha ocurrido?

FAUSTO: Nada, señora.

Y cierra la portezuela.

RICCARDO (*Llamando*): ¡Moraldo! ¡Moraldo!

FAUSTO (*Duro*): ¡Déjalo que se vaya! ¡Vamos, en marcha!

El coche echa a andar. Hay un largo silencio. Después Alberto, tratando de mantener un aire grave, se dirige a Leopoldo.

ALBERTO (*En voz baja*): Oye, Leopoldo. Y si antes de salir de la ciudad...

LEOPOLDO: ¿Qué?

ALBERTO: Y si comiéramos algo antes de salir de la ciudad.

Leopoldo, para evitar lo que le parece una metedura de pata.

LEOPOLDO: No..., después. Tengo el presentimiento de que la encontraremos con la nodriza, ¿sabes, Fausto? Es normal que vaya junto a la nodriza... Ha ido a enseñarle el niño, ¡eso es!

ALBERTO: ¡Claro que sí! También yo estoy seguro. Ha ido a enseñarle el niño. (*Tras una pausa, a Fausto*) ¿Tú no has comido nada antes de salir de casa? ¿Nada?

FAUSTO (*Preocupado*): No, no tengo hambre.

ALBERTO: Un bocadillo...

FAUSTO: ¡No tengo hambre!

ALBERTO: ¡Nada!

El coche prosigue hacia el campo.

[Exterior campiña. Día.

Es un hermoso día de finales de invierno. El coche se para ante una pequeña casa de aparceros.

ALBERTO (*Grita, asomándose*): ¡Eh!

A unos treinta metros, un hombre que está trabajando en un campo alza la cabeza.

< ¿Dónde está el Casaletto?

HOMBRE (*Gritando*): ¡Detrás de la colina!

ALBERTO (*Gritando*): ¡Gracias! (*Una pausa.*) ¿Tiene un vaso de leche?

HOMBRE (*Gritando*): No, ya se la llevaron toda. (*Pausa*) ¡Hay vino!

Alberto vacila, luego hace un ademán negativo, mira a su alrededor, aspira voluptuosamente el aire. El coche se pone en marcha.

Interior coche. Día.

Alberto retira la cabeza. Se vuelve a Fausto y a Leopoldo.

ALBERTO: La verdad es que el campo es bonito, eh...

LEOPOLDO: Sí, el campo... es único. Aquí quiero acabar yo...

ALBERTO (*Con una broma pesada*): Y sí que acabarás... con un sachó...

Leopoldo acepta la broma, sonrío y chupa su cigarrillo.

RICCARDO: Yo, en cambio, odio el campo. Nueva York..., Londres... e incluso Bolonia...

FAUSTO (*Serio*): ¿No puedes ir un poco más de prisa?

El coche acelera la marcha.

FUNDIDO.]

Una encrucijada en el campo. Día.

El automóvil avanza hacia la cámara. Se detiene. Alberto y Riccardo bajan.

RICCARDO: ¿Hacia dónde hay que tirar?

ALBERTO (*indicando hacia fuera de campo*): Debe estar por ahí; espera, que preguntamos.

También Leopoldo baja y se oculta tras un grueso árbol, *evidentemente* para orinar.

También Fausto ha bajado y echa a andar lentamente por una de las dos carreteras.

Alberto coge un terrón del borde de la cuneta y lo lanza con fuerza hacia el árbol tras el que se esconde Leopoldo; después finge contemplar el paisaje.

Tras el árbol aparece la figura desconcertada de Leopoldo.

LEOPOLDO: ¡Vaya broma! ¿Y si me dabas?

ALBERTO (*Haciéndose el sueco*): ¿A mí qué me cuentas? ¿Es que he sido yo? (*Señala a Riccardo*)

El silencio del campo es delicioso. Un pajarito canta en las ramas de un árbol.

(CANTO DE PÁJARO.)

RICCARDO (*Escuchándolo*): ¡Chist! ¡Callaos! (*Pausa*) ¡Mira un jilguero!

Alberto escucha el canto del pájaro y luego dice:

ALBERTO (*Escucha, después sacude la cabeza*): ¡Qué jilguero ni que ocho cuartos! ¡Es un petirrojo!

RICCARDO: ¿Cómo, un petirrojo?... El petirrojo hace: (*Silba*)

ALBERTO: ¿Cómo hace el petirrojo?

Riccardo repite su silbido.

ALBERTO: El petirrojo hace: (*E imita el canto del petirrojo.*)

Riccardo se encoge de hombros nerviosamente; después, advirtiendo que Fausto ha desaparecido, llama:

RICCARDO: ¡Fausto!

Campiña. Exterior. Día.

Fausto corre, a lo lejos, por un sendero del campo.

Exterior casa aparceros. Día.

Una casa de aparceros con una tejavana, donde se resguardan un carro campesino, aperos y una vieja bicicleta.

Fausto entra corriendo por la puerta y desaparece.

VOZ: Pero tampoco la nodriza había visto a Sandra.

Tras unos segundos, Fausto reaparece trastornado en el umbral de la puerta y avanza hacia la era, seguido por una campesina que se enjuga los ojos con el delantal.

VOZ: Fausto empezó a tener miedo.

Por el sendero que lleva a la carretera llegan a buen paso Riccardo, Leopoldo y Alberto. Por la actitud de Fausto comprenden que Sandra no está allí.

La nodriza, que da vueltas quejándose en torno a Fausto, dice a intervalos:

NODRIZA: ¡Pobre niña mía!... ¡Pobre Sandra!... ¡Ayúdala, Virgencita!

FAUSTO (*A Riccardo*): Regresemos.

RICCARDO (*Desolado*): El coche no anda. No pasa la gasolina..., hay que desmontar el carburador.

Fausto se vuelve vivamente hacia la tejavana y ve la bicicleta apoyada en la pared.

FAUSTO (*Decidido, a la nodriza*): ¿Puedo llevarme la bicicleta?

Y la coge. Mientras la nodriza, siempre siguiendo a Fausto, dice su frase, Riccardo trata de convencer a Fausto de que espere.

NODRIZA: Sí, hijo, sí, cógela. Es de Cesare, pero hoy no la necesita. ¡Cuidado, no corras! ¿No quieres comer algo? Un poco de embutido... os hago una tortilla...

RICCARDO (*A Fausto*): Espera... Si llegaremos a tiempo...

FAUSTO (*Montando en bicicleta*): Déjame. Perdonadme. Empieza a pedalear, pero Alberto lo para.

ALBERTO (*Minimizando la situación*): ¡Oye, Fausto! Sandra está en casa. Sandra está en casa, apuesto lo que quieras a que ha vuelto.

FAUSTO (*Impaciente*): Vamos, déjame pasar.

ALBERTO: ¿Y ahora te ha entrado el miedo? ¡Haberlo pensado antes!

FAUSTO (*Apartando a Alberto de mala manera y empezando a pedalear*): Déjame pasar, cretino. Acuérdate de tu hermana, que nunca volvió.

Alberto grita a sus espaldas.

ALBERTO: Mira éste... ¡Cobarde, cerdo!... ¡Asqueroso!

Pedaleando velozmente, Fausto desaparece al final del sendero.

Riccardo trata de calmar a Alberto.

RICCARDO: Vamos, Alberto, ven aquí.

Riccardo se acerca a la nodriza.

< ¿Qué decía antes de una tortillita?

NODRIZA: Sí.

RICCARDO: ¿Con algo de cerdo?

NODRIZA: Sí.

Riccardo se dirige a Alberto, que continúa haciéndose el ofendido.

RICCARDO: ¡Albertone!

ALBERTO: ¡Déjame en paz!

RICCARDO: ¡Hay cerdo!

ALBERTO (*Interesado*): ¿Cerdo?

RICCARDO: Sí.

Todos se dirigen a la casa de la nodriza.

Calle casa Rubini. Día.

Llega Fausto en bicicleta, corriendo. Se detiene ante la verja, deja la bicicleta, que cae al suelo, y echa a correr por el caminito que lleva al portal. Desaparece por la puerta.

Vestíbulo de casa Rubini. Día.

La puerta de entrada está abierta. Fausto entra a la carrera, buscando a alguien con los ojos. La casa parece desierta. Sube corriendo las escaleras, mientras llama:

FAUSTO: ¡Sandra!

Dormitorio de Fausto y Sandra. Día.

En la habitación, la cama matrimonial y la cuna del niño están deshechas. La criada está sentada en la cama, llorosa.

Fausto entra jadeante, deshecho, y pregunta:

FAUSTO (*Rápido, desesperado*): ¿Cómo? ¿No hay nadie?

CRIADA (*Llorando*): Han ido a la comisaría... La están buscando en el mar.

FAUSTO (*Espantado*): ¿En el mar? ¿Por qué en el mar? ¿Por qué en el mar, eh?

CRIADA (*Llorando*): ¿Y yo qué sé?

Fausto se dirige a la carrera hacia la puerta de entrada.

La criada, sin dejar de llorar, le pregunta:

CRIADA: ¿Qué tengo que hacer? ¿Preparo la comida? Fausto, trastornado, sale sin responder.

Paseo marítimo. Día.

Fausto camina lentamente con la bicicleta en la mano, escrutando el mar, acobardado.

Se para junto a un aguaducho, mirando a su alrededor. Ante una mesa del bar se sienta la señora del cine, que lo llama, invitadora.

SEÑORA DEL CINE: ¡Eh, usted! (*Después, coqueta*) ¿Ve como nos hemos encontrado?

Fausto la mira pasmado.

FAUSTO (*Confuso*): ¿Qué?

SEÑORA DEL CINE: Oh, pero, ¿qué ha hecho? ¿Va de paseo con esa cara tan larga? ¡El destino! ¿A dónde va tan corriendo? ¿Al cine?

FAUSTO (*Murmura*): No.

SEÑORA (*Con intención*): Yo me voy a casa... ¿Quiere ser caballeroso? (*Señalando un paquete*) ¿Me lleva este paquete? Fausto mira a la mujer aún pasmado, después balbucea.

FAUSTO: No, discúlpeme. No, señora. No puedo, tengo que irme...

Se vuelve y se aleja empujando la bicicleta.

Playa. Día.

La extensión de la playa, con las casetas y el muelle al fondo. Fausto mira, con la esperanza de ver a alguien, pero la playa está desierta. Sólo una fila de pequeños seminaristas corren por la orilla, acompañados por dos curas.

Fausto vuelve sobre sus pasos, cada vez más desalentado y desesperado.

FUNDIDO.

Calle casa Rubini. Día.

Fausto llega en bicicleta, baja, lleva la bicicleta al sendero del jardín. En el portal se encuentra con Moraldo. Los dos se miran larga y fijamente. Fausto está trastornado, no se atreve a preguntar; por fin se decide.

FAUSTO (*A media voz*): ¿Ha... ha vuelto?

Moraldo hace un ademán negativo e indica que quiere salir. Fausto se apoya en el portón.

FAUSTO (*A media voz*): Si no vuelve me mato...

Moraldo le lanza una mirada de desprecio. Después tiene una risa sarcástica.

MORALDO: ¿Tú? Tú no te matas, Eres un cobarde...

Aparta a Fausto con gesto decidido y echa a andar hacia la verja.

[Exterior iglesita. Crepúsculo.

La puerta de la iglesita está cerrada.

Fausto se acerca a la puerta, la empuja para entrar, pero no se abre. Mira hacia arriba, automáticamente, como esperando que alguien le tire la llave.

Una vieja se para.

VIEJA: Está cerrada...

La vieja se aleja.

Calle tienda artículos religiosos. Crepúsculo.

Fausto camina como un borracho. Pasa ante el escaparate de la tienda de don Michele.

Fausto lo mira inmóvil, después empuja la puerta de cristales y entra.

Don Michele, sorprendido, se pone en pie, quedándose inmóvil en su sitio.

En la tienda no hay nadie.

Fausto avanza hacia don Michele y en cuanto está a su lado, dice:

FAUSTO: Don Michele...

Quisiera añadir algo. Un sollozo repentino y violento le destroza el pecho. Inclina la cabeza y comienza a llorar.

DON MICHELE: ¿Qué pasa?

FAUSTO (*Entre sollozos*): No encontramos a Sandrina.

Transparencia: carretera rural. Crepúsculo.

En el coche, Riccardo, Leopoldo y Alberto, excitados y alegres, aturcidos por el sol y el vino, regresan a la ciudad. Alberto está de pie, asomado por la capota del coche.

Unos obreros, cavadores y empedradores, están arreglando la carretera. Alberto, al pasar, los llama:

ALBERTO (*Grita*): ¡Trabajadores! ¡Tomad ésta! Y les lanza una pedorreta.

Los obreros dejan inmediatamente de trabajar, sorprendidos, y barbotan unas palabras indignadas. Desde fuera de campo sigue llegando la voz de Alberto...

ALBERTO (*Off*): ¡Trabajadores de la porra!

Los obreros miran hacia el coche, que ya ha recorrido unos cien metros.

Interior coche. Transparencia: carretera rural. Crepúsculo.

LEOPOLDO Y ALBERTO (*Cantan*).

El coche avanza a tirones y después se para. Riccardo parece preocupado.

RICCARDO: ¡Maldito coche!

ALBERTO (*Preocupado*): ¿Qué ocurre? ¿Te paras? Alberto mira hacia atrás.

RICCARDO: Baja, abre el capot.

ALBERTO: ¡Haz algo!

RICCARDO: ¿Qué quieres que haga?

Alberto baja de un salto, va a abrir el capot, se vuelve a mirar...

... hacia el grupo de obreros que ha quedado inmóvil, viendo lo que ocurre, si el coche se pone en marcha o no.

Alberto se impacienta.

Alberto, en vez de abrir el capot, retrocede dos pasos.

ALBERTO (*Grita*): ¡Vienen!

Y Alberto escapa, desviándose, tras unos pasos, campo a través.

Como despertada por su grito, la cuadrilla de obreros ha empezado a correr.

Cada uno lleva consigo una herramienta. Gritan como indios.

OBREROS (*Gritan*).

Riccardo se vuelve, salta también del coche y se lanza en seguimiento de Alberto.

Leopoldo, que sólo ahora se da cuenta de lo que está ocurriendo, en vez de saltar del coche baja de él abriendo la portezuela. Los obreros más jóvenes están llegando. Leopoldo querría escapar, pero comprende que lo cogerían y antes de que los obreros lleguen señala a Riccardo y Alberto, que escapan campo a través, y grita:

LEOPOLDO: Allá van ... ¡Han escapado por allí! Dos obreros lo aferran y lo sacuden.

OBRERO: ¡Hazla ahora, eh, la pedorreta!

LEOPOLDO (*Asustado*) : Jamás me permitiría semejante cosa. Yo... yo no tengo nada que ver... (*Y esboza una cobarde sonrisa*) Soy socialista...

Leopoldo consigue escapar, perseguido por las patadas de uno de los obreros.

OBREROS (*Gritan mientras se alejan*).

Otros obreros emprenden la persecución de Riccardo y Alberto.

Calle casa de Fausto. Exterior. Noche.

Ante la puerta abierta de la casa de Fausto está su hermanita, que mira a derecha e izquierda, como si esperase a alguien. Ahora su mirada se hace más atenta, se le ilumina la cara y corre hacia...

... Fausto y don Michele que avanzan desde el final de la calle. Fausto está hecho un despojo, arrastra las piernas mientras sigue cansadamente a don Michele.

HERMANITA (*llamando*): ¡Fausto! ¿Buscas a Sandra? ¡Está aquí, con nosotros! ¡Ven!

Una trémula sonrisa aparece en el rostro de Fausto, que lanza una pasmada mirada a don Michele y después, de golpe, echa a correr hacia la casa. Se mete por la puerta y entra en el comedor, gritando.

FAUSTO: ¡Sandra!

Interior comedor casa de Fausto. Noche.

Sandra está sentada al fondo del cuarto, con el niño en brazos. Está pálida y tiene los ojos hinchados por el llanto.

Fausto se queda un momento inmóvil en el umbral, está a punto de lanzarse sobre ellos con una sonrisa emocionada, pero su padre le corta el camino.

FAUSTO: ¡Sandrina!

PADRE: ¡Quédate ahí! (*A Sandra*) Sandra, hazme un favor. Vete allá con el niño.

El padre acompaña a Sandra, reacia, al otro cuarto, y la deja allí con la hermana de Fausto.

HERMANITA FAUSTO (*Implorante*): Papá, ¡déjame quedar!

Cierra con calma la puerta y después se quita la chaqueta, mientras Fausto murmura.

FAUSTO (*Cobardemente*) : ¡Papá, si supieras qué día he pasado!

El padre no responde.

Se quita el cinturón de los pantalones y se aproxima a Fausto, que lo mira perplejo y retrocede.

FAUSTO (*Con la voz cargada de llanto*): Pero, papá, ¿qué va a hacer?

El padre se le echa encima blandiendo el cinturón.

En la habitación de al lado, Sandra, don Michele y la hermanita oyen los gritos implorantes de Fausto ante los golpes. Sandrina está espantada.

SANDRINA: ¡Dios mío! ¿No oye usted?

DON MICHELE (*Mintiendo*): No, no oigo nada.

SANDRA: ¡Le está pegando! ¡Déjeme pasar! ¡Déjeme pasar!

DON MICHELE: No, discuten entre sí. Quizá estén un poco acalorados, pero son cosas de hombres. Sandra continúa hablando excitada, mientras don Michele la contiene. Fausto aparece un momento en el umbral, intentando escapar, pero don Michele lo empuja decidido hacia dentro y vuelve a cerrar.

El padre empieza de nuevo a golpear a Fausto, que en vano trata de defenderse, suplicándole.

FAUSTO: ¡No, papá, no!

Sandra está cada vez más preocupada y asustada por los aullidos de Fausto.

La hermanita ríe divertida ante aquel alboroto.

Fausto ha agarrado una silla y la emplea para protegerse de los golpes de su padre. Pero éste se la quita de la mano y continúa castigándolo.

FAUSTO: ¡Papá, por favor, no!

Don Michele, visiblemente satisfecho por la lección que está recibiendo Fausto, sigue disuadiendo a Sandra de acudir en defensa de su marido.

SANDRA: Pero, ¡lo está matando!

DON MICHELE: No, no le hace daño... Más aún... creo que, al contrario... *(Al niño que llora)* ¡Oh, pobrecito!...

Sandra no aguanta más y entrega el niño a don Michele.

SANDRA: Oiga, por favor, téngame un momento al niño.

Entra por la puerta y acude gritando junto a su suegro que, inclinado sobre Fausto, sigue dándole golpes. Lo coge de un brazo y lo separa. Después se sienta junto al marido. Los dos se abrazan.

SANDRA *(Gritando)*: Basta, papá. Basta, basta...

El padre de Fausto, jadeante y atontado, va hacia don Michele, quien ha aparecido en el umbral con el niño en brazos y se presenta como si nada hubiera ocurrido.

DON MICHELE: ¡Con su permiso! Me llamo Michele Conti. *(Después, mirando de soslayo a Fausto y Sandra)* Mucho gusto...

Fausto y Sandra, sentados en el sofá, se abrazan mezclando sus lágrimas.

FAUSTO *(Llorando)*: ¡Me has metido un miedo!

SANDRA: ¿Te ha hecho daño, Fausto?

FAUSTO: No, no..., ¿cómo estás?

FUNDIDO.

Calle casa de Fausto. Exterior. Noche.

La puerta de la casa de Fausto se abre y salen Fausto, que lleva en brazos al niño, y Sandra.

En la puerta, el padre y la hermanita los despiden.

Sandra y Fausto se alejan por la calle, volviéndose de vez en cuando a saludar.

Fausto tiene un ojo negro y un esparadrapo en la mejilla.

FAUSTO: ¡Me has hecho sentirme tan mal, Sandra! ¡No lo volveré a hacer!

SANDRA (*Severa*): ¿Y tú? Si me haces enfadar otra vez... haré lo que tu padre... ¡Y aún más fuerte!

Fausto se para y le sonríe. Por primera vez ve a Sandra bajo una nueva luz. Ya no es la muchachita que lo aguantaba todo, sometida y humilde, desempeñando el papel de una infeliz.

SANDRA (*Decidida*): ¡Te mataré a palos! Fausto la mira de nuevo.

FAUSTO (*Sonriendo*); ¡Así me gusta! Dame al niño.

(Coge al niño en brazos.)

Mira a Mirella en la ventana.

<Adiós Mirella, adiós.

SANDRA: Adiós, Mirella.

Fausto y Sandra echan a andar por la calle.

VOZ: La historia de Fausto y Sandra acaba aquí, por ahora. Y la de Leopoldo, Alberto, Riccardo, la de todos nosotros, se la pueden imaginar. Hablábamos siempre de marcharnos, pero sólo uno, sin decir nada a nadie, partió de verdad una mañana.

FUNDIDO.

Marquesina estación. Madrugada.

(SUENA LA CAMPANA QUE ANUNCIA LA LLEGADA DE UN TREN.)

Moraldo está parado en el andén de la estación, con la maleta en la mano, las solapas del abrigo levantadas, sin sombrero.

(LA CAMPANA DEJA DE SONAR.)

Un silencio repentino. Moraldo se vuelve hacia el fondo de las vías, por donde vemos avanzar, rápido y silencioso, el tren.

El tren entra resoplando en la estación y se detiene. Moraldo abre un departamento de tercera clase y va a subir. En ese mismo instante oye que lo llaman.

VOZ PEQUEÑO FERROVIARIO: ¡Moraldo! ¡Moraldo! ¡Moraldo!

Se vuelve y ve de pie a su lado, con la carita avispada bajo la visera abollada, al pequeño ferroviario, que lo contempla con sorpresa.

(SILBIDO DEL TREN.)

MUCHACHO: ¿A dónde vas? ¿Te marchas?

MORALDO: Sí, me marchó, Guido.

MUCHACHO: ¿Y a dónde vas?

MORALDO (*Evasivo*): No lo sé. Me marchó. No lo sé.

Moraldo sube al tren. El jefe de tren, avanzando, cierra las puertas y grita:

JEFE DE ESTACIÓN: ¡Viajeros al tren! ¡Viajeros al tren!

El muchacho se queda bajo la portezuela cerrada, con una sonrisa de incredulidad en su cara de geniecillo.

Moraldo se ha asomado a la ventanilla. El tren se pone en marcha. El chico sigue al tren, como fascinado por Moraldo.

MUCHACHO: Entonces, ¿qué vas a hacer?

MORALDO: ¡No lo sé! Tengo que irme. Me marchó.

MUCHACHO: Pero, ¿no estabas bien aquí?

Moraldo no contesta.

< ¡Adiós, Moraldo! ¡Adiós, adiós!

MORALDO (*Conmovido*): ¡Adiós, Guido!

MUCHACHO (*Desde lejos*): ¡Adiooos!

El muchacho se detiene y esboza un saludo, con una sonrisa insegura. La marcha del tren se hace más veloz.

Exterior vía férrea. Madrugada.

Asomado a la ventanilla, Moraldo mira las marquesinas que parecen desfilas ante él, el puente de hierro por el que el tren pasa retumbando, las casas de la ciudad, blancas y silenciosas en la incierta luz del alba.

En el rostro de Moraldo está impresa una sombra de gran melancolía.

En cuatro rápidos encuadres, montados unos sobre otros, aparecen durmiendo en sus respectivas camas...

Interior habitación Leopoldo. Madrugada.

Leopoldo duerme con un libro sobre la almohada. La lámpara de la mesa de noche está aún encendida.

(RUIDO DEL TREN.)

Interior habitación Riccardo. Madrugada.

Riccardo duerme abrazado a la almohada.

(RUIDO DEL TREN.)

Interior habitación Alberto. Madrugada.

Alberto ronca profundamente en la cama.

(RUIDO DEL TREN.)

Interior habitación Sandra y Fausto. Madrugada.

Sandra y Fausto duermen. Entre ellos, el niño.

(RUIDO DEL TREN.)

Exterior vía férrea. Madrugada.

Vista desde el tren en marcha, la última casa de la ciudad se aleja entre la luz creciente de la mañana. Moraldo se asoma por última vez, sacando la mano en un vago saludo.

Marquesina estación. Madrugada.

El tren está desapareciendo en el horizonte. El pequeño ferroviario da media vuelta con una pirueta y, silbando alegremente, recoge su farol y sube brincando a una vía, haciendo el equilibrista.

TÍTULOS DE CRÉDITO

«I VITELLONI»

Una Coproducción italo-francesa

PEG FILMS-CITÈ FILMS

Argumento de

FEDERICO FELLINI

ENNIO FLATANO

TULLIO PINELLI

Guión de

FEDERICO FELLINI

ENNIO FLAIANO

Los Tarambanas

FRANCO INTERLENGHI: Moraldo

ALBERTO SORDI: Alberto

FRANCO FABRIZI: Fausto

LEOPOLDO TRIESTE: Leopoldo

RICCARDO FELLINI: Riccardo

Los Parientes de los Tarambanas

ELEONORA RUFFO: Sandra

JEAN BROCHARD: Padre de Fausto

CLAUDE FARREL: Hermana de Alberto

CARLO ROMANO: Don Michele

ENRICO VIARISIO: Padre de Sandra

PAOLA BORBONI: Madre de Sandra

Las Mujeres de los Tarambanas
LIDA BAAROVA: Mujer de don Michele
ARLETTE SAUVAGE: Señora del Cine
VIRA SILENTI: Chinita
MAJA NIPORA: Vedette

Otros intérpretes
ACHILLE MAJERONI
GUIDO MARTUFI
SILVIO BAGOLINI
MILVIA CHIANELLI

Director de Producción
LUIGI GIACOSI
Inspector de producción
DANILLO FALLANI
Secretario de producción
UGO BENVENUTI

Operadores
OTELLO MARTELLI
LUCIANO TRASATTI
CARLO CARLINI

Segundos operadores
ROBERTO GIRARDI
FRANCO VILLA

Montaje
ROLANDO BENEDETTI

Música original de
NINO ROTA
dirigida por el Maestro
FRANCO FERRARA

León de Plata en el XIV Festival Cinematográfico Internacional de
Venecia

La Strada

PRIMERA PARTE

Secuencia I.

ZAMPANO COMPRA POR UNAS DIEZ MIL LIRAS UNA CHICA ALGO LOCA QUE SE LLAMA GELSOMINA, Y SE MARCHA CON ELLA DE NOCHE.

Exterior playa y landa. Día.

Al fondo de una landa desierta, que bordea una larguísima playa orlada de espumas blancas, se distingue una figurilla femenina que avanza entre las matas bajas trayendo algo. Voces de niñas que gritan un nombre.

VOCES DE NIÑAS: ¡Gelsomina!... ¡Gelsomina!...

Cuatro chiquillas entre seis y ocho años, descalzas, vestidas de harapos, se dirigen corriendo hacia la muchacha que avanza desde el fondo, mientras continúan llamándola.

NIÑAS: ¡Gelsomina!... ¡Gelsomina!...

La muchacha que avanza está, como las niñas, descalza y vestida de harapos. Su rostro inestable tiene una extraña expresión, entre grave y atolondrada.

Trae bajo el brazo una leña que ha recogido; las voces de las niñas no la inducen a apretar el paso. Parece que no les hace caso. Dos de las niñas se

reúnen con ella, corriendo. Ambas jadean, están muy excitadas. Dicen:

NIÑAS: Dice madre que vayas en seguida... Ha venido un hombre... Dice que vayas en seguida...

Gelsomina escucha con repentina curiosidad.

GELSOMINA: ¿Quién es?...

NIÑA PEQUEÑA: Un hombre, gordo, alto...

NIÑA MAYOR: Dice que Rosa ha muerto...

Gelsomina echa a correr.

FUNDIDO ENCADENADO.

Exterior chabola Gelsomina. Día.

Gelsomina, con sus dos hermanitas, llega corriendo a su casa. La casa de Gelsomina es una chabola de tablas, alineada con otras muchas similares en la fila de dunas que limitan una larguísima playa semidesierta. Ante la chabola, en una especie de terracilla formada con recipientes de hojalata, están: la madre de Gelsomina, un hombre alto, macizo, pesado, que viste una chaqueta de cuero, y las otras hermanas de Gelsomina, cuatro niñas de cinco a doce años.

La madre, que lleva en brazos un niño, es una mujer agotada por la miseria, descomedia y patéticamente quejumbrosa. En cuanto ve a Gelsomina la llama.

MADRE: ¡Gelsomina!...

MADRE: ¿Te acuerdas de Zampanò, que se llevó a Rosa?... (*Después, de inmediato, llorando*) ¡Pobre hija mía!... ¡Ni siquiera veré nunca donde la enterraron!...

(*De nuevo a Gelsomina*) Murió..., pobrecita..., murió... ¡Era tan guapa, tan lista..., sabía hacer de todo!... ¡De todo!...

Dirigiéndose a Zampanò.

MADRE: Ya ve, Zampanò, cómo se le parece esta otra hija mía... Esta es Gelsomina. ¡Ay, qué desgraciados somos!... Yo, Zampanò, ya se lo he dicho, ésta no es como la Rosa. Esta, pobrecilla, es tan buena..., hacer sí que hace..., lo que uno le dice, pero es un poco rara... Pero, si come todos los días, se le arregla la cabeza... ¿Quieres irte con Zampanò? (*Dirigiéndose a Gelsomina.*) ¿En el puesto de Rosa? Te enseñará un oficio..., ganarás algo tú también y aquí en casa habrá una boca menos...

Empieza a abrazar y besar a Gelsomina, con un impulso de sincera y amarga —aunque siempre descomedida— aflicción.

MADRE: ¿Qué, Gelsomina? Zampanò es bueno, ¿sabes? Te tratará bien, te llevará por el mundo, cantarás, bailarás, y, ¡además, mira qué me ha dado, Gelsomina! ¡Me ha dado diez mil liras! Mira, las tengo aquí... ¡Diez mil liras! Tengo que arreglar el techo, y estas criaturas ya comen lo suyo... Pero, ¿por qué nos dejó vuestro padre? ¡Mi Gelsomina! Ya eres mayorcita, y aunque no has trabajado nunca, no es culpa tuya, pobrecita, si no eres como las otras chicas... ¿No quieres ayudar un poco a tu madre? Usted le enseñará un oficio, ¿verdad, Zampanò?

Gelsomina, que ha escuchado atentamente, con los ojos llenos de lágrimas por la muerte de su hermana, tiene ahora un leve estremecimiento; alza los ojos estupefacta, turbada, hacia su madre, y después mira a Zampanò.

Gelsomina sigue callada, turbadísima.

Zampanò dice con una cordialidad puramente externa, de charlatán:

ZAMPANÒ: ¡Claro que sí! Hasta los perros aprenden conmigo...

Saca dinero del bolsillo, lo tiende a una de las niñas con la actitud y el tono de un grandioso histrión.

ZAMPANÒ: Eh, niñas, ir a comprar un kilo de embutido, medio quilo de queso y dos botellas de vino. Yo soy así, generoso... Vamos, tened, ir a buscarlo.

Pero Gelsomina, que hasta ese momento ha permanecido en silencio, turbada, con los ojos bajos, se vuelve ahora hacia la playa y se aleja sin decir ni media palabra. Su madre la llama, alarmada y quejumbrosa.

MADRE: ¡Gelsomina!... ¿Por qué te portas así? Ven acá...

Gelsomina no responde.

Se dobla sobre sí misma, acurrucándose sobre los talones y se queda así, con la mirada perdida en las olas. De nuevo se oye la voz de su madre, que la llama.

VOZ MADRE (*Off*): ¡Gelsomina! ...

Gelsomina no da muestras de contestar. Su rostro inestable pasa con rapidez de una llorosa angustia a una breve risita infantil; después vuelve a ensombrecerse...

FUNDIDO ENCADENADO.

Exterior chabola Gelsomina. Día.

Gelsomina, seguida por sus hermanitas y su madre, echa a andar rápidamente hacia el motocarro de Zampanò. Una mujer se cruza con ella y le pregunta:

MUJER: ¿Te vas, Gelsomina?

GELSOMINA (*Con desentonada petulancia*): Me marchó. Me voy.

MUJER: ¿Y a dónde vas?

Gelsomina, con la euforia de la inconsciencia, responde:

GELSOMINA: Me voy por ahí, a trabajar. Voy a trabajar. Aprendo un oficio, luego mando dinero a casa... Trabaja en las plazas, es artista. También yo seré artista, tocaré, cantaré... Me voy a trabajar también yo, como Rosa... (*Se interrumpe bruscamente, como si el nombre de Rosa la hubiera devuelto a la realidad; se entristece*).

MUJER: ¿Y cuándo vuelves?

Gelsomina no contesta en seguida, desconcertada; repentinamente asustada, se vuelve a mirar a su madre.

GELSOMINA (*Desconcertada*): ¿Cuándo vuelvo?...

Se queda callada un instante; después echa a correr hacia la motocicleta, alocadamente, como huyendo del temor y del llanto. Su madre le grita, lastimera, repentinamente angustiada;

MADRE: ¡No te vayas!... ¡Hija mía, no te vayas!...

Alcanza a Gelsomina y empieza a besarla y estrecharla contra sí, de modo exagerado, desmesurado, quejándose y llorando. Después Gelsomina se inclina para abrazar a sus hermanas.

MADRE: ¡No quiero que te vayas!... ¡Pobre criatura!... ¡Hijita mía!...

Zampanò, junto al motocarro, se dispone a ponerse en marcha y grita a Gelsomina y a su madre, para apresurar la despedida:

ZAMPANÒ: ¡Ya dije que volveremos pronto! Gelsomina echa a correr hacia Zampanò. La madre y las hermanitas corren tras ella, despidiéndola. Gelsomina se detiene, se vuelve hacia ellas y con una actitud bufonesca hace un saludo militar.

GELSOMINA: ¡En marcha!

MADRE (*Agitando una bufanda*): Tus cosas. Gelsomina, tu bufanda, tu bufanda...

Zampanò ya ha puesto en marcha el motor e invita bruscamente a Gelsomina a subir al motocarro.

ZAMPANÒ: ¡Monta!

Gelsomina tiene un instante de desfallecimiento; después sube rápidamente al motocarro. La madre, cada vez más angustiada, grita:

MADRE: ¡Hija mía! ¡Pobre hija mía!

El vehículo enfila a bastante velocidad la larga carretera desierta, seguido durante un breve trecho por las hermanitas de Gelsomina, que continúan despidiéndola. Gelsomina les responde agitando la mano por la abertura trasera del motocarro; después, con los ojos llenos de lágrimas y una gran tristeza, baja lentamente el toldo.

FUNDIDO.

Exterior carretera costera. Día.

La motocicleta avanza a buena marcha, dejando atrás las últimas barracas que bordean la carretera.

Secuencia II.

DESPERTAR DE GELSOMINA. EL TRABAJO DE ZAMPANÒ. ZAMPANÒ, «MAESTRO DE GELSOMINA». CAE LA NOCHE. GELSOMINA ES LA MUJER DE ZAMPANÒ.

[Exterior café carretera nacional. Día, efecto alba.

Comienza a despuntar el día. El motocarro de Zampanò llega a un pequeño café de camioneros y se detiene junto a una fuente pública. Dos o tres camiones están parados en la explanada frontera al café, cuyo cierre metálico está sólo abierto a medias.

Zampanò desmonta gravemente de la motocicleta. Se quita despacio la gruesa bufanda de lana que le tapa hasta la nariz; se acerca a la fuente, se inclina, bebe, se lava la cara resoplando fuerte. Se yergue, secándose con el pañuelo; parece como si se hubiera olvidado de Gelsomina. Mira hacia el

café, hace ademán de dirigirse hacia él; después se acuerda de Gelsomina y siente curiosidad.

Se acerca a la parte trasera del vehículo y mira al interior.

Interior motocarro. Día, efecto alba.

Semienterrada entre los harapos, con el pelo enmarañado como un gato, Gelsomina lo está mirando con los ojos entornados, cargados de sueño.

Exterior café carretera nacional. Día, efecto alba.

Zampanò la mira unos instantes en silencio. Después le dice secamente:

ZAMPANÒ: Ea, baja.

Gelsomina aparece en la abertura del motocarro y mira a su alrededor. Se le ha pasado la borrachera y con ella ha perdido la euforia e incluso el recuerdo concreto de lo ocurrido.

Está espantada, asustada.

Zampanò la apostrofa:

ZAMPANÒ: ¡Despiértate, eh!... ¿Te despiertas?...

La agarra por un brazo y la arrastra al suelo. La empuja hacia la fuente, con rudeza, pero a su modo pesadamente cordial, apenas algo impaciente.

Lávate la cara, que te sentará bien.

Gelsomina, tambaleándose, atontada, se está inclinando sobre la fuente cuando Zampanò le agarra la cabeza y se la empuja bajo el chorro, manteniéndola allí a la fuerza, aunque Gelsomina se debate y bracea, medio ahogada. Zampanò se ríe.

ZAMPANÒ: ¡Despierta!... ¡Así despertarás!

La suelta. Gelsomina está chorreando, jadea, tose. Zampanò tira la bufanda dentro del motocarro y le indica con un gesto que lo siga al café.

ZAMPANÒ: Ven, vamos.

Gelsomina se seca como puede; lo sigue tambaleándose, atontada, mecánicamente.

Zampanò entra en el café; ella se para en el umbral, con el salvaje temor de los perros perdidos.

Zampanò la llama desde dentro, algo impaciente.

VOZ ZAMPANÒ (*off*): ¡Camina! ¡Muévete!

Gelsomina entra.

Interior café. Día, efecto alba.

El interior del pequeño café está semioscuro. Hay algunos camioneros, unos obreros. En una de las mesas, un hombre duerme con la cabeza apoyada en los brazos. Los otros están de pie a lo largo del mostrador. Zampanò se dirige a la soñolienta muchacha que sirve a los clientes y dice con su consabido e instintivo tono, de charlatana grandiosidad y aparente cordialidad.

ZAMPANÒ: Dos cafés. Con aguardiente.

Y se apoya en el mostrador, mirando a su alrededor, sin ocuparse para nada de Gelsomina.

Gelsomina está sumamente desorientada y asustada. Mira a Zampanò, mira el insólito lugar.

Durante un momento sus ojos se encuentran, por casualidad, con los de Zampanò.

Le pregunta en voz baja:

GELSOMINA: ¿Dónde está este sitio?

Zampanò está distraído por las tazas que la muchacha empuja hacia él; coge una e indica con la barbilla la otra a Gelsomina, diciendo brevemente:

ZAMPANÒ: Cógela.

Empieza a sorber el café, mirando al vacío.

Gelsomina no se atreve a coger la taza; se arma de valor, toma el café en silencio.

Zampanò ya ha acabado; va a la caja, paga, se dirige contoneándose hacia la salida y hace un gesto con la mano a Gelsomina, casi sin volverse.

ZAMPANÒ: Vamos.

Gelsomina deja a toda prisa su taza y lo sigue. Zampanò sale.

Exterior café carretera nacional. Día, efecto alba.

Zampanò sale, seguido por Gelsomina; se dirige hacia el motocarro, buscando algo a su alrededor con la mirada. Se detiene junto a un camionero y le pregunta:

ZAMPANÒ: ¿Dónde está la gasolinera?

CAMIONERO: Más arriba. A cien metros.

Zampanò hace un gesto de despedida y va hacia el motocarro. Gelsomina lo sigue despacio, y se para a cierta distancia. Zampanò se vuelve hacia ella,

como esperándola. Gelsomina no se mueve: está angustiada, quiere decir algo y no se atreve. Por fin se decide.

GELSOMINA: Creo que me vuelvo.

Zampanò la mira en silencio. Gelsomina continúa:

GELSOMINA: No se moleste... vuelvo a pie...

Zampanò empieza a encolerizarse, pero aún está cordial. Se golpea la frente con la mano, como diciendo que Gelsomina está loca.

ZAMPANÒ: ¡Eh!... (*Después, breve, más agresivo*) Vamos, echa a andar.

Como Gelsomina se ha quedado inmóvil, Zampanò da un paso hacia ella; le da dos palmadas en el trasero, diciéndole, más imperioso aunque con el tono de quien no da más importancia a la cosa:

ZAMPANÒ: ¡Camina!

La empuja hacia el motocarro, agarra la moto por el manillar, sin montar aún; se vuelve a Gelsomina y le dice brevemente:

ZAMPANÒ: ¡Camina! Empuja por detrás. Me he quedado en seco... (*Después, más violento*) ¡Vamos, empuja!... Gelsomina no se atreve a rebelarse. Apoya las manos en la parte posterior del motocarro, afirma los pies, empuja. El vehículo se pone en movimiento. Zampanò y Gelsomina echan a andar por la carretera, empujándolo.

FUNDIDO.]

Exterior plaza pueblo. Día.

El motocarro está parado en un rincón de una plazoleta de pueblo. Zampanò ofrece su espectáculo, en medio de un corro de espectadores. Gelsomina, medio agazapada detrás del vehículo, lo mira sin perder un gesto ni una palabra...

Zampanò lleva su traje de exhibición: calzones cortos, torso desnudo, botas de goma, muñequeras de cuero. Una cadena de hierro le ciñe el tórax con doble vuelta y se cierra en medio del pecho con un gancho. Está acabando su habitual pregón.

ZAMPANÒ: Este es un trozo de cadena de un espesor de medio centímetro... Es de hierro colado y es más fuerte que el acero. Con la simple expansión de los músculos pectorales, o sea, del pecho, yo romperé el gancho. (*Dirigiéndose al público, que le lanza monedas*) Gracias, gracias, gracias, señores. Para hacer esto tendré que hinchar los pulmones como una cámara de

aire. Podría romperse una vena y entonces escupiría sangre. Una vez, en Milán, un hombre que pesaba un quintal y veinte quilos perdió la vista haciendo este ejercicio. El nervio óptico es el que hace todo el esfuerzo, y cuando se pierde la vista, se acabó. Si hay alguna persona delicada entre el público más valdrá que no mire, podría salir sangre...

Así diciendo, Zampanò se tumba en el suelo, sobre una asquerosa estera, y comienza a hacer fuerza con el pecho. Jadea, suda, se retuerce por el polvo. Por último, el gancho se rompe.

Zampanò, jadeante y sudado, se pone en pie alzando entre sus brazos la cadena rota, mientras el público aplaude con escasa convicción. Gelsomina está impresionada y admiradísima.

FUNDIDO.

Exterior prado extrarradio pueblo. Día.

El motocarro de Zampanò está parado en un prado cerca de una aldea. Zampanò y Gelsomina han acampado allí. Hay un fuego encendido entre dos piedras; en el fuego, una olla medio desfondada.

Zampanò está sentado en un bidón. Gelsomina está de pie, algo apartada. Zampanò está terminando de comer la sopa. Gelsomina debería comer, pero vacila; mira de soslayo a Zampanò, con cierta ansiedad. Zampanò come todo, escrupulosamente; rebaña el fondo de la gamella.

Gelsomina tira al suelo, a escondidas, su sopa.

ZAMPANÒ: ¿Nunca hacías sopa, en tu casa?... ¿Eh?

Gelsomina, cándidamente, lo admite.

GELSOMINA: No.

ZAMPANÒ (*Tranquilo, sin encolerizarse*): Buena para los cerdos.

Zampanò va hacia el motocarro, saca del vehículo algunas prendas.

ZAMPANÒ: Oh, aquí hay ropa para vestir a diez personas, zapatos, trajes y de todo. Ven aquí; quizá te sirva algo. Tienes que estar elegante. No quiero que andes vestida de harapos con Zampanò. Mis mujeres siempre hicieron buen papel. Ten.

Zampanò le pone en la mano un capote militar; le pone en la cabeza un hongo desfondado. Con una actitud de ansiosa y atenta buena voluntad, ella escruta con atención el rostro de Zampanò, que, serio y taciturno, observa en silencio. Después dice.

ZAMPANÒ: Trata de decir «Ha llegado Zampanò».

GELSOMINA (*A media voz*): ¡Ha llegado Zampanò!...

Un breve silencio. Zampanò, sin comentarios, le quita el hongo de la cabeza y lo sustituye por una abollada chistera; vuelve a contemplarla y dice a media voz, más para sí mismo que para ella.

ZAMPANÒ: «Ha llegado Zampanò».

GELSOMINA: «Ha llegado Zampanò».

Aparta la mirada de Gelsomina, volviéndose hacia el montón de ropa y de instrumentos musicales, que están en el suelo junto a la motocicleta, y va a sentarse en el bidón. Gelsomina se aprovecha. Conquistada por el arrobamiento de su «traje», inicia de pronto una serie de muecas y brincos bufonescos, con una diversión desenfadada e infantil.

Zampanò la ve por el rabillo del ojo y se vuelve a mirarla, sorprendido e instintivamente hostil.

ZAMPANÒ: Eh, ven aquí.

Gelsomina se apresura a obedecer, acurrucándose a su lado. Con la superior seriedad del «maestro», Zampanò coge los instrumentos uno a uno, llamándolos por su nombre.

ZAMPANÒ: Esta es una trompeta.

Se lleva la trompeta a los labios y emite con jactancia unos toques que querrían ser de «virtuoso». Está muy satisfecho de sí mismo, aunque finge indiferencia. Aún no ha dejado la trompeta cuando ya Gelsomina, excitada, la agarra, se la lleva a los labios y prueba, a su vez, con inconsciente entusiasmo. Salen unos rebuznos desentonados. Zampanò, con helada calma, le quita el instrumento y dice en tono de fría e implícita amenaza:

ZAMPANÒ: Haz sólo lo que yo te diga.

Coge el tambor y lo cuelga del cuello de Gelsomina; agarra los palillos y golpea el instrumento, que lanza un redoble seco y preciso.

ZAMPANÒ: Y éste es el tambor, «Ha llegado Zampanò».

Alza las manos que sostienen los palillos bajo la mirada de Gelsomina, para que observe cómo se agarran.

Pone los palillos en las manos de Gelsomina.

Gelsomina, llena de celo, agarra los palillos, tratando de sujetarlos como Zampanò.

GELSOMINA: Ha llegado Zampanò.

Zampanò, insatisfecho, recoge los palillos y golpea de nuevo el tambor.

ZAMPANÒ: «Ha llegado Zampanò».

Gelsomina toca desordenadamente el tambor, repitiendo:

GELSOMINA (*A media voz*): «Zampanò ha llegado». Zampanò da media vuelta y sé acerca lentamente a un seto. Arranca una rama, le quita las hojas y se sienta de nuevo.

ZAMPANÒ (*A Gelsomina*): Vamos, prueba...

GELSOMINA (*Gritando*): ¡Ha llegado Zampanò!

De repente Zampanò, con un movimiento fulminante y frío, le asesta un latigazo en las piernas con un junco. Gelsomina lanza un gemido ahogado; está estupefacta.

GELSOMINA: ¡Ay!...

ZAMPANÒ (*Con gélida calma*): Ven aquí. (*Pausa*) Ven aquí.

Y le indica el punto exacto donde debe ponerse.

ZAMPANÒ: Aquí.

Gelsomina está muy desconcertada. Mira a Zampanò con la angustia de un perro. Toca el tambor con buena voluntad, gritando a pleno pulmón.

GELSOMINA (*Gritando*): ¡Zampanò ha llegado! ...

No tiene tiempo de acabar; recibe un segundo latigazo.

< ¡Ay!...

Zampanò, tranquilísimo, paciente, gélido.

ZAMPANÒ: Debes decirlo así: «Ha llegado...». Vamos.

Gelsomina está espantada, desfallecida. Empieza a tocar el tambor, repitiendo con los ojos llenos de lágrimas:

GELSOMINA: Ha llegado Zampanò. Ha llegado Zampanò. Ha llegado Zampanò...

FUNDIDO ENCADENADO.

Exterior prado extrarradio pueblo. Noche.

Ha llegado la noche. Un tosco fogón de piedra, junto al motocarro, conserva aún un poco de fuego. Zampanò y Gelsomina han comido ya. Gelsomina, de pie ante el fuego, hace extraños gestos agitando la capa. Zampanò, tumbado boca abajo en el motocarro, sacando la cabeza por la abertura posterior, la mira fijamente en silencio.

Es un silencio que dura unos instantes.

ZAMPANÒ (*Con tono brusco*): ¡Eh! ¿Qué estás haciendo?

GELSOMINA: Mañana lloverá.

ZAMPANÒ: ¿Cómo lo sabes?

GELSOMINA: ¡Humm, humm! ¡Lloverá!

Zampanò continúa mirándola.

ZAMPANÒ: Ven aquí.

Gelsomina se acerca mecánicamente a Zampanò, sin atreverse a desobedecer.

ZAMPANÒ: Sube.

Gelsomina se aleja unos pasos, retrocede después y tira del brazo de Zampanò para llamar su atención.

GELSOMINA: Yo duermo aquí fuera.

ZAMPANÒ: ¡Ah! ¿Sí?

Zampanò baja del motocarro, da unos pasos y se detiene a espaldas de Gelsomina.

ZAMPANÒ: Oye. ¿Cómo te llamas?

GELSOMINA: Gelsomina di Costanzo.

ZAMPANÒ: Vamos, Gelsomina, monta.

Gelsomina trata de resistirse, pero cede en seguida; sabe que no tiene nada que hacer. Zampanò le pone una mano bajo el trasero, la levanta hacia el motocarro, diciendo:

ZAMPANÒ: Vamos, monta, ea...

Gelsomina, empujada desde fuera por Zampanò, entra en el motocarro; Zampanò baja el toldo.

Interior motocarro. Noche.

Ahora Zampanò duerme profundamente, entre los harapos, respirando pesadamente. A su lado, Gelsomina está acurrucada, con los ojos llenos de lágrimas y cara desfallecida. Lentamente, se acomoda de nuevo. Se alza sobre el codo. Mira a Zampanò, dormido. Lo mira con espantada curiosidad; poco a

poco aparece en su rostro una expresión casi maternal. Despacito, tira de la manta sobre Zampanò, tapándolo...

FUNDIDO.

Secuencia III.

DEBUT DE GELSOMINA. ZAMPANÒ LA INVITA A COMER EN UN RESTAURANTE DE VERDAD Y DESPUÉS SE MARCHA CON OTRA MUJER. SOLEDAD DE GELSOMINA, QUE LO ESPERA TODA UNA NOCHE Y TODO UN DÍA.

(REDOBLE DEL TAMBOR.)

Zampanò, con el torso desnudo y en traje de exhibición, con el pecho rodeado por la cadena, se revuelca en el polvo, sobre la sucia alfombrilla, en medio de un corro de gente.

Está sudado y jadeante.

Gelsomina, con la cara pintada de albayalde, los ojos cercados de negro de humo y la punta de la nariz teñida de rojo, está muy tiesa junto al motocarro, toca el tambor y mira en silencio a Zampanò. Lleva el capote militar y en la cabeza la chistera abollada.

(GRITOS, VOCES, ETC.).

Alrededor de ellos, en la plaza pueblerina, el movimiento y el ruido de los días de mercado; gritos de vendedores ambulantes, vocerío, etc. Gelsomina baja los ojos al tambor y vacilante, como avergonzada, lo golpea con los palillos.

(BREVE REDOBLE DEL TAMBOR.)

Zampanò se levanta del suelo, sudado y polvoriento; tira a un rincón las cadenas, comenzando a vestirse de payaso, a la vista de todos; mientras tanto, sin mirar a nadie, grita con la ostentación del charlatán, poniéndose un par de pantalones rotos y una chaqueta del revés. Zampanò se vuelve a medias hacia Gelsomina y prosigue:

ZAMPANÒ: Y ahora se va a hacer una farsa de mucha risa. (*A alguien del público.*) Salud... Salud, jefe... Ah, si alguien está enfermo del corazón,

mejor que no mire, porque podrá morir de risa... Y como nosotros trabajamos para comer...

Zampanò asoma por detrás del motocarro. Está vestido de payaso y lleva en la mano un fusil. Se dirige a ella, gritando en voz muy alta:

ZAMPANÒ: Buenos días, «seroñita». Gelsomina, perdone la pregunta, ¿le da miedo mi «sufil»?

Gelsomina hace un saludo militar.

GELSOMINA: ¡Zampanò!

Se queda quieta y callada, lanzando una mirada alrededor. Zampanò espera un momento y después, gritando más fuerte, se acerca amenazador a Gelsomina.

ZAMPANÒ: Entonces, si no le da miedo, vamos de caza con el «sufil».

Gelsomina permanece inmóvil un instante, después grita muy fuerte, con todo su aliento, mientras gira en torno haciendo muecas.

GELSOMINA: ¡Ja, ja, ja! No se dice «sufil», ¡se dice fusil, ignorante!

El público ríe y aplaude. Zampanò se tambalea torpemente, mientras Gelsomina mira a su alrededor, divertida, como espiando el efecto de su frase. Gelsomina se está excitando, se dobla un poco sobre las piernas, alzando las faldas del capote y agitándolas.

ZAMPANÒ (*Sin dejar de gritar*): ¡Muy bien, señorita Gelsomina!... Ha imitado tan bien a la caza, que ahora yo me equivoco, y en vez de dispararles a las codornices le disparo a usted.

GELSOMINA: Pero, ¿dónde se han metido esos patos?

Zampanò da vueltas sobre sí mismo, despacio, con el fusil en la mano, como apuntando a la posible caza.

ZAMPANÒ: Está bien. Si no hay patos, usted será el pato y yo, el cazador.

Zampanò apunta ahora a Gelsomina, que ha empezado a brincar dando vueltas.

ZAMPANÒ: Pero, si no se está quieta, ¿cómo voy a disparar?

Gelsomina está cada vez más excitada, pero la espera del inminente disparo la asusta. De pronto se detiene, se tapa los oídos y se deja caer al suelo antes de que Zampanò haya disparado.

Zampanò dispara; el fusil lanza un retumbante tiro, entre una nube de polvo; Zampanò cae, derribado por el golpe.

(DISPARO DE FUSIL, CARCAJADAS.)

Se levanta y protesta con bufonesca actitud.

ZAMPANÒ: ¡Pero ésta no es un pato, es un asno!

Gelsomina, acurrucada en el suelo, entre el polvo, abre despacito los ojos, mirando a la gente que ríe, y se pone en pie. También se vuelve Zampanò.

ZAMPANÒ: Y ahora, mi mujer pasará el sombrero. Gelsomina sonrío y se dispone a dar la vuelta pasando el sombrero.

FUNDIDO.

Fonda pueblo. Día.

La puerta que da a la calle se abre desde el exterior y entra Zampanò, deteniéndose en el umbral. La gran habitación está atestada de vendedores ambulantes, tratantes de ganado, campesinos.

Zampanò mira en torno suyo con ostentada seguridad, se vuelve a medias hacia el exterior y hace una señal de llamada con un dedo, avanzando después hacia el fondo de la sala. Gelsomina entra a su vez y sigue a Zampanò. Está visiblemente excitada y conmovida; es la primera vez en su vida que entra en una fonda. Zampanò, al pasar, saluda con un ademán de la mano, de cordialidad casi solemne, a algún conocido; le gusta ser reconocido y saludado.

ZAMPANÒ: ¡Hola...! ¡Hola, Medini...!

Este último está comiendo sentado a una mesa al fondo de la sala, donde se detiene Zampanò. Devuelve el saludo.

MEDINI: ¡Hola, Zampanò!

Zampanò le palmea en el hombro con cordialidad protectora y bromista.

ZAMPANÒ: ¡Eh, Medini! ¿Qué tal?

Y como Gelsomina se ha reunido con él y está parada allí, a su lado, la presenta con complaciente y despegada superioridad.

ZAMPANÒ: Te presento a mi señora.

Medini, sin levantarse, tiende una mano a Gelsomina.

MEDINI: ¿Tu mujer? Esta es otra de tus amigas. Mucho gusto.

GELSOMINA: Gelsomina di Costanzo. Mucho gusto.

Medini indica su propio plato con la fórmula habitual.

Golpea en la mesa, gritando.

MEDINI: Sentaos, si queréis.

ZAMPANÒ: No, no. Me siento allí.

Zampanò empuja a Gelsomina hacia una mesa libre, no muy apartada, y se sientan ambos.

ZAMPANÒ: ¡Camarero!...

Gelsomina, solícita y llena de buena voluntad, se pone de pie, ofreciéndose.

GELSOMINA: ¿Voy yo?...

Zampanò la sienta de nuevo de un manotazo.

ZAMPANÒ: No, quédate ahí.

Golpes en la mesa, gritando.

ZAMPANÒ: ¡Camarero!

VOZ (*Off*): Ya voy, ya voy. ¡Ahí va ese vino!

ZAMPANÒ: Comer.

Un hombre sudado, con las mangas remangadas, se precipita a la mesa, tirando con rapidez dos platos y unos cubiertos ante Gelsomina y Zampanò. Después pone ante Zampanò una carta deteriorada y manchada, preguntando apresuradamente.

Zampanò está mirando con solemnidad la carta, pero no entiende gran cosa. Gelsomina pasa su mirada de uno a otro, en espera ansiosa y admirativa. Para ganar tiempo, más que por otra cosa, Zampanò dice con ostentación a Gelsomina.

ZAMPANÒ: ¿Tú qué tomas?

Gelsomina no duda. Señala con la cabeza hacia el mozo y responde:

GELSOMINA: Aquello.

MOZO: ¿Cuál? ¿Lechal o estofado?

GELSOMINA: Los dos.

Zampanò no parece sorprendido. Encarga:

ZAMPANÒ: Está bien, los dos. Para mí, pasta y lechal.

MOZO: Está bien.

ZAMPANÒ: Y un litro de tinto.

Mozo: Está bien.

Y el mozo se marcha rápidamente. Zampanò se ha metido entre los dientes un palillo y, con los codos en la mesa, los ojos entornados, el rostro impenetrable, observa a la gente que atesta el local, enteramente olvidado de Gelsomina; ésta, a su vez, se mete tímidamente un palillo en la boca.

FUNDIDO ENCADENADO.

Interior fonda pueblo.

En la mesa están los restos de la comida y varias jarras vacías. Gelsomina está acabando de comer con avidez. Limpia concienzudamente el plato con miga de pan. A su alrededor hay un confuso vocerío. Lentamente, Gelsomina alza la vista y la fija en Zampanò, que, sentado frente a ella, rojo e hinchado, aún está bebiendo. Gelsomina, casi sin levantar la cabeza de la mesa, lo mira con una curiosidad casi tierna; después le pregunta:

GELSOMINA: Zampanò, ¿usted de dónde es?

Zampanò la mira sorprendido y de inmediato taciturno y desconfiado, pese a la euforia. Se ríe, y después responde con una broma pesada y elusiva.

ZAMPANÒ: De mi pueblo.

Zampanò ríe de nuevo. Gelsomina sonde y continúa:

GELSOMINA: Usted no habla como nosotros, en nuestra tierra. ¿Dónde nació?

Zampanò repite gravemente la broma, que sin embargo es una instintiva defensa.

ZAMPANÒ: En casa de mi padre.

De pronto, eufórico, histriónicamente cordial, lanza una llamada a una mujer muy exuberante —pintada, pobremente vestida pero con una cursi y patética pretensión de vistosidad— que está hurgando en la maleta de un vendedor ambulante.

ZAMPANÒ: ¡Eh! ¡Pelirroja! ¡Ven aquí!...

La mujer se acerca con una sonrisa; todo en ella tiene algo de bestial y, al mismo tiempo, de infantil.

ZAMPANÒ: ¿Qué haces?

PUTA: Nada.

Zampanò sirve vino en un vaso y le dice:

ZAMPANÒ: Entonces, siéntate aquí.

Gelsomina se levanta solícita y sonriente, dejando sitio a la desconocida, sin sospechar siquiera que se trata de una puta.

La puta se sienta con torpe coquetería, pesadamente, junto a Zampanò.

PUTA: Me siento aquí...

Y se ríe fuerte, sin venir a cuento. Zampanò le da una palmada en el hombro y un pellizco; la mujer se ríe de nuevo.

ZAMPANÒ: ¿Quieres beber?

PUTA: Gracias.

ZAMPANÒ (*Al camarero*) : ¿Dónde está ese vino?

Zampanò restriega una cerilla en sus pantalones, mientras la mujer se vuelve a mirar a Gelsomina, a quien aún no ha conseguido clasificar.

Gelsomina la está contemplando con simpatía y le sonríe cándidamente.

PUTA (*A Gelsomina*): No me gusta nada este sitio. Nada.

La mujer, algo cohibida, se vuelve otra vez a Zampanò, acercando a la cerilla el pitillo que sujeta torpemente entre los labios. Después echa el humo y pregunta, con penosa desenvoltura:

PUTA: Creo que ya lo he visto antes...

ZAMPANÒ: Puede ser; voy de un lado a otro...

PUTA: ¡Eh! ¡Ah!

MOZO (*Off*): Aquí está el vino.

Deja en la mesa un litro de vino, que Zampanò sirve en seguida en los vasos de la puta y de Gelsomina.

PUTA (*A Gelsomina*) : ¿Ya han comido?

ZAMPANÒ: Sí.

Zampanò, la puta y Gelsomina beben, brindando.

PUTA: Pero, ¿dónde lo he visto? ¿En qué trabaja?

ZAMPANÒ: Soy artista ambulante. (*Indicando a Gelsomina*) Esa es mi ayudante. Todo se lo enseñé yo. Cuando la cogí, ni siquiera sabía rebuznar.

La puta se echa a reír descaradamente. Gelsomina hace una grotesca mueca de satisfacción.

ZAMPANÒ: Mira, mira... Fíjate qué músculos...

Zampanò saca los músculos del brazo, coge una mano de la mujer y le hace tocar los bíceps.

La puta se echa de nuevo a reír, con una admiración sólo en parte exagerada.

PUTA: ¡Ay! ¡Qué hombretón!...

Zampanò, con un gesto charlatanesco, ha sacado del bolsillo un puñado de papel moneda, arrugado y sucio, y lo deja en la mesa.

ZAMPANÒ: Mira esto. En una hora. Todo ganado con éstos. (*Y se toca los músculos*)

La mujer trata de coger un billete de cien liras del montón, preguntando en tono de forzada broma.

PUTA: ¿Puedo coger uno?

ZAMPANÒ: ¡Qué lista, eh! ¡Eh!

Zampanò no se ríe. Le da un golpe en la mano, metiéndose de nuevo el dinero en el bolsillo. La puta se ríe fuertemente.

La puta se levanta y abraza a Zampanò.

PUTA: ¡Chicos! Venga, vámonos fuera, ¡aquí apesta! Vamos a ver los fuegos artificiales.

ZAMPANÒ: Sí, vamos. Camarero, dame dos botellas de vino. ¿Cuánto debo?

Zampanò acaba de beber.

Deja en la mesa unos billetes de banco, se levanta y se dirige hacia la salida, precediendo a las dos mujeres. Al pasar ante el mostrador, coge dos botellas de vino y las paga.

ZAMPANÒ: ¡Adiós, Medini!... ¡Adiós!...

Gelsomina y la puta lo siguen; Zampanò sale a la calle.

Exterior calle pueblo. Noche.

No es muy tarde, pero la calle ya está semidesierta. Zampanò, Gelsomina y la puta salen de la posada, dirigiéndose hacia el motocarro, parado allí al lado. Zampanò se vuelve a un vendedor ambulante, sentado cerca de su tenderete.

ZAMPANÒ: ¡Eh, vendedor!

VENDEDOR: Buenas tardes.

ZAMPANÒ: ¿Qué tal va el negocio?

VENDEDOR: Así, así...

Zampanò tiende las botellas a Gelsomina.

ZAMPANÒ: Ea, mete dentro las botellas.

Gelsomina coge las botellas y ayuda a Zampanò, que avanza tambaleándose, a ponerse el chaquetón de piel.

ZAMPANÒ (*A la puta*): Eh, roja, ¿a dónde vas? Sube.

PUTA: Pero, ¿qué es esto? ¿Tu coche?

ZAMPANÒ: ¿Es que no te va bien, acaso?

Zampanò, mientras dice esto, da dos nalgadas a la puta, empujándola hacia la motocicleta.

PUTA: Pero, ¿cómo? ¿Estás loco?

Zampanò sube a la moto, la puta se sienta a su lado, mientras sigue riendo a su manera.

ZAMPANÒ: Es americana... Devis... En siete años, no se me ha parado ni una vez... Oye qué motor...

Zampanò pone el motor en marcha y la puta se agarra a él, para sujetarse.

PUTA: ¡Oh, Dios mío! ¿Qué haces? ¡Oh, Dios mío!...

Gelsomina corre y pregunta a Zampanò:

GELSOMINA: Entonces, ¿yo monto detrás?...

ZAMPANÒ: Tú esperas aquí.

La motocicleta parte y se aleja por la calleja, mientras Gelsomina grita.

GELSOMINA: Pero, ¿a dónde van?

Gelsomina se queda sola y mira a su alrededor, desconcertada y desalentada.

FUNDIDO.

Exterior calle pueblo. Noche.

Gelsomina está sentada en el borde de la acera. La calle está oscura y desierta. Un caballo, solo, pasa ante ella. Sus cascos retumban en el asfalto de la calle.

FUNDIDO.

Secuencia IV.

DESPERTAR DE ZAMPANÒ. LOS TOMATES DE GELSOMINA. DE VIAJE.

Exterior calle pueblo. Día.

Es pleno día. En la calle hay movimiento. Gelsomina sigue sentada en el borde de la acera. Dos niñas la miran, curiosas.

Una de ellas se acerca, tendiéndole, como regalo, una baratija, y se sienta a su lado. Junto a Gelsomina hay una escudilla llena de sopa, intacta; y una manzana, también intacta. Gelsomina está casi aovillada, huraña, taciturna, con el pelo enmarañado como un gato perdido. Lanza una ojeada hostil a la muchacha que está parada ante ella y de pronto vuelve la mirada, ostensiblemente, hacia otro lado. Una chica campesina, con la bicicleta en la mano, se para ante la acera donde Gelsomina sigue sentada.

CHICA: ¿Aún estás aquí? ¿Y por qué no te has comido la sopa?

Gelsomina se encoge de hombros con salvaje impaciencia, que esconde su desesperación. La muchacha se vuelve a una mujer que está asomada a la ventana:

< ¿Por qué no se comió la sopa?

La mujer asomada a la ventana responde:

MUJER: No ha querido comer. No se entiende nada con ésta.

Gelsomina vuelve a encogerse de hombros, y de pronto tiene un desesperado estallido:

GELSOMINA (*Con lágrimas en los ojos*): ¡Uff!... ¡Tiraré al suelo la sopa, eso es!

CHICA: Dime, ¿tu marido tiene una moto, con un remolque... que ayer estaba en la plaza?

Gelsomina no contesta; lanza una ojeada a la chica y se queda silenciosa, tensa, a la expectativa.

CHICA: ¿Era ése? ...Dice Zelve que junto a su huerto hay una moto con remolque.

Gelsomina, sin levantarse y mirando a la chica, pregunta:

GELSOMINA: ¿Dónde?

CHICA: Allá al fondo, donde acaban las casas...

Gelsomina se levanta de pronto y parte, casi corriendo, en la dirección que le han indicado.

Exterior campiña. Día.

Al borde de una carretera rural, tras unos huertos, el motocarro de Zampanò está parado, de través y como abandonado.

Gelsomina lo ve desde lejos, negro y silencioso entre los campos, y se dirige hacia allí a la carrera, jadeante. Cuando llega a él, busca con la mirada a Zampanò en el interior del vehículo. Zampanò no aparece.

Entonces corre hacia el seto, mira a su alrededor. Zampanò está tumbado en el suelo, a pleno sol, con el sombrero sobre los ojos, inmóvil. Gelsomina se le acerca rápidamente, se arrodilla a su lado, examinándolo.

Zampanò duerme pesadamente. Regueros de sudor bañan su cara y le bajan por el pecho, por los brazos. Gelsomina llama en voz baja:

GELSOMINA: ¡Zampanò!...

No hay respuesta.

Gelsomina llama más fuerte, sacudiéndole ligeramente.

GELSOMINA: ¡Zampanò!...

Nada. Gelsomina es presa del miedo. Escruta el rostro de Zampanò. Se inclina para escuchar su corazón.

Zampanò lanza un par de gruñidos, da un tumbo, se sienta de golpe, trastornado, retorciendo los ojos pasmado, sin ver ni entender nada.

Zampanò la mira fijamente unos instantes, sin verla, y vuelve a dejarse caer, dormido. Gelsomina se queda contemplándolo algún tiempo.

No sabe qué hacer.

Mira a su alrededor y empieza a ajetrearse por allí cerca. Se inclina a recoger flores del borde del camino. Después, atraída por el tenue y casi musical zumbido de los hilos del telégrafo, acerca la cabeza a un palo, escuchando, asombrada.

FUNDIDO ENCADENADO

Exterior campiña. Día.

Zampanò, que sigue tendido en el mismo sitio, se está despertando.

Abre los ojos. Permanece unos instantes así, con los ojos semiabiertos y tumbado, mirando al vacío.

Después se sienta, despacio. Barbota algo para sí; se levanta y sin sacudirse de encima el mantillo, se dirige pesadamente a la moto.

Gelsomina lo siente acercarse y se vuelve a mirarlo.

Estaba doblada sobre unos rectángulos de tierra cavada y apelmazada, y los regaba echándoles agua de un bote de lata.

Sonríe con naturalidad a Zampanò.

GELSOMINA: ¿Se ha despertado?... He plantado tomates...

ZAMPANÒ: ¿Tomates?

Zampanò se detiene, en pie, no muy lejos de ella. Está hurgándose en los bolsillos. Saca un poco de dinero; lo cuenta lentamente, con rostro sombrío; vuelve a guardarlo y se dirige hacia el motocarro.

Gelsomina se pone en pie de inmediato y lo sigue.

GELSOMINA: Había semillas en aquel huerto... Unas semillas gordas... De modo que las planté...

Zampanò gruñe, apoyado en la moto.

GELSOMINA: ¿Es que nos vamos?

ZAMPANÒ: ¿Quieres esperar a que crezcan los tomates?

Venga, empuja.

Gelsomina corre a la trasera del motocarro y empieza a empujar.

FUNDIDO.

Exterior carretera nacional. Día.

El motocarro de Zampanò corre por la carretera.

Interior motocarro. Noche.

Gelsomina está sentada sobre los harapos, a espaldas de Zampanò, que conduce. Ella se bambolea y estremece con las sacudidas de la motocicleta; el toldo, a su alrededor, se mueve restallando. Está silenciosa, con la cara ensombrecida, como consumida por una idea y un razonamiento interno. Mira

la espalda de Zampanò; vacila, por fin se decide, y pregunta a quemarropa, alzando la voz para tapar el estruendo de la moto, como si continuara una conversación:

GELSOMINA: ¿Hacía esto también con la Rosa?

Zampanò no entiende de qué se trata; calla un instante, y después grita:

ZAMPANÒ: ¿Qué?

GELSOMINA: ¡Con Rosa!

ZAMPANÒ: ¿Qué diablos dices?

Gelsomina sigue sus propios pensamientos; pregunta agresivamente, con desconsolada desaprobación.

GELSOMINA: ¿Por qué se fue con ésa? ¿Hacía eso también con Rosa?...

ZAMPANÒ: ¡Oh! ¡Déjame en paz!

Gelsomina enmudece. Se enfurruña. Parece rumiar las cosas en su interior, llegando a una decidida conclusión negativa. Da unos golpes en la espalda de Zampanò.

ZAMPANÒ: ¿Qué quieres?

Le grita con tono de desaprobación.

GELSOMINA: Entonces usted es de esos que van con mujeres.

ZAMPANÒ: ¿Qué?

GELSOMINA: Que va con mujeres...

ZAMPANÒ: Si quieres estar conmigo, aprende a tener la boca cerrada.

Gelsomina se queda silenciosa; está muy turbada y no consigue precisar sus pensamientos ni sus palabras.

ZAMPANÒ: ¡Tomates!... (*Se vuelve a medias, y grita, entre agresivo, despreciativo y divertido*) ¿Se puede saber qué es lo que tienes en esa cabeza?
Y Zampanò, contento, le da una manzana.

ZAMPANÒ: ¡Ten!

La motocicleta de Zampanò corre por la carretera. El estruendo de la moto empuja a un rebaño de ovejas al fondo de la carretera.

FUNDIDO.

[Secuencia V.

VIDA DE «ARTISTAS». LA MÚSICA QUE HACE LLORAR A GELSOMINA.
GELSOMINA QUIERE VOLVER A SU CASA. OTRA VEZ DE VIAJE.

Exterior plaza pueblo. Día.

En medio de un corro de escasos espectadores, Gelsomina y Zampanò están repitiendo el número del «sufil». Gelsomina corre en redondo, aleteando y silbando, y Zampanò la sigue con el fusil apuntado y la consabida frase:

ZAMPANÒ: Pero si no se está quieta, ¿cómo voy a dispararle con el sufil?

Sale el tiro; Gelsomina cae al suelo por un lado, Zampanò se tira a tierra por el otro... Pocas carcajadas, pocos aplausos...

FUNDIDO.

Exterior plaza pueblo. Día.

Llueve a cántaros. El día está muriendo y todo es gris y sórdido en la calle semidesierta del pueblo al que han llegado Zampanò y Gelsomina.

SONIDO ATENUADO DE UNA RADIO OFF (Tema musical del XVII).

Están adosados al muro de una casa, al amparo de un alero. No se hablan; ambos miran al vacío. Hace frío; los dos se han subido las solapas del abrigo. Al otro lado de la calle, en el zaguán de un pequeño taller, un mecánico está terminando de reparar una avería del motor del motocarro.

El rostro de Gelsomina expresa una desolación que se va haciendo cada vez más honda.

Una ventana del otro lado de la calle está iluminada. No se ve el interior; sólo en ocasiones pasa a contraluz sobre el cristal el perfil de una mujer que se mueve pausadamente por el cuarto, de donde llega muy atenuado el sonido de una radio.

Gelsomina tiene los ojos clavados en esa ventana.

El mecánico se levanta y le dice en voz alta a Zampanò, desde el otro lado de la calle.

MECÁNICO: Ya está listo.

Zampanò se aparta del muro. Gelsomina no lo sigue. Parece que no ha comprendido que tienen que partir de nuevo. Sólo el movimiento de Zampanò la hace volver en sí.

Dice a quemarropa, con lágrimas en los ojos y la voz ahogada por una angustia infinita:

GELSOMINA: Yo me voy.

Zampanò se para a mirarla.

No ha comprendido. Gelsomina, aún más trabajosamente, dice:

GELSOMINA: Me vuelvo a casa.

Zampanò la mira un momento en silencio, torvo. No le contesta.

Atraviesa la calle, llegando hasta el motocarro; cuando está en el otro lado dice en voz alta, aunque sin gritar, decidido:

ZAMPANÒ: Vamos, muévete.

Gelsomina se queda aún unos instantes aplastada contra el muro, muda de angustia; después, no puede hacer más que atravesar a su vez la calle, bajo la lluvia, para reunirse con Zampanò.]

FUNDIDO.

Secuencia VI.

GELSOMINA Y ZAMPANÒ DAN SU FUNCIÓN EN UNA RICA ALQUERÍA. ZAMPANÒ, POR UN SOMBRERO Y UN TRAJE AZUL, HACE EL AMOR CON UNA VIEJA. SOLEDAD NOCTURNA DE GELSOMINA, QUE TRATA INÚTILMENTE DE HABLAR CON ZAMPANÒ.

Exterior era rural. Día.

GELSOMINA: ¡La culpa es del bayón!

Gelsomina, maquillada y vestida de payaso, canta una cancioncilla acompañándose con una mímica grotesca y lastimosa. Zampanò, en traje de exhibición, la acompaña con el tambor.

El espectáculo se desarrolla en la era de una gran alquería, de muros altos, negros y macizos como una vieja fortaleza. En la era está dispuesta una larga mesa de bodas. Los novios se sientan a la cabecera. La novia está vestida de blanco, como una novia de ciudad; el novio lleva un traje cruzado, oscuro. Las mujeres de la casa, o sea las madres y hermanas de los novios, sirven la

mesa, ayudadas por unas sirvientas; van y vienen incesantemente de la mesa a la cocina, sudorosas y ajetreadísimas. Las ancianas siguen llevando los trajes oscuros y amplios y las alhajas de las campesinas; las jóvenes visten trajes semiciudadanos. Hay el barullo de tales ocasiones. Los invitados comen y beben, voceando y riendo; casi nadie atiende al número de Gelsomina, salvo cuatro o cinco niños excitadísimos. Gelsomina termina de cantar y se queda quieta, a pocos pasos de la mesa, sin saber qué hacer. Nadie se ocupa de ella. Se vuelve a medias a Zampanò, inmóvil también algo más lejos, como pidiéndole instrucciones.

Al acabar la música y el canto, un invitado dice galantemente a la novia:

INVITADO: ¡A la esposa, dulce como una rosa!

Un campesino ofrece bebida a Gelsomina y Gelsomina se la ofrece a Zampanò.

La madre del novio, una campesina de unos cincuenta años, seca y autoritaria, llama a Gelsomina y a Zampanò.

SUEGRA: Eh, vengan a comer algo.

Una bandada de chavales, a los que se ha expulsado de la mesa o que aún no han sido admitidos a ella, rodea a los dos saltimbanquis, riendo entre intimidados y descarados. Atrae sobre todo su atención Gelsomina, con su chistera desfondada y su nariz roja.

Dos niñas la cogen de los faldones y la empujan por una escalera exterior de la alquería.

NIÑA: ¡Ven!... ¡Ven!... Vamos, ven...

Gelsomina está desconcertada y vacilante.

GELSOMINA: ¿A dónde me lleváis? ¿Dónde vamos?

NIÑA: ¡Vamos junto a Osvaldo!

Gelsomina entra; la niña sigue tirándole de los faldones; también entra Zampanò, en medio de los chavales, que ríen excitados.

Interior pasillo alquería. Día.

La niña y Gelsomina pasan por una especie de pasillo, estrecho y oscuro. La niña aprieta el paso; Gelsomina trota detrás de ella, empujada por la otra niña.

GELSOMINA (*Molesta*): ¿Por qué me empujas? ¡Mira que te doy un bofetón!

La 2.^a niña se vuelve y llama a un chaval que se adelanta.

2.^a NIÑA: ¡Caterino, Caterino! ¡Ven tú también!

La niña tuerce hacia otra puerta, la empuja y entra, arrastrando a Gelsomina y llamando, triunfante pero casi en voz baja:

NIÑA: ¡Osvaldo! ¡Osvaldo!... ¡Mira quién está aquí!

Interior habitación Osvaldo en la alquería. Día.

El cuarto al que Gelsomina y la niña han entrado es un dormitorio grande, semioscuro y destartado. En una camita, al fondo de la estancia, hay alguien: un muchachito de edad indefinible, pálido como un muerto, semitullido e inmóvil. Tiene unos ojos penetrantes, que se clavan intensamente en Gelsomina, mientras la niña dice, excitada pero siempre con voz ahogada, como si temiera que alguien la oyese.

NIÑA (*A Gelsomina*): ¡Hazlo reír! ...

Gelsomina, que al principio no ha visto bien quién hay en la cama, se acerca unos pasos, despacio. Ahora comprende. Está muy impresionada, pregunta a la niña:

GELSOMINA: ¿Quién es?

NIÑA: Es Osvaldo... mi primo. Está enfermo. Siempre está sentado.

Gelsomina no sabe qué hacer. Dice, dirigiéndose al paralítico:

GELSOMINA: Buenos días... (*Después ensaya un saludo cómico, con una mueca.*) Buenos días...

NIÑA: ¡Chist!... No hagas ruido... No quieren que nadie lo vea... (*Instigándola de nuevo*) ¡Hazlo reír!...

Gelsomina tiene un estallido; está turbada y nerviosa.

GELSOMINA: Pero, ¿qué quieres que haga?

NIÑA: Haz como antes. Haz como antes.

Se levanta los faldones del abrigo, se dobla sobre las piernas, silbando, y da media vuelta, como en la farsa del «sufil». La niña se ríe; Gelsomina se detiene y se acerca lentamente al niño enfermo, mirándolo fascinada; pero en ese momento se abre una puerta al fondo y aparece una vieja monja, agresiva.

VIEJA MONJA: ¡Bribonas, más que bribonas! ¿Qué hacéis aquí?... Fuera, fuera de aquí... ¡Fuera! (*Amenazadora, a Gelsomina*) Y a usted, ¿quién le ha mandado entrar aquí? Váyase en seguida.

Los niños escapan hacia la puerta; Gelsomina, asustada, los sigue. Salen todos corriendo mientras la vieja sigue gritando.

Interior cocina alquería. Día.

La cocina es una vasta habitación, inmersa en un denso vapor. En la chimenea, además del gran fuego del lar, funcionan unos hornillos de carbón.

La suegra entra en la cocina con un plato de comida y se queda de pie ante Zampanò, mientras come y lo mira.

Zampanò, sentado en un rincón de la cocina, de costado respecto a la enorme chimenea, está comiendo ávida y abundantemente.

Zampanò no se da cuenta en seguida. Cuando advierte la presencia de la mujer, alza los ojos y la mira con instintivo malestar y enojo; vuelve a comer.

La otra no se ha movido. Zampanò alza la vista y dice:

ZAMPANÒ: ¿Come usted de pie, como los caballos?

La mujer responde con un brusco orgullo, siempre con su extraña agresividad.

SUEGRA: Yo siempre como de pie...

Zampanò no dice nada; hay un brevísimo silencio; la suegra continúa:

SUEGRA: ¿Quién va a sacar adelante la casa? Tuve dos maridos, y los dos han muerto.

La mujer continúa comiendo.

< Hace tres días que me levanto a la una de la madrugada para cocinar. ¿Cree que estoy cansada?... Bailaría toda la noche, si me diera la gana. (*Agresiva y provocadora*) Valemos más nosotras que las jóvenes.

ZAMPANÒ: ¿Y por qué no se casa?

SUEGRA (*Encogiéndose de hombros*): ¿Qué? ¿Otro marido más? Para mandar en casa me basto yo.

Zampanò ha bebido; dice, más por bromear que por otra cosa:

ZAMPANÒ: ¿Por qué? ¿Es que un marido le serviría sólo para mandar?

La mujer responde bruscamente, con repentina y abierta provocación:

SUEGRA: ¿Por qué? ¿Es que no soy de carne? Un dulce le gusta a cualquiera, ¿no?

Zampanò la mira con una ligera sonrisa, de socarrona gravedad. La suegra se vuelve de pronto a regañar a alguien que está fuera de campo.

SUEGRA (*Brusca*): ¿Tú qué haces? ¡Lárgate! ¡Mira que te doy, eh!
La suegra continúa hablando con Zampanò.

SUEGRA: Mi primer marido era alto y grueso como usted. Me quedaron todos sus trajes, no le sirven a nadie.

Gelsomina entra en la cocina y acude presurosa junto a Zampanò.

GELSOMINA: Zampanò... Zampanò... Arriba...

Gelsomina advierte la presencia de la campesina y, cohibida, le hace un ademán de saludo. La campesina responde al saludo con su habitual aire agresivo y se aleja, diciéndole a Gelsomina:

SUEGRA: Le traeré algo también a usted.

Gelsomina empieza de nuevo a contarle a Zampanò, en voz baja:

GELSOMINA: Hay un niño con una cabezota así... Todo... (*Y hace una mueca.*)

Gelsomina se interrumpe de nuevo ante la aparición de la campesina, que le tiende un plato de pasta.

SUEGRA: Ahí tiene, coma. (*Después, a Zampanò*) ¿Por qué no me ayuda a abrir una damajuana? Ya no queda vino ahí fuera.

Zampanò se levanta y se dirige a la campesina, agarrándola por un brazo.

ZAMPANÒ: Eh, oiga... ¿De verdad no le valen esos trajes?

SUEGRA: ¿Quién se los iba a poner? Ya se lo dije; no hay tantos hombres como usted en el mundo...

ZAMPANÒ ¿Y tiene un sombrero? Porque..., me vendría bien un sombrero.

Gelsomina hace una grotesca mueca de asentimiento ante las palabras de Zampanò.

SUEGRA: Sí, venga. Venga a verlo usted mismo.

La campesina y Zampanò se dirigen hacia la bodega. Zampanò, al cerrar la puerta a sus espaldas, guiña un ojo a Gelsomina con divertida complicidad, Gelsomina, ingenuamente, le devuelve el guiño y sigue comiendo. Pero una

idea repentina transforma su rostro. Con la cuchara a medio camino, asombrada e incrédula, se pone lentamente en pie.

Exterior era alquería. Puesta de sol.

El automóvil de los novios parte, alejándose velozmente, seguido por la bandada de invitados que los despiden y gritan festivamente.

FUNDIDO.

[Interior establo. Noche.

El gran establo está iluminado por una única bombilla rojiza; todo está inmerso en densa penumbra.

Los animales están alineados, unos de pie, otros acostados, rumiando.

Del exterior llega el sonido de una radiogramola y los chillidos de los jóvenes. Gelsomina está acurrucada en un montón de heno; está hablando con un viejo mozo de cuadra, tumbado en una especie de tabladillo de maderas, a media altura entre el suelo y el techo. Es un hombre de pelo blanco, con ojos vivos en un rostro sagaz y arrugado. Gelsomina señala a los animales, uno tras otro; el viejo los nombra.

MOZO: Paloma.

GELSOMINA: ¿Y aquella de allí?...

MOZO: Buenavida.

GELSOMINA: ¿Y aquella de allá, por qué tiembla?... ¿Qué tiene?

MOZO: Ese es Caporal. Siempre tiembla de noche.

GELSOMINA (*Impresionada*): ¿Por qué? ¿Tiene miedo?...

MOZO: Está loco. Ve espíritus. Cuando llega la noche, empieza a temblar.

GELSOMINA (*Impresionada*): ¡Está loco!...

Se levanta, se acerca con cautela, lo observa; e instintivamente trata de imitar su expresión, con la cara, y su temblor, con el cuerpo.

GELSOMINA: ¡Qué cara tiene!... ¡Cómo tiembla!... ¡Tiembla así!...

Gelsomina vuelve a su sitio y continúa: ¿Y de día no tiembla?

MOZO: No, de día, no. Trabaja. (*Se tumba para dormir*) Voy a dormirme.

GELSOMINA (*Tras una pausa*): También yo tengo miedo de noche. Algunas veces... ¿Usted, no?...

MOZO (*Se ríe en silencio*).

GELSOMINA: Me entran ganas de morir. ¿Qué hago yo en el mundo? Estoy un poco... (*Se toca la frente con un dedo*)

Del tabladillo llegan unos tranquilos ronquidos.

Gelsomina se levanta a mirar.

GELSOMINA (*En voz baja*): Señor...

Silencio; Gelsomina sube los peldaños de una pequeña escalera y se encuentra cara a cara con el mozo, que ya está profundamente dormido. Gelsomina lo observa y dice para sí, con sincera y afectuosa sorpresa:

GELSOMINA: ¿Quién lo diría? ¡Ahora parece una manzana asada! Se queda mirándolo unos instantes y después vuelve a bajar.

Está sola en el establo semioscuro. Sólo se oye el ruido de los animales que rumian o resoplan. Un profundo desconsuelo ensombrece a Gelsomina.

GELSOMINA: Todos nos hacemos viejos. Quién sabe cuándo moriremos... Y después..., después, quién sabe...

Después, el «buey loco» atrae a Gelsomina. Se le acerca despacio; observa sus ojos; mira en la dirección de la mirada del buey, como esperando ver lo que el buey «ve»; tiene un poco de miedo. Pregunta en voz baja al buey, entre agresiva y maternal:

GELSOMINA: Pero, ¿qué tienes?... ¿Qué miras?... (*Se toca la frente, como diciéndole que está loco*) Pero tú... ¿eh?

No se da cuenta de que Zampanò ha entrado en el establo y la está mirando con recelosa curiosidad. Sólo ahora lo ve Gelsomina. Le dice con naturalidad, señalando al buey:

GELSOMINA: Está loco... Ve a los espíritus...

Se acerca a él; continúa, muy excitada, llena de ganas de hablar.

GELSOMINA: De día trabaja... Cuando llega la noche, se pone a temblar. Tiembla todo. Así... (*Imita el temblor de modo grotesco; el gusto cómico por la imitación la gana, la impulsa a cargar bufonescamente las tintas y a reír*) Le tiembla la cola..., los cuernos..., tac, tac, tac... Los cuernos chocan uno con otro...

Gelsomina ríe, y se deja caer en el heno, sentada. Zampanò no contesta; se ha sentado en el heno, depositando con cuidado un gran paquete que ha sacado de debajo de la chaqueta.

Gelsomina le pregunta a quemarropa:

GELSOMINA: ¿Usted cree en los espíritus?

Zampanò sigue sin responder; se está quitando la chaqueta.

GELSOMINA: Zampanò...

Zampanò advierte que los bolsillos de la chaqueta están abultados, saca de ellos unas rosquillas que observa con curiosidad; luego ríe para sí.

GELSOMINA: Zampanò... ¿Usted cree en los espíritus?...

Zampanò se encoge de hombros; mete las rosquillas en las manos de Gelsomina, diciendo:

ZAMPANÒ: Déjame... Come, anda...

Gelsomina, inconscientemente, trata de atraer su atención, de conseguir «hablar» con él de alguna manera. Coge un trozo de rosquilla y dice con vivacidad:

GELSOMINA: ¡Mire esto, Zampanò!...

Tira al aire el trozo de rosquilla, lo coge al vuelo con la boca; ríe y después pregunta:

GELSOMINA: ¿Pero usted no ve nunca en sueños a sus pobres difuntos? ¿Viven aún sus padres?

Zampanò estaba muy atento desenvolviendo su paquete: una chaqueta, un sombrero. La pregunta de Gelsomina tiene la virtud de atraer su atención.

ZAMPANÒ: No.

Gelsomina, inconscientemente contenta de haber encontrado un tema, insiste con sincero interés:

GELSOMINA: ¿Cuánto tiempo hace que han muerto?

Zampanò hace un gesto vago; no responde en seguida; despliega la chaqueta, la alisa, la examina; después dice lentamente:

ZAMPANÒ: Mi padre era mejor que yo. Más grueso. Hacía la escalera de espadas, tres vueltas de cadenas, salto mortal sobre el tren. Se cayó de siete metros. Un vómito de sangre, muerto. La recogí yo. Eso de los espíritus son sólo cuentos. (*Se pone en pie con la chaqueta en la mano, hace un gesto de contar dinero*) Esto es lo que cuenta. Cuando revientas, reventaste.]

Exterior era alquería. Noche.

Se ha hecho de noche.

Unas bombillas iluminan la gran era con una luz cruda, irreal. Alrededor de la mesa aún hay gente comiendo; pero los jóvenes están bailando al son de una radiogramola.

Todos están muy excitados. Se oyen resonantes carcajadas y chillidos de las mozas.

Interior establo. Noche.

El gran establo está iluminado sólo por una bombilla rojiza; todo está inmerso en una densa penumbra. Zampanò, sentado en el suelo, se está probando los pantalones.

Gelsomina mira a Zampanò, completamente absorto en probarse los calzones. Se ríe un poco, volviéndose hacia otro lado, pero de inmediato se ensombrece y se queda unos instantes absorta, con los ojos bajos. Inconscientemente, Gelsomina, en medio de su mal humor, recuerda la melodía del XVII que ha oído en el pueblo, bajo la lluvia.

Empieza a silbarla en voz baja, casi sin darse cuenta. Cuando lo advierte, se queda encantada y le dice a Zampanò:

GELSOMINA: ¿La recuerda?... ¡Qué bonita era, Zampanò! Aquel día, bajo la lluvia, desde aquella ventana... (*Silba un poco más y se excita*) Es bonita. ¿Por qué no me enseña a tocar la trompeta, Zampanò?... Yo aprendo en seguida; ¿le enseñó a Rosa la trompeta?... ¿Qué hacía Rosa?... ¿Trabajaba como yo?...

Zampanò se vuelve por fin hacia ella. Está enormemente orgulloso de la chaqueta y el sombrero. Sonríe a Gelsomina con complicidad, socarrón y grave, guiñando el ojo.

ZAMPANÒ: Bueno, ¿cómo estoy?... ¡Eh!

Gelsomina lo mira en silencio; tiene un breve estremecimiento de risa, que en seguida se extingue. Zampanò lo toma por una risa de complacida aprobación, y se ríe un poco, mascando entre dientes.

ZAMPANÒ: ¡Las mujeres!

ZAMPANÒ: ¡No se puede fumar aquí!

Gelsomina se ha quedado acurrucada en silencio; ahora se dobla despacio sobre el heno, como para acostarse, pero llora a moco tendido. Zampanò no lo advierte en seguida; cuando se da cuenta, mira un momento estupefacto a Gelsomina, sin entender nada y casi sin creérselo.

ZAMPANÒ: ¿Qué diablos te pasa?

Gelsomina se encoge de hombros, llorando.

GELSOMINA: ¡Nada!

ZAMPANÒ: Entonces, ¿por qué lloras?

Gelsomina da unos pasos y cae cómicamente en un agujero.

GELSOMINA: ¡Porque me apetece! Ay, ay, ay... (*Cayendo*)

Zampanò se acerca al agujero.

ZAMPANÒ: Ea, sube.

GELSOMINA: ¡No!

ZAMPANÒ: Vamos, sube, ea... ¿Quieres quedarte ahí toda la noche?

GELSOMINA: Sí. ¡Toda la noche!

Zampanò se quita la chaqueta y se dispone a acostarse.

FUNDIDO.

Secuencia VII.

SE ACERCA NAVIDAD. FUGA DE GELSOMINA. SU LLEGADA A UN PUEBLO EN FIESTAS. GELSOMINA VE POR PRIMERA VEZ AL LOCO QUE VUELA SOBRE LOS TEJADOS. DESDICHADA AVENTURA CON UNOS SOLDADOS BORRACHOS. ZAMPANÒ RECUPERA A GELSOMINA. SE MARCHAN JUNTOS.

Interior establo. Alba.

Se está haciendo de día. Zampanò duerme profundamente, tendido en el heno. Gelsomina está despierta, sale del agujero; está ceñuda y pensativa y a veces mira a Zampanò. Por fin se decide y se le acerca.

GELSOMINA (*Llamándolo*): ¡Eh!

GELSOMINA: Yo me voy.

Calla un instante, como esperando una respuesta; después, agrega:

< Me vuelvo a mi pueblo, porque ya me he hartado.

Zampanò aún no ha entendido muy bien; Gelsomina continua:

GELSOMINA: No es por el trabajo. El trabajo puede pasar. Me gusta ser artista.

Tiene un momento de vacilación, brevísimo; después dice:

< Es usted quien no me gusta.

ZAMPANÒ no contesta en seguida; después, con voz alterada por el sueño, pregunta:

ZAMPANÒ: ¿Eh?... ¿Qué pasa?

GELSOMINA: ¡Me vuelvo a mi casa!

Zampañò la mira un momento; después se tumba de nuevo en silencio, dándole la espalda.

ZAMPANÒ: ¡Déjame en paz, boba!

Gelsomina lo mira aún unos instantes, después se dirige hacia la puerta y sale.

GELSOMINA: Y le dejo los zapatos... y el abrigo. ¡Se lo dejo todo!

Exterior era alquería. Efecto alba.

Gelsomina sale del establo. La era está semidesierta; Gelsomina se dirige hacia el motocarro, quitándose los zapatos. Los tira dentro del remolque. Se quita el capote y se pone su viejo abrigo. Coge sus alpargatas de tela, las golpea una contra otra, barbotando algo para sí, y después se aleja.

Se detiene todavía un momento, mirando hacia el establo, como si esperase que la llamaran. Pero no ocurre nada. Entonces echa a andar por un sendero.

GELSOMINA (*Gritando*): ¡Yo me voy!

FUNDIDO.

Exterior carretera nacional. Día.

Gelsomina camina por la carretera que lleva al pueblo. Después se detiene, mira indecisa en torno, no sabe qué hacer.

Se sienta en la cuneta y recoge un insecto. Lo pone en el dorso de la mano. Lo mira fascinada, y después le sopla. Se arrebujaba en su abrigo, cada vez más triste, mientras una pequeña banda de tres músicos se acerca por el campo que costea el camino. Marchan uno tras otro, tocando un alegre tema. Gelsomina los mira asombrada, atraída por la repentina y festiva aparición. Se ha olvidado ya de su propia melancolía y los sigue, bailando grotescamente,

FUNDIDO.

Exterior calle pueblo. Noche.

Bajo unos arcos de bombillas de colores, está desfilando la procesión del Santo Patrono. El sonido de la banda municipal se aleja ya; pasan los curas vestidos de ceremonia, y pasa la imagen del santo, llevada a hombros, entre luces, antorchas y cantos. Gelsomina, casi aplastada contra una pared, se santigua, se arrodilla, vuelve a levantarse; sigue con la mirada la imagen que se aleja ondulando, luminosa, sobre la negra multitud.

Ahora pasan ante Gelsomina los aldeanos, hombres y mujeres, en una masa oscura. Gelsomina parece extrañamente sola y perdida en medio del bullicio. La procesión se aleja; Gelsomina echa de nuevo a andar, contra corriente, en el sentido opuesto, marchando al azar. Parece cansada, desamparada, hambrienta. Algunos comercios están aún abiertos. Gelsomina se para ante una enorme y desproporcionada tienda de electrodomésticos, cuyos grandes cristales, iluminados especialmente con neón, dejan ver docenas de aparatos eléctricos, blancos, siniestros, misteriosísimos. Copos de algodón que representan la nieve, guirnaldas plateadas y un árbol de Navidad que se enciende y se apaga hacen aún más triste el conjunto. Gelsomina mira extática; después sigue andando.

Exterior plaza feria pueblo. Noche.

Gelsomina asoma, desde la calle, a una plaza enteramente ocupada por barracones de feria: tiro al blanco, vendedores de buñuelos y azúcar hilado, algunos tiovivos, etc.

Reina el estruendo propio de esos lugares. Gelsomina avanza como una sonámbula, agotada de hambre y cansancio y aturdida por lo que la rodea y que, a pesar de todo, la atrae.

Pasa ante un vendedor de buñuelos y se queda inmóvil, como fascinada, contemplando a los que compran y comen. Después vuelve a echar a andar, y de pronto su mirada se clava, extática y estupefacta, en el fondo de la plaza, sobre las cabezas.

A la entrada de una calle lateral, al fondo de la plaza, hay un cable tendido entre dos casas, a la altura del segundo piso; en el cable, un hombre está en equilibrio. Gelsomina ya no ve ni siente otra cosa; se acerca lentamente, con la mirada hacia lo alto, fascinada.

El Loco empieza a comer.

PARTENAIRE: ¿Cómo? ¿Se sienta a la mesa sin decirnos siquiera que si gustamos?

LOCO: Aquí hay sitio; si alguien quiere venir, puede sentarse.

Gelsomina mira a su alrededor, divertida con la frase del Loco.

De pronto, la mesa y la silla caen al vacío.

La muchedumbre lanza un grito de espanto, pero el Loco voltea en el vacío agarrado a una pértiga, en equilibrio sobre el cable.

Ahora el Loco está en equilibrio sobre la cabeza, haciendo el pino. Gelsomina, admirada, aplaude frenéticamente con la multitud.

La partenaire pasa entre la gente agradeciendo las dádivas.

PARTENAIRE: Gracias... Gracias, señores... Gracias... El Loco se abre trabajosamente camino entre la gente y sube a su coche.

LOCO: Anna, te espero en el restaurante, eh...

PARTENAIRE: Está bien...

Gelsomina se acerca a la ventanilla del coche y mira al Loco aturdida y admirada.

El Loco, asombrado, le hace una mueca de divertida ironía y pone en marcha el coche, que avanza a duras penas entre la multitud.

El Loco ha terminado su primer número entre estruendosos aplausos del público. Ahora su partenaire, desde abajo, está presentando ante el micrófono su próxima y difícilísima actuación.

PARTENAIRE: Y ahora el Loco hará el más peligroso de sus ejercicios. Comerá un plato de spaghetti colgado en el vacío, a 40 metros del suelo. Les rogamos que guarden el mayor silencio durante todo el ejercicio, pues incluso la más pequeña distracción podría ser fatal.

La partenaire del Loco desplaza hacia arriba un faro del «Balilla», para iluminar al Loco.

PARTENAIRE: Señoras y señores, ¡con ustedes, el Loco!

El Loco avanza por el cable, teniendo en la mano una mesa, una silla y una larga pértiga.

PARTENAIRE (*Desde abajo*): ¡Eh! ¿Qué tal por ahí arriba? ¿Se está bien?

El Loco disponiendo la mesa sobre el cable.

LOCO: Sí, hace un poco de fresco, de modo que me ha entrado un hambre que parece dos hambres.

Gelsomina, atenta al espectáculo, mira a su alrededor y esboza una sonrisa.

LOCO: ¡Mecachis con el viento! ¡Se me ha llevado la servilleta!

FUNDIDO ENCADENADO.

Exterior café plazuela.

Ya es noche cerrada.

En una plazuela semioscura y desierta, están cerradas puertas y ventanas, salvo la entrada de un pequeño café, por la que sale algo de luz. Ante el café, Gelsomina, casi embrutecida por el cansancio y el vino que le han ofrecido, hace lastimosas bufonadas ante un grupo de soldados.

Camina hacia adelante y hacia atrás a paso militar, se para, da media vuelta, saluda, siguiendo las órdenes que los otros le gritan riendo:

GELSOMINA: Un, dos... Un, dos... Un, dos... ¡Alto!... ¡Saludo al coronel!... ¡Media vuelta!... Saludo... Adelante, ¡march!...

SOLDADO: ¡Qué loca!

Gelsomina se tambalea; prosigue su payasesca exhibición a su pesar, como si la obligaran, tras haberse encogido de hombros con enojado cansancio.

GELSOMINA: ¡Uf!...

Saluda torpemente, vuelve a ponerse en marcha.

LOS SOLDADOS: Un, dos... Un, dos... Vuelta a la derecha... ¡Media vuelta!... ¡Media vuelta!... ¡Media vuelta!...

Los soldados tratan de arrastrar con ellos a Gelsomina. Gelsomina se suelta, uno de ellos la tira al suelo. Al caerse, el abrigo le queda sobre la cabeza. Gelsomina se libra de él. Su cara tiene una expresión atontada, de quien no comprende dónde se encuentra.

El estruendo de una motocicleta que se acerca y se detiene le parece irreal, se confunde con el zumbido que ensordece sus oídos.

Cierra los ojos; cuando los vuelve a abrir y mira a su alrededor, ve parado no muy lejos el motocarro de Zampanò.

Zampanò, en la motocicleta, la está mirando en silencio. Gelsomina lo mira primero incrédula; después, con un instintivo movimiento de rebelión y terror, tratando de evitarlo y dando vueltas.

GELSOMINA: ¡No!... ¡Yo no voy!... ¡No voy más con usted!... ¡No voy!
(*La voz se le altera en un llanto desquiciado*) ¡No, no! ¡No!

Los soldados, que aún no entienden nada, parecen inseguros, se ríen. Zampanò baja despacio de la motocicleta, mirando a los soldados con tranquilo aire de desafío. Después se dirige a Gelsomina. Le dice brevemente:

ZAMPANÒ: Monta.

Gelsomina empieza a girar en torno a Zampanò, dando vueltas cada vez más grandes, lloriqueando, rebelde y espantada. Hace ademán de asestarle una patada. Después corre a refugiarse en una esquina. Zampanò la alcanza.

Le da dos violentísimos bofetones. Después la empuja hacia el vehículo, diciendo secamente, en tono helado:

ZAMPANÒ: ¡Monta!... ¡Y estate callada!...

Y como los soldados, que primero se reían, esbozan ahora una exclamación de protesta, los mira un momento con aire desafiante.

ZAMPANÒ (*A los soldados*) : ¿Tienen algo que decir? ¡Ah!, creía...

Después monta en la motocicleta, mientras Gelsomina trepa trabajosamente a ella, y se pone en marcha.

FUNDIDO.

Secuencia VIII.

GELSOMINA Y ZAMPANÒ SON «CONTRATADOS» POR EL CIRCO COLOMBAIONI. EL LOCO Y ZAMPANÒ NO SE LLEVAN BIEN. EL LOCO TOCA PARA GELSOMINA UNA ANTIQUÍSIMA CANCIÓN.

Interior motocarro. Día.

En el interior del motocarro, Gelsomina se despierta. Zampanò no está a su lado. Gelsomina tiene un aspecto salvaje, está como sumida en un sombrío abatimiento.

Mira trabajosamente a su alrededor, sin comprender bien dónde se encuentra. Del exterior llega un rebuzno, repetido.

Gelsomina se alza sobre el codo, se dobla hacia el exterior, mira hacia fuera y sale del motocarro.

Exterior circo. Día.

El motocarro está parado junto a los carromatos y la carpa de un pequeño circo instalado en una plazuela destartada de la periferia de Roma. Sólo hay dos carromatos, la carpa es de modestísimas dimensiones. Entre la carpa y los carromatos, en un clima de era rústica, hay también un asno.

Gelsomina mira a su alrededor. No comprende. Da unos pasos, insegura. Un hombre, con un niño en brazos, y una mujer, la saludan. Gelsomina busca con la mirada a Zampanò, pero Zampanò no aparece.

De pronto, del interior de la carpa junto a la que se ha detenido el motocarro, sale el sonido de un violín que interpreta, de modo dulcísimo, la melodía del XVII que Gelsomina oyó un día de lluvia.

SONIDO VIOLÍN OFF (melodía del XVII).

Gelsomina se estremece levemente, vuelve el rostro hacia la carpa y escucha, muy turbada. Después se acerca a la carpa del circo y espía por una rendija el interior.

Interior circo. Día.

En el interior del pequeño circo desierto, bajo los aparatos que cuelgan de lo alto, inmóviles, un muchacho de aspecto extravagante y desmadejado está tocando un violín, sentado en el respaldo de una silla, donde pone los pies. Acompaña la melodía con extraños gestos de la cara y del cuerpo; de vez en cuando se interrumpe para fumar.

(SONIDO VIOLÍN.)

Es el mismo que Gelsomina vio danzar sobre un cable entre dos casas la noche de su fuga.

Exterior circo. Día.

Gelsomina está espiando, fascinada, por la rendija de la carpa, cuando es sacudida por la voz de Zampanò, que la llama.

VOZ ZAMPANÒ (*Off*) (*Silba*): ¡Eh!...

Zampanò está en la terracilla de uno de los carromatos y le hace vigorosos gestos para que vaya hacia allí. Está en compañía de un hombre y una mujer, sentados en una mesa.

Gelsomina, rebelde, se encoge de hombros y no se mueve.

Zampanò ve con el rabillo del ojo que Gelsomina no se ha movido y se vuelve de nuevo hacia ella, escrutándola irritado.

Repite, menos fuerte, pero con fría decisión.

ZAMPANÒ: ¡Ven aquí un momento! Vamos, ¡muévete!

Gelsomina no puede resistirse. Se apresura a obedecer, pero esta forzada obediencia aumenta su salvaje abatimiento.

Exterior carromato circo. Día.

Gelsomina se reúne con Zampanò y el matrimonio, que son los propietarios del circo.

Colombaioni tiene el indefinible aspecto del viejo clown; algo de bonachonamente patriarcal e histriónico. Está sentado, en chaleco y con el sombrero puesto. La dueña, en cambio, es bajita; de unos cincuenta años, aún conserva ciertas pretensiones de elegancia, como se deduce de sus uñas medio pintadas y medio sin pintar.

ZAMPANÒ: Aquí está (*A Gelsomina*)

Gelsomina se queda inmóvil junto a la terracilla; la dueña le dice, con reservada cordialidad:

DUEÑA (*En véneto*): Pase, pase. Siéntese.

Gelsomina entra despacio en la terracilla; la dueña la saluda.

DUEÑA: Buenos días.

Zampanò, con tono de paternal importancia, dice a Gelsomina:

ZAMPANÒ: Saluda a la señora.

Gelsomina tiende apenas la mano, murmurando:

GELSOMINA: Gelsomina di Costanzo.

DUEÑA: Mucho gusto.

COLOMBAIONI (*En véneto*): Mucho gusto.

La dueña tiende una taza de café a Gelsomina, que se ha quedado inmóvil con los brazos colgantes, mirando muy impresionada aquella pequeña casa ambulante.

DUEÑA: ¿Le apetece una taza de café?

Gelsomina, cogida de sorpresa, no contesta y no sabe si tomar la taza; Zampanò interviene, con paternal agresividad:

ZAMPANÒ: Cógela, ea, cógela.

Gelsomina coge la taza, susurrando:

GELSOMINA: Gracias...

ZAMPANÒ (*Con complacida superioridad, como justificando la actitud de Gelsomina*): Se lo he enseñado yo todo. Cuando la cogí, ni siquiera tenía zapatos. No es gente como nosotros, que hemos visto mundo. Ahora trabaja, toca el tambor, canta, números cómicos...

Gelsomina, con la cabeza gacha, empieza a remover lentamente, en silencio, su café.

COLOMBAIONI (*Poniéndose en pie, grita*): ¡Maldito viento! ¡Nazareno!... ¡Mira la carpa, que se nos vuela!

COLOMBAIONI (*A Zampanò*): Les advierto que yo no pago. Si se contentan con las propinas... También los demás artistas trabajan así. Pasan el sombrero..., yo no doy nada a nadie.

ZAMPANÒ (*Con ostentosa y bonachona cordialidad*): ¡Cuántos discursos!... ¿Es que nos hemos peleado alguna vez?

COLOMBAIONI: Entonces pueden comenzar esta tarde. Tiene ya su chica para pasar el sombrero... De acuerdo. Colombaioni y Zampanò se estrechan la mano, para sellar el trato, y se encaminan hacia la carpa del circo. Gelsomina, siempre asombrada, pregunta a la dueña.

GELSOMINA: ¿Dónde estamos?

DUEÑA: En Roma (*Señalando*) Aquello es San Paolo.

GELSOMINA: ¿Y nos vamos a quedar en el circo?

Gelsomina se reúne con Colombaioni y Zampanò, que entran bajo la carpa. Zampanò palpa la tela de la tienda como para comprobar su calidad. Se oye en off el sonido del violín.

ZAMPANÒ: Parece muy buena esta carpa...

COLOMBAIONI: Venga, pase...

Colombaioni lo coge del brazo.

ZAMPANÒ: Ah... oiga... ¿Cuánta gente cabe?

COLOMBAIONI: Cuatrocientos plazas sentados... y, después, de pie...

Colombaioni le indica a Zampanò al Loco, que sigue tocando.

COLOMBAIONI: ¿No lo conoce?

Zampanò mira al Loco, torvo y con aversión. Se quita el sombrero y murmura entre dientes:

ZAMPANÒ: ¡Buenos días!

El Loco deja de tocar y al ver a Zampanò demuestra una sorpresa exageradamente alegre: se echa a reír.

LOCO (*En toscano*): ¡Ji, ji, ji! ¡Mira quién está aquí! ¡«Sufil»!

El Loco se acerca a Colombaioni y a Zampanò, y dice, dirigiéndose al viejo dueño del circo.

LOCO: ¡Ah, ha hecho estupendamente al contratar a Zampanò! En un circo se necesitan animales. (*Ríe de nuevo, después, cordial, a Zampanò*) Bromeo, ya sabes que bromeo siempre. ¿Quieres una colilla? Ah, ya tienes una. (*A Colombaioni*) Realmente, tengo que decir que es un gran artista, y, además, ¡qué variedad de programas! (*A Zampanò*) Tendrías que hacer... Ah, sí, el número de la cadena. Hace mucho tiempo que no lo haces.

Zampanò aprieta las mandíbulas y está cada vez más torvo.

ZAMPANÒ: Oye, quiero darte un consejo de amigo. No me hables, no hables nunca conmigo, pues si no acabarás mal. ¿Está claro?

Zampanò se vuelve y se encamina a la salida. Gelsomina mira asustada al Loco: Pero... yo... estaba de broma... ¿Por qué te lo tomas así? (*Se ríe*)

ZAMPANÒ: ¡Te he advertido, eh!

Zampanò sale del circo, seguido por Gelsomina. El Loco la saluda.

LOCO: ¡Madame!

Gelsomina, con la cabeza vuelta hacia el Loco, choca cómicamente contra el marco de la puerta.

FUNDIDO.

[Exterior circo. Día.

Unas horas después. Zampanò está trabajando alrededor de su vehículo, con vistas a una instalación duradera. Allana la tierra, tiende una cortina, etc., con Gelsomina.]

Interior circo. Noche.

En la pista del circo, el Loco está haciendo un número cómico con un burro amaestrado.

Es un número realmente ingenioso, con mucho ritmo. Los bancos están casi todos ocupados por un público urbano, aunque de extrarradio, que sigue la exhibición con grandes carcajadas.

Gelsomina, con su lastimoso atuendo de siempre (gabán, chistera desfondada, etc.), sigue desde el fondo del «corredor de artistas» el número del Loco, con admiración y arrobada diversión. Algo detrás de ella, Zampanò, vestido de exhibición, lo contempla en un sombrío silencio. El Loco termina su número y se retira con el Enano hacia el corredor, mientras ambos tocan la habitual melodía, el Loco en un diminuto violín, el Enano en un trombón más grande que él.

LOCO (A Zampanò): ¡Animo, «Sufil»!

ZAMPANÒ (A Gelsomina): ¡Qué infeliz! El público aplaude frenéticamente. También Gelsomina inicia un aplauso excitadísimo; ni siquiera advierte que Zampanò se ha puesto a mirarla con sombría y agresiva gelidez.

El Loco vuelve a la pista a dar las gracias, después se dirige a la carrera hacia la salida.

LOCO (A Gelsomina): ¡Tranquila! ¡Todo saldrá muy mal!

Zampanò se dispone a entrar en la pista a su vez, mientras Colombaioni está anunciando ya su número.

COLOMBAIONI: Y ahora, señoras y señores, pasamos a un número bomba del Circo Jirafa: Zampanò, ¡el hombre de los pulmones de acero!

Zampanò entra en la pista, seguido por Gelsomina. Ambos saludan. Zampanò da media vuelta a la pista alzando las cadenas y sacando los músculos; después comienza su eterno pregón.

ZAMPANÒ: Señoras y señores, he aquí una cadena de un espesor de más de medio centímetro. Es de hierro colado y es más fuerte que el acero. Ustedes me verán atar la cadena en torno al pecho, y cerrarla firmemente con este gancho. Con la simple expansión de los músculos pectorales, o sea, del pecho, romperé el gancho. Alguno de ustedes puede decir que el gancho está aserrado por el medio. Un momento, ¡compruébenlo con sus propios ojos!

Zampanò tiende el gancho a Gelsomina.

< Por favor, señorita Gelsomina... Por favor.

Mientras Gelsomina coge el gancho y empieza a dar una vuelta entre el público, el Loco, vestido de payaso, va a sentarse entre la gente.

LOCO (*Aplaudiendo*): ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravísimo! ¡Bis! ¡Bis! ¡Bien!
¡Muy bien! (*Remeda a un hombre sometido a un intenso esfuerzo*)

Gelsomina se encuentra frente a él; Zampanò lo ve, se altera, pues la gente, distraída y divertida, mira al Loco, riéndose. Sin embargo Zampanò prosigue, en voz más alta.

ZAMPANÒ: Este trozo de tela no es para protegerme... (*Zampanò se interrumpe ante las bufonadas del Loco*) ... sino para evitarles a ustedes la vista de la sangre, en el caso de que el gancho se hundiese en la carne... (*Las payasadas del Loco siguen acompañando al pregón de Zampanò*)

El Loco finge un grotesco espanto.

La gente se ríe; Colombaioni, desde el pasillo, hace ademanes perentorios hacia el Loco, llamándolo; el Loco no se da por enterado y finge un interés espasmódico por el ejercicio de Zampanò. Zampanò, torvo y con las mandíbulas contraídas, prosigue:

ZAMPANÒ: No voy a decirles que se necesita la fuerza de dos parejas de bueyes, quizá no todos ustedes sean expertos; pero cualquiera puede comprender que se necesitan tres cosas: pulmones sanos, costillas de acero y fuerza sobrehumana... Si hay alguna persona delicada entre el público le aconsejo que no mire... El tambor sonará tres veces.

Ahora Zampanò, tumbado en la pista y atado con las cadenas, está haciendo su consabido esfuerzo bestial para romper el gancho.

ZAMPANÒ: Señorita Gelsomina, ¡por favor!

Gelsomina toca el tambor, como de costumbre, pero su mirada ansiosa pasa de Zampanò al Loco. Este, que sigue entre el público, dice de repente:

LOCO: ¡Zampanò!... Oye, perdona... ¡Te llaman al teléfono! ...

La gente se ríe; Zampanò aprieta las mandíbulas y hace saltar el gancho con un último y espasmódico esfuerzo. Después se levanta, jadeante, sudoroso y alza la cadena rota entre los brazos abiertos, con su habitual gesto, mientras el altavoz transmite una musiquilla galopante y el público aplaude.

(MÚSICA ALTAVOZ, APLAUSOS.)

Pero en lugar de dar la vuelta a la pista, Zampanò se lanza por el corredor de salida. Tiene los ojos inyectados en sangre. Gelsomina lo sigue asustada. Colombaioni y otros artistas que están en el corredor lo rodean tratando de apaciguarlo y contenerlo, mientras entra en la pista una muchacha con faldellín y comienza la «danza salvaje».

COLOMBAIONI (*A media voz*): Déjelo... Ya hablaré yo con ese sinvergüenza...

ZAMPANÒ: ¿Dónde está? ¡Lo mato, eh!

Zampanò ni le contesta. Se lanza hacia la salida, buscando con la mirada; los otros lo siguen.

Exterior circo. Noche.

Zampanò sale, seguido por Colombaioni, la dueña y Gelsomina; en cuanto sale ve al Loco, que está deslizándose fuera de la carpa por una abertura lateral. Zampanò se le echa encima con la furia de un toro; Colombaioni casi no llega a tiempo de agarrarlo de los brazos, mientras Paolo, que estaba allí fuera, se interpone a su vez. El Loco se aparta de un salto. Zampanò le tira encima las cadenas.

El Loco escapa riendo. Colombaioni grita a sus espaldas.

COLOMBAIONI: ¡Esto tiene que acabar, eh! ¡Vagabundo!...

Zampanò, siempre presa del furor, mira a su alrededor para descubrir dónde se ha escondido el Loco.

ZAMPANÒ: ¿Dónde estás? ¿Dónde estás? ¿Está escondido ahí ese cerdo? ¿Dónde estás, cobarde? ¿Dónde estás? ¡Voy a quitarte para siempre las ganas de bromear! ¡Infeliz!...

Zampanò se pone la capa de su traje y sale del circo, jadeando pesadamente.

FUNDIDO ENCADENADO.

Exterior circo, Noche.

El espectáculo ha acabado. La sórdida plazuela está iluminada sólo por la cruda luz de una bombilla colgada a media altura, entre la carpa y los carromatos. Del interior de las «caravanas», cuyas ventanas dejan filtrarse algo de luz, llega un eco de voces. Todo alrededor hay oscuridad y silencio. Gelsomina y Zampanò, junto al motocarro, están preparándose para la noche.

Zampanò se lava en una palangana. Gelsomina lo ayuda solícita, todavía asustada por lo ocurrido entre el Loco y Zampanò.

GELSOMINA: ¿Por qué la tiene tomada ése con usted?

ZAMPANÒ: ¡Y yo qué sé!

GELSOMINA: Pero, ¿qué le ha hecho usted?

ZAMPANÒ: ¡Nada! Yo no le he hecho nada... Es él, que no deja de burlarse... Pero llegará el día en que me las pague todas...

GELSOMINA: Pero ¿quién es?

ZAMPANÒ: ¡Un bastardo, hijo de una gitana! ¡Eso es lo que es!

GELSOMINA: ¿Hace mucho tiempo que lo conoce?

ZAMPANÒ: ¡Demasiado!

GELSOMINA (*Con la palangana en la mano*): También lo conocía la Rosa, ¿eh?

ZAMPANÒ: Oye, él no sabe nada, ni de Rosa ni de ti. Nada... y no quiero oír hablar de él... ¡Vete a la cama!

Zampanò sube al motocarro y Gelsomina va a verter el agua de la palangana en un fregadero cercano. Gelsomina se queda absorta, muy turbada.

De pronto, en el silencio de la noche, llega de nuevo desde el otro lado de la carpa del circo el sonido del violín y su melodía acongojante.

SONIDO VIOLÍN OFF (melodía del XVII).

Gelsomina lo escucha arrobada. La habitual y profunda emoción se apodera de ella.

Como presa de una fascinación elemental, se dirige hacia el sonido.

Pasada la carpa, en un pequeño círculo de luz, está «acampado» el Loco; ha encendido un fuego ante su desvencijado «Balilla» y está sentado en el estribo, tocando.

Está solo.

Gelsomina se detiene a cierta distancia, mirándolo fijamente.

Pero no dice nada.

El Loco la ve; una sonrisa burlona, pero en el fondo cordial, aparece en su rostro.

Y como ella se queda allí quieta, contemplándolo; deja de tocar un instante y le hace un gesto con la mano de que se largue en seguida, en evitación de mayores males.

Gelsomina, como despertada por aquel gesto retrocede, volviéndose aún a mirar al Loco, que continúa tocando. Gelsomina llega al motocarro y trepa a él rápidamente.

Interior motocarro. Noche.

Gelsomina sube a toda prisa al motocarro, aovillándose en su sitio. Zampanò duerme profundamente. Gelsomina lo mira en la oscuridad. Desde el exterior llega, más atenuado, el sonido del violín.

(SONIDO DE VIOLÍN.)

FUNDIDO.

SEGUNDA PARTE

Secuencia IX.

PELEA FURIBUNDA ENTRE ZAMPANÒ Y EL LOCO. ZAMPANÒ VA A LA CÁRCEL.
DIÁLOGO NOCTURNO ENTRE GELSOMINA Y EL LOCO

Exterior circo. Noche.

Gelsomina vuelve hacia el motocarro con un cubo de agua; viene desde la fuente pública, que está en la calle, y atraviesa la explanada del circo.

La carpa está completamente levantada en torno a la pista, que así resulta visible desde fuera. La curiosidad de Gelsomina es atraída por los ejercicios de entrenamiento que realizan en la pista algunos artistas. Retarda el paso, se para a mirar.

Interior circo. Día.

En la pista, mientras Paolo vigila en un lado los saltos mortales y las cabriolas de los muchachos, el Loco habla animadamente con Colombaioni. Advierte la presencia de Gelsomina y dice:

LOCO: ¡Ah! Ya se lo he dicho, tiene justamente la cara adecuada. ¿No lo ve?

El Loco le tiende una trompeta y dice expeditivamente:

LOCO: Cógela... Ven, ven, ven aquí...

Después, como Gelsomina se queda cohibida e indecisa, entre la trompeta y el cubo, el Loco le quita el cubo de la mano.

< ¡Deja el cubo en el suelo! ¡Qué pachorra!

Lo deja en el suelo y prosigue, dirigiéndose a Colombaioni:

< He hecho tantas veces este número, cuando tenía chica... Y siempre fue un gran éxito...

Se vuelve otra vez hacia Gelsomina, le pone la trompeta en los labios, diciendo:

LOCO: ¡Vamos, trata de tocar! ¡Animo!

Gelsomina, vacilante, sopla la trompeta; sale un sonido desafinado y desgarrador, que le hace dar un salto, asustada.

(SONIDO DESAFINADO TROMPETA.)

LOCO: ¡Ohhh! ¡Magnífico! ¿Sabes que tienes grandes disposiciones? Ahora, trata de entenderlo bien. Yo toco el violín...

Inicia un tema, después se interrumpe.

(SONIDO VIOLÍN.)

LOCO: Y cuando hago así, tú llegas por detrás —callada, calladita, desde allí— y tocas la trompeta como has hecho ahora.

La empuja hacia el lugar indicado.

LOCO: Entonces, vamos a probar.

Gelsomina da unos pasos, después se detiene, se vuelve. Está muy angustiada y desorientada.

GELSOMINA: No puedo.

LOCO: ¿Por qué?

GELSOMINA: Zampanò no quiere.

LOCO (*A Colombaioni, con irónico aire de víctima*): ¿Ha oído? ¿Qué?... ¡Y luego dice que la culpa es mía!

Colombaioni está molesto; le pregunta a Gelsomina:

COLOMBAIONI: ¿Dónde está Zampanò?... Ve a llamarlo, que yo le hablaré...

GELSOMINA: No está. Ha ido a la ciudad.

COLOMBAIONI (*Algo impaciente*): Está bien, le hablaré después... ¡No te va a comer!... Aquí somos como una familia, trabajamos todos juntos... Lo que aprendas, eso saldrás ganando..., ¿no? El Loco vuelve a empujarla hacia la salida.

LOCO: Entonces, ¿te acuerdas?... Cuando he llegado aquí... ¿eh?... ¿Entendido? ¿Lo has entendido, en serio?

Repite el motivo, después la coloca en el sitio deseado, vuelve al centro de la pista y le da la espalda.

(SONIDO VIOLÍN.)

LOCO: Atenta, ahora. ¡Voy a tocar para ustedes una canción muy, muy triste!

El Loco toca el violín con recargado sentimentalismo, cerrando los ojos y retorciéndose.

Gelsomina sigue muy atenta, aunque todavía perpleja; Colombaioni le hace un gesto para que se acerque.

COLOMBAIONI: Anda...

Gelsomina se acerca cautelosamente a espaldas del Loco; éste llega al punto indicado y se interrumpe; pero el sonido de la trompeta no se oye. Entonces se vuelve a mirar a Gelsomina, que a su vez lo está mirando a unos pasos de distancia.

Gelsomina toca precipitadamente la trompeta; y se queda mirando al Loco, cortada.

(SONIDO DESAFINADO DE LA TROMPETA.)

A su alrededor todos se ríen.

UN MUCHACHO: ¡Antes, boba!

El Loco, caricaturescamente serio, hace un grave ademán de aprobación a Gelsomina.

LOCO: ¡Muy bien! ¡Estupendo! Estando con Zampanò hasta se hace uno inteligente. Y no esperes a que yo haya acabado: ¡tienes que interrumpirme! ¡Y además te dije que tenías que venir a tocar aquí, donde yo estoy, majadera!

Gelsomina está insegura; intuye que le toman el pelo, pero empieza a divertirse y a excitarse. Vuelve corriendo a su sitio, dispuesta a entrar en acción. El Loco le da de nuevo la espalda y empieza a tocar.

(SONIDO VIOLÍN.)

Gelsomina se acerca a sus espaldas y suelta el consabido rebuzno de la trompeta, esta vez en el momento adecuado.

(SONIDO DESAFINADO DE LA TROMPETA.)

Esta vez se ha conseguido el efecto: todos se ríen. Gelsomina está muy satisfecha consigo misma y muy divertida. El Loco empieza otra vez. Gelsomina sopla la trompeta; sale un acorde casi entonado.

(SONIDO TROMPETA.)

LOCO: Otra vez.

Gelsomina vuelve a probar; el sonido mejora.

(SONIDO TROMPETA.)

LOCO: Repítelo muchas veces y da vueltas a mi alrededor. Vamos.

Gelsomina empieza a andar alrededor de la pista, repitiendo dos o tres veces el mismo acorde. De repente, le arrancan la trompeta de la mano. Se detiene y se vuelve espantada, encontrándose ante Zampanò, que mira a su alrededor con sombría cólera.

El Loco comenta la aparición de Zampanò con un burlón acorde de su violín.

(ACORDE DE VIOLÍN.)

Colombaioni se dirige a él inmediatamente.

COLOMBAIONI: ¿Qué pasa, Zampanò?... Está trabajando. Se lo dije yo...

ZAMPANÒ (*Torvo, alterado*): Esta trabaja conmigo. El Loco hace, en el violín, otro acorde burlón.

LOCO: Zum, zum...

COLOMBAIONI: Perdona, Zampanò, no le entiendo... Le he buscado, estaba en la ciudad, si no, se lo decía antes... No hay nada malo en que trabajemos todos juntos...

ZAMPANÒ: No trabaja con ése... El Loco repite el acorde.

LOCO: Zum, zum...

Zampanò se vuelve de repente hacia él, agresivo, amenazador, dispuesto a saltar.

LOCO: Yo contigo no hablo. Me has prohibido hablar y no hablo.

ZAMPANÒ (*Explotando, con furia contenida*): Aquí en ésta mando yo. Soy yo quien le digo con éste trabajas y con este vagabundo no trabajas. Con ése no trabaja, porque no. Porque no me da la gana. (*En su furia, se dirige al Loco y se le acerca, amenazador*) (*A Gelsomina*) Y si te veo otra vez...

El Loco, de improviso, se inclina, agarra el cubo que Gelsomina dejó en el suelo y arroja el agua a la cara de Zampanò.

(GRITOS.)

Zampanò se lanza con todo su peso sobre el Loco, que con un salto agilísimo salva la barandilla de la pista y se refugia entre los bancos. Zampanò lo sigue pesadamente. Ambos se persiguen entre los bancos, chocando con ellos y derribándolos, entre los gritos de todos; después el Loco sale al exterior.

Zampanò, echando saliva por la boca y mugiendo sordamente, se precipita detrás de él.

Colombaioni intenta en vano detenerlo, gritando a los presentes que sujeten a Zampanò.

COLOMBAIONI: ¡Zampanò! ¡Zampanò! ¡Deje en paz al Loco! ¡Goffredo! ¡Alfredo! ¡Sujetadlos, que se matan! Corre, Paolo, ¡que es un animal! ¡Malditos sean estos gitanos vagabundos!

Exterior circo y calle periferia. Día.

Zampanò sale al aire libre, con la navaja en la mano, persiguiendo al Loco. Los dos adversarios chocan con otras personas del circo, que acuden al ruido y se detienen, espantadas.

El Loco huye hacia la calle. Zampanò lo sigue. Llega a la calle que bordea el campamento mientras algunos transeúntes, aterrados, se echan a un lado. Zampanò ya no razona. Ve al Loco precipitarse en el interior de una hostería y se lanza contra la puerta, entrando a su vez.

(GRITOS.)

Interior hostería. Día.

El Loco escapando y Zampanò persiguiéndolo con la navaja atraviesan el local, entre el susto y la alarma de los clientes, que se ponen en pie y gritan.

(GRITOS, ESTRUENDO DE SILLAS DERRIBADAS.)

El Loco lanza una silla a las piernas de Zampanò y se escurre hacia la puerta de la cocina.

LOCO (*Antes de desaparecer tras la puerta*): ¡Eh! ¡Tengan cuidado! ¡Lleva una navaja! Los perseguidores se arrojan sobre Zampanò para inmovilizarlo. Zampanò se suelta violentamente y los amenaza con la navaja. Zampanò resopla, amenazador.

ZAMPANÒ: ¡Al primero que se me acerque, lo mato!

Y se tira contra la puerta. La puerta rechina, se bambolea.

ZAMPANÒ: ¡Abre la puerta! ¡Sal de ahí, cobarde!

Los gritos se hacen más fuertes. De pronto, en medio del jaleo, se ve entrar rápidamente a dos guardias, que se abren paso a codazos entre la multitud.

GUARDIAS: ¡Atrás, quédense atrás! ¿Qué pasa aquí?

MUCHACHO DEL CIRCO: ¡Nada! ¡Nada!

GUARDIA (*A Zampanò*): Eh, tú. ¡Tira esa navaja! Zampanò, intimidado, se rinde.

(FUNDIDO.)

Exterior circo. Día. Efecto ocaso.

Colombaioni, ayudado por Charlot, Aida y los niños, está desmontando el circo; los bancos y las tablas son llevados al exterior y apilados dentro del segundo carromato.

Gelsomina está silenciosa, asustada, desalentada.

Colombaioni está visiblemente malhumorado.

Después, volviéndose a Gelsomina, resentido, dice:

COLOMBAIONI: Nunca nadie le hizo desempeñar semejante papel al circo Jirafa (*Insistiendo en su malhumor, como si no lo hubieran oído*) Los guardias aquí dentro, llevándose a la gente esposada, no habían venido nunca.

GELSOMINA (*Mortificada, pero impulsada por un deseo de justicia*): La culpa fue de ése...

COLOMBAIONI: Colombaioni nunca tuvo nada que ver con la justicia...

Colombaioni se aleja, mientras sigue refunfuñando; Aida, que se ha acercado a Gelsomina, le pregunta, mientras Gelsomina, muy turbada, está a punto de dirigirse al motocarro.

AIDA: ¿A dónde piensas ir ahora?

Gelsomina se encoge de hombros, desalentada. La dueña, compasivamente, le propone:

VOZ DUEÑA (*Off*): Si quieres venir con nosotros. Cuando salga, iré a buscarte.

El ofrecimiento impresiona hondamente a Gelsomina. Aída interviene con mayor energía, con evidente antipatía por Zampanò.

AIDA: Sí, mujer, déjalo. ¡Bendito hombre! A ése es mejor perderlo que encontrarlo.

DUEÑA: ¿Qué quieres hacer, tú sola? Aquí, al menos, un trozo de pan lo tienes seguro.

Gelsomina está turbada; se siente tentada; mira a una y a otra, y acaba preguntando, dudosa:

GELSOMINA: Pero... ¿y la moto?

DUEÑA: Se la llevamos a los guardias, ellos se ocuparán...

GELSOMINA: ¿Y yo dónde duermo?

AIDA: Ven a dormir conmigo. Hay sitio. Gelsomina está aturdida; mira hacia la casita ambulante y pregunta, casi sin creérselo:

GELSOMINA: ¿Ahí dentro?...

Colombaioni, que estaba trabajando por allí, lanza una brusca llamada a Aida.

COLOMBAIONI: ¡Muévete, muévete de una vez!... Hay que desmontarlo todo, mañana de madrugada, a las cuatro, estará aquí el remolque.

Aida obedece en seguida; Colombaioni se dirige a Gelsomina, diciéndole con brusquedad:

COLOMBAIONI: Haz lo que te parezca; si quieres venirte, te vienes; si quieres esperarlo, espéralo. Pero dile que con nosotros no vuelve a trabajar. Ni él, ni el otro; con Colombaioni no trabajan más... Y se entrega de nuevo a su trabajo. Gelsomina se queda inmóvil, turbada, vacilante.

FUNDIDO ENCADENADO.

Exterior circo. Noche.

Ahora también la carpa está desmontada; sólo queda el gran palo central, desnudo y liso, y algunos bancos diseminados aquí y allá.

Todos se han ido a dormir. Los carromatos, el motocarro, el viejo «Balilla» del Loco, diseminados en el vacío y la oscuridad, parecen los restos de un naufragio.

Exterior circo. Noche.

Fuera, en la oscuridad, junto al motocarro, está el Loco.

LOCO (*A media voz*): ¿Dormías?

Gelsomina lo mira con una mezcla de aprensión y curiosidad. Responde en voz baja:

GELSOMINA: No.

Vuelve a su alrededor, lentamente, los ojos, buscando a Zampanò.

LOCO: Zampanò aún está dentro; quizás lo suelten mañana.

GELSOMINA: ¿Mañana?

Gelsomina no dice nada más y sigue mirando de la misma manera al Loco, que entre tanto echa una ojeada en torno y se lía un cigarrillo; dice, indicando el circo desmontado.

GELSOMINA (*Sin animosidad*): La culpa ha sido suya, porque Zampanò no le había hecho nada...

El Loco ríe en voz baja, mirándose las manos que lían el cigarrillo.

GELSOMINA: Entonces, ¿por qué le han dejado salir a usted?

El Loco responde tranquilamente, serio, acabando de liar el cigarrillo y sin mirar a Gelsomina:

LOCO: Por la ley del embudo. (*Socarrón*) Bueno, quizás desde cierto punto de vista la culpa era mía, pero la navaja la tenía él.

Escupe, se pone el cigarrillo en los labios y dice, expeditivo pero cordial:

LOCO: Baja de ahí, anda... ¡Baja!

Gelsomina titubea. El Loco, para persuadirla:

LOCO: ¡Oh! ¡No le vendrá mal estar un poco a la sombra!... ¡Tiene tanta vida por delante! Soy yo el que moriré pronto. ¡Ah, qué rico airecillo! Sentémonos un poco aquí.

El Loco se acerca a un banco. Gelsomina baja del motocarro y se reúne con él, inquieta y turbada. El Loco se vuelve a medias.

LOCO: ¡Oh! ¡Qué bonita bata llevas!

Gelsomina lleva sobre los hombros una manta que le llega hasta los pies.

LOCO: Siéntate.

Gelsomina está incierta.

< ... ¡Vamos, siéntate!

El Loco y Gelsomina se sientan en dos bancos, uno junto al otro. El Loco la mira con una diversión mezclada con ternura.

LOCO: ¡Qué cara más graciosa tienes!... ¿Estás segura de que eres una mujer?... ¡Pareces una alcachofa!

Gelsomina, ante las palabras del Loco, esboza una sonrisa; después se enfurruña. Se levanta, da unos pasos.

GELSOMINA: No sé si quedarme con Zampanò. Me han dicho que me vaya con ellos...

LOCO: Bueno, no es mala ocasión para dejarlo plantado, ¿no?

El Loco estalla en repentinas risas y se tumba en el banco.

LOCO: ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¿Te imaginas la cara que pondrá mañana cuando salga y no encuentre a nadie?... ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Tendrías que hacerlo, sí! ¡Ja, ja, ja! ¡Qué animal!... Yo, yo no tengo nada contra él, sólo que cuando lo veo me entran ganas de cabrearlo... ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja!... no sé por qué... ¡Ja, ja, ja!...

Gelsomina lo mira en silencio, con aire mortificado. El Loco deja de reírse, vuelve a sentarse y continua, muy serio:

Te juro que no lo sé; me entran ganas de hacerlo... Pero, tú, ¿cómo has ido a caer con Zampanò? Gelsomina baja los ojos y se encoge de hombros:

GELSOMINA: Le dio diez mil liras a mi madre...

LOCO: ¡Nooo! ¿Tanto?

GELSOMINA: Tengo cuatro hermanas, todas más pequeñas que yo.

LOCO: ¿Lo quieres?

GELSOMINA: ¿Yo?...

LOCO: Sí, sí, tú..., ¿quién va a ser?... Podías haberte escapado, ¿no?

GELSOMINA (*Casi llorando*): Lo intenté... Y nada...

LOCO (*Impaciente*): A veces me pones nervioso. ¿Qué significa nada? Si no quieres quedarte con él, vete con éstos, ¿no?

GELSOMINA (*llorando*): Si me voy con ellos es lo mismo... Si me quedo con Zampanò es lo mismo... ¿Qué cambia si me voy con ellos?... Yo no valgo para nada, ¡eso es! ¡Uf, estoy harta de vivir! Gelsomina va a sentarse en un banco algo apartado y continúa llorando desconsoladamente. El Loco se inclina hacía ella.

LOCO: ¿Sabes guisar?

GELSOMINA (*Sorbiendo por la nariz*): ¿Qué?

LOCO: He dicho que si sabes guisar...

GELSOMINA: No.

LOCO: Entonces, ¿qué sabes hacer? ¿Cantas? ¿Bailas?

GELSOMINA: Un poco...

LOCO: Quizás... ¿te gusta hacer el amor? ¿Eh?

Gelsomina, en el colmo del envilecimiento y de la confusión, lanza una especie de maullido. El Loco se ríe, irónico.

LOCO: Entonces, ¿qué es lo que te gusta? (*La mira, implacable*) Y, encima, eres fea.

Gelsomina está aplastada por la sensación de su absoluta inutilidad, y murmura, con los ojos llenos de lágrimas:

GELSOMINA: ¿Qué hago yo en el mundo?

El Loco ríe de nuevo; después, tranquilo, pregunta:

LOCO: Dime... ¿Y si te dijera que vinieras conmigo? Te enseñaría a andar por el cable, allá arriba, en el aire, con todas las luces sobre ti. Tengo un coche, no paramos nunca, nos divertimos un montón. ¿Te gustaría? ¿Eh?

Gelsomina lo escucha con interés e ingenua credulidad. El Loco continúa, brusco:

LOCO: Y, en cambio, nada; te toca quedarte con tu Zampanò, a hacer todas esas estupideces y a que te tundan a palos como a un burro.

Gelsomina, como zaherida por las palabras del Loco, repite su maullido.

El Loco ríe nuevamente; después, con repentina pesadumbre:

LOCO: ¡Ay!... Así es la vida. Pero, dime, Zampanò no te tendría con él si no le sirvieras para algo... Eh, ¿qué hizo aquella vez que te escapaste?

GELSOMINA (*Con la cabeza gacha*): ¡Me dio una de bofetones...!

El Loco sacude la cabeza, divertido; después, con tono falsamente serio:

LOCO: Pero, ¿por qué no te dejó marchar?... No lo entiendo. Yo no te tendría conmigo ni siquiera un día. Quién sabe, quizás...

El Loco se interrumpe, ante una idea repentina.

LOCO: ... quizás te quiere.

GELSOMINA: ¿Zampanò?... ¿A mí?...

LOCO: Sí..., ¿por qué no? Él es como un perro. ¿No has visto nunca a esos perros que nos miran, y parece que quieren hablarnos, y en cambio no hacen más que ladrar?

GELSOMINA (*Con pena*): Pobrecito... (*Mira al Loco, como esperando una confirmación*) ¿Eh?

LOCO: Je, je..., claro, pobrecito...

El Loco se levanta del banco. Ahora está pensativo, triste. Se vuelve a Gelsomina.

LOCO: Pero... si tú no estás con él... ¿quién va a estar?

Gelsomina está afectadísima. El Loco la mira en silencio, un instante; después se aleja unos pasos con las manos en los bolsillos, y sigue hablando.

LOCO: Soy un ignorante, pero he leído algún libro... No te lo creerás, pero todo lo que hay en este mundo sirve para algo... Mira..., toma... esa piedra, por ejemplo...

Gelsomina le interrumpe y pregunta desconsideradamente:

GELSOMINA (*Voz off*): ¿Cuál?

LOCO: Pues..., ésta, una cualquiera...

El Loco se inclina a recoger un guijarro y se lo enseña a Gelsomina.

< Bueno, también esto sirve para algo... Incluso esta piedrecita.

GELSOMINA: (*Mirando atentamente la piedra que el Loco tiene en la mano*): ¿Y para qué sirve?

LOCO: Sirve... ¿yo qué sé? Si lo supiera, ¿sabes quién sería?

GELSOMINA (*Voz off*): ¿Quién?

LOCO: El Padre Eterno, que lo sabe todo. Cuándo naces. Cuándo mueres... ¿Quién puede saberlo? El Loco se acerca más a Gelsomina.

< No..., no sé para qué sirve esta piedra, pero para algo debe servir... Porque si fuera inútil, entonces todo sería inútil...

Mira al cielo.

< ...incluso las estrellas.

Lanza la piedra al aire y la vuelve a coger.

LOCO: Al menos, eso creo.

Se sienta junto a Gelsomina y prosigue, enternecido:

< Y también tú..., también tú sirves para algo... con tu cabeza de alcachofa...

Hay un silencio. Gelsomina da vueltas entre las manos, observándola, a la piedrecita que el Loco le dio. Después se levanta, da unos pasos, y como..., como si en su interior se hubiera desatado un nudo de cosas comprendidas y nunca expresadas, empieza a hablar, entre risueña y angustiada.

GELSOMINA: ¡Voy a quemarlo todo, colchones, mantas, todo! ¡Así aprenderás! Yo nunca dije con ése no quiero irme. Dio diez mil liras, me pongo a trabajar. Y él, golpes...

El Loco la observa divertido y se echa a reír. También Gelsomina ríe; después sigue andando de abajo a arriba, mientras continúa hablando y se dirige de vez en cuando al Loco.

GELSOMINA: ¿Qué le parece? No piensa. (*Tocándose la frente*) Y yo se lo digo y él, ¿cómo? ¿Para qué sirve, entonces? Y hasta le pondré veneno en la sopa. ¿Ah no? Y lo quemo todo, todo. Si yo no estoy con él ¿quién va estar? ¿Eh?

El Loco le sonrío levemente, después cambia de tema.

LOCO (*Amable*): De modo que te han dicho que te quedas con ellos, ¿eh?

Gelsomina mira de nuevo la piedra, fascinada, y no oye la pregunta del Loco. El Loco silba para llamar su atención.

< ¡Eh! ¡Sssssss!

Después se levanta y se acerca a Gelsomina.

< ¡Despierta! Te pregunté si te dijeron que te quedaras con ellos.

GELSOMINA (*Hace un gesto afirmativo con la cabeza*); Mmmmmm.

LOCO: Y... de mí, ¿has oído decir algo?

GELSOMINA (*Bajando la cabeza*): Han dicho que no quieren que trabaje más con ellos. Ni usted, ni Zampanò.

El Loco se encoge de hombros y contesta en tono orgulloso, pero con un poso de auténtica soledad, caminando de acá para allá.

LOCO: ¿Y quién quiere quedarse? Allá donde voy, ¡hago dinero a espuestas! Son ellos los que me necesitan, yo no necesito a nadie... Yo... hoy estoy aquí, y mañana, quién sabe... Cuanto menos estoy en un sitio, mejor, porque la gente me aburre en seguida, eso es. Y... me voy por mi lado. Soy así, qué le vamos a hacer. No tengo casa, ni techo.

Gelsomina que hasta ahora le ha escuchado atentamente, le pregunta:

GELSOMINA: ¿Y por qué dijo antes que moriría pronto?

El Loco, de momento, no recuerda, después...

LOCO: ¡Oh!... Es una idea que siempre he tenido en la cabeza. Con mi profesión, qué quieres...

... Hace con la mano sobre el fondo del tabique posterior del motocarro el gesto de un hombre que marcha y se precipita en el vacío.

< Plum, plum, plum, plum, plum, ca... ta... pum. Me romperé el cuello un día u otro y nadie me buscará más.

GELSOMINA (*Apiadada*): ¿Y su madre?

El Loco elude la pregunta, y pregunta a su vez a Gelsomina:

LOCO: Entonces, ¿qué haces? ¿Lo esperas o te vas con estos?

Gelsomina no contesta, está insegura, no sabe qué hacer. El Loco decide por ella.

LOCO: Vamos, monta, que llevo la moto delante del cuartel. ¡Ánimo! Así él te encuentra allí cuando salga, ¿eh?

El Loco ayuda a Gelsomina a subir al motocarro y se monta él en el sillín.

LOCO: ¡Ah! ¿Es que no arranca este dinosaurio? Pone el motor en marcha y parte, riéndose de su habitual modo, irónico y tierno.

FUNDIDO.

Exterior calle. Cuartel periferia. Noche.

El motocarro llega ante el Cuartel de los Guardias, en una destartalada plazuela de la periferia, malamente iluminada.

El vehículo se detiene y el Loco baja.

LOCO (*Silbando*): ¡Qué cacharro!

Va hacia la parte posterior.

LOCO: ¡Vamos! ¡Ea, baja!

Gelsomina no baja, lo mira acurrucada en el interior.

Está muy turbada.

El Loco dice expeditivamente:

LOCO: El cuartel está ahí. Bueno, adiós..., me despido.

Gelsomina tiene un gesto de ansiedad casi infantil...

GELSOMINA: ¿Se marcha?

El Loco sonríe; pregunta, en un tono entre bromista y bonachón:

LOCO: S .  De verdad querr as venir conmigo?  Eh? (*Se ríe*)

Gelsomina no contesta.

LOCO (*Tranquilamente, con las manos en los bolsillos*); Claro, pero ya te lo dije, no llevo ninguna chica conmigo porque no la necesito.

Se quita la cadenita que lleva al cuello y se la pone a Gelsomina, canturreando el nombre de la muchacha. (*Explica, algo torpemente*): Ahí tienes, será... un recuerdo...  Adi s!

El Loco se va, canturreando siempre «Gelsomina, Gelsomina»; después, desde lejos, se detiene y saluda.

LOCO:  Adi s!  Adi s!

Gelsomina responde al saludo con la mano. El Loco se aleja más y grita:

LOCO:  Adi s, Gelsomina!

Gelsomina lo sigue con la mirada, apretando en el puño la medallita; después baja la cabeza, con una angustia hond sima.

FUNDIDO.

Exterior Cuartel periferia. D a. Efecto alba.

Se está haciendo de día. Algún cam n, alguna motocicleta atraviesan de vez en cuando la pequeña plaza, aún gris y desierta. Gelsomina está sentada en el estribo de la moto; parece no advertir el paso del tiempo, tan absorta y pensativa está. De repente, inconscientemente, alza la cabeza y la mirada hacia la puerta del Cuartel, al otro lado de la plaza, y ve a Zampan , que está yendo hacia ella. Se recobra, se pone en pie, llama...

GELSOMINA (*Voz off*):  Zampan !... Estoy aquí.

Zampan  se detiene, mira a su alrededor sorprendido y desconfiado. Ve a Gelsomina y su motocicleta parados all ; se queda contempl ndolos unos instantes con evidente asombro y creciente sospecha.

No dice nada. Se acerca despacio, torvo, mirando desconfiadamente ora al vehículo ora a Gelsomina. Se para ante Gelsomina, escrutándola. Tamb n Gelsomina lo mira fijamente. Está extrañamente turbada, trata de sonríe.

GELSOMINA: Me dijeron que fuera a trabajar con ellos... pero yo...

ZAMPAN : Podías haberte ido.

Gelsomina vacila un momento, mirando la piedrecita del Loco que sigue en su mano; después coge del interior del motocarro el chaquetón de

Zampanò y le ayuda a ponérselo.

Zampanò mira de nuevo al vacío, abrochándose lentamente el chaquetón.

FUNDIDO.

Secuencia X.

GELSOMINA Y ZAMPANÒ EN EL «NÚMERO DE LOS SABLES». EL MAR. MELANCOLÍA DE GELSOMINA, QUE SE ACUERDA DE SU CASA Y TOCA EN LA TROMPETA LA VIEJA CANCIÓN.

[Una plaza de pueblo. Día.

La hora del mercado y la acostumbrada confusión de una plaza de mercado.

En un rincón de la plaza, Gelsomina y Zampanò hacen sus juegos.

Zampanò, con una cuerda en la mano, está atando a Gelsomina, sentada en un taburete.

ZAMPANÒ (*Pregonando*): Atención, ahora les mostraré el único modo de tratar a las mujeres cuando se las ama y se las quiere.

Zampanò hace un gesto con los dedos bajo la garganta de Gelsomina, como diciendo que la degollaría muy a gusto. Alguien entre el público se ríe. También Zampanò ríe.

ZAMPANÒ (*Atando a Gelsomina*): Cuando una mujer pesca a un hombre, señores, lo ata para toda la vida; el hombre, para corresponder, debería atar a la mujer por lo menos 15 veces al día, así como lo hago yo, y la mujer debería estar encantada de que su marido la trate como la trato yo. Y ahora vamos a la práctica, quiero ver cómo esa señora que ama a su marido y lo quiere, levanta la mano... Zampanò se vuelve hacia el público. Todos ríen.

ZAMPANÒ: ¿Han visto como nadie alza la mano? (*Indica a Gelsomina*) Y ahora fíjense cómo está atada; creo que para librarse de todos esos nudos hace falta habilidad. Les mostraré cómo en un momento la señorita se libera de sus cadenas; pero aún no basta... Zampanò coge los sables.

... Formaremos una barrera de sables en torno a su cuerpo. Zampanò pone los sables alrededor de Gelsomina.

¡Y ahora fíjense cómo está atada! Los sables deberán saltar uno de cada vez mediante los movimientos del cuerpo. ¡El peligro de este número está en el salto de los sables!

ZAMPANÒ: Con su peligrosa punta, bastaría un pinchazo en el pecho o en el cuello para serle fatal... Y yo acabaría en la cárcel... Sí, señores. Y ahora, si me lo permiten, antes de empezar, daré una vuelta, si ustedes creen que la cosa merece 5o 10 liras... Gracias si pueden, sí no pueden da igual.

Zampanò comienza la vuelta. Se vuelve a Gelsomina.

Entre tanto, la señorita está cómoda. ¿Verdad?

Todos ríen.

GELSOMINA: Sí, señor Zampanò.

FUNDIDO.]

Interior motocarro. Día. Efecto ocaso.

En el interior del motocarro en marcha, Gelsomina está acurrucada como siempre, dejándose sacudir pasivamente en los baches de la carretera. Tiene los ojos entornados, como sí dormitase, presa de aquel ensimismamiento que no la ha abandonado desde la conversación con el Loco.

De pronto, el motocarro se detiene. Gelsomina vuelve en sí bruscamente. Del exterior llegan el color y el estruendo del mar.

Exterior playa. Día. Efecto ocaso.

Gelsomina, presa de una violenta excitación, en cuanto salta a tierra corre un buen trecho en línea recta, por la carretera costera, se detiene, corre en otra dirección; se para de nuevo, como hacen los perros cuando intentan reconocer un sitio.

Está temblorosa, jadeante, aunque ya ha visto que se trata de una playa desconocida.

Retrocede a la carrera; corre hacia el mar, llega allí antes que Zampanò y permanece quieta, inmóvil, con la mirada clavada en la extensión de agua centelleante.

Zampanò ha llegado entre tanto a la orilla; se quita los zapatos, se arremanga los pantalones, entra despacio en el mar, deteniéndose con el agua hasta la pantorrilla. Durante cierto tiempo, ninguno de los dos habla; sólo se

oye el ruido de las olas y el viento. Después, Gelsomina pregunta, recelosa y aturdida:

GELSOMINA: ¿Hacia dónde está mi casa?

Zampanò lo piensa un momento; después señala con la cabeza en una dirección, respondiendo sin volverse:

ZAMPANÒ: Hacia allá...

Hay otro silencio. Gelsomina está turbada, quisiera decir algo, se decide:

GELSOMINA: Antes lo único que esperaba era regresar... Ahora ya no me importa tanto... Y espera. La respuesta no llega. Zampanò sigue inmóvil, con el agua a media pierna, como un caballo. Gelsomina continúa:

GELSOMINA: Ahora me parece que mi casa está con usted...

ZAMPANÒ (*Tranquilo, sin la menor intención satírica u ofensiva*): ¿Ah, sí? ¿Qué descubrimiento! ¿Con el hambre que pasabas en tu casa!... ¿Tienes que esforzarte para estar conmigo!

Gelsomina se enfurruña. Un desconsuelo amargo y desdeñoso se apodera de ella. Vuelve en silencio la espalda al mar y va hacia la arena. Con una fuerza airada y amarga, que nunca ha usado hasta ahora, le grita:

GELSOMINA: ¡Es usted un animal!... ¡No piensa!...

Zampanò, sorprendido y divertido ante esta insólita reacción, se echa a reír y repite, esta vez con tono de pesada broma:

ZAMPANÒ: ¡Te apretabas el cinturón, eh!

Gelsomina atraviesa la playa sin volverse atrás y dice con violencia colérica y amarga...

GELSOMINA: ¡Nunca!

FUNDIDO.

Secuencia XI

EL CONVENTO DE LAS MONJITAS. DIÁLOGO DE GELSOMINA CON UNA JOVEN HERMANA. NOCHE: GELSOMINA PREGUNTA A ZAMPANÒ SI LA QUIERE. ZAMPANÒ QUIERE ROBAR UN EXVOTO DE ORO

Interior motocarro. Día.

Está ya entrada la tarde de un día rígido, gris, lluvioso. Sacudida por los habituales botes, acurrucada en los habituales harapos, Gelsomina alarga la mirada más allá de los hombros de Zampanò, sobre el triste paisaje circundante. En el asiento de al lado de Zampanò está sentada una joven monja que ha pedido que la lleven hasta su convento.

ZAMPANÒ: Se acerca una tormenta. ¿Cuál es el pueblo más cercano?

HERMANA (*Gritando para hacerse oír*): Magliana, a 18 kilómetros, pero hay que atravesar los montes.

ZAMPANÒ: No podremos. Poca gasolina.

HERMANA (*Indicando ante sí*): Ahí está el convento.

FUNDIDO.

Exterior huerto y henil convento. Día.

La motocicleta, que ha atravesado una verja, se adentra zumbando por un sendero que bordea un amplio huerto.

Ante la mirada de Gelsomina se despliega de pronto la visión del huerto conventual, donde unas hermanas trabajan diseminadas acá y allá. La motocicleta recorre el sendero, que termina ante un rústico edificio contiguo al convento. La hermana baja del sillín y dice, dirigiéndose a Zampanò:

HERMANITA: Espere un momento.

La hermana se acerca a una monja de más edad y le dice en tono respetuoso:

HERMANITA: ¡Madre! Tengo aquí el aceite. (*Después, inclinándose a hablarle al oído*) Este señor pregunta si podría quedarse aquí esta noche.

Zampanò, con la gorra en la mano y obsequiosa cortedad, interviene:

ZAMPANÒ: Perdone, Madre, pero tenemos poca gasolina. (*Mira el reloj que ha sacado del bolsillo*) Está oscureciendo y el pueblo aún queda lejos... y mi mujer no se encuentra muy bien.

HERMANITA (*A la Madre*): Podrían dormir en el henil.

La madre ha mirado el rostro asustado de Gelsomina y probablemente por eso dice, con cierta brusquedad:

MADRE: Si quieren acomodarse en el henil...

Ya está casi oscuro.

Sentados bajo el alpende, Gelsomina y Zampanò están comiendo.

La hermanita joven y frágil, de aguda carita de liebre, a la que han traído se acerca a ellos y dice, para romper el hielo:

HERMANITA: Buen provecho.

Zampanò y Gelsomina dan las gracias con la boca llena. Gelsomina, cohibida; Zampanò, con cordial prosopopeya.

GELSOMINA Y ZAMPANÒ: Gracias.

La hermanita insiste.

HERMANITA: ¿Cuál es su oficio?

ZAMPANÒ (*Con su acostumbrado orgullo, suficiente pero cordial*): Somos artistas ambulantes. Trabajamos por las plazas.

HERMANITA (*Indicando a Gelsomina*): ¿Y ella también trabaja con usted?

ZAMPANÒ (*Paternal*): Me ayuda un poco, toca el tambor, la trompeta... (*A Gelsomina.*) Enséñale cómo tocas la trompeta.

Gelsomina, obediente y voluntariosa, coge la trompeta del motocarro. Zampanò observa cómo toca Gelsomina, asombrado y fastidiado al mismo tiempo. La hermanita sigue extasiada la exhibición musical. Gelsomina termina el motivo y una sombra de tristeza se pinta en su rostro. La hermanita se le acerca a felicitarla, mientras Gelsomina se escabulle, modesta.

HERMANITA: ¡Qué bonito! ¡Qué bien toca! Zampanò se levanta y dice groseramente, mientras entrega a Gelsomina los dos recipientes donde han comido la sopa.

ZAMPANÒ: Bueno, ya basta. (*A Gelsomina*) Tú, lava esto.

La hermanita lo interrumpe.

HERMANITA: Démelos. Yo los lavaré.

ZAMPANÒ: ¡Nooo! Es su obligación.

Tres jóvenes monjas que escuchaban ríen en tono bajo, insinuando un tema de danza.

Gelsomina, con la trompeta en los labios, mira a Zampanò esperando la señal de empezar. Él se la hace.

ZAMPANÒ: Vamos...

Gelsomina toca, esta vez sin errores y con cierta seguridad, que pone aún más de relieve la melancolía de la intención, la habitual melodía.

Entretanto, la hermana cocinera, tras haber dejado el perol, se ha puesto a ayudar al viejo hortelano a llenar de madera un cuévano. Zampanò se da cuenta e interviene con tono de protectora cordialidad, teñida de torpe respeto.

ZAMPANÒ: Déjeme hacerlo a mí, hermana. Les echaré una mano.

La hermana protesta sonriendo, mientras Gelsomina deja de tocar.

HERMANA: Lo hago siempre.

Zampanò la aparta y pone rápidamente manos a la obra, con su complacido exhibicionismo.

ZAMPANÒ: Le digo que este trabajo no es para usted. Déjeme a mí.

La hermanita de cara de liebre le repite a Gelsomina;

HERMANITA: Toca usted bien.

Gelsomina se cree en la obligación de hacer una pequeña reverencia. La hermana continúa:

HERMANITA (*Con alegre curiosidad, señalando al motocarro*): ¿Duermen ahí dentro?

GELSOMINA: Sí... (*Después, de repente, con el deseo de hacer valer sus propiedades*) Hay mucho sitio... Tengo ollas, una lámpara..., todo, como en una casa... (*Y muestra sus pobres enseres, amontonados en el motocarro*)

La hermana, divertida:

HERMANITA: ¡Qué bonito!

Lentamente, empieza a pasear por el huerto con Gelsomina.

HERMANITA: ¿Y le gusta ir siempre así, de un sitio a otro?

Gelsomina se encoge de hombros.

GELSOMINA: Es él, su trabajo es así.

HERMANITA: Bueno, también nosotras nos movemos. Cambiamos de convento cada dos años; éste ya es mi segundo...

GELSOMINA: ¿Por qué?

HERMANITA: Así no nos apegamos demasiado a las cosas del mundo. Uno se encariña con el sitio donde vive, ¿no? Hasta se encariña uno con una planta; y se corre el riesgo de olvidar lo más importante, que es Dios. *(Riendo)* Las dos viajamos; usted sigue a su esposo y yo al mío...

Gelsomina está impresionada y divertida por esta comparación, que la halaga y la conmueve; se ríe, dice:

GELSOMINA: Claro... Cada una al suyo...

HERMANITA: ¿Quiere visitar todo el convento? Yo la acompaño. Es un convento antiquísimo, sabe, tiene más de mil años.

Gelsomina y la hermanita echan a andar juntas.

FUNDIDO.

Interior henil convenio. Noche.

Fuera llueve a cántaros. De vez en cuando se oye el amenazador ruido de un trueno. El alpende bajo el que se amontona el heno está apoyado en el muro exterior de la capilla. Un ventanuco, protegido por una reja, permite ver su interior.

Zampanò está tumbado en el heno, ya dispuesto para pasar la noche. Gelsomina está de pie; mira en silencio a Zampanò unos instantes; se encuentra en un estado de dulce euforia, y lo llama.

GELSOMINA: Zampanò.

Zampanò se vuelve levemente, a medias, hacia ella.

GELSOMINA: ¿Por qué me tiene usted consigo?

GELSOMINA: No soy guapa, no sé hacer de comer, no sé hacer nada. ¿Eh?

ZAMPANÒ *(Brusco)*: ¿Qué diablos quieres? Bah..., vete a dormir, anda. ¡Tienes el mismo seso que un mosquito!

Zampanò se tapa con el chaquetón y se dispone a dormir.

Gelsomina lo mira aún unos instantes, después va a acurrucarse en el heno.

GELSOMINA *(Para sí)*: Llueve. Se está bien aquí.

Masticando una brizna de hierba seca.

Tras un silencio, Gelsomina continúa.

GELSOMINA: Zampanò...

Zampanò se ha estirado panza arriba y clava sus ojos en el vacío.

ZAMPANÒ: ¿Qué?

GELSOMINA: ¿Lo sentiría si yo me muriese?

Zampanò no contesta de inmediato, algo desconcertado; después, con su habitual gravedad socarrona, pregunta:

ZAMPANÒ: ¿Por qué? ¿Te apetece morirte?

GELSOMINA: Antes tenía ganas de morir... Mejor que estar con ése... Decía... Ahora me casaría con usted; total, debemos estar juntos. Si hasta una piedra sirve... Hay que pensar en estas cosas... Pero usted nunca piensa...

Zampanò responde con una media sonrisa de zorro.

ZAMPANÒ: Porque no hay nada que pensar.

GELSOMINA: Claro que sí...

Después la desazón se transforma en una reacción colérica.

ZAMPANÒ: ¿En qué tendría que pensar? Vamos, dilo... ¿Quieres acabar de una vez con todas esas estupideces? Duérmete, anda, que tengo sueño. Zampanò se vuelve al otro lado, para dormir.

Gelsomina, en voz baja y temblorosa, pregunta:

GELSOMINA: Zampanò, ¿me quiere un poco?

Y espera.

Zampanò no responde; quizá ni siquiera ha oído. Gelsomina coge la trompeta e inicia la consabida melodía.

ZAMPANÒ (*Irritado*): ¿Quieres acabar de una vez?

Gelsomina, desilusionada, deja rápidamente la trompeta y se acuesta.

FUNDIDO ENCADENADO.

Ahora es noche cerrada.

Llueve a cántaros. Gelsomina duerme en el heno, envuelta en la manta. La despierta sobresaltada un trueno; se levanta y busca a Zampanò; el lugar de Zampanò está vacío.

Zampanò está agarrado a los barrotes del ventanuco, ahora oscuro. Ha conseguido abrir los cristales y ahora está tratando de meter su gruesa mano por la reja. No lo consigue; jadea y maldice en voz baja. Gelsomina se estremece, con instintivo terror.

GELSOMINA: Zampanò, Zampanò. Zampanò se vuelve hacia ella, y le dice, llamándola.

ZAMPANÒ: ¡Eh! Hay corazones de plata colgados de la pared. Yo tengo las manos demasiado grandes. A ver si tú lo consigues. Vamos.

Gelsomina no ha comprendido bien. Asiente, pero de pronto intuye de qué se trata y grita con voz desesperada...

GELSOMINA: ¡No!... ¡No!... ¿Qué quiere hacer?

Zampanò se vuelve, primero asombrado y después furioso. Le asesta una violenta bofetada.

ZAMPANÒ: ¿Cómo que no? ¿A quién le dices que no?

Gelsomina choca contra la pared; allí se queda, como aplastada, jadeante, pero dispuesta a resistirse.

GELSOMINA: ¡No! ¡No!

ZAMPANÒ: ¡Cállate! ¡Cállate!

Hay un silencio.

Gelsomina cae boca abajo en el heno, sollozando desesperadamente.

Zampanò, tenso y asustado, vuelve a mirar hacia el ventanuco.

FUNDIDO ENCADENADO.

Exterior huerto convento. Día. Efecto alba.

El motocarro está parado en la explanada ante el convento. Zampanò y Gelsomina se despiden de algunas hermanas. Gelsomina está deshecha. Saluda a las monjas estrechándoles la mano y besándosela, y haciendo una pequeña inclinación, torpe y patética.

ZAMPANÒ: ¡Gelsomina!

Llega también la hermanita risueña, que dice alegremente, desde lejos.

HERMANITA: ¡Buen viaje!... ¡Buen viaje!...

Pero al encontrarse ante el rostro trágico de Gelsomina, que a duras penas contiene las lágrimas, se detiene, escrutándola.

GELSOMINA (*Con un nudo en la garganta*): Buenos días, hermana... Gracias...

HERMANITA (*En voz baja*): ¿Qué le pasa?

GELSOMINA: Nada.

HERMANITA: ¿Quiere quedarse aquí? ¡Se lo digo a la superiora!

Gelsomina está ahogada por las lágrimas; duda un instante; después se da cuenta de lo absurdo de la cosa. Sacude la cabeza, retira la mano y corre hacia el motocarro.

Zampanò lo pone en marcha.

Zampanò se quita la gorra y grita hacía las hermanas que se van, cordial y respetuoso, pero siempre histriónico:

ZAMPANÒ: ¡Gracias! ¡Gracias por su hospitalidad y su buen corazón!... ¡Gracias, gracias mil... de un humilde artista! (A Gelsomina) ¡Empuja!

Gelsomina, mientras empuja el motocarro, agita la mano en señal de saludo hacia la hermanita que se ha quedado inmóvil en la explanada. La motocicleta parte, Gelsomina trepa a ella y desde el interior sigue saludando, con los ojos llenos de lágrimas.

Después, agitando un pañuelo, inclina la cabeza sobre el brazo.

FUNDIDO.

Secuencia XII.

ZAMPANÒ MATA A PUÑETAZOS AL LOCO. HUIDA DE ZAMPANÒ DE UN PUEBLO A OTRO, CON GELSOMINA ENLOQUECIDA DE DOLOR

Interior motocarro. Día. Efecto atardecer.

Gelsomina, acurrucada sobre los harapos, sacudida por los habituales botes, se mueve al ritmo de éstos, con la mirada perdida en el vacío. De repente, el motocarro disminuye la marcha y se detiene.

Gelsomina vuelve en sí y se asoma con pasiva indolencia.

Exterior carretera secundaria. Día. Efecto atardecer.

El motocarro está parado en medio de la carretera, al lado de un viejo automóvil desvencijadísimo, averiado al borde del camino.

El Loco está arrodillado junto a la rueda, atareado en cambiarla. Es el «Balilla» del Loco.

Zampanò de pie, junto a la motocicleta. El Loco se ha vuelto, con expresión de instintiva alarma, superada en seguida por la provocadora burla que ha aparecido en su rostro.

Lanza un prolongado silbido burlón, riendo, y continúa con su trabajo como si no pasara nada.

LOCO (*Silba en tono burlón, como si dijera: «¡Qué casualidad! ¡Mira quién anda por aquí!»*).

LOCO: ¡Muy bien, «Sufil»! Vienes a echarme una mano, ¿eh? (*A Gelsomina*) ¡Gelsomina!

El Loco canturrea ahora el nombre de Gelsomina.

LOCO: También yo te ayudaré un día u otro.

Zampanò se para junto a él, mirándolo de arriba a abajo en silencio. El Loco continúa trabajando, con una rodilla en tierra. Parece como si todo tuviese un aire de absoluta normalidad.

El Loco ni siquiera echa una ojeada a las piernas de Zampanò, que están a un paso.

Y alarga una mano hacia una de las herramientas, que están sobre el asfalto. Zampanò empuja violentamente con el pie la herramienta que busca el Loco, haciéndola deslizarse por el asfalto hasta el centro de la carretera.

LOCO (*Con burlón reproche*): ¡Ah, ah, ah! ¡«Sufil»!...

En el mismo instante, con fulminante agilidad, el Loco agarra la manivela y se pone en pie, enfrentándose con Zampanò; pero éste ha saltado, a su vez, con la agilidad inesperada de un toro, y ha agarrado al Loco por el pecho, apretándolo contra el coche. Su mano aferra en el aire la del Loco, armada con la herramienta.

ZAMPANÒ: ¡Tira eso! ¡Suéltalo!

GELSOMINA: ¡Zampanò!... ¡Déjelo en paz!...

La mano del Loco se abre y deja caer la manivela. Los dos hombres, abrazados, tienen un nuevo estremecimiento, un nuevo amago; el Loco ha tratado de escaparse de Zampanò, que de nuevo lo ha inmovilizado. Alzando rapidísimamente la mano libre, Zampanò golpea el rostro del Loco con enorme violencia. El Loco choca con la cabeza en el coche, que tiene casi a sus espaldas, y un hilo de sangre sale por su nariz. Trata de rechazar a Zampanò, golpeándole en el estómago. Zampanò lanza un mugido sofocado y golpea de nuevo, dos, tres veces, con fuerza salvaje, la cabeza del otro.

El Loco se tambalea, habla entre estertores con un tono sarcástico, pese a todo, en el que se trasluce el terror.

GELSOMINA (*Voz off*): ¡Zampanò! ¡Basta! ¡Basta!

LOCO: No me querrás matar, ¿eh?

En ese instante llega Gelsomina y se lanza sobre Zampanò, agarrándolo por el brazo y gritando aterrada, sofocada...

GELSOMINA: ¡Basta!... ¡Basta!... ¡Suéltelo! ¡Véngase, por favor!

El abrazo de Zampanò se afloja, despacio; jadea pesadamente. Gelsomina lo empuja hacia atrás y él sigue mirando con ojos inyectados en sangre al Loco, que parece mantenerse en pie con dificultad y que se limpia el rostro con la manga.

Hay un breve silencio. Después, Zampanò dice, con voz sorda, estrangulada.

ZAMPANÒ: ¡Esto es un regalo de «Sufi!». ¡La próxima vez será peor!...

Gelsomina, aterrada, temblorosa, sigue tirando de él, repitiendo:

GELSOMINA: ¡Véngase!... ¡Véngase!... ¡Déjelo en paz!...

Zampanò se vuelve despacio, pesadamente, y se aleja, mientras el Loco dice trabajosamente, pero siempre irónico:

LOCO: Peor que esto...

El Loco mira el reloj y se aleja tambaleándose hacia el prado.

LOCO: ¡Eh! ¡Me has roto el reloj!

Gelsomina sigue a Zampanò, que se dirige hacia el motocarro, y a veces se vuelve a mirar al Loco. De pronto, cuando ya han llegado cerca de la moto, Gelsomina se para en seco en medio de la carretera, mirando fijamente, llena de terror, en dirección al Loco. El Loco se está deslizando despacio al suelo.

Gelsomina echa a correr hacia él. Zampanò se vuelve gravemente hacia atrás, observando.

Gelsomina llega corriendo junto al Loco, que ahora está tendido en el suelo, sacudido por breves movimientos convulsos. Se tira de rodillas a su lado, lo mira; el rostro del Loco está estirado por la agonía, sus ojos se vuelven asustados, y ya vidriosos, hacia Gelsomina, que lanza un grito.

GELSOMINA: ¡Zampanò!... ¡Corra!... ¡Corra!

De nuevo la voz de Gelsomina llega hasta él, horrorizada.

VOZ DE GELSOMINA: ¡Está mal! ¡Está muy mal!

Zampanò echa a andar, primero gravemente y despacio, luego más de prisa; llega junto a Gelsomina, que doblada sobre el cuerpo inmóvil parece loca de terror y angustia y repite:

GELSOMINA: ¡Se muere!... ¡Se muere!... ¡Se muere!...

ZAMPANÒ (A Gelsomina): ¿Quieres callarte, tú?

Zampanò se dobla sobre el Loco. Zampanò sacude rudamente el cuerpo del Loco.

ZAMPANÒ: ¡Eh!...

GELSOMINA (*Voz off*): ¡Se muere! ¡Se muere!

Después, con modales que el terror que lo está ganando hacen aún más torpes, le toca el pecho, la cara, la muñeca. Lo sacude de nuevo:

ZAMPANÒ: ¡Eh!...

GELSOMINA: ¡No! ¡No! ¡No!

Perdido el control, Zampanò se pone en pie, mira a su alrededor. Respira pesadamente. Gelsomina no consigue levantarse, se ha olvidado de todo. Repite, loca de terror:

GELSOMINA: ¡No! ¡No! ¡No!

ZAMPANÒ: ¡Cállate! ¡Quieres callarte!

Está cayendo la noche en la carretera solitaria. Zampanò se pone en pie de pronto, parece que una idea ha relampagueado en su cerebro. Corre a la carretera, más allá de una pequeña hondonada llena de cañas, escruta a derecha e izquierda, se decide.

Se dobla sobre el cuerpo del Loco, lo levanta. Se lanza talud arriba, hacia las cañas, transportando el cuerpo inerte hasta el arenal de un pequeño torrente. Gelsomina permanece clavada en la carretera. Entrechoca los clientes, tiene la mirada fija en Zampanò, que desaparece entre las cañas.

Gelsomina lo ve precipitarse de nuevo a la carretera, empujar el coche del Loco hasta un puentecillo que domina el talud, y arrojarlo hacia abajo. El coche se incendia con el choque de la caída.

Zampanò regresa rápidamente hacia Gelsomina y como no se mueve, la agarra y corre desesperadamente con ella hacia el motocarro.

Secuencia de montaje. Noche.

La motocicleta de Zampanò atraviesa, siempre a gran velocidad, un pueblo...

... después recorre un camino solitario, oscuro, bordeado por grandes árboles...

... después atraviesa un puente...

... después atraviesa un segundo pueblo, de calles semioscuras y desiertas...

... y se lanza por otra carretera que serpentea entre colinas, silenciosas y oscuras...

FUNDIDO ENCADENADO.

Exterior plaza pueblo. Día.

Zampanò, atado con sus consabidas cadenas, está terminando su pregón en medio de un corro de espectadores.

ZAMPANÒ: ...ninguna religión dice que un hombre... Si hay alguna persona delicada entre el público, le aconsejo que no mire. El gancho puede infiltrarse en la carne y podría salir sangre. El tambor sonará tres veces.

Gelsomina, con su gabán y su chistera desfondada, está rígida, inmóvil, con el tambor en bandolera; bajo el maquillaje grotesco y rudimentario, su rostro tiene una trágica fijeza.

Zampanò se vuelve a Gelsomina, invitándola a tocar el tambor.

ZAMPANÒ: Señorita Gelsomina, por favor...

Gelsomina permanece inmóvil, como si no hubiera oído, con la mirada clavada en el vacío.

Zampanò, que se disponía a iniciar su esfuerzo, se queda cortado; se dirige de nuevo a Gelsomina y repite, más acentuado:

ZAMPANÒ: Señorita Gelsomina, por favor, el tambor...

Gelsomina permanece inmóvil; sólo vuelve hacia él dos ojos alucinados.

GELSOMINA (*Sin expresión*) : El Loco está mal, Zampanò... El Loco está mal...

Exterior afueras pueblo. Día.

El motocarro se detiene en el borde de la carretera. Zampanò baja, da la vuelta a la moto, levanta el toldo y se dirige a Gelsomina, agresivo y terrible.

ZAMPANÒ: ¿Qué te ha ocurrido? ¿Qué tienes?

Hace ademán de alejarse, se para, se vuelve de nuevo hacia el motocarro; dice, en tono más moderado:

ZAMPANÒ: ¿Quieres meterte en la cabeza que nadie nos vio? Nadie nos busca. Ni siquiera piensan en nosotros. Tengo hambre. Quédate ahí, ya me ocupo yo...

Zampanò coge las ollas y los cacharros. Se acerca a una explanada cubierta de nieve, llena un bote.

De pronto ve que Gelsomina ha bajado del motocarro y está mirando a su alrededor, asustada, como atolondrada.

ZAMPANÒ: ¿A dónde vas? ¡Eh! ¿A dónde vas?

Zampanò la alcanza, la agarra de un brazo, la sacude.

ZAMPANÒ: Eh, ¿a dónde quieres ir?... ¿A dónde quieres ir, dime?

Gelsomina no responde en seguida; se ha puesto rígida ante el contacto de la mano de Zampanò; después tiene como un colapso. No opone resistencia; lanza sólo unos gemidos y regresa a la moto.

FUNDIDO.

Exterior carretera campestre. Día.

El motocarro recorre una carretera entre los campos, muy solitaria y llena de nieve.

FUNDIDO.

Exterior campiña. Noche.

La campiña gris, fría, manchada aquí y allá por la nieve. Zampanò ha encendido un fuego en un rudimentario hogar de piedras. Ha acabado de comer, se acerca al motocarro con una escudilla en la mano y dice, dirigiéndose hacia el interior del vehículo, con un tono brusco bajo el que se trasluce un oscuro espanto.

ZAMPANÒ: ¡Vamos, come!...

De dentro no llega ninguna respuesta. Zampanò espera unos instantes; después, más agresivo y al tiempo asustado, pregunta:

ZAMPANÒ: Pero, ¿qué tienes?

Tampoco hay respuesta. Zampanò, entonces, en una postrera tentativa para abrir brecha en el alucinado aislamiento de Gelsomina, murmura, más tierno:

ZAMPANÒ: Ahora vengo a dormir, ¿eh?

Pero Gelsomina se ha sentado de pronto en su yacija, con ojos aterrorizados, y dice con voz ronca, acurrucándose:

GELSOMINA: ¡No! ¡No! ¡No!...

Zampanò vacila un poco, muy turbado. Después coge una manta del interior y agrega, de nuevo brusco.

ZAMPANÒ: Me quedo aquí fuera. Y se aleja.

FUNDIDO.

Secuencia XIII.

DIÁLOGO ENTRE GELSOMINA Y ZAMPANÒ.

Exterior capilla abandonada. Día.

Es una límpida y gélida mañana invernal. Los árboles desnudos están cuajados de hielo.

El motocarro está parado en una carretera, junto a la pared maestra de una casa en construcción. Zampanò ha encendido fuego contra la pared y se afana en torno a él, doblado sobre las rodillas, atizándolo, disponiendo unos botes.

Está como de costumbre, torvo y sombrío. Un leve ruido a su espalda le hace volverse. Gelsomina ha bajado del motocarro y está erguida a pocos pasos de él. Su rostro ha perdido la trágica contracción que lo marcaba desde el día del crimen; sus rasgos están ahora distendidos, sosegados, en una especie de vaga sonrisa.

Zampanò se alza despacio, escrutándola, inquieto y alarmado. Gelsomina, con una voz que parece natural, dice mirando a su alrededor:

GELSOMINA: Se está bien aquí...

Aumenta la inquietud del rostro de Zampanò; la sigue con la vista mientras ella avanza despacio hacia el fuego.

ZAMPANÒ: Hace frío. Siéntate ahí. Toma un poco el sol.

Gelsomina se sienta junto al fuego, pegada a la pared. Parece serena y tranquila, casi con una sensación de alegría, y esto despierta confusamente en Zampanò una temerosa inquietud.

Gelsomina sonríe sin contestar; mira en torno suyo, como si lo viese todo por primera vez. Se acaricia levemente el flequillo y el abrigo, como para arreglarse.

Zampanò reanuda su ajetreo en torno a una olla que está en el fuego; después dice, en tono de torpe solicitud, como para distraerla:

ZAMPANÒ: Comeremos un poco de sopa,  eh?

Gelsomina se levanta, se dobla sobre el fuego, como reanudando normalmente sus funciones.

GELSOMINA: Déjeme. Lo haré yo.

Zampanò la mira. Un enorme y pueril alivio se pinta en su rostro; dice con tosca cordialidad, casi sonriendo:

ZAMPANÒ:  Por fin! Hace diez días que no te mov as,  sabes?

Gelsomina calla. También Zampanò calla unos instantes; después continúa, con el tono de quien quiere liquidar algo ya superado.

ZAMPANÒ: Yo no quería matarlo. Sólo le di dos puñetazos... No tenía nada... sólo un poco de sangre en la nariz... (*Después, encolerizado*)  Voy a pasarme la vida en la cárcel por un par de puñetazos?...  Yo sólo quiero trabajar en paz!...  Tendr e derecho a vivir!, ño?...

Gelsomina quita la olla del fuego y le tiende la escudilla con la sopa. Gelsomina y Zampanò empiezan a comer en silencio; Zampanò la mira intensamente, cucharada tras cucharada.

Después, a Gelsomina, con tono aliviado:

ZAMPANÒ:  Menos mal! Ahora podemos irnos. Hay una buena feria aquí, en el pueblo. A pocos kilómetros de aquí. Después iremos, y ganaremos un poco de dinero.

Gelsomina, que estaba comiendo, se interrumpe de repente en seco, confundida; los ojos se le llenan de lágrimas y reanuda sus gemidos. Zampanò se da cuenta y la mira, espantado.

ZAMPANÒ (*Agresivo*): Pero,  qu  tienes?...  Qu  tienes?

GELSOMINA (*Con ansia*): El Loco está mal...

Y Gelsomina mira a su alrededor, con ojos extraviados, llenos de espanto y angustia, llorando. Hay una larga pausa.

Zampanò está profundamente turbado; nuevamente se han apoderado de él el espanto, la cólera y la inquietud.

Gelsomina se está recuperando con la misma rapidez. Se seca las lágrimas, se tranquiliza, empieza de nuevo a comer.

Zampanò, más sombrío y torvo que antes, la apostrofa:

ZAMPANÒ: ¡Eh! Yo, a ti, te llevo a tu casa... (*Más marcado*) ¿Quieres que te lleve con tu madre? ¿Eh?

Gelsomina se vuelve apenas, con una levísima sonrisa.

ZAMPANÒ: ¡Eh!...

Zampanò la mira, entre encolerizado y asustado.

ZAMPANÒ: ¿No quieres que te lleve con tu madre?

Gelsomina no contesta de inmediato. Después, algo distraída, pero grave, dice:

GELSOMINA: Si yo no estoy con usted, ¿quién va a estar?

Zampanò no entiende muy bien y eso lo asusta más. La escruta en silencio unos instantes; después exclama, agresivo, con un fondo de auténtica e inconsciente desesperación:

ZAMPANÒ: ¡Pero yo no puedo seguir así! ¡Tengo que ganarme la vida! ¡Tú estás enferma!... ¡Estás enferma de aquí!... (*Y se golpea la frente con furia*)

Gelsomina se vuelve a mirarlo en silencio, extrañamente; después, despacio, con calma, empieza a disponer sus trapos como si quisiera tumbarse a dormir junto a la pared.

Zampanò sigue sus movimientos con visible ansiedad. Después, siempre agresivamente pero más persuasivo, dice:

ZAMPANÒ: ¡Vuélvete adentro! ¿Qué haces? ¡Hace frío! ¡Vamos, vamos!

Gelsomina está tumbándose y dice sosegadamente, casi con dulzura, pero grave:

GELSOMINA: Usted lo mató.

Se tiende a medias, con una sensación de felicidad, y dice:

< Se está bien al sol...

Hay otro largo silencio.

Estando así, dice en el mismo tono, distraído y grave:

GELSOMINA: Yo quería escaparme... Él me dijo que me quedara con usted...

Tiene un breve escalofrío; abre los ojos un momento; dice perezosamente:

< Haría falta algo más de leña. El fuego se apaga...

Después vuelve a entornar los ojos, con un suspiro de relajamiento. Zampanò se ha quedado mirándola en silencio. Ahora que Gelsomina está callada y parece dormida, no se oye nada a su alrededor. Zampanò está profundamente turbado. Enciende un cigarrillo, da unas chupadas mirando al vacío, siguiendo sus asustados y torvos pensamientos. Después, una idea parece concretarse en su mente. Se vuelve a escrutar a Gelsomina, pero esta vez con una nueva expresión, dura y decidida.

Gelsomina parece inocentemente dormida. Zampanò la mira unos instantes. Mira de nuevo al vacío, aspirando el humo del cigarrillo. Después se acerca al motocarro.

Saca con movimientos precisos y prácticos los trapos de Gelsomina, que deposita a pocos pasos de ella, junto al muro de la capilla.

Mete dinero en el fardo. Recoge las ollas, las escudillas, las trébedes y los mete en el motocarro. Está a punto de bajar el toldo cuando ve la trompeta. Tiene un instante de vacilación, después coge la trompeta, la mira absorto y va a ponerla junto a Gelsomina. Se dirige hacia la moto; quita el freno, empuja el vehículo, monta en el sillín, marchándose silenciosamente, con el motor apagado. Así se aleja a buen paso de la casa en construcción.

Cuando ha llegado casi al fondo de la cuesta, enciende el motor, que se pone en marcha ruidosamente. Acelera, se lanza rápidamente hacia la carretera...

FUNDIDO.

Secuencia XIV.

MUCHOS AÑOS DESPUÉS. LA CANCIÓN DE GELSOMINA. ZAMPANÒ SE ENTERA DE QUE GELSOMINA HA MUERTO. ZAMPANÒ SE EMBORRACHA. SOLEDAD Y LLANTO DE ZAMPANÒ.

Exterior plaza pueblo costero. Día.

Está ya avanzada la tarde de un cálido día estival. Un viejo 509 descapotable, en el que se amontonan los «artistas» de un pequeño circo, ha

terminado de dar la vuelta publicitaria por las calles del pueblo y atraviesa la plaza, regresando hacia la carpa y los carromatos. En el desvencijado coche están: una muchacha morena con faldillas, un enano, un gordinflón enorme, un acróbata vestido con mallas. El gordinflón grita por el megáfono:

GORDINFLÓN: ¡Todos al circo!... ¡Todos al circo!... ¡Esta noche, gran espectáculo! ¡Cincuenta liras! ¡Grandes carcajadas!... ¡Todos al circo!...

El 509 llega a la carpa, en una explanada separada de la playa por una larga y desolada carretera costera. El coche se para entre los carromatos y la carpa. Los artistas bajan, dirigiéndose sin prisa hacia los carromatos.

Un hombre pesado, grueso, baja en ese momento la escalerilla de una de las «caravanas», cruzándose con los que regresan. Es Zampanò. Está visiblemente envejecido.

La muchacha de la faldilla baja del coche y le dice a Zampanò, ayudándole a ponerse la chaqueta:

MUCHACHA: ¡Eh! ¿A dónde vas?

ZAMPANÒ: Voy a dar una vuelta.

MUCHACHA: ¿Quieres que vaya contigo?

ZAMPANÒ: ¡Tardaré en volver!

Zampanò se aleja lentamente. Llega a la carretera, se para junto al triciclo de un heladero; pide un helado.

ZAMPANÒ: Uno de treinta liras.

El heladero mete el brazo en el recipiente y se lo sirve; Zampanò sigue la operación con grave atención. Extiende el dedo hacia el recipiente y agrega:

ZAMPANÒ: También un poco de limón.

Paga, cogiendo el cucurucho, y echa a andar, mordiéndolo como si fuera un trozo de pan. Se aleja muy despacio, por la carretera; así, visto de espaldas, parece aún más encorvado y pesado.

En pocos minutos se ha tragado el helado; ahora está masticando el cucurucho. Parece satisfecho. Mira a su alrededor enjugándose el rostro sudoroso, de repente, desde la playa, de la hilera de barracas, llega un canto femenino.

CANTO FEMENINO (Melodía del XVII)

Al principio Zampanò no se fija en él; se contonea pesadamente por la carretera, encendiendo un cigarrillo. Después lo oye, presta atención, inseguro

y extrañamente inquieto, de pronto; es la melodía del XVII que tocaba Gelsomina.

Zampanò se detiene. Escucha. Vuelve de golpe la cabeza y mira hacia la dirección de la que llega el canto. Ahora ya no se oye la voz de la mujer.

CANTO SE DETIENE.

Zampanò queda en suspenso, inseguro de si habrá oído bien; un malestar vivísimo, semejante a una verdadera y honda turbación, se ha apoderado de él con violencia y rapidez inesperadas.

CANTO FEMENINO.

Después el canto se reanuda. Zampanò da unos rápidos pasos hacia la playa; se para, como avergonzándose de su agitación; sigue andando con forzada calma. Llega a la fila de tugurios, la supera.

Exterior playa. Día.

Zampanò se detiene, buscando a la que canta.

CANTO FEMENINO.

Una mujer joven —que evidentemente no es Gelsomina— está tendiendo ropa ante una de las casuchas. Sigue cantando sin advertir la presencia de Zampanò. Junto a ella juegan dos o tres niños semidesnudos. Deja de cantar y hace ademán de dirigirse a la casa.

Zampanò, apoyado en el alambre espinoso que separa las casuchas de la carretera, la interpela bruscamente.

ZAMPANÒ: ¡Eh! ¡Eh, usted!

La mujer se detiene, bastante desconfiada. Zampanò está extrañamente turbado; calla un instante y después pregunta, a quemarropa:

ZAMPANÒ: ¿Dónde aprendió esa canción?

La mujer está algo perpleja.

MUJER: ¿Qué canción?...

ZAMPANÒ: Esa..., esa que cantaba ahora.

La mujer se queda un momento perpleja, y después sonrío.

MUJER: Ah... Esta... (*Inicia el tema de la canción*)

ZAMPANÒ: Sí.

MUJER: La tocaba una chica que anduvo por aquí hace mucho tiempo...

Zampanò pregunta con voz alterada, que en vano intenta hacer natural.

ZAMPANÒ: ¿Hace cuánto tiempo?

MUJER: Ah, mucho tiempo..., cuatro, cinco años... Tocaba siempre esta canción, con una trompeta... Eso es... Se me metió en la cabeza... Zampanò calla unos instantes; la mujer lo observa, curiosa; y después pregunta, con un esfuerzo:

MUJER: Ah, ¡usted es uno del circo! También ella era como ustedes, una vagabunda... Aquí no la conocía nadie... Nadie sabía nada... Ella no hablaba nunca... (*Se toca la frente*) Parecía loca...

Y la mujer mira a Zampanò, esperando; Zampanò sigue mirándola en silencio. La mujer, entre tanto, continúa tendiendo ropa.

MUJER: La encontré mi padre, una tarde, en la playa... Estaba mal, tenía fiebre... La metimos en casa, pero no explicaba nada... Lloraba... Lloraba, no comía... Cuando estaba un poco mejor, se sentaba al sol, allí delante... Tocaba un poco la trompeta, nos decía «gracias»... Una mañana no se despertó... El alcalde se ocupó de ella, escribió para saber quién era, pero...

Zampanò ha alzado lentamente la vista hacia el banco de madera, al sol, donde Gelsomina solía sentarse. Quizás ni siquiera se ha dado cuenta de que la mujer ha acabado de hablar.

Ahora vuelve, despacio, los ojos hacia ella. La mujer lo mira, algo cohibida. Después agrega:

MUJER: Si quiere ir a ver al alcalde...

Zampanò se recobra. Hace un gesto de saludo a la mujer, con dos dedos, y bruscamente le da la espalda, marchándose despacio.

Interior circo. Noche.

En la pista del pequeño circo, similar al que ya hemos visto, se desarrolla uno de los habituales y típicos números del programa.

Alrededor, en los bancos, hay un público pueblerino, que se divierte visiblemente. El número termina entre aplausos, al son chirriante de un viejo disco transmitido por el altavoz.

MÚSICA ALTAVOZ.

Después la musiquilla se interrumpe bruscamente; un hombre anuncia por el altavoz:

HOMBRE DEL ALTAVOZ: Y, ahora, ¡con nosotros, Zampanò! ¡El hombre de pulmones de acero! Después vendrá un juguete cómico que les hará morir de

risa.

La chirriante musiquilla se reanuda donde se había interrumpido, y Zampanò entra en la pista.

MÚSICA ALTA VOZ.

Lleva su acostumbrado traje de exhibición: torso desnudo, calzones cortos, capa, botas de goma, muñequeras de cuero.

Lleva alzadas sobre la cabeza sus cadenas, con su habitual gesto histriónico. Da así media vuelta a la pista; después la musiquilla enmudece. Y él comienza con voz más lenta, más átona, su eterno pregón:

ZAMPANÒ: Señoras y señores, he aquí una cadena y un gancho de medio centímetro de grueso, de hierro colado, más fuerte que el acero. Con la simple expansión de los músculos pectorales, o sea, del pecho, romperé este gancho. Este trocito de tela no es para protegerme, sino para evitarle al público la vista de la sangre si el gancho entrase en la carne. Si hay alguna persona delicada, mejor que no mire. Por favor...

Zampanò hace un gesto. Se oyen los redobles del tambor y él, arrodillado en el serrín, se dispone a realizar su consabido esfuerzo bestial.

FUNDIDO.

Interior taberna pueblo. Noche.

Zampanò está sentado solo en una mesa, en la que ya hay diversas jarras vacías. Está visiblemente borracho. La taberna está casi desierta.

El tabernero se acerca a Zampanò para convencerlo de que se vaya.

TABERNERO: Vamos, ya está bien..... Ea, que se ha hecho tarde. Vamos a dormir.

ZAMPANÒ (*Rechazándolo*): Déjame en paz. ¡Déjame en paz! ¿No?

TABERNERO: Vamos, ya está bien, no bebas más. Yo te llevaré fuera. (*Hace un gesto a alguien, para que se acerque*) Te llevo a Amilcare, que tiene mejor vino que yo. Vamos, camina, adelante... ¡Y estate quieto!

El tabernero hace ademán de quitarle a Zampanò el vaso que éste está llevándose a los labios, pero Zampanò se lo echa al colete, se levanta y se suelta del tabernero, que trata de ayudarlo a mantenerse en pie.

ZAMPANÒ: ¡Ando yo solo! ¡Ando solo!..., ¡y las manos fuera!

Un cliente que está sentado a una mesa con unos amigos, grita hurlón, al ver pasar a Zampanò:

CLIENTE: Tiradlo al mar, vamos...

Zampanò, de una patada fulminante y tremenda le quita la silla en que estaba sentado.

El tabernero trata de nuevo de arrastrar a Zampanò.

El cliente y sus camaradas lo miran un poco cortados, después lo apostrofán rudamente.

VOCES: ¿Qué quieres? ¡Lárgate!... ¡Fuera!...

VOCES: ¡Acaba de una vez!... ¡Fuera de aquí!... ¡Echadlo fuera!... ¡Largo!...

Zampanò ha agarrado por el pecho a su adversario; dos o tres hombres se ponen en pie, agarrando a Zampanò y llevándoselo entre un creciente vocerío. Zampanò da patadas, soltándose; los otros, en número creciente, están encima de él y lo arrojan por la puerta.

ZAMPANÒ: ¡Dejadme en paz! ¡Dejadme en paz!

FUERTES VOCES, ESTRUENDO DE SILLAS DERRIBADAS Y DE VASOS.

Exterior carretera costera. Noche.

Zampanò sale despedido de la taberna, hasta el medio de la calle. Pero con la ciega y obstinada furia de los borrachos se lanza de nuevo sobre sus adversarios. Estos lo tiran al suelo y se le echan encima, asestándole patadas y puñetazos. El tabernero, más benévolo le ayuda a levantarse, pero Zampanò le lanza un puñetazo.

Su rostro expresa una especie de sombría y grave desesperación, una furia inexpresada, animal, casi aterrada. Empieza a dar patadas a dos grandes toneles vacíos. Después los levanta trabajosamente, tirándolos hacia la taberna.

ZAMPANÒ: ¿Por qué no salís ahora todos? ¡Venid ahora! ¡Os aplasto! Yo... ¡Yo no necesito a nadie! ¡Yo!

Se apoya, borracho y deshecho, en un palo, farfullando:

ZAMPANÒ: Yo... Yo quiero estar solo..., solo...

Empieza a andar, dirigiéndose hacia la playa.

Exterior playa. Noche.

Zampanò atraviesa tambaleándose la playa desierta y oscura, dirigiéndose al mar.

Entra en el agua con zapatos y pantalones, parándose cuando el agua le llega casi a las pantorrillas. Se dobla, coge agua con las dos manos, se la tira por la cabeza y la cara, dos, tres veces, resoplando y jadeando como un bisonte.

Así, empapado, sube lentamente a la orilla.

Se deja caer sentado en la arena.

Sigue jadeando, se seca lentamente el rostro con la manga y los faldones de la chaqueta. Y se queda inmóvil, con la mirada en el vacío

A su alrededor hay un profundo silencio.

El ruido de la resaca llena la noche.

El jadeo de Zampanò se aplaca poco a poco.

Una especie de pesada calma sustituye a la excitación de la borrachera.

Mira lentamente a su alrededor. No ve más que oscuridad y, en la oscuridad, la cresta blanca de las olas en las rompientes.

Ahora Zampanò casi no respira.

Está dándose cuenta del terror confuso, desesperado, que lo ha agitado oscuramente durante todo el día. Alza despacio la mirada hacia arriba, al cielo. No hay luna. La bóveda celeste está centelleante de estrellas. Zampanò mira largamente hacia arriba, con el temeroso estupor del bruto que por primera vez ve el firmamento. Su mirada vuelve hacia el mar. Un sollozo nace en su pecho y lo sacude todo. Zampanò llora.

TÍTULOS DE CRÉDITO

«LA STRADA»

con

ANTHONY QUINN: Zampanò

GIULIETTA MASINA: Gelsomina

RICHARD BASEHART: El LOCO

Argumento y Guión

FEDERICO FELLINI

TULLIO PINELLI

Diálogos de

TULLIO PINELLI

Colaborador en el guión

ENNIO FLAIANO

Otros intérpretes

ALDO SILVANI: El Señor Jirafa

MARCELLA ROVERE: La Viuda

LIVIA VENTURINI: La Hermanita

Director de Fotografía

OTELLO MARTELLI A. I. C.

Producido por

DINO DE LAURENTIIS

y

CARLO PONTI

Organización General

LUIGI GIACOSI A. D. C.

DANILO FALLANI
GIORGIO MORRA
ANGELO CITTADINI

2.º Operador
ROBERTO GIRARDI A. I. C

Ayudante de dirección

MORALDO ROSSI

Colaborador artístico

BRUNELLO RONDI

Adjunto

PAOLO NUZZI

Secretario Dirección

NARCISO VICARI

Técnico de Sonido

A. CALPINI

Mezclador

R. BAGGIO

Decorador

E. CERVELLI

Maquillador

E. TRANI

Foto fija

A. PIATTI

Montaje de

LEO CATOZZO

Ayudante

LINA CATERINI

Música de

NINO ROTA

dirigida por el maestro

FRANCO FERRARA

Dirección de

FEDERICO FELLINI

El film ha sido realizado en los Estudios Ponti-De Laurentiis

Sistema de Grabación Negativos y Positivos
Western Electric Stacofilm
Recording Copyright by de Marcello Partini
Ponti-De Laurentiis MCMLIV

Il Bidone^[*]

Carretera rural. Exterior. Día.

Una carretera solitaria que sube dando vueltas a una colina.

A su alrededor, campos desiertos, interrumpidos por zonas de matorral.

En medio del silencio y la soledad, un hombre, sentado bajo un árbol. Es un hombrecillo de baja estatura, vestido con una especie de equívoca elegancia; tiene un rostro muy marcado, de rasgos vivos y fríos ojos brillantes. Está leyendo atentamente un periódico, *Il Cavallo*, y toma notas con un lápiz en el margen del papel.

Un gran coche negro y reluciente, de tipo ministerial, se acerca bajando por la carretera desde el lado opuesto.

El hombre (el *Barón Vargas*) alza la cabeza del periódico y mira hacia la carretera.

Vargas se pone en pie, coge una cartera y un impermeable que había dejado colgados de un árbol y sube hacia la carretera. Se acerca al automóvil, que se ha detenido en un puentecillo.

El conductor abre la portezuela y baja.

Es un mocetón romano de aspecto sólido, seguro de sí, que bajo su aparente cordialidad deja vislumbrar una naturaleza enormemente cínica y calculadora.

El joven (Roberto) lleva uniforme negro de chófer. Al bajar saluda a Vargas.

ROBERTO: ¡Hola! ¡Queridísimo Barón!...

VARGAS: Hola. Son ya las diez y media. ¿Es que tengo siempre que esperar hasta que se os antoje?

ROBERTO (gorjea en tono de bajo).

Roberto lanza con tono irónico una especie de gorjeo de bajo profundo, dirigido a la campiña, y se encamina en seguida al portaequipajes posterior, que abrirá.

Vargas se acerca a la portezuela posterior, abriéndola. En el interior están sentados dos hombres, con las solapas del abrigo levantadas.

Uno de ellos (Augusto) es un hombre de unos cincuenta años, de rostro duro y enjuto, ojos pesados y melancólicos pero siempre atentos, una sonrisa que a veces se transforma en mueca irónica. El otro (Picasso) es un mocetón rubio con claros ojos celestes; tiene treinta años pero aparenta bastante menos. Da una impresión de malicia y candor al mismo tiempo.

Vargas está visiblemente contrariado. Dice tranquilo, pero duramente:

VARGAS: ¿Qué habéis hecho? ¿Dónde os habéis metido?

Augusto, que parece muy fastidiado, ni siquiera responde. Se limita a encogerse de hombros.

PICASSO (*Ríe bajito, señalando a Roberto*): No encontramos a Roberto esta mañana. (*Ríe*) Ese tío tiene una mujer en cada pueblo.

Picasso baja; un traje de cura asoma por su trenca, que aún no se ha quitado. Detrás del coche, Roberto se ríe, canturreando, mientras coloca una matrícula falsa del Vaticano sobre la del coche.

En cuanto Picasso ha bajado, mira a su alrededor, exclamando alegremente:

PICASSO: Eh, ¡mirad qué bonito!

En la portezuela del coche, Vargas muestra un mapa topográfico y protesta ante Augusto, que aun no ha descendido.

VARGAS: Hay sólo diez kilómetros. A estas horas podíais estar allí. Augusto baja y se acerca al portaequipajes.

VARGAS: (*Continúa protestando*): No sé por qué siempre tenemos que hacer estas gracias...

Picasso se dirige hacia el puente, brincando entumecido e inclinándose a mirar el valle que hay abajo.

PICASSO: Parece un paisaje de Corot, ¿eh?

Augusto dobla cuidadosamente el abrigo y lo deposita en el portaequipajes abierto, del que Roberto está sacando unas herramientas. Simultáneamente, tiende a Augusto una faja cardenalicia roja.

ROBERTO (*Tendiendo a Augusto la faja roja, muy tranquilo*): Ten... Ahórcate...

Augusto coge la faja y empieza a ceñírsela. Vargas, entre tanto, ha sacado de su cartera de cuero una hoja y se acerca al pretil del puente, lentamente,

con Augusto, reuniéndose con Picasso que aún lleva el abrigo y está sentado en el pretil.

VARGAS (*A Picasso*): Ahí tienes el plano... Esa señal es el árbol. A ocho pasos del árbol está el tesoro.

PICASSO: Hummm, hummm, hummm..., entendido, entendido...

Vargas señala los zapatos de Picasso.

VARGAS: ¿A quién se le ocurre venir con zapatos amarillos, eh?

PICASSO (*Algo mortificado*): ¿Quién va a verlos?... Bajo la sotana...

Picasso, mientras Augusto le habla, empieza a quitarse el abrigo.

AUGUSTO: ¿Me das esa cruz, eh?

Picasso se saca del bolsillo una gran cruz pectoral que parece de oro, con su cadena, y la lanza hacia Augusto, que se la cuelga al cuello.

PICASSO: ¡Ahí va!

Después, dirigiéndose a Vargas e indicándole un punto del plano, dice:

PICASSO: ¿Y estos números?

VARGAS: A metro y medio de profundidad. ¿Entendido? La tierra de encima quedó colocada como antes y no se nota nada. Sólo tenéis que cavar. Creo que antes de la tarde habremos concluido tranquilamente.

Vargas se acerca a Augusto y señala hacia Roberto: Ah... Dile a ese cretino que no se haga el gracioso, porque las mujeres no son estúpidas...

Roberto, que está atornillando la placa, silba burlándose de Vargas.

VARGAS: Ah, otra cosa, se me olvidaba. Tened cuidado, que hay dos perros muy bestias (*Mira las manos de Augusto*). ¿Y el anillo?

AUGUSTO (*Fastidiado*): Lo tengo, lo tengo...

Sin esperar respuesta, Vargas se dirige hacia Roberto, que ha terminado de sustituir las matrículas.

VARGAS: Déjame ver. ¿Está todo listo?

Indicando a Augusto, en voz baja.

VARGAS: Oye, ¿qué tiene esta mañana Augusto?

ROBERTO: El vejete se tambalea. Es un agonizante.

Augusto termina de arreglarse. Picasso dice con una sonrisa a Augusto, señalando el paisaje:

PICASSO: Augusto..., ¡qué sitio tan hermoso!, ¿eh?

Augusto, enfurruñado, asiente. Después saca del bolsillo el anillo y se lo mete en el dedo.

Roberto, a punto de cerrar el portaequipajes, ha sacado dos sombreros de cura y reclamando con un silbido la atención de Augusto y Picasso los lanza al vuelo hacia ellos.

SILBIDO DE ROBERTO.

Augusto y Picasso agarran al vuelo los dos sombreros (el de Augusto lleva borlas) y se los ponen en la cabeza.

ROBERTO (*Anuncia*): ¡Al coche! ¡En marcha!

Abre la portezuela del coche y Augusto y Picasso suben.

Escena n.º 2.

Exterior valle alquería. Día.

El coche recorre a toda velocidad el camino polvoriento.

FUNDIDO.

Escena n.º 3

Exterior primera alquería. Día.

Como visto desde el automóvil en marcha, aparece un gran edificio rústico. Dos grandes perros guardianes ladran ferozmente y corren en torno al coche que avanza y se detiene en la era.

Nadie baja del coche.

En el interior del automóvil, Roberto se dirige a los perros, divertido y excitado con sus ladridos.

ROBERTO: (*Casi azuzándolos*): Aah..., aah... (*Ríe*) Booh... booh...

Nadie asoma. Los perros continúan ladrando furiosamente, corriendo alrededor del coche.

Por la puerta entornada del establo alguien está observando a los recién llegados; es una mujer anciana, huesuda y fuerte, de pequeños ojos desconfiados en una cara masculina.

Picasso es el primero que la ve desde el interior del coche.

PICASSO: Eh, buenos días, señora. Buenos días. Perdome, ¿podría llamar a los perros, por favor?

La mujer se decide a abrir la puerta y emite gritos guturales destinados a los perros.

Un momento de silencio. Roberto, que ha bajado del coche, va hacia ella y le pregunta en voz alta:

ROBERTO: ¿Está aquí Stella Fiorina?

La mujer avanza unos pasos pero no responde. Roberto insiste:

ROBERTO: ¿Stella Fiorina está aquí? ¡Eh!

LA MUJER (*Hostil, desconfiada*): ¿Qué quieren?... ¡Soy yo!

Roberto, quitándose la gorra con gran estilo, se dirige a Augusto:

ROBERTO: Monseñor, es ella. Picasso ha abierto la portezuela del otro lado y baja solícito.

Entre tanto, detrás de la casa ha aparecido una segunda mujer, más baja que la primera, curiosa y asustada. Picasso la saluda y después, con exagerada untuosidad y cierta aprensión por los perros, avanza hacia la primera mujer, llevando una cartera de cuero bajo el brazo.

PICASSO: Ah, buenos días...

PICASSO: ¡*Pax et bonum!* Mucho gusto, señora Stella Fiorina. Usted es la propietaria de la finca, según creo, ¿no? Tenemos que hablarle de una cosa sumamente reservada. Su Eminencia ha enviado expresamente desde Roma a su Relator, Monseñor De Filippis...

Mientras habla así, Picasso se vuelve con una leve inclinación hacia el coche, del que baja majestuosamente Augusto, ayudado por el obsequioso Roberto. Las dos viejas se miran. La segunda, acomodándose a toda prisa el delantal, da una carrerita hacia Augusto, esboza una torpe reverencia y le besa el anillo.

2.^a MUJER: ¡Ah, Monseñor!

Augusto hace un ademán de bendición. Después echa a andar hacia la primera vieja, que se ha quedado inmóvil, rígida, y le dice a media voz:

AUGUSTO: Tendríamos que hablar con usted... en privado. ¿Es posible?

La mujer, desconfiada e impresionada, se dirige lentamente hacia la puerta de la casa, seguida por Augusto, Picasso y Roberto.

Escena n.º 4.

Interior cocina primera alquería. Día.

La primera mujer hace entrar a Augusto y a los demás diciendo con respeto:

1ª MUJER: Pase... Perdone si está sucio...

La vieja hace salir del cuarto a una muchacha campesina, con un niño sucio en brazos.

MUJER: Tú, vete. Perdone, Monseñor. (*A la muchacha*) Fuera, fuera.

PICASSO (*Al niño*): ¡Qué mono!

La vieja se acerca presurosa a la tosca mesa en torno a la cual están Augusto y Picasso; los mira fijamente, dura e impresionada. En vez de empezar a hablar, Augusto dice a Picasso, a media voz;

AUGUSTO: Don Pietro, ¿quiere cerrar la puerta, por favor?

Picasso va en silencio a cerrar la puerta y vuelve a la mesa. En el silencio, Augusto indica a Picasso que abra la cartera. Rápido y obsequioso, Picasso la abre y saca unos papeles que dispone sobre la mesa.

Las dos mujeres siguen estos manejos con creciente aprensión.

En voz baja y misteriosa, entornando a veces los ojos y dando lentas vueltas a la mesa, Augusto empieza a decir:

AUGUSTO: Un pobre pecador, en trance de muerte, ha querido confiarnos un terrible, terrible secreto... Se trata de un asesinato...

Hace una larga pausa y emite un hondo suspiro, siempre con los ojos entornados.

AUGUSTO: Durante esta última guerra, cuando el frente estaba por aquí, el difunto, que huía con su cómplice tras haber robado en quién sabe qué pueblo, mató a su compañero y escondió el cadáver en un sitio que, según sus indicaciones, debería encontrarse en las propiedades de ustedes...

Las dos viejas, impresionadísimas, intercambian una mirada aterrada.

Picasso aprovecha la pausa y, extendiendo el plano, pregunta:

PICASSO: Perdone, ¿hay en su finca un árbol en medio de un campo completamente aislado?

La primera vieja, impresionadísima, responde:

PRIMERA VIEJA: Sí, detrás del viñedo...

AUGUSTO (*Grave, en voz baja*): Sí, justamente ése... (*Hace una pausa, y después*) Pues bien, tengo el deber de recoger esos pobres huesos, para enterrarlos de nuevo en sagrado... Es una santa obra que ustedes deben ayudarme a realizar por la paz del alma del asesino... (*Breve pausa; después*) ¿Está lejos de aquí?

SEGUNDA VIEJA: No..., está después del viñedo...

PRIMERA VIEJA (*Alarmada, sin haber entendido aún bien*): Pero, ¿qué quieren hacer?

AUGUSTO: Dígame, ¿es un sitio tranquilo? Quiero decir, ¿no hay peligro de ser vistos? Porque preferiría no tener que esperar a la noche. Total, no hará falta mucho tiempo, y en el fondo ni siquiera necesitaríamos su ayuda.

Picasso finge sugerir algo a Augusto, en voz baja.

PICASSO: El tesoro... (*Se acerca a Augusto y repite*) El tesoro...

Augusto sonrío, aludiendo a su falta de memoria, y continúa:

AUGUSTO: Ah, sí, sí, se me olvidaba. Parece que con los huesos están las joyas que ambos robaron. El asesino quizás contaba con venir las a recoger en tiempos más tranquilos. Se trata de un verdadero tesoro. El padre tiene ahí la carta... (*Indica hacia la cartera*) Pero esto no tiene la menor importancia para nosotros. Porque el difunto declaró expresamente que, si se encuentra, deberá pertenecer al propietario de la finca, o sea a ustedes... Salvo, como ha dejado dicho, lo que haga falta para unas misas en sufragio de su alma.

Mira a las dos mujeres con aire muy grave.

Ustedes me prometerán guardar secreto, ¿verdad? También en su propio interés, pues el Gobierno podría, sin ningún derecho, venir con exigencias.

PRIMERA VIEJA (*Alterada*): ¿Un tesoro?

AUGUSTO (*Muy dulce*) : Sí, pero lo que más nos importa a nosotros es enterrar esos pobres restos.

FUNDIDO.

Escena n.º 5.

Exterior campiña con árbol. Día.

En el centro de un campo desierto, un árbol aislado.

La primera vieja mira a su alrededor, desconfiada e impresionada.

Augusto y Picasso están parados bajo el árbol. Roberto lleva un pico al hombro.

Picasso, que está consultando el plano con Augusto, le indica los distintos puntos de referencia: el pozo, el árbol, el viñedo.

PICASSO: El árbol es éste. Ocho pasos desde este punto hacia la viña... Si me lo permite, Monseñor, probaría a contarlos.

VIEJA (*A Roberto*): Aquí (*Roberto asiente*).

PICASSO: Perdone, Monseñor... Perdona un momento...

Picasso mide ocho largos pasos desde el pozo hacia el árbol.

PICASSO: Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete y ocho... (*Repite*) ocho.

Se detiene en aquel lugar con macabra solemnidad e, indicando el terreno, mira a Augusto.

PICASSO: Monseñor, tendría que ser aquí. Exactamente en este punto. Las dos mujeres siguen todo atentamente.

AUGUSTO (*En voz baja*): Entonces, ¿probamos? (*Mira a las dos mujeres*)
¿Ustedes están de acuerdo?

Las dos mujeres hacen un ademán afirmativo.

Augusto le dice a Roberto:

AUGUSTO: ¿Le importaría comenzar, Roberto?

ROBERTO: ¡Con mucho gusto, Monseñor!

Roberto entrega su gorra a la vieja, se acerca a Picasso y planta el pico en tierra.

ROBERTO: ¡Cuidado!

Se quita la chaqueta y la entrega a la segunda vieja. Las gafas se las da a la primera vieja, diciendo burlón:

ROBERTO: Please...

Picasso se lleva a la segunda vieja. Roberto empieza a cavar.

PICASSO: Venga, señora. Véngase un poquito más allá.

FUNDIDO.

Media hora después, Roberto está metido hasta las rodillas en el agujero que ha excavado. Las dos viejas y Picasso siguen la marcha del trabajo. Augusto y Picasso están en el prado, no muy apartados.

Jadeante, Roberto deja de cavar y dice para sí:

ROBERTO: Ya no puedo más...

Después, desde el agujero, se dirige a Augusto y dice:

ROBERTO: Monseñor, aquí no se encuentra nada, sabe.

Voy a descansar un poco.

Y mientras dice esto sale del agujero, entrega la pala a la primera vieja y se aleja hacia Augusto y Picasso

PRIMERA VIEJA: Démela.

La vieja baja al agujero y empieza a cavar con furia campesina.

La segunda vieja se acerca al borde del agujero y sigue ansiosamente el trabajo de su hermana.

Durante algún tiempo sólo se oye el ruido de la herramienta en la tierra.

SEGUNDA VIEJA: Ten cuidado, Stella.

De repente, las dos viejas lanzan una ahogada exclamación de pasmo y miedo y se quedan inmóviles, contemplando fijamente algo en el terreno.

PRIMERA MUJER: ¡Venga, Monseñor!

Picasso mira hacia las dos viejas, y después llama a Augusto:

PICASSO: ¡Augusto! ¡Ya está!

Los tres corren hacia la fosa y se detienen en el borde.

PRIMERA VIEJA: ¡Mire, Monseñor!

ROBERTO: ¡Caramba! ¡Tenía razón!...

Augusto hace un silencioso y compungido ademán con la cabeza.

AUGUSTO: ¡Pobre alma!...

Roberto salta a la fosa y se inclina a recoger una calavera blanca.

PICASSO (*Contrito*): Despacio, despacio, Roberto... Démela... Eso, así, gracias...

Roberto tiende la calavera a Picasso, que la coge con ostensible reverencia.

La segunda vieja se persigna y se pone a barbotar oraciones a media voz:

SEGUNDA VIEJA: *Requiem aeternam dona eis domine...*

Picasso se aleja unos pasos, abre un gran pañuelo de seda, lo extiende en el suelo y coloca en él la calavera.

PICASSO (*Para sí*): ¡Qué poco somos! ¡Ah, Dios bendito!

Roberto empieza a rascar el fondo del agujero, sacando algunos huesos.

ROBERTO: ¡Cuántos huesos, eh! ¿Qué hueso es éste?

Repentinamente, la primera vieja se tira a cuatro patas, raspando con las manos el fondo de la fosa.

PRIMERA VIEJA: Aquí hay algo. Hay algo.

Augusto farfulla palabras latinas con un amplio gesto de bendición.

AUGUSTO: *Requiem aeternam dona eis domine.*

PRIMERA VIEJA (*Off*): ¡Monseñor!

En el fondo del agujero, la primera vieja sigue gesticulando, sudada, afanosa, sacando de la tierra una pequeña caja de metal atada con una cadenita, que alza en silencio.

PRIMERA VIEJA: ¡Mire, Monseñor! Aquí está.

ROBERTO: ¡Eh! Monseñor, ahí está.

FUNDIDO.

Escena n.º 6.

Interior cocina primera alquería. Día.

Sobre la mesa está abierto el cofre. El pañuelo con los huesos ha sido posado en una silla.

En el interior del cofre brillan muchos objetos preciosos: collares, pulseras, anillos, etc. Picasso, sentado ante la mesa, los levanta uno a uno, cotejándolos con una lista que consulta de vez en cuando, murmurando como para sí:

PICASSO: Un collar de brillantes y rubíes... Un lingote que pesa... dos kilos... Eso es... Un alfiler de oro labrado.

Augusto, sentado algo más lejos, termina de beber un vaso de rosoli y se sirve otro.

Roberto, de pie, come con evidente apetito una tortilla.

En la chimenea arde un gran fuego, cuyos reflejos danzan sobre los preciosos objetos alineados en la mesa. Las dos mujeres están como fascinadas por la visión del oro y las gemas.

Parecen realmente trastornadas.

PRIMERA VIEJA (*Sin resuello*): Pero, ¿es todo bueno?

ROBERTO (*Con jactancioso infantilismo*): Ya lo querría yo para mí...

Finge recobrase y se disculpa con Monseñor.

No, Monseñor... Quería decir que si no fuera oro bueno, después de tantos años de estar allí abajo, ahora estaría completamente negro...

PICASSO: En mi opinión, valdrán unos cinco o seis millones, ¿eh?

SEGUNDA VIEJA: ¿Cuánto ha dicho?

Picasso desvía apostá la conversación.

PICASSO: Perdóne, ¿podría darme un vaso de agua?

La vieja dice en voz baja a su hermana:

VIEJA: Seis millones.

Y mientras la vieja coge el agua, dice:

PICASSO: Sí, unos seis millones. Bueno, más o menos alrededor de esa cifra. Eso es.

ROBERTO: Y aún más. Con la cotización que ahora tiene el oro, padre... ¡Ha subido, sabe!

PICASSO: Ah, claro..., y aún más. Sin duda valdrán más. Serán unos siete millones.

ROBERTO (*Probando un collar a la vieja*): Déjeme ver...

SEGUNDA VIEJA: ¿Y qué debemos hacer nosotras? ¿Hay que repartirlo con ustedes?

PICASSO (*Para tranquilizarlas, en voz muy baja*): No, no, no... ¡Por caridad!..., claro que no, en absoluto... Es suyo. Es todo suyo...

Augusto saca de la cartera una hoja de papel, se la enseña a Picasso y comienza a leer.

AUGUSTO: Por favor... (*Leyendo*) «A quien corresponda: Con el atroz remordimiento del mal cometido por mí, y con el terror de tener que pagar en la eternidad mis pecados en las llamas del infierno, dispongo que todas las riquezas malamente adquiridas por mí y enterradas junto al cadáver de mi víctima, por haber muerto sus legítimos herederos, pasen a propiedad de los dueños del terreno donde se encuentran, con una sola condición...» (*Se interrumpe, indica solemnemente el papel*) Estoy leyendo el testamento ológrafo. (*Continúa leyendo*) «... con una sola condición: que los propietarios del terreno hagan decir quinientas misas por la salvación de mi alma...»

Cierra los ojos con un gran suspiro de tristeza.

Las dos mujeres se miran, entre inquietas y tranquilizadas.

PRIMERA VIEJA: ¿Tenemos que pagar nosotras las misas?

SEGUNDA VIEJA: ¿Hacemos que las diga el párroco de] pueblo?... Augusto hace una discreta señal negativa.

AUGUSTO (*Paternal*); No, no, no... Las haré decir yo en San Pedro... Es mucho mejor...

Picasso, discreto y sonriente, interviene:

PICASSO: Quinientas misas a mil liras cada una... (*Con una cándida sonrisa*) No es gran cosa.

PRIMERA VIEJA (*Práctica y un poco asustada*): Son quinientos billetes de mil.

Augusto recoge el papel y continúa leyendo.

AUGUSTO (*Leyendo*): «En el caso de que los propietarios de la finca rechazaran este oro maldito, suplico a Su Eminencia que lo distribuya en limosnas a los pobres...»

Roberto ha dejado de masticar y Picasso oculta mal su nerviosismo...

Es el momento decisivo. Las dos mujeres miran el oro. Se miran.

La primera vieja aventura una última defensa.

PRIMERA VIEJA: ¿Tenemos que pagarlas todas juntas?

PICASSO: Aquí pone eso...

Augusto abre los brazos, indicando suavemente que sí, y después, con misteriosa severidad, como si ya las mujeres hubieran aceptado, dice:

AUGUSTO: Y recuerden siempre que se trata de un secreto gravísimo... Hay por medio un asesinato..., podrían inculparlas también a ustedes (*Más marcado*)

No deben hablar jamás de esto, con nadie. Las dos mujeres, impresionadas, dicen que sí con la cabeza.

La primera vieja dice, un poco rígida al pensar que tiene que pagar tanto dinero:

PRIMERA VIEJA: No lo tenemos todo junto... La segunda vieja le dice, rápida, en voz baja:

SEGUNDA VIEJA: Vendemos los bueyes.

PRIMERA VIEJA (*Secamente, rápida, en voz baja*): ¡Cállate!...

SEGUNDA VIEJA: Ya nos arreglaremos...

Los tres hombres intercambian una rápida ojeada. Esperan un instante.

Después Picasso rompe el silencio, proponiendo con voz discreta:

PICASSO: Eh, eh... Monseñor, podríamos coger el lingote... Claro que vale mucho más, ¿no?... Valdrá al menos un millón y medio, ¿eh?

AUGUSTO (*Con firmeza*): No, no, de ninguna manera. Hay que encontrar otro modo. Entre tanto, mire, Don Pietro, cójalo todo y se lo llevamos a Su Eminencia, a Roma. Puede estar tranquilo, él encontrará una solución. Entonces, ¿nos vamos?

PICASSO: Desde luego, Monseñor... Desde luego.

Y Picasso, decidido, hace ademán de recoger las joyas y cerrar el cofre.

Los rostros de ambas mujeres expresan una ansiedad repentina, se consultan con la mirada.

PRIMERA VIEJA: Perdone, Monseñor. ¿Puede esperar un momento? Tengo que decirle algo a mi hermana.

Picasso vuelve a dejar la caja en la mesa, mientras las dos viejas se dirigen hacia la puerta, confabulando en voz baja.

Los tres hombres las observan con ansiedad.

FUNDIDO.

Escena n.º 7.

Exterior primera alquería. Tarde.

El día está a punto de acabar.

Por la silenciosa era pasan los bueyes camino del establo. Se oye algún profundo mugido.

Escena n.º 8.

Interior cocina primera alquería. Tarde.

La amplia cocina está inmersa en la penumbra. Augusto está sentado a la mesa y sigue bebiendo. La botella está ahora medio vacía. Picasso pasea nerviosamente, apretándose las manos.

Roberto está a horcajadas en una silla, se mece, tocando un cencerro.

Hay una atmósfera de espera y de tensión, que cada uno enmascara de modo distinto.

PICASSO: Roberto, por favor, estate quieto. ¡Eh!

Por último Picasso se detiene y mira su reloj de pulsera. Está alarmado.

PICASSO: ¡Eh! Son ya las cinco. Más vale que nos vayamos.

Se vuelve hacia los otros dos y está a punto de decir algo cuando se abre la puerta, rechinando. Los tres se vuelven a mirar.

Entra en el cuarto la muchacha con el niño en brazos. Picasso hace cumplidos al niño, le pregunta a la muchacha, con forzada desenvoltura:

PICASSO: Oh, mira quién viene aquí. Hola, rico. Ah, pareces un diablillo, ¿sabes? Perdona..., ¿dónde se han metido las dueñas?

MUCHACHA (*Salvaje*): Han ido al pueblo con el birlocho.

Y la muchacha sale, cerrando la puerta.

Picasso mira a los otros dos; pregunta a media voz, asustado y alarmado:

PICASSO: ¿Cómo, al pueblo? ¿Qué han ido a hacer al pueblo?

Roberto lanza una carcajada y dice cruelmente, como citando un titular de periódico:

ROBERTO: «Falso Monseñor de cincuenta años en la cárcel...»

[Escena n.º 9.

Exterior primera alquería. Tarde.

En la penumbra, la calesa está entrando en la era. Además de las dos mujeres, va también *un hombre* que sujeta las riendas.

En la puerta, Picasso se ha reunido con Augusto; ambos clavan la mirada en los recién llegados, con el rostro demudado.

Las dos mujeres bajan del carruaje y avanzan hacia ellos; la primera vieja se detiene a pocos pasos y dice, entre agresiva y ansiosa:

PRIMERA VIEJA: ¿Cuatrocientas veinticinco?... (*Hace una breve pausa, repite*) Cuatrocientas veinticinco... No hemos encontrado más...

FUNDIDO.

Escena n.º 10.

Una calle de pueblo. Exterior. Tarde.

Un cuarto de hora después el coche negro, en el que van Augusto, Picasso y Roberto, atraviesa velozmente un pueblo que bordea la carretera provincial. La radio del coche deja oír un bailable muy sincopado.

SONIDO DE LA RADIO.

El coche se aleja, y con él el sonido del bailable.

FUNDIDO.]

Escena n.º 11.

Exterior Piazza del Popolo, Roma. Noche.

El coche se ha detenido en la Piazza del Popolo, con Augusto, Roberto y Picasso. Baja Picasso, que saluda presurosamente a los otros dos.

PICASSO: Adiós, Augusto...

AUGUSTO: Adiós...

Roberto cierra con fuerza la portezuela y el coche vuelve a ponerse en marcha.

Picasso, que ha bajado del coche con un paquete, se dirige hacia la vía del Babuino.

[Escena n.º 12.

Exterior vía Margutta. Noche.

Picasso recorre vía Margutta con paso presuroso, casi de niño, Lleva en la mano sus paquetes. Entra en un portal.]

Escena n.º 13.

Interior escaleras casa Picasso. Noche.

Picasso empieza a subir la escalera de su casa —una típica escalera marguttiana— saltando los peldaños de dos en dos. Mientras sube lanza hacia los pisos superiores un silbido modulado, convenido, repitiéndolo varias veces.

PICASSO (*Silba de modo convenido.*) Después grita hacia arriba:

Iris..., Iris...

Arriba, en el rellano, se asoma a la barandilla Iris, la mujer de Picasso; es una mujer joven, pero con aire permanentemente asustado.

Grita a su vez, entre sorprendida y contenta, pero con un fondo de inquietud:

IRIS: ¡Carlo!...

Desde abajo Picasso le grita:

PICASSO: ¡Hola! ¡Viste a la niña y bajad!... Vamos al restaurante... y después al cine...

IRIS: Pero, ¡ya estábamos cenando!...

PICASSO: Nada, hoy salimos. Date prisa.

IRIS: Está bien.

E Iris, a pesar de sus objeciones, se aparta de la barandilla y entra alegremente en su casa.

Se abre una puerta del último piso y sale una niña de unos cinco años, Silvana, la hija de Picasso, que exclama:

SILVANA: ¡Papá!... ¡Papá!... Hola, papá... Hola, papá...

PICASSO: Hola, tesoro. Ven aquí, con papá.

Entretanto Iris, en la cocina, quita la olla del fogón y vierte su contenido en el cubo de la basura.

La niña empieza a bajar las escaleras a todo correr encontrándose con Picasso, que sube. Se arroja en sus brazos. Picasso la alza abrazándola y besándola repetida y alegremente.

SILVANA: Hola, papá.

Picasso continúa subiendo las escaleras, despacio, con la niña en brazos y le dice en tono cómico, serio, entre un besito y otro.

PICASSO: Aquí está mi renacuajo...

SILVANA: ¿Dónde has estado, papá?

PICASSO: Aprieta fuerte a tu papá. Oye, ayer una señora en Viterbo me dijo: ¿conoce usted en Roma a una niña que se llama Silvana?

SILVANA: Yo, yo, yo.

Picasso, mientras dice esto, alza hacia la niña una bolsita que ha sacado del paquete. Silvana empieza a lanzar grititos de alegría impaciente, tratando de agarrarla. La coge y llena a su padre de besos.

PICASSO: Ahí tienes...

SILVANA: ¡Ay! Una bolsita para mí...

PICASSO: Sí, cariño... ¡Cuántos besos para tu papá!... Oye, ahora ve a llamar a mamá, ¿eh? Dile que venga en seguida.

Picasso la deja en el suelo y la niña echa a correr escaleras arriba.

Escena n.º 14.

Interior habitación Picasso. Noche.

Entra a la carrera Silvana, que lleva en la mano la bolsa.

SILVANA: ¡Mamá!... Mira qué me ha traído papá. Dijo que se la dio una señora de Viterbo, pero yo no me lo creo, ¿sabes?

IRIS: ¡Ooh!... Si, pero ahora vístete de prisa, que vamos a comer fuera, ¿eh?

Iris, presurosa, hace que la niña se ponga el abrigo. ¿Y qué había en la bolsa? (*Le da un gorro de lana*) Este, pónitelo tú sola.

Iris se pone una trenka, se arregla el pelo mirándose en el cristal de la puerta y sale con la niña.

Escena n.º 15.

Interior escalera casa Picasso. Noche.

Picasso, mientras espera, saca cuidadosamente un segundo paquete, coge un broche, está a punto de guardarlo pero, cuando oye pasos por la escalera, se lo mete en el bolsillo.

Iris, con su trenka, y la niña bajan el último tramo de escaleras; él va hacia ellas y besa a Iris, que lo besa a su vez.

IRIS: Querido, por fin...

PICASSO: ¿Cómo estás, cariño?

IRIS: Pero, ¿no tenías que volver ayer por la tarde?

PICASSO: Sí, tenía...

IRIS: ¿Y entonces?

PICASSO: Bueno, luego te explicaré. Mira, mira esto. Saca del bolsillo el estuche con el broche y se lo enseña a Iris.

IRIS (*Contenta y asombrada, algo alarmada*): Oh, ¿es para mí? ¿Cuánto te ha costado?

PICASSO: Oh, vamos... Dime si te gusta.

IRIS: Oh, sí, muchísimo.

NIÑA (*Off*): ¿Qué es? ¿Qué es? Quiero verlo, mamá.

IRIS: Sí, míralo.

PICASSO: Espera, que te lo pongo ahí. (*Clava el broche en el jersey de su mujer*)

IRIS: ¿Y a dónde vamos a cenar?

PICASSO: Bueno, donde quieras. Después, por la calle, decidimos.

IRIS: Es precioso. Mira qué bonito regalo.

IRIS: Vamos. Pero podías ponerme un telegrama. Ya sabes que me preocupo...

PICASSO: No se me ocurrió. No, pero no...

Salen de la casa y empiezan a bajar las escaleras.

IRIS: Y además, si te necesito, no sé dónde encontrarte.

PICASSO: Sí, pero no es culpa mía...

FUNDIDO ENCADENADO.

Exterior vía Margutta. Noche.

Los tres salen a vía Margutta.

PICASSO (*Continuando la conversación*): Qué le vas a hacer, el oficio de corredor es así. Y, además, hemos vendido todo, ¿sabes?

PICASSO (*Continuando*): ... Porque allí cerca había una feria y Augusto dijo: conviene que vayamos allá. Y en realidad lo hemos vendido todo. Más aún, fíjate, nos han pagado en dinero contante.

Y en seguida Picasso saca del bolsillo un fajo de billetes de banco que enseña triunfalmente a Iris.

IRIS (*Asombrada*): ¿Son todos nuestros?

PICASSO: Anda, claro. ¿De quién van a ser?

IRIS: ¿Y cuánto es?

PICASSO: Cien mil. Habría que hacer esto: entregar al menos veinte en el restaurante. (*Lo piensa mejor*) Bueno, bastará con diez... Y después...

... Ah, oye, ¿ha ido alguien a buscarme a casa estos días?

IRIS: No, no... Pero, ¿qué has hecho?

PICASSO: Bueno, lo hemos vendido todo, ¿no? (*Muy aliviado, reanudando sus cuentas*) Entonces, diez al restaurante... Estas diez a tu madre, así nos deja en paz...

IRIS: No, no, demos veinte en el restaurante y paguemos también al panadero y a los demás. Al menos tendré algún respiro y podré salir sin que todos me miren con esas caras...

Picasso aprueba con exagerada energía:

PICASSO: Está bien, está bien, como quieras. Mira, guárdalo tú, así es mejor.

Le entrega el dinero.

IRIS: Oh, ya verás cómo me duran todo un mes. Así, al menos, tú podrás pintar.

PICASSO (*Jugando con la niña*): ¡Oh, mira qué carita tan linda!

IRIS (*Insistiendo*): Eh, ¡mira que tienes que pintar!

PICASSO (*Evasivo*): Ah, claro que tengo... ¡Oh, Iris, he encontrado unos sitios! Tenemos que ir juntos un día, ¿sabes? Paisajes en las colinas que ni siquiera los holandeses pueden soñar con algo parecido...

Hablando así, de bracete, con Iris y llevando a la niña en brazos, Picasso se aleja.

FUNDIDO.

Escena n.º 16.

Interior club «Grotte del Piccione». Noche.

En el tablado de la orquesta, los músicos están tocando una musiquilla sudamericana, mientras un bailarín negro, en el centro de la pista de baile, hace una exhibición de un baile endiablado sobre patines de ruedas.

La sala está medio vacía. Sólo hay algunas mesitas ocupadas.

Acabado el baile se produce un cansado aplauso. Un hombre (Riccardo) sentado a una mesa con una chica dice, refiriéndose al negro, que abandona la pista:

RICCARDO: ¡Caray! ¡Qué tío!

Augusto y Roberto, con trajes oscuros, aparecen en la puerta de entrada y se detienen mirando a su alrededor con aspecto de clientes habituales.

Hacen un gesto de saludo a los camareros, que ni siquiera se mueven.

Su llegada es observada por los músicos; uno de ellos lanza un grito gutural, imitado por los demás, y durante un momento aumenta el ritmo de la música.

ROBERTO (*A los músicos*): ¡Eh! ¡Salud, muchachos!

MÚSICO (*Irónico*): ¡Ha llegado el «rumbo»!...

Augusto hace un gesto al cerillero, que se acerca con su caja. Augusto saca de la caja un paquete de cigarrillos y lo tira a un músico.

AUGUSTO: ¡Ten!

Después coge otro y lo tira a un segundo músico.

AUGUSTO: ¡Fuma!

MÚSICO: ¡Gracias!

Augusto paga al cerillero y después llama al camarero, con tono mundano.

AUGUSTO: Luigi, ven aquí un momento.

El camarero se acerca, solícito e impecable.

AUGUSTO: ¿Cuál es el mejor champaña que tenéis?

CAMARERO: Tenemos «Cordon Rouge», «Henry Jonet»...

Augusto interrumpe a Roberto, que está bailoteando, indicándole que elija el tipo de champaña que prefiera.

ROBERTO (*Riendo*): ¡Por mí...! (*Hace una pirueta sobre sí mismo.*) ¡Henry Jonet!

Augusto, con un billete de 10 000 liras en la mano, que entrega ostentosamente al camarero, se vuelve un momento, y después señala a los músicos y agrega:

AUGUSTO: Y llévalos de beber a esos sedientos...

El camarero, al pasar junto al maître, susurra:

CAMARERO: ¡Han encargado!

MÚSICO: ¡Gracias!

ROBERTO: ¡A vuestra salud!

RICCARDO: Eh, Rober, ¿a quién habéis hecho llorar?

ROBERTO: Adiós, Riccardo.

El maître, entre tanto, que lo ha visto todo, se acerca y enciende el cigarrillo de Augusto, que se ha sentado a una mesa con Roberto.

MAÎTRE (*Confidencial y servil*): ¿Todo va bien, señor Rocca?

Augusto da las gracias al maître con un gesto y éste se marcha.

Roberto, entre tanto, lanza ojeadas a una mesita ante la que se sienta un grupo de americanos, entre los que hay una señora de mediana edad, muy enjoyada. Echa una mirada de inteligencia a Augusto, se levanta, atraviesa la sala, se acerca a la mesa de los americanos e invita a bailar a la señora.

La señora está halagadísima; se pone en pie y empieza a bailar con Roberto.

Riccardo y su chica se levantan a su vez y empiezan a bailar.

El camarero llega a la mesa de Augusto, llevando el cubo con el champaña.

RICCARDO: ¡Eh, Rober... Roberto! ¿Has visto qué Cadillac hay fuera? ¡Está lleno de pasta!

Roberto, agradablemente sorprendido, guiña un ojo a Riccardo y murmura a la americana:

ROBERTO: Do you like Italy? ¿Eh?

AMERICANA: Yes. Very much.

Augusto, que ha empezado a sorber el champaña, mira a su alrededor y ve a una guapa chica con tutú negro, de grandes ojos celestes, que está apoyada en la pared y lo mira con insistencia. Augusto la examina de pies a cabeza, sin andarse con disimulos. Después le pregunta con despego, por romper el hielo:

AUGUSTO: ¿Trabaja aquí?

La chica, Maggie, responde de inmediato, con acento extranjero:

CHICA: ¿Qué?

AUGUSTO: Decía... que si baila...

MAGGIE: Interpreto la arlequinada...

Augusto la observa, divertido.

Pregunta:

AUGUSTO: ¿Qué eres?... ¿Alemana?

MAGGIE: No, soy inglesa...

Hay una pausa. Augusto, después, se vuelve hacia la muchacha, que canturrea. Le pregunta:

AUGUSTO: ¿También cantas?

La chica sacude la cabeza y responde:

MAGGIE: No. Canto sólo para mí.

AUGUSTO: ¡Eres una chica muy guapa!

La muchacha está visiblemente complacida por el cumplido.

La muchacha se vuelve y llama a otra bailarina.

MUCHACHA: ¡Frances!

FRANCES: Yes!

CHICA (*A Augusto*): Tengo que irme. Es mi número.

AUGUSTO: Sí, sí, vete.

La inglesita le dirige una sonrisa de inteligencia a Augusto y se encamina brincando hacia la pista, con la otra bailarina; empiezan a ejecutar su número de danza. Augusto mira a la muchacha con interés.

En la mesa de los americanos, Roberto está anotando un número de teléfono. Después, dirigiéndose a ellos:

ROBERTO: Está bien... Eh... Tomorrow morning... Eh... I look... coche...

Hace ademán de conducir.

Uno de los americanos pregunta:

AMERICANO: What do you mean, a car?

ROBERTO: Automóvil... Two millions.

AMERICANO: Two millions? Oh... that's a lot. Is that your car?

ROBERTO: Si, me, me... Wonderful!

AMERICANO: Must be a very fine car!

Roberto besa la mano de la americana.

La chica inglesa sigue bailando bajo la mirada atenta de Augusto.

Unas horas después, el local está cerrando. Los músicos, tras dejar los instrumentos en sus fundas, se van.

Roberto se divierte tocando la batería, armando jaleo.

MÚSICO (*A Augusto, despidiéndose*): Buenas noches.

AUGUSTO: Mira que lo vas a destrozar todo.

ROBERTO: ¡Déjame en paz!...

Y continúa tocando furiosamente los tambores; después se interrumpe y ríe con descaro.

ROBERTO: Oye, oye, Augusto. Esta va por ti.

Y toca rítmicamente el instrumento, extrayendo de él un fúnebre tam-tam. Augusto se dirige al camarero que está barriendo el local y dice, fastidiado:

AUGUSTO (*Algo borracho*): ¡Mira tú con qué clase de inconscientes me toca trabajar! Gente que sólo es capaz de hacerse mantener por las mujeres. Me dan risa...

CAMARERO: Bueno, la juventud de hoy es así.

AUGUSTO: Pues yo nunca fui así. Siempre trabajé con gran estilo. He corrido mundo y siempre engañé a todos. Porque el mundo está lleno de tontos. Soy capaz de venderles hielo a los esquimales. Pero me toca trabajar con estos aficionados. Pero, desde luego, me pongo a trabajar solo...

Mientras Augusto habla, el camarero se ha quitado la chaqueta y ha salido.

Por el fondo del local aparece Maggie, la chica inglesa, ya vestida y dispuesta para salir. Se acerca a Augusto.

MAGGIE: ¿Nos vamos?

FUNDIDO.

Escena n.º 17.

Exterior calle club. Alba.

A las cuatro de la mañana la calle está desierta; la luz blanca del alba lo pone lívido todo.

Por la puerta del club salen un músico, Roberto, Augusto y Maggie.

Roberto lleva en la mano un violín. El músico protesta para recuperarlo.

MÚSICO: Eh, dame el violín, que se rompe. No hagas eso, que se rompe. Cuesta cuarenta mil liras ese violín, dámelo.

ROBERTO: No, no te lo doy si no me tocas las variaciones.

Y empieza a fingir que toca, bailando y canturreando.

MÚSICO: Ven aquí, que te las toco, vamos.

ROBERTO: ¿Me las vas a tocar?

MÚSICO: Te las toco.

Le devuelve su instrumento.

ROBERTO: Vamos, toca, adelante.

El músico empieza a tocar mientras Roberto inicia pasos de danza con la funda entre los brazos, canturreando.

Augusto, que los sigue, con Maggie del brazo, le dice:

AUGUSTO (*Indicando a Roberto*): Es guapo Roberto, ¿eh? ¿Te gusta?
Maggie lo mira con simpatía.

MAGGIE: Me gusta más quedarme contigo. ¿No quieres?

Roberto y el violinista prosiguen por el centro de la calle, seguidos por Augusto y Maggie.

[Escena n.º 18.

Una plaza (Piazza Vescovio o Piazza Verbano.) Día.

Han pasado unos días.

La plaza de un barrio nuevo, a las ocho de la mañana; llueve.

Grupos de niños que van al colegio, tiendas que se abren.

Un «topolino» se para ante un portal. Baja un hombre alto y gordo que se mete por el portal, casi corriendo.

Escena n.º 19-

Patio casa Augusto. Día.

El patio de un inmueble construido hace poco pero ya irremediablemente viejo y sucio. La lluvia aumenta la sordidez de la escena.

Escena n.º 20.

Interior casa-oficina de Augusto. Día.

Una tétrica oficinilla de representante que sirve a Augusto de vivienda ocasional cuando no puede pagarse el hotel.

En la más densa penumbra, tumbado en un viejo sofá de piel, envuelto en un par de mantas escocesas, Augusto duerme, agotado. En el pavimento hay colillas. La lluvia baña los cristales.

RUIDO DE LLUVIA.

Unos furiosos golpes en la puerta de entrada de la oficina despiertan de improviso a Augusto, que de inmediato se sienta en el sofá, tenso y vigilante, como un lobo en su madriguera.

GOLPES EN LA PUERTA.

Augusto permanece inmóvil, a la escucha.

Los golpes se repiten, insistentes.

GOLPES EN LA PUERTA.

Augusto se levanta. Lleva pantalones, pero no zapatos. De puntillas, cauto, sale al corto pasillo y se acerca a la puerta para mirar por una mirilla.

El rostro agresivo y encolerizado de un hombretón alto y grueso aparece en el circuito de vidrio. Los golpes se hacen más fuertes y frecuentes.

VOZ HOMBRETÓN: ¡Rocca! ¡Abre!

Augusto no se mueve ni resuella.

VOZ HOMBRETÓN: ¡Tendrás que salir alguna vez! ¡Abre!

Augusto no contesta, se apoya en la pared, junto a la puerta, con una actitud que pretende ser de indiferente cinismo. Busca un cigarrillo en el bolsillo de los pantalones.

Tras un rato, se oye al otro lado de la puerta un confuso refunfuñar y un ruido de pasos que bajan por las escaleras.

Augusto lanza un suspiro de alivio, se pone el cigarrillo en los labios, regresa a su cuarto y va a la ventana, desde donde mira cautelosamente a la calle.

A través de las persianas, se entrevé en la calle la silueta del desconocido que, tras detenerse un instante para mirar hacia arriba, sube a un «topolino».

El coche se aleja.

Tranquilo, Augusto enciende el cigarrillo.

Después mira la hora. Las ocho. Va al armario (un armario librería), saca un traje oscuro.

Pone el traje en la silla. De la mesa que está junto al sofá coge una funda de gafas, la abre, saca unas gafas con cerco de oro.

Se las pone y de inmediato se las quita.

Ha querido probarlas. Se sienta en el sofá, recoge los zapatos y, antes de ponérselos, empieza a limpiarlos con un pañuelo.

FUNDIDO.]

Escena n.º 21.

Interior café Canova. Día.

Augusto está hablando en un bar con un señor alto, milanés.

Saca del bolsillo de la chaqueta un envoltorio de papel de seda y coge con delicadeza un relojito de señora.

AUGUSTO: Mire, palabra de honor, le aseguro que hace un buen negocio. Ando un poco corto de dinero, estoy sin blanca. Se lo dejo en 15 000. Es de

mi mujer. Se lo había regalado yo y créame que no lo vendería si... si no estuviera con el agua al cuello. Ya sabe, uno pasa malas rachas y...

El milanés coge el relojito y lo observa atentamente. Después sacude la cabeza y sonrío.

Entra Roberto.

ROBERTO: ¡Hola! ¡Buenos días!

Ve el relojito. Con doloroso estupor:

< Pero, ¿qué haces? ¿Lo vendes?

Augusto tiene una expresión de amarga resignación.

AUGUSTO: Sí, ya ves...

ROBERTO: ¿En cuánto?

AUGUSTO: En quince mil...

ROBERTO (*Indignado*): Pero, ¿por qué? Te lo compro yo, entonces...

Inmediatamente el milanés, muy serio, le da el reloj a Roberto.

MILANÉS: ¿Lo compra usted? Es suyo, téngalo... (*A Augusto*) Más aún, si usted hace esta clase de negocios, yo, modestamente, puedo proporcionarle tres docenas de estos relojitos a mil quinientas cada uno, francos de porte...

AUGUSTO (*Sombrío*): Perdone, ¿en qué sentido?

MILANÉS: En el sentido de que yo los compro a quinientas liras en Lugano. Y en el sentido de que se me ha puesto el pelo blanco en este ramo (*Levanta el sombrero, señalando su pelo canoso*) ¡Con toda modestia! (*A Roberto*) ¿Qué toma usted?

ROBERTO (*Rápido*): ¡Simpático, el viejo! ¡Un Campari! Augusto recoge el relojito, lo envuelve de nuevo y se lo mete en el bolsillo.

MILANÉS: (*A Augusto*): ¿Y usted?

AUGUSTO: Yo, quizás, un Negroni.

MILANÉS (*Al barman*): Un Campari, un Negroni y una limonada. (*A Augusto*) Lo siento por usted. (*Y se dirige hacia caja, a pagar*)

ROBERTO (*A Augusto*): ¿Cómo no te diste cuenta de que era un experto?

Entra Vargas, con una gran cartera bajo el brazo acompañado por Picasso. Se detiene y mira hacia Picasso.

VARGAS: ¡Augusto!

ROBERTO: Ahí está el Barón.

Vargas, indicando que lo espera en la sala contigua prosigue su camino.

AUGUSTO (*Al barman*): ¡Mira que ha pagado el milanés, eh!

ROBERTO (*Al barman*): ¡Mándanos las cosas allá!

Augusto se dirige hacia la sala interior.

PICASSO: ¡Hola, Augusto!

AUGUSTO: ¡Hola!

PICASSO (*Eufórico*): Entonces parece que todo está listo para mañana. (*Después, a Roberto, poniéndole una mano en el hombro*) ¿Sabes, Roberto? Vargas ha tenido otra idea extraordinaria. En el extrarradio de Roma...

Picasso y Roberto siguen a Augusto. Los tres desaparecen en la sala interior.

FUNDIDO.

Escena n.º 22.

Exterior extrarradio Roma. Día.

El consabido automóvil negro se adentra por una carretera semirrural en el extrarradio de la ciudad, perseguido por una banda de chavales vociferantes. Se detiene ante una fila de barracas pegadas a las ruinas de un viejo acueducto, como una proliferación irregular y lastimosa. Los niños se agolpan entrometidos ante las portezuelas del coche, gritando alegremente.

Se abre la portezuela anterior, baja el chófer y trata de alejarlos. Es Roberto, con su correcto uniforme.

En el interior están sentados Augusto y Picasso, muy pulcro, con su voluminosa cartera bajo el brazo.

Picasso no baja de inmediato; vacila un instante, parece un poco emocionado.

Augusto le murmura secamente.

AUGUSTO (*Secamente, en voz baja*): Vamos..., muévete...

Roberto abre la portezuela.

ROBERTO (*A Picasso*): Señor, por favor...

Picasso baja. Mira a su alrededor.

Sentado sobre una barraca hay un niño que lloriquea. Picasso se le acerca y lo toma en brazos, sonriendo con aire sencillo y espontánea simpatía.

PICASSO: ¿Y tú? Míralo ahí arriba, él solito... ¿Quién te ha puesto ahí? ¿Qué haces? ¿Estás en la montaña? No llores... Ven, ven... Ven aquí, conmigo... yo te cojo.

Roberto, apoyado en el coche, mira asombrado a Picasso y se vuelve hacia el interior del vehículo.

ROBERTO: Augusto... pero, ¿qué hace?

Picasso, siempre con el niño en brazos.

PICASSO: ¿Qué? ¿No me quieres decir cómo te llamas? ¿Nos tienes miedo?

De la barraca sale un tipo bajo y membrudo, que se acerca agresivo a Picasso para recoger al niño.

HOMBRE (Bevilacqua): ¿Eh, qué hace? Oiga, este es mi hijo, ¿sabe?

Picasso le entrega el niño.

PICASSO: No le he hecho nada, pero podía caerse del tejado...

Después, recogiendo la cartera que había dejado en el techo:

< Ah, oiga, podría decirme, por favor..., podría decirme dónde está... hummm... el señor Sigismondo Giacotti...

Abre la cartera y consulta unos papeles.

Bevilacqua se vuelve e interpela a un hombre apoyado en una barraca.

BEVILACQUA: ¡Eh! ¿Está Sigismondo Giacotti?

HOMBRE: Ha ido al hospital, ¿no?

Bevilacqua se vuelve a Picasso.

BEVILACQUA: Ah, ha ido al hospital.

Picasso tiene un instante de incertidumbre.

PICASSO: Ah... hummm... ¿y este otro, Giovanni... Bartoli?

BEVILACQUA: ¿Giovanni Bartoli?

PICASSO: Si.

BEVILACQUA (*Indicando detrás de Picasso*) : Pregúnteselo a él.

Un anciano se acerca a Picasso con aire desconfiado:

HOMBRE (Bartoli): ¿Qué quieren de Giovanni Bartoli?

PICASSO: Ah, no, nada... Era para la asignación de las casas baratas.

BARTOLI (*Resplandeciente*); ¡Soy yo!

BEVILACQUA (*Presuroso*): ¿Es que van a dar las casas?

PICASSO: ¡Claro!

BEVILACQUA: Hace dos años que presenté la petición.

BARTOLI: Yo también hace dos años que...

BEVILACQUA (*Poniendo el dedo en los papeles*): A ver si está Bevilacqua...

PICASSO: ¿Bevilacqua? Interviene otro hombre.

HOMBRE: Ah, señor, también yo presenté la petición, pero nunca dieron señales de vida...

Picasso está desconcertado, no puede responder a todos y dice presurosamente:

PICASSO: No, no, no, no enredemos las cosas. Aquí está el Comendador..., él se lo explicará todo. Vengan conmigo, vengan.

Y se dirige hacia el coche, mientras se difunde el rumor de la asignación de las casas.

En el coche, Augusto mira a Picasso y se pone un par de gafas de cerca.

De las barracas sale otra gente que rodea gritando el coche, mientras Picasso abre la portezuela y Augusto baja. La gente se agolpa en torno a ellos. Roberto trata de contenerla.

ROBERTO: Despacio, despacio...

Augusto mira a su alrededor, sonriendo con aire paternal y bonachón.

Un viejo corre hacia él y lo saluda quitándose el sombrero:

VIEJO: Buenos días, Comendador. ¡Por fin se han despertado!

Augusto se dirige a Picasso, con cierta severidad.

AUGUSTO: ¿Se lo ha explicado bien?

PICASSO: Sí, Comendador. He dicho que hemos venido para las asignaciones. Ah, me dicen que la primera familia vive allá abajo.

AUGUSTO: Perfectamente.

Una mujer se vuelve hacia una amiga que está algo más lejos:

MUJER: ¡Nos dan la casa!

La amiga responde con aire escéptico, sonriendo:

AMIGA: ¡Sí, sí, la casa!

Augusto, seguido por Picasso y rodeado por la multitud voceante y excitada, echa a andar entre las dos filas de barracas. Todos gritan desordenadamente. Reclaman derechos de precedencia en la asignación de las casas.

Un tipo flaco, oliváceo, agitanado, con un gabán negro, se para ante Augusto mimando con vehemencia la injusticia de su propia situación.

HOMBRE (*Acento meridional*): Comendador, comendador, la providencia lo envía, comendador... Me llamo «seor» Antonio. Hace catorce meses que pedía la casa...

Una mujer de negro sale de una barraca y pregunta, gritando:

MUJER: ¿A quién le dan la casa? ¿A este zascandil?

Augusto y Picasso siguen avanzando, rodeados por la multitud voceante.

MULTITUD: Yo la pedí hace dos años. Nosotros hace cuatro, Comendador. Hace dos años que esperamos nosotros. Son todos un hatajo de ladrones.

Augusto y Picasso son casi arrastrados por la multitud implorante. Augusto se detiene y grita, impaciente:

AUGUSTO: Calma, por favor, calma. Bueno, ¿quieren callarse?

La multitud se tranquiliza y Augusto sigue hablando. Dentro de un mes se entregarán los primeros pisos.

BEVILACQUA (*Con el niño en brazos*): ¡Hace tanto que nos lo dicen, que ya no nos lo creemos!

La multitud, corno instigada por estas palabras, empieza a vocear excitada.

Augusto alza las manos e implora silencio, cogiendo unos papeles de manos de Picasso y agitándolos en el aire.

AUGUSTO: ¡Silencio! Uno por uno, vamos... Aquí están los contratos... Hay que firmarlos y entregar el primer plazo...

El entusiasmo cede de golpe. Una espantada turbación se difunde rápidamente entre la pequeña multitud de los sin techo. Hay un momento de silencio.

UNA MUJER: ¿Y qué suma sería?

AUGUSTO (*Paternal y severo*): Depende del número de habitaciones... Son ocho mil, nueve mil quinientas..., diez..., según los vanos... Depende del número de cuartos, ¿no?

Un hombre se adelanta y pregunta:

HOMBRE: ¿Y quien no la tenga?

AUGUSTO: Quien no la tenga, y no pueda pagar el plazo, no pasa nada... Ocupa el segundo turno y su casa se le asigna al siguiente... Con orden, todo con orden... según la antigüedad... Aquí no se escapa nada, estén tranquilos...

Y Augusto blande los papeles sobre su cabeza.

Hay otro momento de vacilación. Otra mujer aventura:

MUJER: ¿Cuánto tendría que pagar yo?... Ada Colangeli...

Augusto pasa de nuevo los papeles a Picasso, que lo estaba contemplando, admirado de su seguridad.

AUGUSTO: Mire a ver... Ada Colangeli.

Picasso coge el papel y lo recorre, mientras la interesada se aprieta contra él buscando a su vez su nombre en la lista. Otras personas preguntan dando su nombre.

VIEJO: ¿Y Luigi Fioretti?

AUGUSTO: ¿Cuándo presentó la petición?

VIEJO: Hace tres años.

AUGUSTO (*A una vieja*): ¿Y usted?

VIEJA: María Bove, comendador. ¡Bo-ve!

AUGUSTO (*A una con un niño en brazos*): ¿Y usted?

MUJER: Caterina Calabro.

AUGUSTO: ¿Calabro?...

MUJER: Caterina...

AUGUSTO: ¿Presentó la petición?

MUJER: Sí, hace cinco meses.

Un tipo flaco dice, protestando, desde la entrada de una casa.

TIPO FLACO: ¡Hace dos años que la presenté yo! A sus espaldas llega agresivo el «seor» Antonio.

SEOR ANTONIO: ¡Qué dos años ni qué ocho cuartos! Tú tenías casa y la vendiste. (*Después, a Augusto*) Comendador, éste no merece ninguna compasión.

El tipo flaco responde hecho una fiera al «seor» Antonio.

TIPO FLACO: ¿Qué dices? Aquella casa no era mía.

Entre los dos se interpone un tercero, con bigote, vestido con un decoro que lo distingue de los demás.

TIPO ALTO: ¿Cómo que no era tuya? Querías venderme a mí la casa...

Una voz femenina invita a Augusto a entrar en una barraca.

VOZ MUJER (*Off*): Venga, Comendador.

Augusto y Picasso, rodeados por la multitud, se dirigen hacia la barraca, mientras Roberto se afana por contener a los sin techo, que se agolpan para entrar todos juntos.

Escena n.º 23.

Interior barraca. Día.

Augusto y Picasso entran en la barraca, siguiendo a la mujer, que se desvive por atenderlos. Una gran cama, una mesa, unas cuantas sillas desaparejadas, una cómoda, una cocina de hierro colado.

LA MUJER (*Off*): Perdonen, saben, si está algo desordenado. Siéntese, comendador... Siéntese..., siéntese...

Augusto se sienta y deja en la mesa los papeles que lleva en la mano.

VOZ BEVILACQUA (*Off*): Pero, ¿cómo? ¡Yo fui el primero con quien habló y ahora no me quieren dejar entrar!

ROBERTO (*Off*): Está bien, uno a uno. Augusto mira impaciente a la multitud y la invita a calmarse.

AUGUSTO: ¡Calma!... ¿Quieren calmarse? En el exterior, otros sin techo continúan acudiendo a la barraca.

Augusto saca la pluma del bolsillo para empezar el examen de los nombres.

Después descubre a un chaval que ha aparecido a su izquierda y lo acaricia. Bevilacqua (*Off*) empuja hacia Augusto a su propio hijo.

BEVILACQUA (*Off*): Este es mi hijo. Giorgio, vamos, saluda al Comendador.

Augusto da afectuosamente un papirotazo al niño. Después, en el relativo silencio que se produce, pregunta:

AUGUSTO: ¿Quién es el primero?

PICASSO (*Off*): Ernestino Giacotti.

Una voz entre el gentío responde:

VOZ (*Off*): Soy yo, comendador. ¡Dios le bendiga!

Picasso, también con un papel en la mano, llama.

PICASSO: Gino Bevilacqua.

BEVILACQUA: ¡Aquí estoy! Estoy aquí.

PICASSO: Ocho mil quinientas liras, ¿eh?

Augusto, ante la mesa, dice a Ernestina Giacotti:

AUGUSTO: ¡Adelante! ¡Firme aquí!

PICASSO: Seis mil novecientas liras... Teresina Mingozi.

Un viejo con pelo largo se acerca por detrás a Augusto, con un puñado de dinero en la mano, que enseña, satisfecho, a este último.

VIEJO: Comendador, comendador... Tengo el dinero, ¿sabe? Son nueve mil liras. Me llamo Giovanni De Felice.

Una mujer aún joven se adelanta con trabajo, entre la gente, hasta el umbral.

Lleva en la mano unos billetes de mil y los levanta para enseñarlos.

MUJER JOVEN: ¡Aquí los tienen! Tengo cinco mil liras.

El «seor» Antonio, junto a ella entre la multitud, le pregunta:

SEOR ANTONIO: Por favor, ¿me prestas mil liras?

MUJER JOVEN: ¡Sí, justamente a ti!

ROBERTO (*Off*): ¡Adelante! ¡Dense prisa!

Los sin techo continúan agolpándose a la puerta de la barraca, voceando e implorando.

FUNDIDO

Escena n.º 24.

Una calle del centro (piazza Navona). Tarde.

Es la tarde de Año Viejo.

Piazza Navona presenta un cuadro de insólita animación. Tenderetes de todos los tipos, decorados e iluminados.

La gente camina con bultos y paquetes en los brazos. Se oye el estallido de algún petardo.

Augusto y Picasso, con unos envoltorios en la mano, caminan entre los tenderetes.

Picasso está excitado y alegre como un niño y Augusto parece más joven.

PICASSO: Ah, Augusto, oye, tengo que darte diez mil liras.

Picasso se para a mirar las pompas de jabón que un vendedor ambulante está haciendo cerca de él, para atraer compradores.

PICASSO: ¡Me encanta! Mira, Augusto. (*Al vendedor*) ¿Me deja probar, por favor?

VENDEDOR: ¡Doscientas liras, las pompas de jabón, para divertir a sus hijos!

Picasso coge el vasito y la paja del vendedor, y después trata de hacer pompas de jabón, pero no lo consigue, porque sopla demasiado.

PICASSO: ¿Cómo es que no me salen?

VENDEDOR: No es así, señor. Tiene que soplar lentamente.

El vendedor muestra a Picasso cómo se hace. De la pajita salen pompas de jabón.

PICASSO: Está bien, ya entiendo. Lo haré yo. Soplar lentamente. ¡Entendido! ¡Augusto, mira! Picasso sopla despacio y salen por la pajita pompas de jabón.

Augusto mira a Picasso, divertido, sacudiendo la cabeza.

VENDEDOR: ¿Verdad que es divertido, señora? Llévselo, sólo vale doscientas liras. No gasta usted mucho en juguetes y hace felices a los niños por doscientas liras. Picasso se divierte como un niño y sigue lanzando pompas al aire.

PICASSO (*Riendo*): Gracioso, ¿no? ¿No te divierten estas cosas, Augusto? (*Al vendedor*) Ahí tiene, envuélvamelos. Augusto empieza a impacientarse y llama a Picasso.

AUGUSTO: ¡Vamos, vamos!

PICASSO: Sí, un momento, que pago, y ya nos vamos. Quiero llevárselo a Silvana. Ya sabes cómo es. Estoy seguro de que esto es lo que más le divierte.

Picasso entrega el dinero al vendedor, que le da las gracias, y echa a andar con Augusto.

AUGUSTO: ¡Con qué cosas te diviertes! El niño eres tú.

SONIDO DE CLAXON.

Un gran Cadillac reluciente llega a espaldas de Augusto y Picasso, frenando de golpe. Los dos saltan hacia un lado, lanzando una media maldición.

AUGUSTO: ¡Me ca...!

Una carcajada lenta, sonora, burlona, sale del coche, junto con una voz que dirige a Augusto, a guisa de saludo, una sarta de insultos.

RINALDO: ¡Animai!... ¡Cretino!... ¡Gilipollas!... ¡Carne de presidio, vago estúpido! ¿Qué haces aquí?

Augusto, que aún no se ha recobrado, no consigue ver quién va al volante. ¿Es una elegantísima joven rubia, con pieles y enjoyada?

Picasso se ha quedado paralizado, mirando. Augusto, enfurecido, replica al conductor:

AUGUSTO: ¡Desgraciado!

RINALDO (*Riendo*): Augusto, ¡si soy yo! ¿Es que no me reconoces? ¿Qué haces?

Augusto, de pronto, reconoce en el conductor a un amigo y se ilumina su cara con alegre sorpresa.

AUGUSTO: ¡Rinaldo!

Inclinándose sobre el volante para mostrarse, Rinaldo sonrío a Augusto.

Es un hombre aún joven, pero ya calvo, con grandes ojos acuosos y gruesos labios sensuales.

RINALDO: ¿A dónde vas?

Augusto, desconcertadísimo, ya más servil, señala a Picasso.

AUGUSTO: Voy a Piazza del Popolo... pero tengo aquí un amigo.

RINALDO: Ah, sí. Entonces dile que monte y os llevo.

Y, sin grandes cumplidos, Rinaldo, siempre riendo, pasa el brazo por delante de la joven, que sigue reservada y silenciosa; abre la portezuela,

desplaza hacia adelante el respaldo del asiento de ella, obligándola a doblarse en dos para dejar paso a Augusto y Picasso, a quien Augusto invita presurosamente a subir, diciéndole a media voz:

AUGUSTO: Vamos, Picasso.

MUJER (*Protesta*) : ¡Ay, qué palurdo eres!

RINALDO: Bah, ¿a qué viene eso?

Y Augusto y Picasso se meten en el cochazo, como ratones.

RINALDO: ¡Mira que irte a encontrar el día de Año Viejo!...

PICASSO: Buenas tardes, señora...

RINALDO: Buenas tardes, buenas tardes...

El coche echa a andar, dando marcha atrás primero.

Escena n.º 25.

Interior automóvil Rinaldo. Noche.

Rinaldo, que conduce, se vuelve aún riendo hacia Augusto.

RINALDO: Dime, Augú... ¿Quién te ha llevado esta vez la hogaza con la lima? Augusto ríe la broma y contesta:

AUGUSTO: El mismo panadero que te la llevó a ti.

RINALDO (*Rie divertido*).

La joven que está sentada delante continúa manteniendo un tono de indiferente y descortés reserva. Se pone un cigarrillo entre los labios y Rinaldo enciende el suyo sin encender el de ella.

RINALDO: ¿Sabes que hace dos años que no nos veíamos? ¿Qué has hecho en todo este tiempo?

Después, admirado y envidioso:

AUGUSTO: La vida de siempre. ¿Qué has hecho tú, más bien? Veo que viajas como un rey.

RINALDO (*Contentísimo*) : La última vez que te vi quisiste timarme cinco mil liras...

RINALDO: ¡Y te las timé yo las cinco mil! ¡Este Augusto!

AUGUSTO: No, no me timaste nada de nada.

RINALDO (*Riendo*): ¿Cómo que no? Te las timé, puedes estar seguro. (*Ríe*) Ahora dice que no se acuerda porque lo saqué de quicio.

Rinaldo se vuelve a la joven, Luciana, que está a su lado, le señala a Augusto y dice:

RENATO (*A Lucy*): ¿Sabes quién es éste? ¡Es una plaga! Ha hecho llorar a media Italia... ¡Es Monseñor Toco-mocho! (*Ríe*) ¿Cómo? ¡Es peor que una inundación!

Luciana se vuelve un poco de perfil, reservada, moviendo apenas la cabeza para la presentación.

AUGUSTO: Mucho gusto.

RINALDO (*Ríe*): ¿Sigues yendo por ahí con las calaveras?

Augusto se ríe un poco de través e inclina la cabeza para responder a la presentación de la joven.

Después, indicando a Rinaldo y dirigiéndose a Luciana, dice bromista:

AUGUSTO: ¿Y usted, señora, conoce bien a este señorito?

Luciana no recoge la broma y continúa mirando al frente.

RINALDO: ¿Por qué no vienes a mi casa esta noche? Hacia las diez. Quiero verte allí, ¿sabes? Y luego no pienso soltarte.

Augusto, halagadísimo por la invitación, pero perplejo.

AUGUSTO: Gracias, pero... pensaba estar con este amigo...

RINALDO (*Autoritario*): Está bien, llévatelo también. No importa.

AUGUSTO: Nos esperaba su mujer, en casa...

RINALDO (*Magnánimo*): ¡Llévate también a la señora! Rinaldo se vuelve un momento a mirar a Picasso y le tiende una mano.

RINALDO: ¡Permítame! Rinaldo Rossi. (*A Augusto*) Entonces os espero, en vía Archimede, 38. Vivo en el tercer piso. No vengáis tarde, que os perderéis lo mejor, sabes.

Augusto y Picasso sonríen.

Rinaldo detiene el coche y se vuelve a Augusto.

RINALDO: Entonces, ¿puedo contar con vosotros, eh? Mira que si no vienes, te he de pescar donde estés, ¿sabes? (*Dirigiéndose a Luciana*) ¡Eh, déjalos pasar!

Sin molestarse, abre la portezuela del lado donde está sentada Luciana y dobla el asiento, para que bajen los dos, sin la menor consideración para su compañera.

PICASSO (*Bajando*): Perdone, señora, siento que tenga que desplazarse... Ya está, gracias...

Augusto baja trabajosamente a causa de su mole.

RINALDO (*Burlándose*): ¡Eh, menuda barriga que estás echando! (*Ríe*)

PICASSO (*Inclinado sobre la ventanilla*): Gracias, ¿eh? Buenas tardes, señora, gracias.

AUGUSTO: Hasta la vista. Buenas tardes, señora.

El coche parte. Mientras echan a andar a su vez, Picasso pregunta a Augusto:

PICASSO: ¿Quién es?

AUGUSTO: ¿No has comprendido quién es?

FUNDIDO.

[Escena n.º 26.

Exterior vía Archimede. Noche.

Un taxi se detiene ante un edificio recién construido.

Muchas ventanas, en todas las casas, están iluminadas; en la atmósfera flotan sonidos confusos y ecos de voces. Dos largas e interminables filas de coches relucientes, muchos de marcas americanas, están aparcadas junto a la acera.

Del taxi bajan Augusto, Picasso, Iris y la niña, Silvana.

Augusto paga al taxista y el coche se marcha.

Picasso coge a la niña de la mano, y los cuatro se dirigen hacia el portal del edificio, entrando.]

Escena n.º 27.

Interior escaleras casa Rinaldo. Noche.

Augusto, Picasso e Iris suben las escaleras. Van vestidos con sus mejores trajes.

Picasso lleva un cuadrito bajo el brazo. Un confuso vocerío, mezclado con música, baja del descansillo superior.

Augusto está evidentemente excitado, resplandeciente de euforia.

Picasso e Iris están algo más intimidados.

El vocerío y los ecos de la música aumentan a medida que ellos, precedidos por Augusto, suben.

Augusto entra en el piso, donde hay parejas de bailarines, y saluda a alguno. El nerviosismo de Iris aumenta; a poca distancia del rellano, se detiene y dice nerviosamente:

IRIS: Me da vergüenza. Yo no voy.

Picasso, cogido de improviso, se queda perplejo.

PICASSO: ¿Vergüenza? ¿Por qué?

Augusto, que los precedía y no ha oído nada, se detiene, volviéndose, y los llama con un gesto.

AUGUSTO: ¡Vamos, venid!

PICASSO: Ea, ven, ven...

Coge a Iris del brazo y entra en el piso.

Escena n.º 28.

Interior complejo casa Rinaldo. Noche.

Casi todos los hombres llevan smoking. Las mujeres van todas con trajes de noche muy escotados.

Pero el barniz de señorío que todos creyeron darse al ponerse trajes de noche ya ha desaparecido por completo. Los rostros, jóvenes o viejos, expresan todos en distintas formas astucia felina, dureza, agresividad, vicio. Es una reunión de aventureros de alto copete.

Nadie se fija en los recién llegados. Augusto, Picasso e Iris se quedan mirando a su alrededor, algo desalentados.

Una doncellita grave y fastidiada está tratando de pasar en medio del gentío, con una bandeja de vasos semivacíos; se mete entre Augusto y Picasso, diciendo:

DONCELLA: Con permiso... Con permiso...

Al encuentro de la doncella viene Rinaldo, que descubre a los tres y exclama, expeditivo y alegre:

RINALDO: ¡Oh, estáis aquí!... Adelante, adelante... Id al buffet, servios vosotros mismos...

Picasso trata de presentarle a Iris:

PICASSO: Mi esposa...

Pero Rinaldo, en medio del bullicio, ni siquiera lo oye; ha cogido por los hombros a Augusto y lo arrastra consigo, diciendo divertido, en voz más baja:

RINALDO: Ven, ven a ver...

Y entra con él en el dormitorio, tan atestado de gente como las otras habitaciones.

Algunos invitados rodean a una chica (Marisa) muy joven, exuberante y estólida.

Está excusándose, con torpe y no muy convencida seriedad:

MARISA: ¿Por qué?... ¿Es que no se ve bien así?

Le responde un coro de voces.

VOCES: ¡Claro que no!... ¿Qué es lo que se ve?... ¿Cómo sabemos lo que hay ahí debajo?... ¡Con todos los trucos que tenéis!...

MARISA (*Reaccionando con ofendida vivacidad*): ¡Sí, sí!... ¡Trucos!...

Interviene Rinaldo, con ostentosa y correcta seriedad, empujando a Augusto.

RINALDO: No, mire, señorita... Por casualidad ha negado este amigo mío, que es escultor... Remitámonos a lo que él nos diga.

Marisa mira a Augusto, medio convencida.

MARISA: ¿Usted es escultor?

RINALDO: ¿Cómo que no?... Es el autor del monumento a los timadores, en Terni...

AUGUSTO: Claro.

Un tipejo excitadísimo interviene, fingiendo hablar con gran seriedad...

INVITADO: Perdone, señorita. ¿Usted quiere ganar concursos de belleza? ¿Quiere tener probabilidades de vencer? En resumen, señorita, usted dice que tiene un seno perfecto... y nosotros, perdone, sabe... no nos lo creemos... Demuéstrelo, pues.

MARISA: Pero, en resumidas cuentas, ¿qué tengo que hacer?

RINALDO: Tienes que desnudarte.

La muchacha cede; exclama, como aburrida:

MARISA: ¡Está bien!

Y empieza a desnudarse.

INVITADO: ¡Oh! ¡Estupendo!

A su alrededor hay una risueña excitación. Un hombretón de bigote coge a Iris y empieza a bailar de modo bufonesco. Iris se lo permite, intimidada y sorprendida.

Picasso ve a Luciana y la saluda alzando el vaso, pero ella no le hace caso y se dirige hacia otro cuarto.

Llega Rinaldo y alarga el cuello, con instintiva desconfianza, para ver, pero sin conseguirlo.

LUCIANA: Pero, ¿qué hacéis?... ¿Qué pasa?

Rinaldo, molesto, la empuja hacia atrás, diciéndole a media voz:

RINALDO: Nada... Es esa estúpida de Marisa...

LUCIANA: Pero, ¿qué Marisa?

RINALDO (*Grosero*): ¡Vamos, lárgate! ¡Vete de aquí, imbécil!

La empuja hacia atrás. Luciana se retira, enfurruñada y despechada, vuelve con la gente que se apretuja en el comedor.

Picasso e Iris, de pie en un rincón, comen con buen apetito. Con la boca llena, Picasso hace una media inclinación, tratando de presentarle a Iris.

PICASSO: Ven, Iris. Le presento a mi mujer. La señorita... eh... la señorita es la dueña de la casa.

IRIS: Mucho gusto.

LUCIANA: Mucho gusto.

Luciana se va, lanzando una ojeada no muy halagüeña a Iris; simultáneamente, del sofá tras el que está Picasso vuelve la cabeza un mocetón de pelo rubio; es Roberto, que ha oído la voz de Picasso y lo saluda con divertido e insultante asombro, riendo:

ROBERTO: ¡Eh, Picasso! ¿Quién te dejó entrar?

PICASSO: Buenas noches, Roberto. ¿También estás tú?

ROBERTO: Está resultando esto una velada popular...

Saluda a Iris sin entusiasmo ni cordialidad: Buenas noches, señora...

Picasso está sorprendido, pero contento con este encuentro.

PICASSO: Hemos venido con Augusto...

Roberto se alza a medias del sofá donde está sentado junto a una vistosa anciana, de rostro torpe de vieja viciosa.

ROBERTO: ¿Cómo?... ¿Está también el viejo?

PICASSO: Hemos venido con él.

Roberto se dirige a su vecina con corrección, tratando de hablar español:

ROBERTO: Excúsame un momento^[3].

Y prosigue, dirigiéndose a Picasso, con repentino interés:

< ¿Augusto conoce al dueño de la casa?...

PICASSO: Sí... Hace mucho tiempo que son amigos... Nos llevó hoy en coche... Fue él quien nos invitó...

ROBERTO (*Con creciente interés, serio*) : Pero éste es un punto muy fuerte... Me han dicho que ha hecho dinero con...

Y se lleva un dedo a la nariz, aspirando, para aludir a los estupefacientes.

PICASSO: Sí, ya lo sé.

ROBERTO: Ah, no sabía... ¿Dónde está Augusto?

En la otra habitación, la gente se aglomera en torno a Marisa, ahora semidesnuda.

Se oyen muchas carcajadas, en tono excitado.

Alguien está tratando de completar su desnudez y la muchacha lo ha rechazado:

MARISA: ¡Deme el traje!

RINALDO: Puede hacerlo, puede hacerlo. Ya decía yo que podía hacerlo.

Rinaldo tiende una bata a la muchacha:

< Y ahora, basta... Tiene razón... Ahora basta... Marisa, ven a vestirte... Vas a coger frío...

Marisa, entre carcajadas, se envuelve en la bata, rechazando aún a alguien.

MARISA: ¡Estese quieto!

Rinaldo empuja a la muchacha, envuelta en la bata, hacia la puerta de otro cuarto.

RINALDO: Ven... ven aquí...

Augusto se encuentra ante Roberto. No disimula su fastidio, pues estaba siguiendo a Rinaldo, aunque conserva su tono burlón; Roberto lo trata con nuevo interés.

ROBERTO: ¡Augusto!... ¡Estás hecho un sol esta noche!

AUGUSTO (*Secamente*): Ya sé, ya sé...

ROBERTO: ¿De veras ése es amigo tuyo?

AUGUSTO: ¿Qué quieres?

ROBERTO: ¿Qué estáis combinando?... ¿No hay nada para mí?... Soy un amigo... al menos te acordarás de esto, ¿no?...

Luciana, abriéndose paso entre la gente, se ha parado ante la puerta del cuarto de baño, a pocos pasos de Roberto y Augusto, y dice secamente, forzando el picaporte:

LUCIANA: ¡Rinaldo! ¡Abre!

INVITADO: ¡Mire que ahí no hay nadie! ¿Sabe?

Llama repetidamente y sacude con fuerza, coléricamente, el picaporte.

LUCIANA: ¡Abre, asqueroso!... Rinaldo, mira que si no abres ahora mismo esto acabará muy mal...

Alguien se vuelve, comenzando a observar la escena; también lo hacen Iris y Picasso.

Se oye desde dentro la voz irritada de Rinaldo.

RINALDO: ¡Acaba de una vez! ¡Hay gente!

Luciana sigue llamando a la puerta.

LUCIANA: ¡Me importa un pepino que haya gente!... ¡Abre!

La puerta se abre de golpe y aparece Rinaldo, furioso y despechado. Tras él se entrevé por un momento la chica semivestida. Rinaldo cierra la puerta a sus espaldas.

RINALDO (*A Luciana*): ¡Te mando con tu madre, eh! Bonito papel estás haciendo. Si esa pobrecilla se ha sentido mal, alguien tiene que ayudarla, ¿no?

RINALDO: Ven aquí. Dame un besito.

LUCIANA (*Con ostentada calma*): Sí, sí, un besito. Ya te daré a ti besitos...

Picasso dice a Iris, sonriendo, para quitar importancia a la cosa.

PICASSO: Están bromeando.

Rinaldo coge a Luciana por los brazos, para apartarla de la puerta, diciéndole con tono expeditivo, pero tranquilizador:

RINALDO: Ven, ven. Te daré algo de beber.

Dice a la gente que lo rodea, solícita:

< Nada, se ha asustado... No es nada.

La lleva hacia el buffet.

Picasso detiene a Rinaldo cuando pasa, y empieza a desenvolver el cuadro que ha traído consigo; dice:

PICASSO: Perdone... Creo que usted es alguien capaz de apreciar un cuadro realmente bueno, y por eso me he permitido traerle una cosilla...

Iris está resplandeciente de orgullo y esperanza.

Rinaldo ni siquiera lo oye, tanto más que Roberto, que esperaba impaciente el momento adecuado, interviene presentándose con su habitual y descarada seguridad:

ROBERTO: Permítame... Soy un amigo de Augusto... Roberto Giorgio... Conozco también al rubito... Mis felicitaciones por su espléndida fiesta... realmente...

Rinaldo, que ha comprendido de inmediato con qué clase de tipo se enfrenta, come en silencio, lanzándole una fría ojeada.

Roberto no se desanima:

< Augusto me habló mucho de usted...

Rinaldo ni siquiera le contesta. Se dirige a Picasso.

RINALDO: ¿Tú, qué decías?

PICASSO: Ah, no, decía que usted tenía aspecto de entender de pintura y por eso me gustaría...

Rinaldo lo interrumpe bruscamente.

RINALDO: ¿Soy yo el tipo que andas buscando?

Interviene Roberto:

ROBERTO: Usted sabe perfectamente que un buen cuadro completa la decoración. Y un hombre de gusto, como usted...

Picasso lanza una ojeada a Iris y a Augusto; no se atreve a afirmar que es un verdadero De Pisis; Rinaldo ha comprendido.

RINALDO (*A Picasso*): Enséñamelo.

PICASSO (*Desenvolviendo el cuadro*): Sí, con mucho gusto. Es un De Pisis.

RINALDO: ¿Lo has hecho tú? Es bonito.

Picasso ríe, entre inseguro y astuto.

PICASSO: No, qué tiene que ver. También yo pinto hace varios años, pero...

Rinaldo ya no lo escucha. Mira el reloj y exclama:

RINALDO: Eh, faltan diez minutos... Enciende la televisión...

Picasso se queda a disgusto, pero se recobra en seguida y le dice a Iris:

PICASSO: Creo que le ha gustado.

Roberto se acerca a Augusto, que está sirviéndose en el buffet.

ROBERTO: Preséntame a este Rinaldo. Soy un muchacho que puede hacer de todo.

AUGUSTO: ¿Crees que ése necesita tipos como tú? Anda, me haces reír...

Y se aleja con la botella en la mano. Roberto está ofendido.

ROBERTO: ¡Vaya un amigo que eres!... Te pido que... Ah, pero ésta me la pagas, ¿sabes?, Augusto... (*Después al camarero*) Dame un whisky.

Uno de los tipos que están sentados en el suelo, en un rincón, interpela a Rinaldo.

PRIMER TIMADOR: Eh, Rinaldo, ¿cuánto pescaste tú aquella vez del incendio? Rinaldo se ríe, eludiendo la respuesta.

RINALDO: Pues... no me acuerdo... Quince millones... dieciséis... no me acuerdo...

Del televisor llega una musiquilla sentimental y una voz femenina que canta «Ti voglio bene». Augusto se dirige a Rinaldo con una sonrisa, con excesiva desenvoltura.

AUGUSTO: ¿Cómo? ¿No te acuerdas? ¡Para matarte!... Necesitarías un secretario... Yo, mira, creo que te serviría...

Rinaldo ríe y grita hacia Luciana, para atraer su atención sobre la música que transmiten.

RINALDO: ¡Luciana!...

Rinaldo ciñe la cintura de Luciana, que se ha acercado, y mientras empieza a dar unos pasos de danza, Augusto insiste patéticamente:

AUGUSTO: Oye, hablo en serio...

RINALDO: ¿Tú? ¿Con esa cara?... ¿Secretario mío? Me harías detener en seguida.

Y se aleja bailando y canturreando.

La sonrisa de Augusto se le congela en la cara; después, lentamente, sigue de lejos a Rinaldo.

VOZ RADIO: ¡Faltan cinco minutos!... Rinaldo grita al servicio:

RINALDO: ¡Esas botellas!... ¡Lina! ¡El champaña!...

Se vuelve con grosería a Luciana, empujándola a la cocina:

< Esa no hace nada... Ve a ver tú..., Lina... Los vasos, ¡El champaña!
¡Lina!, ¿estás dormida?...

Luciana obedece, mientras Lina, desde la puerta, con una gran bandeja en la mano, grita protestando:

LINA: ¡Los tuve que lavar!...

Rinaldo, tambaleándose, se sienta en un butaca junto a Augusto, que se inclina sobre él y le dice.

AUGUSTO: Yo, además, tendría que hablar contigo. ¿Por qué no comemos juntos mañana?...

Rinaldo tiene un cigarrillo en la mano:

< Espera, que te lo enciendo.

Le enciende el cigarrillo. Después:

AUGUSTO: Es algo muy importante, ¿sabes? Oye...

RINALDO (*Impaciente*): ¿Qué tienes que decirme?... ¡Dime!

AUGUSTO (*Con convicción, lleno de esperanza*): ¿Te acuerdas del Texas Club? Puedo alquilarlo por tres años. A mi nombre, claro. Y te garantizo treinta mil al día...

Las palabras de Augusto son interrumpidas y ahogadas por el creciente alboroto.

Rinaldo ya no le hace caso. Un tipejo bajo y renegrado está bailando con una hermosa morena de formas opulentas.

Son los únicos que bailan y lo hacen de manera descompasada.

Augusto insiste con Rinaldo, que ahora se divierte observando a la pareja que baila.

AUGUSTO: Treinta mil liras por noche... ¿No te interesa?

RINALDO (*Riendo, hacia la pareja*): Cógelo en brazos.

Rinaldo se levanta sin dejar de reír y se acerca al tipejo que baila. Augusto se queda descontento, trata de retenerlo.

RINALDO: Cógelo, cógelo en brazos. Es medianoche. ¡Lo que no sirve, se tira a la calle!^[4]

Junto con otros, Rinaldo alza al tipejo moreno y se dirige hacia la ventana.

El tipejo se resiste, entre patadas y palabrotas, hasta que lo sueltan.

TIPEJO: ¡Basta de bromas! ¡Me estropeáis el traje nuevo!

Pero otros tres o cuatro invitados lo agarran y lo llevan de nuevo a la ventana, mientras otro coge un sifón y le rocía la cara. En el balcón, entre los estallidos de los petardos y las girándulas, sostienen al hombrecillo —sin pantalones— cabeza abajo por fuera del antepecho.

Gritos, carcajadas, explosiones de petardos en la calle, ruido de botellas descorchadas, que crecen de tono. Picasso e Iris brindan entre sí y se abrazan afectuosamente.

IRIS: Este año haces la exposición, ¿eh?

PICASSO: Sí, sí.

Roberto, que vigilaba desde lejos a Augusto, se encuentra por unos momentos rodeado por un grupo de gente vocinglera.

Augusto, entre la ruidosa muchedumbre, brinda triste y solo.

La mirada de Roberto cae sobre una pitillera de oro que una chica, al levantarse, ha abandonado en una butaca; se deja caer en la butaca vacía y desliza la pitillera en su bolsillo.

Ahora todos los vasos están llenos de champaña. Todos brindan bulliciosamente por el año nuevo.

FUNDIDO.

Una hora después.

En la habitación del buffet se baila ahora al son de la radio.

Entre las parejas, Picasso e Iris, estrechamente enlazados, bailan casi sin moverse, entre la confusión general. Picasso le habla al oído a Iris, con seria convicción.

PICASSO: Un día de estos, ¿sabes qué hacemos? Nos vamos a Venecia... Porque es absolutamente indispensable que conozcas Venecia... No puedes imaginarte... Y, además, figúrate Silvana, lo que se divertiría yendo en góndola... (*Repentinamente*) ¿O nos vamos a Taormina? ¡Imagínate qué hermosa está ahora en invierno!

IRIS: No, mejor a Venecia... Es más poética. (*Pausa*) Pero se necesita un traje de noche...

PICASSO: ¡Claro que se necesita! Lo encargamos...

IRIS: Carlo... ¿Estoy mal yo así, eh?...

PICASSO: ¡No! ¿Por qué?

IRIS: Todos llevan sus trajes de noche, y yo, así... Si lo sé, no vengo.

PICASSO: Nada de eso... sigues siendo la más mona. Si no fueras ya mi mujer, esta noche no te dejaría en paz, ¿sabes?

Los dos se abrazan, riendo.

IRIS: ¡Uf!... la cabeza me da vueltas. Quizá bebí demasiado. Pero es bueno el champaña, ¿verdad?

PICASSO: ¡Que si es bueno!

Una chica sentada en el sofá mira a su alrededor como buscando algo, después pregunta:

CHICA: Perdona, señora, ¿ha visto por casualidad una pitillera de oro?

VOZ MUJER (*Off*): No, lo siento.

Roberto pasea entre las parejas con un vaso en la mano y va a sentarse en el sofá.

Cerca de la puerta, Luciana lo está mirando con una atención algo tensa. Roberto encuentra la mirada de la mujer, disimula su turbación con una sonrisa y alza hacia ella la copa de champaña, brindando. Luciana lo contempla, inmóvil.

La vieja señora española se acerca a Roberto y le dice suaves frases en su lengua.

Roberto, que no la entiende, contesta:

ROBERTO: Pero, ¿qué dice?

SEÑORA ESPAÑOLA: Es medianoche. Tú ni dado a mí besito.

Roberto hace una mueca de fastidio.

< Bésame.

Roberto la besa cínicamente, pero ella lo estrecha contra sí y le da un mordisco en la oreja. Roberto reacciona de modo zafio y vulgar.

ROBERTO: ¡Eh! ¡No seas guarra, que me manchas todo! ¡Idiota!

Pregunta a Iris y a Picasso, que pasan a su lado y se han parado a mirar.

ROBERTO: ¿Aún estáis aquí vosotros?

PICASSO: Pues..., sí.

ROBERTO (*Echando una ojeada a la vieja*): ¿Has visto a ésta? Sólo en la cabeza lleva cinco millones.

PICASSO: ¿Quién es?

ROBERTO: Una vieja. Bah...

Y, dirigiéndose a la vieja, le dice con tono cariñoso, dándole un pellizco en la mejilla:

< ¡Birria!

La vieja sonrío.

Picasso e Iris vuelven a bailar, divertidos.

En el dormitorio, Augusto ha conseguido enganchar nuevamente a Rinaldo, el cual, tumbado en la cama, con Marisa, da muestras de estar algo achispado.

Augusto, sentado en el suelo, cerca de la cama, habla a Rinaldo, que lo escucha distraídamente mientras acaricia a Marisa.

AUGUSTO: Abrimos una oficina financiera en un pequeño centro. Aunque las cosas fueran mal, estaría yo por delante, ¿no?, porque, total, lo pondremos a mi nombre...

Rinaldo continúa acariciando la cabeza de Marisa. Augusto toca un brazo a Rinaldo.

< ¡Eh, Rinaldo! ¿Lo pones a mi nombre, no?

Rinaldo se vuelve y lo mira, frío y distraído.

RINALDO: ¿De qué hablas?

AUGUSTO: ¿Cómo de qué? De la financiera, ¿no?

RINALDO (*Ríe*): Pero, ¿es que no has entendido aún que ya no me importa nada de todas esas cosas? (*Lo contempla*) Eh, dime, ¿cuántos años tienes?

Augusto, desconcertado, sonrío torpemente.

AUGUSTO: ¿Por qué?

RINALDO: Dime cuántos años tienes. Quiero saberlo.

AUGUSTO: Cuarenta y ocho.

Rinaldo ríe, cruel:

RINALDO: ¿Y a esa edad piensas aún en jugar? Ah, me asombras, ¿sabes? Deberías avergonzarte.

Augusto se queda con la sonrisa congelada en los labios, aplastado por la indiferencia y la ironía de Rinaldo.

En la puerta de la habitación aparece Luciana.

LUCIANA: ¡Rinaldo!

Rinaldo, un poco molesto, se vuelve levemente hacia ella.

RINALDO: ¿Qué pasa?

Luciana insiste, apremiante.

LUCIANA: Ven un momento...

RINALDO: Pero, ¿qué quieres?

Rinaldo se levanta a regañadientes, aburrido, despacio.

RINALDO: ¡Qué lata!

Luciana dice unas frases en voz baja, seria, a Rinaldo, el cual sonrío levemente. Se dirige despacio, contoneándose blandamente, hacia el vestíbulo...

... Donde Picasso, Roberto e Iris están preparándose para salir.

Roberto se anuda al cuello una bufanda de seda y al ver a Rinaldo se vuelve hacia él, con su habitual voz cantarína y su descarada seguridad.

ROBERTO: ¡Oh! ¡Aquí viene nuestro generosísimo anfitrión!... Precisamente estaba buscándolo para agradecerle esta magnífica velada y presentarle mis mejores deseos para el año nuevo.

IRIS: Gracias.

PICASSO: Gracias, de verdad.

Rinaldo dice a Roberto, tranquilo, mirándole a los ojos:

RINALDO: Oiga... Hay una señorita por ahí que ha perdido su pitillera...

Roberto ostenta un sincero disgusto.

ROBERTO: ¿De verdad? Oh, pobrecilla... Lo siento...

Es muy natural, con esta confusión.

RINALDO: Mire que la pitillera es de oro.

ROBERTO: No comprendo, perdone.

Picasso e Iris se quedan cortados. Iris aún no entiende nada. Picasso mira alarmado a Roberto. A espaldas de Rinaldo aparece Augusto; otra gente está reuniéndose a su alrededor. Roberto mantiene su tono de seguridad.

RINALDO: ¡No lo comprende! ¿No la habrá encontrado usted, por casualidad? Sabe, muchas veces uno, de momento, está distraído y no lo dice. Y después, cuando ha llegado a su casa, aparece.

Ríe, mirando a Roberto.

ROBERTO: Creo que sigo sin entender.

Rinaldo vuelve a reír. Otro señor, a sus espaldas, le susurra:

SEÑOR: ¿Sabes que este tío me da risa?

RINALDO: ¿Sabe lo que yo haría en su lugar?

ROBERTO: Dígame.

RINALDO: Me pondría a buscarla e incluso la encontraría.

Una señora le pregunta al tipejo moreno:

SEÑORA: Pero, ¿qué ocurre?

TIPEJO MORENO: Tengo la impresión, querida condesa, de que aquí hay un ratero.

ROBERTO: Oiga, el caso es que... Naturalmente, lo haría encantado, pero yo, sabe...

Entre los huéspedes ha aparecido Augusto, que mira severamente a Roberto. Le lanza una mirada y Roberto, fingiendo un estupor agresivo:

ROBERTO: Pero, a fin de cuentas... ¿qué quiere?... Perdona, ¿a qué viene esta conversación?

Rinaldo replica con calma, seguro:

RINALDO: Amigo mío, tienes mucho que aprender... antes de venir a gastar bromas aquí dentro... La señorita quiere fumar... Ofrécele un cigarrillo, ¿no?

Roberto hace una última tentativa de reacción:

ROBERTO: ¿Puede saberse qué quiere?

RINALDO (*Gélidamente, tranquilo*): Vamos, finge que era una broma, ¿no? Tú dices que has bromeado y nos dejas contentos a todos. (*Gritando con furia*) ¡Eh! quieres decirnos que era una broma, ¿sí o no?

Roberto gira su mirada; hay una pausa gélida; después Roberto, con media sonrisa, se dirige hacia la señora que Rinaldo ha señalado y sacando del bolsillo la pitillera de oro la abre y se la tiende, abierta.

ROBERTO: Bueno, sí, era una broma. (*A la señora*) ¿Usted se lo creyó, eh? Diga la verdad... Era una broma.

La señora agarra la pitillera. Rinaldo lanza un besito irónico hacia Roberto y abre la puerta.

SEÑORA: Gracias.

ROBERTO: De nada. (*A Rinaldo*) ¿Satisfecho?

RINALDO: ¡Ahueca el ala!

Roberto, apenas levemente cohibido, hace un amplio ademán de saludo a su alrededor.

ROBERTO: ¡Feliz año a todos!

Y se dirige a la puerta. Rinaldo se vuelve a Augusto:

RINALDO: ¡Augú, caray con los amigos que tienes! ¿Los llevas siempre contigo?

Augusto se ha quedado inmóvil.

Iris está pálida como una muerta.

Picasso está mortificado.

Salen rápidamente.

Rinaldo se pone a bailar con Luciana.

RINALDO: ¡Ah, Lucy! ¡Ciérrate los bolsillos!

FUNDIDO.

Escena n.º 29.

Exterior vía Archimede. Noche.

Roberto, Picasso, Iris y Augusto salen del portal de la casa de Rinaldo.

La calle está desierta.

Iris está aún en tensión y asustada. Detrás de ella, Picasso, profundamente turbado, la llama.

PICASSO: ¡Iris!

Iris no contesta. Está a punto de llorar. Roberto, exagerando su desenvoltura, dice en voz alta:

ROBERTO: ¿Hacia dónde vais vosotros?

Picasso no responde.

AUGUSTO (*Frío*): ¿Te crees muy listo, eh?

Iris echa a andar corriendo a través de la calle. Picasso la llama:

PICASSO: ¡Iris!

Roberto asume una actitud de aburrida superioridad. Mira a su alrededor:

ROBERTO: Ya verás ahora para encontrar un taxi.

Augusto se acerca a Roberto, se enfrenta con él y, conteniéndose para no ponerle las manos encima:

AUGUSTO: Si tu madre no fuera peor que tú, te habría ahogado al nacer.

Roberto, con despego e indiferencia:

ROBERTO: Sí, ya lo sé... Tienes razón, pero no me escupas a la cara.

Augusto, en una explosión de ira, agarra a Roberto por las solapas. Picasso se ha parado algo más lejos sin saber si seguir a Iris, que continúa alejándose, o interponerse entre los dos.

PICASSO: Pero, ¿qué hacéis?... Augusto...

Roberto, con calma provocativa y sardónica, aparta la mano de Augusto, diciendo:

ROBERTO: Augusto... A tu edad, no te conviene...

Después grita a un taxi que está pasando:

< ¡Taxi!

El taxi se para; Roberto grita:

ROBERTO (A Augusto): ¡Adiós! ¡Vete a dormir, vete!

Y sube al taxi, que parte.

< ¡Feliz año, eh!

Augusto se queda quieto, muy tenso. Picasso, que ve alejarse a Iris y que en su fuero interno preferiría retrasar el momento de encontrarse a solas con ella, pregunta a Augusto:

PICASSO: Augusto... ¿quieres venir con nosotros? Ven con nosotros.

Augusto se encamina por la calle desierta, hacia el lado opuesto al de Iris.

AUGUSTO: No. Buenas noches.

Picasso, tras una última vacilación, se reúne a la carrera con Iris, llamándola.

PICASSO: ¡Iris! ¡Iris!

El rostro de Iris está contraído. Picasso se esfuerza por adoptar un tono natural:

< ¡Qué clase de bromas! Una pitillera de oro. Debía estar borracho. Sin duda, estaba borracho...

Iris no contesta; Picasso saca los cigarrillos y le pregunta, solícito:

PICASSO: ¿Quieres fumar?

Iris pregunta bruscamente, con voz alterada:

IRIS: ¿Qué haces tú con esa gente? ¿Por qué estás con ellos?... ¿Qué hacéis?...

Picasso responde, turbado, inseguro:

PICASSO: Nada... Trabajamos...

IRIS: ¿Qué haces tú con Roberto, y con ese otro?... ¿Qué trabajo es?...

PICASSO: Ya lo sabes... ¿Qué se te ocurre ahora?... Te lo he dicho siempre todo...

Ella no contesta; apenas puede contener sus lágrimas; sus ojos expresan una temerosa desolación. Picasso insiste.

IRIS: ¡Yo nunca sé nada! No me dices nunca la verdad...

Hay un silencio; Picasso está turbado. Parece que está a punto de hacer una confesión pero salvándose a sí mismo.

PICASSO: Yo no soy como ellos... ¿Qué crees? ¿Que quiero arruinar mi vida?... Yo..., yo trabajo... No hago nada malo.

Hace una pausa. Después, más amargo: Tengo que hacer algo para manteneros...

Iris tiene por fin un estallido desesperado, casi histérico:

IRIS: ¿Pero, qué debes hacer?... ¿De ladrón?... ¿Quieres acabar en la cárcel?

Picasso está realmente asustado.

PICASSO: Iris, por favor... Amor mío, hoy es primero de año...

Iris llora.

< No empecemos el año así. Tranquilízate...

IRIS (*Sollozando*): Siempre supe quién era esa gente. Cuántas veces te dije... y tú, nada..., siempre mentiras...

Te marchas, vuelves, no se sabe de dónde sacas el dinero, embrollos por todas partes, y cada vez que alguien llama a la puerta me da un vuelco el corazón. Ya no puedo más.

Iris se ha detenido. Picasso se le acerca.

Siguen andando un rato en silencio; después, casi en voz baja, conmovido y preocupado, le dice:

PICASSO (*Conmovido*): Iris, no te pongas así. No te pongas así. Cálmate, te lo suplico. Yo, yo te quiero, Iris. Haré todo lo que quieras. Te lo juro. Oye, no volveré a ir con esos. No me volverán a ver, nunca más. Encontraré la manera de ganar algo. Venderé mis cuadros...

IRIS (*Enjugándose las lágrimas*): Oh, ya no te creo.

PICASSO: Tienes razón, lo sé. Pero yo... te juro que cambiaré de vida. Te lo juro, Iris. Créeme, amor mío.

IRIS: Siempre dices lo mismo.

PICASSO: Sí, es cierto. Pero tú sabes que sólo te tengo a ti y a la niña. Pienso sólo en vosotras dos. (*Llora*)

IRIS: Sabes que no me importa quedarme sin dinero. No me da miedo. Me basta con que sigas siendo como eras al principio, cuando nos casamos.

Picasso le coge una mano y se la besa cariñosamente. Oh, sí, bésame la mano, ahora. Se vuelve, cohibida y contenta.

PICASSO: ¿Quieres fumar ahora?

IRIS: Sí. Picasso ríe, feliz y conmovido.

IRIS: Ya verás lo que te hago uno de estos días. Sí, sí, ríete. Encienden los cigarrillos, ya serenos.

PICASSO: Entonces, entonces, ¡Feliz año nuevo!

Se oyen ruidos festivos al fondo de la calle.

< ¡Eh, cariño! ¡Vamos a ver qué pasa allí abajo! ¡Ea, ven!

Y la coge del brazo, echando a andar a paso ligero.

FUNDIDO.

Escena n.º 30.

Una plaza. Día.

Unas horas después.

Es la sórdida mañana del primero de año, en una plaza desierta y sin indicios de vida.

En el empedrado están diseminados trozos de cacharros rotos, serpentinas y pedazos de periódicos que el viento voltea.

Augusto, solo, camina dando de vez en cuando una patada a un bote.

Se siente muy cansado y, sobre todo, tiene miedo de volver a casa, solo consigo mismo y con su derrota.

Dos prostitutas lo apostrofan:

PROSTITUTAS: ¡Eh! ¡Feliz año! ¿A dónde vas? ¡Párate un momento! Ven con nosotras. ¿Quieres empezar el año mejor que así?

2.^a PROSTITUTA: Nosotras te daremos suerte. Ven aquí ¡Adiós! Augusto sigue andando sin responder.

FINAL DE LA PRIMERA PARTE

[Escena n.º 31.

Una calle del centro. Día.

Augusto se mete por una lateral de vía Veneto. También aquí el empedrado está sembrado de cascotes.

Augusto se detiene a mirar hacia las ventanas de un viejo edificio.

Después se dirige hacia un portal abierto. La portera está barriendo el zaguán. Reconoce a Augusto.

PORTERA: Buenos días.

AUGUSTO: Buenos días. Augusto sube las escaleras.

Escena n.º 32.

Escaleras. Pensión. Vía.

Augusto sube las escaleras y se detiene en un rellano, ante una puerta. Toca el timbre. Tras un rato, toca otra vez.

Se abre la puerta casi en seguida y por la rendija aparece la cara soñolienta de Maggie, la bailarina inglesa.

MAGGIE: ¿Tú?

Aunque soñolienta, Maggie está encantada. Abre en seguida la puerta y se echa a un lado para dejar paso a Augusto.

Escena n.º 33.

Apartamento de Maggie. Día.

Maggie se hospeda en uno de esos destaralados apartamentos amueblados que se encuentran en las calles de alrededor de vía Veneto. Atmósfera cerrada y rancia.

Maggie viste una bata, está despeinada.

MAGGIE: ¿Cómo estás?

Abraza a Maggie, la besa en la mejilla.

MAGGIE (*Contenta*): ¡Feliz año!... Te esperé anoche, ¿sabes?

AUGUSTO: No he podido... ¿Te molesto?

MAGGIE: No, ven a mi cuarto... Raquel duerme, no hagamos ruido...
Los dos entran en una habitación.

Escena n.º 34.

Dormitorio de Maggie. Día.

La habitación está casi a oscuras. La lámpara de la mesilla está encendida, la cama, deshecha.

Augusto, cansadísimo, se quita el abrigo, se sienta en la cama.

MAGGIE: ¿Dónde has estado? No estoy enfadada contigo, eres libre de hacer lo que quieras, pero pensaba que pasaríamos juntos la última noche del año.

Augusto no contesta.

MAGGIE: ¿No has dormido nada?

Augusto hace un gesto vago, para decir que no.

MAGGIE: ¡Son las ocho! ¡Pobre amor mío! Te habría telefoneado al hotel si no te veía...

Maggie está algo preocupada por el sombrío silencio de Augusto. Teme que le haya pasado algo.

MAGGIE: ¿Qué tienes? ¿Algún problema?

Augusto hace un cansado ademán negativo. Después, pasándose una mano por la cara:

AUGUSTO: Me quedo aquí, si no te molesta... Necesito estar aquí...

MAGGIE (*Sorprendida*): ¡Claro que sí!...

Maggie está más sorprendida por el tono con que Augusto ha hecho su petición que por la propia petición.

Augusto se tumba en la cama, casi de repente.

MAGGIE: ¿Quieres dormir?... ¿No? ¿Quieres algo? ¿Te hago un té?

Augusto asiente con la cabeza.

Voy a poner a hervir el agua... Perdona...

Maggie sale del cuarto.

Augusto, con los ojos muy abiertos, contempla la mesilla de noche y las cosas que hay sobre ella: una pequeña radio, un cenicero, cigarrillos, una botella de coñac, una novela policíaca inglesa.

Cierra los ojos; está cansadísimo.

Maggie vuelve a entrar.

MAGGIE: Desnúdate, mejor... Estarás más cómodo... Ah, quería decirte que todo ha salido bien. Me quedo en Roma con otro contrato de dos meses.

Augusto no dice nada.

MAGGIE: ¿No estás contento? Te he dicho que me quedo en Roma. Tengo un contrato para dos meses... Lo firmé ayer por la tarde...

AUGUSTO (*Cansado*): Bueno...

Maggie se sienta en el suelo, con su cabeza junto a la de Augusto.

MAGGIE: No me escuchas... ¿En qué estás pensando?

AUGUSTO: En nada... En nada importante...

MAGGIE (*Se hace la gatita*): Pues me gustaría que pensaras en mí... ¿Crees que soy sentimental?... (*Cariñosa*) Te quiero... Me gusta estar contigo... (*Ríe*) aunque me despiertes a estas horas imposibles... ¡Quisiera estar siempre contigo!... ¿No crees que un día podremos vivir juntos en una casita con un jardincito?... Tú irías a trabajar, yo te esperaría... Sin preguntarte nunca nada.

AUGUSTO: ¿Una casa con jardín? (*Serio, con fuerza*) ¿Sabes cuánto cuesta en Roma una casa con jardín? ¿Tienes una idea?

MAGGIE: No quiero saberlo... Así podré continuar pensándolo... Maggie acaricia a Augusto en las sienes. De pronto se levanta: ¡El agua! ¡Estará hirviendo! ¡Perdóname!

Maggie sale del cuarto.

Augusto la sigue con la mirada, agotado.

Escena n.º 35.

Cocina casa Maggie. Día.

Maggie ha vertido el agua en la tetera y está preparando la bandeja.

En la puerta de la cocina asoma una muchacha rubia, guapa, en pijama, soñolienta y bostezando.

Es Raquel, la compañera de Maggie.

RAQUEL (*En inglés*): ¿Quién está contigo?

MAGGIE: Augusto.

Maggie coge la bandeja. Pasa ante Raquel, que bosteza desperezándose, y se dirige hacia su dormitorio.

Escena n.º 36.

Dormitorio de Maggie. Día.

Maggie entra en el cuarto con la bandeja del té. Va a la cama, despeja la mesita de noche, deja allí la bandeja.

MAGGIE: Aquí está el té... El señor está servido.

Augusto no contesta. Duerme.

Maggie va a despertarlo, pero se lo piensa mejor. Le quita solícitamente los zapatos.]

FUNDIDO.

Escena n.º 37.

Exterior plaza de España. Día.

Ha pasado un mes.

Son las primeras horas de la mañana de un radiante día de primavera.

A los pies de la escalinata de la Plaza de España, los floristas están abriendo las cestas de flores.

Augusto está parado en los peldaños, esperando. Tiene un aspecto alegre y desenvuelto, casi juvenil.

Un 1400 deportivo especial, muy vistoso, que llega desde vía Due Macelli se para a poca distancia de él, con un breve toque de claxon.

Al volante está Roberto.

ROBERTO: (*Grita*): ¡Eh, chapucero! ¡Augusto! ¡Augusto! Estoy aquí. ¡Ven!

Augusto se acerca al coche, observándolo con cierto estupor. ¿Has visto qué joya?

AUGUSTO: Pero, ¿de quién es este coche?

ROBERTO: Vamos, sube, ¡sube!

Augusto abre la portezuela y entra. El coche echa a andar.

¿Te gustaría saberlo, eh? (*Canturrea*) Mi misterio está guardado en mí.

[Escena n.º 38.

Interior 1400 berlina especial. Día.

Augusto se ha sentado junto a Roberto, que conduce. El coche se dirige hacia vía del Babuino.

Augusto lanza una ojeada al asiento posterior, donde están doblados cuidadosamente, uno sobre otro, unos veinte abrigos.

AUGUSTO: ¿Vamos con este coche? ¿De quién es?

ROBERTO (*Cantando*): Es un misterio guardado en mí.

Augusto no puede evitar una sonrisa. Baja el cristal de la ventanilla. Respira.

AUGUSTO: Estamos ya en primavera... (*Señala un botón en el tablero*) ¿Y eso, qué es?

ROBERTO: El encendedor...

e, indicando otros botones:

< ...la radio, el aire caliente, la Coca-Cola (*Ríe*)... ¡Y luego tú sostienes que soy hijo de una ramera! Este negocio de los abrigos lo podía hacer yo solo. Y en cambio, os he metido también a vosotros...

Augusto señala los abrigos.

AUGUSTO: ¿Y quién te daba el dinero para comprar los abrigos?

Roberto ignora la observación:

ROBERTO: ¿Por dónde vamos? ¿Por la Flaminia o por la Cassia?

AUGUSTO: Por la Flaminia... Después de Borghetto está aquel mesón, ¿te acuerdas? Cerca del río...

El coche ha llegado a la Piazza del Popolo, ante el café Canova.

Escena n.º 39.

Exterior Piazza del Popolo. Día.

En el umbral del café espera Picasso, con una cartera bajo el brazo. Ve el coche.

PICASSO: ¡Eh!

ROBERTO (*Señalándolo*): Ahí lo tienes.

Roberto se asoma por la ventanilla y llama:

< ¡Picasso!

Picasso va a acercarse, pero el coche, que había disminuido la marcha, acelera de pronto, escapando.

Roberto y Augusto ríen la broma. El coche se para unos metros más allá.

Llega Picasso, corriendo y jadeante por la breve carrera.

PICASSO (*Contento*): ¡Eh, qué bonito coche! ¿Vamos con éste? ¿Y dónde están los abrigos? Dejadme probar uno.

Augusto coge un abrigo y se lo da.

ROBERTO: Sí, pero ten cuidado cuando te lo pongas, que son un poco anémicos. Cuestan mil seiscientas liras cada uno.

Picasso se pone el abrigo.

Eh, pero hacen buen papel...

PICASSO: Sí, oye, pero mil seiscientas liras son mil seiscientas liras. Me huelo que te han timado, ¿sabes?

Roberto, un poco irritado, replica:

ROBERTO: Otra vez vas a comprarlos tú, que eres un artista, y los consigues por menos... ¿Cómo? Si sólo los botones nuevos que ha puesto mi madre cuestan lo suyo...

Roberto le reprende cómicamente, aludiendo al abrigo que Picasso se ha puesto:

ROBERTO: ¡Ojo! Ten cuidado, no dobles el brazo, que salta la manga... ¡No te metas las manos en los bolsillos! ¡Vas a despertar a las polillas!

PICASSO (*Dándole a oler algo que ha sacado del bolsillo*): ¡Mira, mira!

ROBERTO: ¡Caray! ¡Apesta a ratón! Ea, vamos, siéntate en medio.

Picasso entra en el coche.

ROBERTO (*A Augusto*): Augusto, por favor, ve a comprar cigarrillos.

PICASSO: Oye tú, dime: ¿cuánto pagamos de alquiler por este coche?

ROBERTO: Cero coma cero. Es de la vieja. Se ha drogado. ¡Y no hay quien la despierte en tres días! (*A Augusto*) Augusto, los cigarrillos, ¡y date prisa!

Augusto se aleja hacia el café. Se cruza con un grupo de estudiantes de ambos sexos que se dirigen al Pincio. Los estudiantes hablan, y ríen entre sí, llenando la acera.

Augusto ya los ha pasado, encaminándose hacia el café Canova, cuando una de las estudiantes se para y lo mira.

PATRIZIA: ¡Papá!

Augusto se detiene y se vuelve de pronto. Mira a la chica y su rostro se altera repentinamente.

AUGUSTO: ¡Patrizia!

Patrizia da unos pasos hacia Augusto.

PATRIZIA: ¡Papá!

Mira a la chica con una media sonrisa de turbación y sorpresa.

AUGUSTO: ¡Oh, cómo has cambiado!... No te habría reconocido... De veras...

También Patrizia tiene en su rostro una media sonrisa cohibida. Ahora una de sus compañeras se ha dado cuenta de que se detuvo y se vuelve a llamarla.

UNA ESTUDIANTE: ¡Patrizia! Patrizia, ¿qué haces ahí?

Patrizia hace un gesto a su compañera de que la espere.

PATRIZIA: Voy en seguida.

AUGUSTO: ¿No tenéis clase hoy?

PATRIZIA: No hubo matemáticas y entonces salimos antes.

AUGUSTO: Vais a dar un paseo, ¿eh?

PATRIZIA: Sí.

Patrizia no continua. Augusto, por cambiar de tema:

AUGUSTO: ¿Y tu madre?

PATRIZIA: Está bien... Tuvo un poco de gripe pero ahora está mejor...
(Sonríe)

Patrizia se vuelve otra vez hacia sus compañeras.

PATRIZIA: ¡Un momentito! Ya voy...

AUGUSTO: Vete, vete... Te esperan... Bueno, un día de estos iré a buscarte, ya verás... o... te telefonaré.

Patrizia, algo incrédula:

PATRIZIA: Está bien.

AUGUSTO: En serio, ¿sabes? Te lo prometo.

PATRIZIA: Sí, sí.

AUGUSTO: Adiós, Patrizia.

PATRIZIA: Adiós, papá.

Augusto se acerca a Patrizia, le coge las manos y le da un beso con una confianza que no resulta natural.

Casi eludiendo las manos de Augusto, Patrizia se reúne con sus compañeras, sin mirar hacia atrás.

Augusto se queda inmóvil unos instantes, mirando la cabellera ondulante que se pierde entre la multitud, y hace un inseguro gesto de saludo.

FUNDIDO.

Escena n.º 41.

Interior 1400 especial. Día.

En el 1400, que corre por la Flaminia, a unos cuarenta kilómetros de Roma, Roberto, Augusto y Picasso.

Augusto está silencioso.

En una curva aparece un surtidor de gasolina.

Escena n.º 42.

Exterior de gasolinera. Día.

El coche disminuye la marcha al acercarse, y se para.

El empleado, un anciano hombrecillo, calvo, diligente, con mono de trabajo, se acerca de inmediato al coche, del que baja Roberto.

Con su habitual aire de seguridad descarada y burlona, Roberto le dirige un saludo a la americana.

ROBERTO: ¡Hello, boy!...

Le tiende las llaves del portaequipajes.

< Diez litros.

El hombrecillo, un poco lento, pero muy solícito, gira la manivela del surtidor para dejar el indicador a cero.

EMPLEADO: ¿Súper?...

ROBERTO: ¡Superísima!...

El hombre abre el portaequipajes y mete la manga en el depósito.

ROBERTO (*Respirando a pleno pulmón*): Se está bien aquí, ¿eh? Sin hacer nada de la mañana a la noche... Y ganas un montón de dinero, ¿no?

El empleado sonríe resignado, siguiendo la broma.

EMPLEADO: ¿Cómo no? ¡En realidad, toda la tierra de alrededor es mía!
(*Después, tras un suspiro*) Ah, señor, si supiera...

Roberto lo mira en silencio; después, en tono de seria comprensión:

ROBERTO (*Con exagerada indignación*): ¡Mecachis! La verdad es que un hombre, después de haber trabajado toda su vida, ¡debería tener derecho a descansar! ¿Qué horarios haces?

EMPLEADO: No hay horario. Si se quiere comer todos los días... es preciso estar aquí también de noche.

ROBERTO: ¿También?

Así diciendo, deja la manga y cierra el tapón del depósito.

EMPLEADO: ¿Aceite? ¿Agua?...

ROBERTO: No. Échale un vistazo a las ruedas. Mira cómo van.

EMPLEADO: En seguida.

Y mientras el viejecillo se apresura a hacerlo, Roberto guiña el ojo a Augusto y Picasso, que siguen la maniobra desde dentro del coche.

ROBERTO: ¿Cuánto es?

EMPLEADO: Son mil trescientas ochenta liras.

ROBERTO: Perfectamente. (*Después, con gran seguridad*) Ah, pero mira que no pienso pagarte, ¿eh?

El empleado lanza una sonrisita divertida.

< Porque, amigo mío, me he quedado sin blanca y tengo que estar en el Gobierno Civil de Terni a las doce y media. Mira, vamos a hacer esto...

Y Roberto se interrumpe, fingiendo que reflexiona. El viejo empleado, desconcertado, ha dejado de inflar las ruedas y lo mira, esperando. Roberto continúa, como si hubiese encontrado un arreglo.

ROBERTO: Tú me das diez mil liras; diez, más mil trescientas ochenta de la gasolina son once mil trescientas ochenta. Yo, esta tarde, cuando vuelva a Roma, te doy trece mil... ¿De acuerdo?... ¿Has comprendido? ¡Eh, contesta!

El viejo no ha entendido bien; está muy inseguro.

EMPLEADO: Pero... ¿cómo?

ROBERTO (*Curvándose hacia él*): ¿Cómo?... Dime, dime...

EMPLEADO: Dije sólo que cómo.

Después lo mira de arriba a bajo, sonriendo.

ROBERTO: ¿No te fías?... Eh, di que no te fías...

EMPLEADO: No, sí que me fío, pero no lo he entendido bien.

Después, Roberto, como resignado y comprensivo:

ROBERTO: Está bien... Quédate con mi abrigo...

Se vuelve hacia los otros, con aire de divertida superioridad:

< ¡Eh! ¿Has entendido? Quieres el abrigo... (*Se ríe.*)

Picasso, rápido, recita su papel, mientras Augusto, serio, mira ora a uno ora a otro.

EMPLEADO: No es que desconfíe, ¿sabe?, pero yo también tengo que responder...

ROBERTO: Démosle el abrigo, pues. ¡Ten! ¿Te basta como prenda?

EMPLEADO: Sí.

Picasso, enojado y sorprendido:

PICASSO: Pero, ¿cómo?... ¿Le dejas un abrigo de cincuenta mil liras por diez mil?...

Roberto se encoge de hombros y tiende el abrigo al viejo, sin entregárselo.

ROBERTO: Qué le voy a hacer... Pobrecillo, no se fía. (*Después, burlón, al viejo*) Te gustaría que no volviese a recogerlo, ¿eh?... Y no lo toques con las manos sucias de aceite.

Aún no se lo entrega; finge hurgar en los bolsillos:

< Oh, espera un momento... Esto ya sería demasiado...

Saca del bolsillo del abrigo un reloj, se lo mete en el bolsillo del pantalón.

< Estaba el reloj. ¡Menudo negocio que hacías, eh!

EMPLEADO: Mire, yo me fío de usted porque es un caballero...

Coge al viejo del brazo y lo lleva hacia la caseta.

ROBERTO: Y gracias a que te fías, te dejo esto. Déjame ver dónde lo pones.

EMPLEADO: Venga.

Se aleja hacia la caseta.

ROBERTO (*A Augusto y Picasso*): Es un amigo, el vejete...

Escena n.º 44.

Interior 1400 especial. Día.

En el interior del coche en marcha, Roberto, al volante, conduce silbando un motivo apasionado. Picasso trata de acompañarle susurrando el mismo

aire.

Augusto mira al frente, en silencio.

A través del parabrisas, vemos que se acerca al coche otra estación de servicio.

El coche disminuye la marcha...

Escena n.º 45.

Exterior segunda estación de servicio. Día.

... y se detiene ante los surtidores de gasolina. De la oficina sale un muchacho de unos quince años, con mono, Tiene un rostro infantil, risueño y solícito. Saluda alegremente.

EMPLEADO: ¡Buenos días!...

AUGUSTO: Buenos días.

EMPLEADO: ¿Gasolina?

AUGUSTO: Diez, súper.

EMPLEADO: ¿El depósito, está detrás?

AUGUSTO: Sí.

Augusto baja del coche mientras el chico se apresura a poner a cero el indicador; abre el portaequipajes, coge la manga y la mete en el depósito.

Augusto se detiene junto al surtidor. Picasso le pasa un abrigo. Augusto lo coge, lo dobla con cuidado para esconder sus defectos.

FUNDIDO.

Escena n.º 46.

Exterior plaza pueblo. Día.

La placita de un pueblo del Lazio, ocupada por los barracones de una feria.

La música desentonada de un tiovivo se confunde con las palabras de un altavoz.

Augusto, Roberto y Picasso están bajando una escalinata. Roberto y Picasso, alegres y algo trompas, canturrean y bromean entre sí. Augusto, silencioso, se mantiene un poco aparte.

Picasso, que lleva una botella de vino en la mano, sube al pretil de la escalinata y empieza a hacer el equilibrista.

PICASSO: ¡Ole! ¡Ole!... Attention, Messieurs. S'il vous plait, attention...

En cierto momento, finge resbalar. Roberto, que le ha dado la mano, lo sostiene. Después, mientras continúan bajando la escalinata:

ROBERTO (*Señalando*): ¡Oh, mira! ¡Hay un medidor de fuerza!

PICASSO: ¡Qué bonito!

VOZ (*Off*): ¡Prueben sus músculos!

Han bajado a una explanada que alberga algunas atracciones.

ROBERTO (*A Picasso*): ¿Quieres que probemos?

PICASSO: ¿Cómo no? ¡Vamos!

Augusto se ha detenido, algo apartado. Picasso lo llama:

PICASSO: Augusto, ¿te acuerdas de esta canción?

VOZ (*Off*): ¡Prueben sus músculos!

Roberto y Picasso, alegres, bailoteando al ritmo de la música, se dirigen a los barracones.

[Escena n.º 47.

Interior «Rotor». Día.

Augusto ocupa un sitio en el balconcillo superior, junto con algunos espectadores, y se inclina a mirar hacia abajo, en el interior del cilindro...

... donde, con otros dos o tres jovencuelos, están Roberto y Picasso. El cilindro aún está parado.

Roberto grita hacia arriba, a dos soldados que están al lado de Augusto:

ROBERTO: ¡Tiren aquí abajo a ese anciano!... Lo conozco yo...

El dueño del Rotor está cerrando la portezuela; Picasso, un poco pálido, quisiera salir.

PICASSO: Un momento... yo, quizá...

Roberto lo engancha de un brazo.

ROBERTO: ¡Quédate aquí!... ¿A dónde vas?

Picasso trata de soltarse; pero la puerta ya está cerrada y el «rotor» se pone lentamente en marcha.

Augusto, desde arriba, ve cómo el cilindro gira, empujando hacia las paredes a Picasso y a Roberto. El movimiento se acelera, con un sombrío estruendo. Picasso y Roberto, mientras el suelo se hunde bajo sus pies,

quedan aplastados contra la pared. Augusto los mira; lo va ganando una sensación de malestar.

El movimiento se hace cada vez más vertiginoso.

Picasso y Roberto, pegados a la pared, en posturas descompuestas y grotescas, tienen algo de trágico... El rostro de Augusto expresa un hondo malestar...

FUNDIDO.

[Escena n.º 48.

Exterior pueblo. Noche.

Ya es noche cerrada. El reloj del campanario da diez toques, lentamente.

Al fondo de una callecita, por la puerta del hotel-restaurante, aparecen Augusto, Roberto y Picasso.

Augusto y Roberto, absortos, caminan con las manos hundidas en los bolsillos.

Roberto canturrea a media voz, mirando a su alrededor; Augusto está sombrío y silencioso.

Picasso, algo apartado, lleva el abrigo abierto; está evidentemente achispado y camina desordenadamente por su lado.

PICASSO: ¡Eh! ¡Vamos a ver la ciudadela medieval!

AUGUSTO: ¡Cállate, idiota!

ROBERTO: Qué lata da ese retrasado mental...

Roberto se acerca a un portal y aguza el oído, escuchando.

ROBERTO: ¡Chist! ¡Chist!... Ah, es un establo.

Sigue andando con Augusto, comentando:

ROBERTO: Pero, ¿es posible que en este pueblo no haya una mujer? No hay ni una, ¿eh?

Se asoma a una callecita lateral, gritando...

< ¡Eh, mujeres! Uf, ¿te imaginas a la gente que vive aquí? Para suicidarse.

Picasso, detrás de ellos, se ha quitado el abrigo y lo agita en el aire, mientras avanza tambaleándose.

PICASSO: ¡Señoras y señores! ¡Pura lana inglesa! Producto garantizado. ¡Pura lana!...

Tiende un faldón del abrigo al viento y lo pincha con dos dedos, agujereándolo como si fuera de papel. Se lo pone en la cabeza y sigue

gritando con voz de borracho.

PICASSO: ¡Muy resistente!... Inarrugable... ¡Eh! ¡Atentos a la corrida! ¡Preparados para entrarle al toro! ¡Oleee!

Y echa a correr hacia Roberto y Augusto, imitando a un toro.

AUGUSTO: Cuidado, que te rompes la cabeza... Ya está bien, ¿no?

Los dos dan unos pasos más. Picasso se ha apoyado de espaldas en la pared y ríe estólidamente.

De pronto se pone serio y mira fijamente una imagen de la Virgen empotrada en el muro de una casa. Se acerca al altarcito, lo mira como asaltado por un remordimiento, va a esconderse tras la esquina de una pared, mirando furtivamente hacia la efigie.

Augusto y Roberto caminan lentamente. Roberto silba. Augusto dice a quemarropa, con voz sorda:

AUGUSTO: Tendríamos que pensar en algo más serio. No se puede continuar así.

Roberto, con inconsciencia y ligereza agresivas e irónicas, responde;

ROBERTO: ¿Y quién quiere continuar así? Yo no soy bobo, no te creas. Estas son bromas que se hacen para divertirse.

Se paran ante un portal.

< Pero yo canto... En cuanto tenga cuatro cuartos, me pongo a estudiar en serio... (*Sin transición, volublemente*) Ya he comprado todos los discos de Johnny Ray. Todos. Ese es justamente mi género. Augusto se encoge de hombros, diciendo a media voz, secamente:

AUGUSTO: Tú no estudiarás nunca...

Roberto ni siquiera se siente herido; replica, con irónica crueldad:

ROBERTO: No quiero acabar como tú, ¿sabes?... (*Después, en tono declamatorio*) ¡Tengo tu ejemplo, querido viejo! Tengo tu ejemplo... (*Canturrea*) Querido viejo..., ¡tengo tu ejemplo!...

Los atrae la voz de Picasso que, en el centro de una plazuela donde hay unos tiouvivos, da patadas al vacío, gritando:

PICASSO: ¡Augusto!

ROBERTO (*A Augusto*); ¡Qué animal! ¡Ven a ver! (*A Picasso*) Picasso, ¡ya está bien!

Picasso salta a la plataforma de las sillas voladoras y se agarra a un asiento, sacudiéndolo.

PICASSO: Venid, pago yo por todos. ¿Cuánto costará?

Augusto, que se ha acercado con Roberto, lo alcanza y lo agarra con fuerza, encolerizado, sacudiéndolo.

AUGUSTO: Ea, vámonos.

Picasso trata de soltarse.

PICASSO: No, no. Quiero dar una vuelta... Déjame, ¿a dónde me llevas?

Augusto aferra a Picasso y lo empuja.

Roberto, a poca distancia, observa la escena.

AUGUSTO: ¡Acaba ya! Mira cómo estás. ¡Cómo te has puesto!

Picasso, tambaleándose cada vez más visiblemente, dice:

PICASSO: Augusto, ¿cuánto costará un tiovivo? Roberto, un tiovivo, ¿cuánto...?

Picasso da unos pasos bamboleándose; después se dobla sobre sus rodillas, poniendo los ojos en blanco y lloriqueando.

AUGUSTO (*Off*): ¿Lo ves? ¿Ves lo que pasa por dejarle beber?

PICASSO: Me encuentro mal...

ROBERTO: ¿Es que le obligué yo a beber? Por dos vasos... Es un flojo...

Augusto se inclina sobre Picasso para ayudarlo a ponerse en pie.

AUGUSTO: Sí, sí, dos vasos. ¡Le has hecho beber una botella!

ROBERTO: ¡Déjalo! ¡Déjalo!

PICASSO (*Lloriqueando*): Quiero quedarme aquí.

AUGUSTO (*A Roberto*): ¿Es que no sabes que a éste le basta el olor del vino para ponerse así?

ROBERTO (*Protestando*): ¡Ah! ¿Qué quieres?

AUGUSTO: Nada, lo está pasando en grande, le gusta...

Entre tanto, ha alzado a Picasso y lo acompaña hacia una fuente:

AUGUSTO: Vamos, ¡ven a lavarte la cara!

Picasso, empujado por Augusto, se acerca a la fuente; después se dobla completamente sobre sí mismo.

< ¡Vamos! ¡Ánimo!

Y le mete la cabeza bajo el chorro de agua. Picasso se resiste, pero Augusto lo sujeta firmemente.

ROBERTO: ¡Venga, majadero! ¡Pégale en la nuca!

Picasso sigue desgañitándose, rebelándose.

PICASSO: ¡Ay, ay! ¡Quema!

Después se suelta, se levanta y se lanza contra Augusto, golpeándole en un brazo.

< ¡Suéltame!

AUGUSTO: ¡Oooh!...

Picasso se aleja, secándose la nuca con el faldón del abrigo, mientras continúa lloriqueando.

Se sienta en el parapeto de una escalinata.

PICASSO: ¡Dejadme solo!

Roberto llama a alguien que pasa al fondo de la plaza.

ROBERTO: ¡Eh! ¡Eh, tú!

Y echa a correr en esa dirección. Augusto se vuelve hacia él.

AUGUSTO: ¿A dónde vas tú ahora?

ROBERTO: Voy a preguntarle algo a ése.

AUGUSTO: Esperanos, ¿no?

Se acerca a Picasso.

PICASSO: Dejadme... Vete... Tú también, Augusto... ¡Lárgate!

Augusto se sienta ante él.

AUGUSTO: ¿Cómo te encuentras?

Picasso respira pesadamente; la borrachera le ha dejado un sombrío y desconsolado enternecimiento.

Murmura:

PICASSO: Estoy mal, eso es.

Se levanta, tambaleándose, con una decisión repentina y desquiciada; y comienza a bajar una escalinata.

< Haced lo que queráis... Yo me vuelvo a casa. Idos vosotros a Florencia. No os preocupéis... Yo quiero irme a casa porque me encuentro mal.

Augusto se levanta y lo sigue.

AUGUSTO: Pero, ¿dónde vas? ¿No ves que no te tienes en pie? ¿No?

Picasso ha bajado unos peldaños y se detiene, apoyándose en el muro. Augusto se reúne con él y le quita el abrigo.

AUGUSTO: Vamos, ven aquí, quítate este chisme de encima... Y anda un poco, que te sentará bien.

Trata de arrastrarlo, pero Picasso se derrumba en los peldaños.

Picasso se echa a llorar; se aprieta las mejillas entre las manos; por último dice, con voz rota:

PICASSO: Un día u otro vuelvo a casa y no la encuentro... Esta mañana no habría debido irme... Iris me hizo tantas preguntas... Sospecha algo. Uno de estos días no la encontraré en casa. No debo venir más con vosotros. Iris sospecha algo, yo estoy harto de contarle patrañas... Es muy capaz de hacerlo, un buen día coge a la niña y se va con su madre... Y si me quita a la niña, yo me mato...

Picasso se extiende en los peldaños con la cabeza apoyada en un brazo.

Augusto lo mira con una mezcla de compasión y de sordo desprecio; pero en realidad está turbado.

AUGUSTO: ¿Cómo se te metió en la cabeza, a ti, casarte a los dieciocho años?... Te han jodido... ¿Qué quieres hacer ahora? Estás jodido, jodido... (*Se interrumpe, como controlándose; dice, más secamente.*) Debes de cambiar de oficio... No estás hecho para nuestro trabajo... Cambia de oficio, búscate algo mejor.

Picasso se alza y mira a Augusto desalentado, casi con mortificación.

PICASSO: ¿Por qué?... Tengo la cara que hace falta... Me has dicho siempre tú, que con mi cara... puedo engañar a quien quiera. Parezco un ángel. Puedes dejarme en cualquier parte del mundo, incluso donde no conozca a nadie, y siempre saldré del paso.

Augusto lo mira con desprecio y piedad; después le dice, a quemarropa:

AUGUSTO: Di un millón...

Picasso no comprende.

PICASSO: ¿Por qué?

AUGUSTO: Adelante, adelante, que lo has entendido... Di un millón...

Picasso vacila aún; después, inseguro, triste, con la cara chorreando agua, murmura:

PICASSO: Un millón... (*Una risita.*)

AUGUSTO: ¿Ves cómo ni siquiera sabes decirlo? ¿Sabes por qué? Porque no puedes ni imaginártelos, los millones. En cuanto tienes cuatro cuartos los coges y se los llevas a tu mujer. ¡Desgraciado!

PICASSO: Augusto, yo...

Augusto continúa, con voz baja pero cada vez más excitada:

AUGUSTO: Con nuestro trabajo no se puede tener familia. Uno debe ser libre de ir, venir, coger, marcharse cuando quiera. No se puede estar siempre pegado a las faldas de la mujer. Debes estar solo. Cuando uno es joven, lo más importante es ser libre, más importante aún que el aire que respiras. Si tienes miedo ahora, imagínate cuando tengas mi edad. Los años pasan, ¿sabes?

Se interrumpe bruscamente. Calla un instante, después coge a Picasso de un brazo, haciéndolo levantarse.

AUGUSTO: Vamos, ahora levántate. Ea, levántate.

Picasso se alza lentamente, con trabajo, y empieza a bajar las escaleras con Augusto.

AUGUSTO: Te vendrá bien tomar un poco de aire.

Picasso gime algo a media voz, no muy claramente.

AUGUSTO: ¿Estás mejor, ahora?

PICASSO: Sí, ya estoy mejor. Pero yo no voy a Florencia, me vuelvo a casa...

AUGUSTO: ¡Quita allá!... En Florencia nos divertiremos un poco... Tenemos un montón de cuartos.

PICASSO (*A media voz, obstinado*): No, no, me vuelvo a casa...

Después Picasso se detiene y dice a quemarropa, mirando a Augusto:

< Pero, Augusto... ¿Como te las arreglas?... Yo te admiro, quisiera tener tu valor... ¿Cómo te las arreglas para aguantar, a tu edad?... ¿Nunca te entra miedo?...

Augusto tiene un instante de profundo desaliento.

AUGUSTO: Miedo, ¿de qué?

PICASSO (*Acobardado*): No, yo no soy como tú, yo... (*Alza los ojos al cielo negro, diciendo*) Oh, empieza a llover...

Roberto aparece asomado al pretil de la escalinata. Está en compañía de una mujer morena. Picasso se interrumpe bruscamente, mirando hacia arriba, a Roberto.

VOZ DE ROBERTO (*Off*): ¡Augusto! ¡Picasso! ¡He aquí a Miss Frosinone!

PICASSO: Mira, Roberto...

Augusto se recupera; mira a su vez en la misma dirección que Picasso; e inmediatamente la expresión de desaliento de su rostro deja paso a una excitada diversión.

ROBERTO: ¡Eh! Ya veis qué buen amigo soy.

AUGUSTO: ¡Espera! ¡Vamos, anda!

Augusto se dirige hacia Roberto, invitando a Picasso a seguirlo; pero Picasso no se mueve y llama:

PICASSO: ¡Augusto! ¡Augusto! ¿A dónde vas?

Augusto sube presuroso la escalera, sin dejar de invitar a Picasso.

AUGUSTO: ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Ven!

Roberto, a su vez, invita a Picasso a reunirse con ellos.

ROBERTO: ¡Eh, Picasso! ¿Qué haces? Date prisa, sube. Mira, sube. ¡Mira qué chavala!

Roberto, con irónica y burlona corrección, se acerca a Augusto con la mujer y hace las presentaciones, estrechándola confidencialmente contra sí.

ROBERTO: La señorita Luigina..., damisela local... El señor Augusto, nuestro jefe espiritual. La señora expresó el deseo de dar un paseo romántico.

MUJER: Quieto con las manos, que en el pueblo todos me conocen.

ROBERTO (*Irónico*): Perdone, señora.

Roberto, dirigiéndose a un hombre en bicicleta que está parado a escasa distancia de ellos.

ROBERTO: Y tú, ¿qué quieres? Espera un momento.

Roberto se acerca al hombre y le tiende dinero.

< ¡Ten! Coge.

Augusto está examinando de pies a cabeza, excitado y sardónico, a la mujer, en la penumbra. Es una mujer de unos cuarenta años, modestamente vestida, con un rostro de rústica bestialidad.

MUJER: Estaba durmiendo... Oh, no tengo mucho tiempo... Mi marido vuelve a casa a medianoche...

ROBERTO (*Dirigiéndose a los dos*): ¡Eh! ¡Vámonos, que llueve!

Augusto, cada vez más excitado y divertido:

AUGUSTO: ¿Qué hace tu marido?

La mujer se encoge de hombros.

MUJER: Trabaja...

Está algo intimidada por la elegancia del automóvil.

< ¡Qué hermoso coche! (*Después, volviéndose al hombre de la bicicleta*) Gracias, Amilcare, después, mañana...

Augusto lleva a la mujer al coche, la hace entrar, se apresura a seguirla, pero Roberto lo detiene.

ROBERTO (*A la mujer, inclinándose*): ¡Señora! (*Después, a Augusto*) Pero, ¿tú a dónde vas? ¿Qué quieres hacer? ¿Dónde vas?

Tiene una explosión de risa, con los ojos brillantes por la inesperada aventura. Augusto ha olvidado por completo su ensombrecimiento y sube al coche con la mujer.

Roberto, correctamente, cierra la portezuela y da vuelta al coche para sentarse al volante.

Ve a Picasso, que oscila a los pies de la escalinata, observando la escena.

ROBERTO: ¡Picassino!... Vete a dormir, echa un buen sueño. Nos vemos mañana por la mañana, ¿eh? ¡Adiós!

PICASSO: Adiós.

Roberto se sienta ante el volante, cierra la portezuela y pone el coche en marcha.

Dentro del coche, se oye la voz de la mujer, que se ríe.

VOZ DE MUJER: ¡Qué apretados estamos! ¿También tiene radio? ¡Enciéndela!

El coche parte y se aleja.

Picasso se queda solo. Mira a su alrededor, descorazonado e indeciso durante unos instantes. Una sonrisa de alivio ilumina su cara y echa a andar decidido, murmurando:

PICASSO: A casa... Sí, me voy a casa... ¡Me voy a casa!

Picasso tira el abrigo que tenía en la mano y echa a correr.

FUNDIDO.

[Escena n.º 49.

Interior pasillo hotelucho. Noche.

Picasso recorre en silencio, apoyándose en la pared, el breve y angosto corredor irregular, al que dan dos o tres puertas.

Empuja una, entra.

Escena n.º 50.

Interior habitación Picasso hotelucho. Noche.

Picasso entra en su cuarto. Es una destartada habitacioncilla de ínfimo orden. Hay dos camas, una cómoda coja, una palangana de hierro esmaltado. Picasso se deja caer boca arriba en la cama. Se queda así cierto tiempo, con los ojos clavados en el techo. Después, lentamente, los vuelve a su cartera de cuero, que está en la cómoda. La mira largamente.

Se levanta casi de golpe, como si hubiera tomado una decisión. Agarra su cartera, sale del cuarto.

FUNDIDO ENCADENADO.

Escena n.º 51.

Exterior carretera nacional. Noche.

Picasso está parado al borde de la carretera, en el límite del pueblo. Trata de protegerse de la lluvia subiéndose las solapas y aplastándose contra un muro.

Los faros de un camión avanzan en la oscuridad.

Picasso se adelanta al centro de la carretera, agitando un brazo. El camión disminuye la marcha y se para no muy lejos de él.

Picasso llega corriendo a la portezuela, por la que asoma la cara del conductor.

PICASSO: ¿Va a Roma?...

CONDUCTOR: Sí...

PICASSO: ¿Puede llevarme?... Le pagaré...

CONDUCTOR: Suba... Pase por el otro lado...

Picasso, brincando entre los charcos, gira en torno al radiador y corre hacia la otra portezuela, que le abre el segundo conductor. Trepa ágilmente a la cabina. Se cierra la portezuela y el camión se pone en marcha.

Escena n.º 52.

Interior cabina camión. Noche.

Picasso se acomoda en el asiento, junto al segundo conductor; está apretado; lanza, en la oscuridad, una ojeada a los rostros silenciosos de los dos hombres; después apoya la cabeza en el tabique, con una sonrisa de relajamiento feliz en la cara...

Escena n.º 53.

Exterior carretera rural y campiña. Noche.

El coche de Roberto está parado en una carretera secundaria, negra en la oscuridad. Se abre la portezuela y baja Augusto. Da unos pasos despacio, cauto, llamando a media voz:

AUGUSTO: Roberto...

Una sombra negra se aparta de una planta, no muy lejos. Es Roberto. Viene hacia Augusto y lo rebasa, pasando hacia el coche. Al cruzarse con él, le pregunta irónico, a media voz:

ROBERTO: ¿Qué tal?

Augusto no contesta. Va a ocupar el puesto de Roberto, bajo la planta. Se oye cerrarse la portezuela del coche.

Augusto se apoya despacio en el tronco de la planta, subiéndose las solapas del abrigo.

Enciende un cigarrillo. Da unas chupadas.

Su rostro, ahora, expresa una grave seriedad.

Mira un instante al coche parado en la carretera; pero inmediatamente aparta la vista, con una instintiva mueca de asco, apenas insinuada. Mira a su alrededor. La oscuridad de la campiña desierta no es interrumpida por ninguna luz. El silencio es hondísimo. Sólo se oye el rumor de la lluvia.

Los rasgos del rostro de Augusto se hacen cada vez más pesados, más sombríos. Algo que parece una negra angustia se apodera de él.

FUNDIDO.]

Escena n.º 54.

Una plaza de un barrio nuevo. Día.

Es un domingo por la mañana, hacia mediodía. Las campanas de una iglesia tocan a misa. Mucha gente entra y sale de la iglesia.

Patrizia, la hija de Augusto, sale de la iglesia.

Va vestida con gran sencillez, aunque con elegancia.

Patrizia espera a alguien. Se comprende por el modo en que escruta la multitud. Tras unos segundos de espera, a sus espaldas llega Augusto, vestido de domingo.

AUGUSTO: ¿Te hice esperar mucho?

Patrizia se vuelve y le sonríe.

PATRIZIA: ¡Oh, no! Eres puntualísimo, papá.

Augusto le coge las manos y la mira complacido.

AUGUSTO: Déjame que te mire... ¡Estás elegantísima!

Patrizia, levemente incómoda, no sabe qué contestar. Augusto se acerca a un florista, coge una flor y se la ofrece a Patrizia.

AUGUSTO: Espera un poco.

PATRIZIA: Oh, no te molestes.

AUGUSTO: Oye. Hace un día precioso. Tengo una idea, ¿Por qué no vamos a comer a Monte Mario? Patrizia coge del brazo a su padre.

PATRIZIA: Vamos.

AUGUSTO: ¿O prefieres un restaurante en la ciudad?

PATRIZIA: Me da igual. Basta con que esté en casa a las siete...

Augusto coge del brazo a su hija y echan a andar juntos.

AUGUSTO: Entonces, a Monte Mario.

Escena n.º 55.

Exterior trattoria en Monte Mario. Día.

Augusto y Patrizia están sentados a una mesa al aire libre en la terraza de una trattoria. A su alrededor hay otras mesas preparadas y ocupadas. Patrizia y Augusto ya han terminado de comer.

Patrizia observa en silencio a su padre. Augusto, algo cohibido, dice:

AUGUSTO: He engordado un poco, ¿verdad?

PATRIZIA: No, estás estupendamente...

AUGUSTO (*Con leve amargura*): ¿Sabes cuántos años tengo? Cuarenta y ocho...

PATRIZIA: No son tantos...

Augusto tiene una sonrisa de malestar. Hay otro silencio; después le pregunta, cambiando de tema.

AUGUSTO: Oye, ¿qué vas a hacer cuando acabes en el colegio?

PATRIZIA: Justamente... tendré que decidir...

AUGUSTO: ¿Qué?

PATRIZIA: Decidir si continúo o lo dejo... Todavía tendría que hacer cuatro años de Magisterio... y cuatro años son muchos...

AUGUSTO: ¿Por qué? ¿No te gusta estudiar?...

PATRIZIA: Sí, me gusta... Yo, por mí, continuaría... También mamá dice que debo continuar, pero no puedo ser siempre una carga para ella...

Augusto enmudece un instante; evidentemente, está afectado en lo más vivo. Enciende un cigarrillo. Patrizia se da cuenta, se queda turbada.

Augusto continúa:

AUGUSTO: Pero..., cuando acabes Magisterio, ¿qué harías?

PATRIZIA: Sería profesora.

AUGUSTO: ¿Qué?

PATRIZIA: Profesora...

AUGUSTO: ¿Y te gustaría?...

PATRIZIA: Claro... Pero tengo ya una idea... Encontrar un empleo en seguida, desde ahora... para las horas libres... Y así podría pagarme los estudios... Muchos de mis compañeros lo hacen... Por ejemplo, hay una amiga mía que encontró un puesto de cajera... y gana bastante...

AUGUSTO: Pero, ¿cuánto puede ganar una cajera?

PATRIZIA: Pues, treinta..., treinta y cinco...

AUGUSTO (*Sorprendido*): ¿Cuánto?

PATRIZIA: Treinta y cinco.

AUGUSTO: ¿Treinta y cinco? ¿Y qué haces con treinta y cinco mil al mes...? ¡Nadie puede vivir con eso!

PATRIZIA: Los sueldos, más o menos, son así... ¡Hay tanta gente que vive con eso!... Todos...

La interrumpe la llegada del camarero, que trae los postres y el coñac.

Ambos callan unos instantes; después, mientras el camarero se aleja, sigue, como para acabar:

< Ya sabes que ahora los jóvenes han de ganarse la vida. Y, además, es hablar por hablar... Total, para un puesto de cajera se requiere una fianza: trescientas mil liras... (*Riendo*) y, ¿de dónde las saco?... Augusto la mira en silencio; está sacando del bolsillo de la chaqueta las gafas de sol, para ponérselas. El relojito se ha enganchado en las gafas.

Patrizia lo ve.

Sonríe turbada, lanzando una rápida ojeada a Augusto, como si de improviso se le hubiera ocurrido la idea de que es un regalo para ella. Se recobra; dice, con tono de ostensible despego, que subraya aún mejor aquella idea.

PATRIZIA: ¡Oh, qué mono!... Es muy mono.

Augusto se ha dado cuenta de todo; está cohibido.

AUGUSTO: ¿Te gusta?

PATRIZIA: Ah, es precioso...

Hay un instante de turbación; Patrizia va a devolvérselo a Augusto.

AUGUSTO: No, quédatelo... Es tuyo...

PATRIZIA: ¿Para mí?... ¡Es demasiado!

AUGUSTO: ¡No, qué dices! No vale nada.

Coge el reloj, lo sujeta en la muñeca de Patrizia:

Ten cuidado cuando le des cuerda, porque... (*Pausa*) es muy delicado...

PATRIZIA: Gracias, papá. Es muy bonito.

Patrizia se lleva el reloj a la oreja, después lo mira, satisfecha, Augusto grita al camarero:

AUGUSTO: ¡Camarero! La cuenta, por favor.

[Escena n.º 56.

Exterior cine. Día.

Una hora después.

Augusto y Patrizia están delante de un cine, mirando las carteleras. Hay una pequeña muchedumbre dominical, mujeres, niños, parejas, novios. Augusto lleva a su hija del bracete, como si la hubiera reconquistado. Está

orgulloso de ella e incluso un poco orgulloso de sí mismo, puesto que ha conseguido ganarse su confianza. Por primera vez se siente «padre».

AUGUSTO: ¿Quieres que entremos?

PATRIZIA: Si te apetece, papá...

AUGUSTO: No, ¡si te apetece a ti!

PATRIZIA: ¡Pero éste es muy caro!

Augusto, sin contestar, arrastra a su hija hacia la taquilla.

FUNDIDO.]

Escena n.º 57.

Interior cine.

En la pantalla se está proyectando la película.

Augusto y Patrizia son acompañados por la acomodadora hacia una fila de butacas al fondo de la sala.

ACOMODADORA: Ahí..., mire (*Sonríe*) Ahí estarán mejor, ¿sabe? Augusto da una propina a la acomodadora.

ACOMODADORA: Gracias.

La acomodadora se aleja. Augusto y Patrizia se sientan.

Augusto sonríe.

AUGUSTO (*En voz baja*): ¡Nos tomó por novios!

Patrizia sonríe.

AUGUSTO: ¿Ves bien?

PATRIZIA: Oh, sí.

Augusto y Patrizia se miran, se sonríen; después, Augusto, como venciendo su reserva y con jactancioso desparpajo, dice:

AUGUSTO: Si quieres seguir estudiando... de la fianza me ocupo yo.

Patrizia lo mira estupefacta; Augusto, como para minimizar la cosa y en el fondo por darse importancia, agrega:

AUGUSTO: Doscientas o trescientas mil liras no es nada para mí. Las encuentro cuando quiera.

Patrizia está muy conmovida; se limita a decir, brevemente:

PATRIZIA: ¡Oh, papá!

Después, con un repentino impulso, se inclina hacia él y le da un beso.

Augusto sonrío, un poco turbado. Se enciende la luz. La sala está llena. Como sucede en los descansos, hay un turbio silencio, roto por la voz del vendedor de helados:

VENDEDOR: Helados... Chocolate... Caramelos...

AUGUSTO: ¿Quieres un helado?

PATRIZIA: Sí, gracias.

AUGUSTO: Dos helados.

El vendedor se acerca; Augusto, mientras se dispone a coger los dos helados, dice rápido y confidencial a Patrizia:

AUGUSTO: No te comprometas para el domingo... Salimos juntos, ¿eh?

Llama de nuevo.

< ¡Helado!...

Unas filas delante de Augusto y Patrizia, un hombre rubio de aspecto equívoco se está peinando. Augusto lo ve y tiene un movimiento de temor. Se tapa el rostro con una mano, para que no lo reconozcan.

Patrizia, ante el gesto de su padre, le pregunta preocupada:

PATRIZIA: ¿Qué pasa? ¿No te encuentras bien? ¿Eh?

AUGUSTO: No, no, nada.

Augusto sigue tapándose la cara con la mano y vigilando al hombre. Un instante antes de que la sala se oscurezca, el hombre, volviéndose por azar, descubre a Augusto y lo reconoce a su vez.

Los dos se contemplan un momento; después Augusto, presa de angustia, se levanta y se aleja con una excusa.

AUGUSTO (*A Patrizia*): Voy a comprar cigarrillos.

El hombre, que ha visto la maniobra de Augusto, se levanta y lo sigue. Los dos hombres se encuentran al fondo de la sala.

El hombre, serio, se coloca ante Augusto.

Augusto se vuelve con una sonrisa lastimosa.

AUGUSTO (*En voz baja*): ¡Hola! ¿Cómo está?

El hombre mira duramente a Augusto; después, con voz sorda y amenazadora:

HOMBRE: Hace seis meses que te busco...

Augusto sonrío, fingiendo tranquilidad.

AUGUSTO (*En voz baja*): ¿No podríamos hablar mañana?
Estas palabras precipitan la ira del hombre.

HOMBRE: ¿Mañana? No. Hablaremos ahora, ahora...
Augusto implora piedad:

AUGUSTO (*En voz baja*): Oye, por favor...

HOMBRE (*Gritando*): ¡Bribón! ¡Cobarde! ¡Te voy a decir unas cuantas frescas!

El hombre, ya lanzado, agarra a Augusto por las solapas. Augusto trata de librarse, balbucea algo:

AUGUSTO: Estás exagerando... Salgamos y hablemos con calma... No aquí...

HOMBRE (*Gritando*): ¡Hablaremos aquí!... ¡Aquí te partiré los morros!
Toda la sala de butacas se vuelve a los que disputan.

VOCES: ¿Qué pasa? ¡Basta! Váyanse a pelear fuera.

El hombre, sin dejar de sujetar a Augusto por las solapas, se vuelve un momento a un amigo que se ha acercado.

HOMBRE: ¡Mira quién está aquí!

AMIGO (*A Augusto*): Hombre, míralo. Muy bien, muy bien...

Ahora, muchos de los espectadores se han puesto de pie y protestan en voz alta. También Patrizia se ha vuelto y mira hacia el fondo de la sala.

AUGUSTO: ¡Salgamos de aquí, por favor!

Escena n.º 58.

Interior vestíbulo cine. Día.

El hombre y Augusto salen al vestíbulo del cine. Patrizia, alarmada, los sigue.

AUGUSTO: ¿Por qué voy a ir a la comisaría? ¿Qué he hecho?

HOMBRE (*Dirigiéndose a su amigo*): ¡Este desgraciado aún pregunta qué ha hecho!

AMIGO (*Al hombre*): No pierdas la calma, te quitas tú mismo la razón. En la comisaría hablaremos mejor.

HOMBRE (*Encolerizado*): ¡Qué comisaría ni qué ocho cuartos! ¡Yo a éste le rompo los huesos!

Un policía se está acercando rápidamente al grupo. El amigo lo ve y solicita su intervención.

AMIGO: ¡Ah! ¡Ahí viene un guardia! Oiga, por favor...

GUARDIA: ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué pasa?

AUGUSTO (*Implorante*): ¡Por favor! ¡Déjenme irme ahora!
El guardia se mete entre Augusto y el hombre.

GUARDIA: ¿Qué ha ocurrido?

AMIGO (*Al guardia*): ¿Sabe lo que ha hecho este asesino? Nos vendió terramicina falsa, ¡casi mata a mi hermano!

Patrizia, que ha salido al vestíbulo, sigue el altercado, cada vez más atemorizada. El hombre escruta violentamente a Augusto.

HOMBRE: ¡Ladrón!

AMIGO (*Al hombre*): ¡Basta! ¡Tranquilo!

GUARDIA: ¡Quietos! ¡Estense quietos! ¡Ya basta!
Augusto, desesperado, aún trata de negarlo.

AUGUSTO: ¿Ladrón, yo?

GUARDIA: ¡He dicho que basta!

PATRIZIA: Papá.

Augusto, repentinamente, advierte la presencia de su hija. La mira desconcertado y mortificado. No opone ya resistencia y permite que se lo lleven.

GUARDIA: ¡Acaben de una vez! Vamos, vengan a comisaría.

El guardia coge del brazo a Augusto y lo arrastra hacia la salida. Augusto se detiene y se vuelve a Patrizia.

AUGUSTO: Vete a casa.

Patrizia, espantada, se queda inmóvil.

PATRIZIA: Papá.

Augusto repite duramente la invitación.

AUGUSTO: ¡Vete a casa!

El grupito con Augusto se dirige a la salida, entre los murmullos de los presentes.

Escena n.º 59.

Exterior cine. Día.

Augusto, el hombre y el guardia salen del cine, dirigiéndose a la parte opuesta de la plaza.

Su paso suscita cierta curiosidad entre la pequeña multitud que se estaciona ante el cine. Alguien los sigue, para tratar de enterarse de lo sucedido.

En la puerta del cine aparece también Patrizia, que, manteniéndose a cierta distancia, sigue también al grupo que va a la comisaría.

FUNDIDO.

Escena n.º 60.

Exterior comisaría. Noche.

Cayó la noche.

Patrizia está inmóvil a unos metros de distancia de la puerta de la comisaría, sentada en un banco.

Augusto, entre dos carabineros, ha aparecido en el umbral; tiene los ojos bajos y las manos cruzadas delante, tapadas con el abrigo. Está esposado.

Patrizia lo ve, se levanta del banco y sigue la escena desde detrás de un árbol.

Los guardias empujan a Augusto a un coche celular. Uno de los guardias sube al interior con Augusto, el otro se pone al volante.

Patrizia da unos pasos para seguirlo, mecánicamente. Se para en seguida y estalla en llanto.

FUNDIDO.

Escena n.º 61.

Exterior cárcel. Día.

Han pasado unos meses.

Por la puerta de la cárcel sale Augusto, seguido por un guardia.

Augusto está visiblemente envejecido. Algo gris se ha difundido por su rostro, un cansancio que ha dejado señales indelebles.

GUARDIA (*En siciliano*): Bueno, y ahora, ¿qué vas a hacer?

AUGUSTO: No lo sé, realmente. ¿Me das un pitillo?

GUARDIA: ¡Cómo no! Y no hagas más el tonto, para no volver aquí.
El guardia ofrece un cigarrillo a Augusto y se le enciende.

AUGUSTO: Gracias. Adiós.

GUARDIA: Adiós... y buena suerte.

Augusto se aleja lentamente.

FUNDIDO.

Escena n.º 62.

Café Cánova. Día.

El café está atestado a la hora del aperitivo.

Riccardo, un amigo de Roberto, está telefoneando desde la caja.

RICCARDO (*Al teléfono*): ¿Que me van a embargar?... ¿Mi madre?... No, no, esta semana no estoy en Roma. ¿El abogado? ¡Al abogado lo han detenido! ¡Y yo qué sé! No, nada... No lo sé. Está bien, está bien, salud...

Augusto entra en el café, da unos pasos, después mira a su alrededor para ver si hay algún conocido.

Después se dirige al mostrador. El barman lo reconoce y le lanza una media sonrisa.

AUGUSTO: ¡Salud!

BARMAN: ¡Oh, mira quién anda por aquí! ¿Qué le ponemos? ¿Un coñac?

AUGUSTO: No, un Negroni.

BARMAN: ¿Y dónde ha estado todo este tiempo? ¿Fuera de Roma?

AUGUSTO (*Sin responder*): ¿Cayó por aquí Roberto esta mañana?

BARMAN: ¿Quién? ¿Aquel rubio que reía siempre? Hace mucho que no viene.

Riccardo ha acabado de telefonar. Ha oído el nombre de Roberto y pregunta a Augusto.

RICCARDO: ¿Qué Roberto? ¿Roberto Tucci?

AUGUSTO: Sí.

RICCARDO: Oh, ése está en Milán.

AUGUSTO: ¿Desde cuándo?

RICCARDO: Hará tres meses.

AUGUSTO: ¿Y qué fue a hacer a Milán?

RICCARDO: Oh, ése se las ha arreglado bien. Lo he visto... con un Aurelia Sport... Sí, sí, un Aurelia Sport.

Augusto se vuelve al barman.

AUGUSTO: Y al Barón Vargas, ¿no lo has visto?

BARMAN: Lo vi ayer, hoy no.

AUGUSTO: Pero ¿sigue viniendo por aquí?

BARMAN: ¡Hummm! Más raramente. Por favor, el ticket, en la caja.

Augusto coge el vaso y bebe. Ricardo lo mira significativamente, como buscando una posible nueva complicidad.

FUNDIDO.

[Escena n.º 64.

Exterior club. Día.

Augusto se para ante la entrada del club. En la puerta, dada la hora, no hay nadie. El vestíbulo está oscuro.

Varias fotografías de bailarines y cantantes están expuestas en las vitrinas del vestíbulo.

Augusto entra y se mete por la escalera que lleva a la sala.

Escena n.º 65.

Interior club. Día.

MÚSICA PIANO.

El sonido de un piano (música sincopada) guía en la oscuridad de los pasillos a Augusto, hasta la sala principal del club.

La sala está iluminada por una lámpara central. El espectáculo es lo más sórdido que imaginarse pueda; las sillas están sobre las mesas, hay una sensación de limpieza dejada a medias. En la pista, unas chicas, diversamente vestidas, están ensayando un número. Ante el piano está un músico del local; un maestro explica en alemán unos pasos a las bailarinas.

MAESTRO BAILE (*En alemán*): La Mitzi más al centro, no mováis la cabeza, ¡más brío!

Augusto se queda un instante mirando la escena. Está en la penumbra y nadie se ha fijado en él.

A sus espaldas llega la señora del guardarropa, que está acabando la limpieza. Es una mujer mayor.

GUARDARROPA: ¿A quién busca? Aquí no se puede estar.

AUGUSTO: Nada, tengo que hablar con una chica...

El maestro de baile ha advertido la presencia de Augusto y ordena un alto.

MAESTRO BAILE: ¡Alto! ¿Quién es? ¿Qué ocurre?

Augusto, descubierto, se adelanta con la mayor desenvoltura posible. Por otra parte, está a pocos pasos del piano. Se dirige al pianista, que lo reconoce y lo saluda con un ademán de la cabeza, serio.

Las bailarinas lo miran, alguna dice una frase que hace reír a las demás.

AUGUSTO: Hola, Manfredo (*al maestro*). Con su permiso (*al pianista*). Perdona, es por algo urgente. ¿Sabes dónde puedo encontrar a Maggie?

El pianista sacude la cabeza.

AUGUSTO: No dejó dirección en su casa... Pero debe de estar en Roma. ¿No ha aparecido por aquí?

PIANISTA: ¿Te refieres a aquella rubita, baja...? No, no ha vuelto a aparecer...

AUGUSTO: Y...

El pianista mira al Maestro para preguntarle si puede tocar de nuevo. El Maestro le hace un ademán afirmativo, el pianista reanuda la introducción de su tema. Las bailarinas se ponen en pose. Empiezan, a una señal del Maestro.

Augusto se queda mirando, después vuelve en sí, mira una vez más al pianista, que le hace un gesto como diciendo: «no sé nada de nada, perdona». Y después aparta la mirada de Augusto.

Augusto se aleja, despacio, tras haber hecho un breve ademán de saludo, tratando de mantener su dignidad.

Las bailarinas siguen con su número.

FUNDIDO.

Escena n.º 66.

Exterior calle Roma. Día (efecto ocaso).

Augusto camina lentamente por la acera de una calle céntrica. Se para ante el escaparate de un restaurante, lo examina; se dirige a la puerta de

entrada. Al hacerlo, tropieza con una niña. La evita; después reconoce en ella a Silvana, la hija de Picasso.

La llama por su nombre, con alegre asombro, mirando a su alrededor para buscar a sus padres.

AUGUSTO: ¡Silvana!

Se encuentra frente a Iris, que seguía a la niña. La saluda en seguida:

< ¡Ah!... Buenas tardes...

El rostro de Iris se altera levemente; responde con frialdad:

IRIS: Buenas tardes...

Augusto le tiende la mano.

AUGUSTO: ¿Cómo está?

Iris se ha vuelto a buscar a la niña, a la que coge de la mano; puede parecer que baya querido evitar la mano de Augusto.

IRIS: Bien... (A *Silvana*) ¿Dónde vas?... Ven aquí...

A Augusto no se le ha escapado la frialdad de Iris; continúa, algo más secamente:

AUGUSTO: Esta mañana pasé a buscar a su marido... ¿Se han cambiado de casa?...

Iris vacila un momento; responde evasivamente, sin mirarlo:

IRIS: Sí...

AUGUSTO: ¿Dónde viven?...

Iris no responde en seguida, como si quisiera ocultar a Augusto la nueva dirección de Picasso; Augusto lo interpreta así y agrega, secamente:

AUGUSTO: Bueno, dígale sólo a su marido que ya he vuelto... Hasta la vista...

Hace un ademán de alejarse. Iris contesta, con mal disimulado nerviosismo:

IRIS: Pero yo ya no vivo con mi marido... Lo siento, no puedo darle el recado...

Augusto se ha parado a medias, y mira a Iris. Hay un instante de silencio; después Iris añade, inclinándose a ajustar el gorro de la niña, para ocultar su turbación.

IRIS: Ahora vivo con mi madre... Buenas tardes...

Iris echa a andar; Augusto la alcanza de inmediato. Le pregunta:

AUGUSTO: ¿Dónde se ha ido?

Iris no se detiene, Augusto camina a su lado.

IRIS: Creo que está en un hotel... pero cambia mucho... y no siempre está en Roma.

Augusto insiste:

AUGUSTO: ¿No lo ha vuelto a ver?... ¿Desde cuándo?...

Iris sigue evitando su mirada.

IRIS: Sí, sí, lo veo... A veces viene a buscarnos...

Durante un rato caminan uno al lado del otro, sin hablar.

Augusto enciende un cigarrillo. Dice brevemente, con una sonrisa:

AUGUSTO: Pobrecillo. Quería mucho a la niña...

Iris responde de inmediato, sordamente:

IRIS: También a mí...

Augusto la mira hostilmente; tira la cerilla; continúa con otro tono, amargo y agresivo:

AUGUSTO: Quizá sea mejor así... Se casó demasiado joven... A su edad, es un desastre tener una familia a las espaldas...

El rostro de Iris está contraído; responde a media voz:

IRIS: Para lo que necesitábamos la niña y yo, no hacía falta que robase...

En el rostro de Augusto aparece una mueca de amarga dureza.

Iris está muy agitada, casi asustada por lo que ha dicho.

IRIS: Si nos quiere de verdad, cambiará...

Augusto se pone cada vez más amargo, más duro y agresivo; tiene una sonrisa sarcástica:

AUGUSTO: No se puede volver atrás, ¿sabe?... Un hombre que se habitúa a estar sólo nunca vuelve atrás. Por eso, si le interesa, dese prisa a recuperarlo tal como es... ¡La libertad es demasiado hermosa!... No pensar más que en sí mismo... Una vez que se ha dado el paso, no se vuelve atrás, ¿sabe?, ni aunque se quiera...

Iris lo ha mirado con ojos llenos de espanto; está sumamente turbada, y su turbación se expresa en un desfallecido nerviosismo, casi de enferma. Se pone a hablar excitadamente a la niña:

IRIS: ¿No ves que tienes el zapato desatado?... ¡Pierdes los zapatos y no dices nada!...

Se detiene, alza en brazos a la niña, la sienta en el poyete de una verja. Le ata el zapato y vuelve a atarle el otro, con manos temblorosas, mientras sigue hablándole con una excitación injustificada:

< Dilo: mamá, tengo el zapato desatado... ¿Qué quieres?... ¿Has perdido la lengua?... Si llegas a casa sin el zapato, ¿qué dirá la abuela?... Nada, nada, ella, calladita; ¿y si pierdes los zapatos?...

Después se dirige de nuevo a Augusto, casi sin transición, con la misma excitación nerviosa, registrando con manos temblorosas el bolso, del que saca un cigarrillo, que enciende.

< Yo no vuelvo a empezar como antes. No me siento con fuerzas... Si es así, mejor que él siga su camino...

La voz le tiembla con un llanto cada vez más evidente; se pone más agresiva, más desesperada:

< Pero él no era así... Cambió cuando empezó a ir con ustedes... Han sido ustedes...

Augusto la interrumpe de inmediato, agresivo, sardónico:

AUGUSTO: ¿Y quién lo obligaba?... ¡Hágame el favor!...

Iris continúa, como si Augusto no hubiera hablado:

IRIS: Bueno, entonces, eso es, que se vaya por su camino... De la niña me ocupo yo... ¿Sabe que me volvía loca?... No soy sólo yo, está también la niña. Estaba despierta toda la noche, fumando, como una loca... No me tenía en pie, el médico me dijo que acabaría en una clínica...

Advierte que ha encendido el cigarrillo, se lo quita de los labios y lo tira al suelo; lo pisotea, continuando:

< ... ¡Paciencia!... Viviremos solas...

Coge a la niña en brazos y vuelve a dejarla en el suelo; Augusto, con el rostro duro y contraído, le dice de pronto, cada vez más amargo y agresivo:

AUGUSTO: ...Si su marido hubiera llevado dinero a casa, todo iría perfectamente... Cuando los hombres ganan dinero, no los dejáis plantados... Porque somos unos desgraciados..., pero ¿somos los únicos que nos arreglamos como podemos?... Todos se arreglan... Cuanto más en serio roba uno, más se le pegan las mujeres... Y la mujer no lo planta, se lo digo yo...

Iris lo interrumpe, sumamente conmovida y aún agresiva, pero con gran sencillez:

IRIS: Eso significa que esas mujeres buscan sólo su propio provecho, pero no aman...

Augusto se queda dubitante un momento, pero sigue con creciente amargura:

AUGUSTO: No lo creo... Sí, ya he oído esa historia, pero no lo creo... ¡A mi edad se sabe muy bien qué es lo único que cuenta! La mira a la cara, dice con violencia amarga:

AUGUSTO: ¡El dinero!... ¡Lo demás son bobadas!... ¡No hay más que el dinero!... ¡Lo es todo!

El tono de Augusto se hace, inconscientemente, casi conmovido, con una desesperada grandiosidad:

< Cuando lo tienes, eres guapo, inteligente, eres honesto, te respetan. Puedes tener de todo: libertad, familia, casa..., ¡de todo!... Quien tiene dinero, encuentra aún más, pero quien no lo tiene es un desgraciado... Nunca lo encuentra... el dinero tiene miedo de los desgraciados... Y cuando te falta el dinero, todo se acabó... No eres nada... nada de nada...

Se interrumpe un instante; los ojos le brillan; dice aún, casi para sí mismo:

< ¡Es hermoso el dinero!... Lo es todo...

Se vuelve a medias hacia Iris, le lanza una última ojeada hostil y dice bruscamente:

< Hasta la vista...

Y se marcha, sin mirar atrás...

Iris lo sigue con los ojos...

FUNDIDO.]

Escena n.º 67.

Exterior campiña. Día.

Una carretera ondulada, en una zona casi desierta.

El coche negro que hemos visto al principio de la película recorre la carretera, levantando una leve nube de polvo.

En el coche están Riccardo, vestido de chófer, Augusto, vestido de Monseñor, y otros dos cómplices vestidos de cura.

Exterior caserío rural. Día.

El coche se detiene en la era de una alquería. El chófer baja, seguido por el cura en funciones de secretario. De una puerta de la alquería sale un viejo

que avanza al encuentro de los recién llegados. El secretario saluda al viejo quitándose el sombrero:

SECRETARIO: ¡Buenos días!

VIEJO: ¡Buenos días!

SECRETARIO: ¿Es usted Paolo Gozzesi?

VIEJO: Sí, señor.

El cura anciano se dirige a Augusto, que está bajando del coche.

SECRETARIO: Es él, Monseñor. (*Después, al viejo*) Tenemos que hablar con usted para un asunto de gran importancia.

FUNDIDO.

Escena n.º 69.

Exterior campiña. Día,

A pocos pasos de una casa derruida, en pleno campo, se desarrolla la consabida escena del hallazgo del tesoro.

El chófer, en mangas de camisa, está cavando la tierra de una fosa en la que se ha metido.

Al borde de la fosa, esperando, están el viejo, el secretario y un joven moreno que ayuda al chófer en la operación de cavar.

CHÓFER: ¡Eh! ¡Aquí hay un hueso!

CURA JOVEN: Monseñor, hay un hueso.

CHÓFER: Y también una calavera, ¡mire! Augusto se acerca a la fosa.

Escena n.º 70.

Interior alquería Russo. Día.

En la penumbra de la gran cocina aldeana una figura humana se desplaza trabajosamente, con ayuda de dos muletas, cuyas patas de madera golpean rítmicamente el enlosado.

La puerta de la era se abre y a la luz que irrumpe vemos que la inválida es una chica joven, palidísima.

La muchacha se ha detenido al abrirse la puerta, como avergonzada de que la sorprendan allí. Sonríe con una sonrisa tranquila y serena, de excusa, a los hombres que entran.

Augusto, con los ojos aún deslumbrados por el pleno sol del campo, queda un momento impresionado por su presencia.

El Chófer y el Secretario, tras un instante de vacilación, van hacia la mesa y dejan en ella, el uno la olla del «tesoro», el otro el pañuelo con los huesos.

CHÓFER (*Entrando*): ¡Caray, cómo pesa! ¡Échenme una mano! ¡Oh! Lo que nos vendría bien sería una buena taza de café.

SECRETARIO (*A la muchacha*): Buenos días. (*Después, al chófer*) Sí, claro que sí. El viejo campesino se acerca a la chica y le pregunta:

VIEJO (*A la chica*): Perdona, ¿qué haces aquí? Vete fuera. (*Después, a Augusto*) Perdona, Monseñor, esta es mi hija pequeña.

La chica, ante la invitación de su padre, sale del cuarto y, siempre arrastrándose trabajosamente, se dirige a una puerta lateral.

Augusto responde con una sonrisa empachada. El chófer ha empezado a hurgar en la olla, sacando los habituales objetos falsos que deja en la mesa. El Secretario está consultando un papel y se vuelve, untuoso y sonriente, a Augusto.

SECRETARIO (*Admirado*): ¡Mire... Monseñor!... ¡Es un verdadero tesoro!

CHÓFER (*Ríe, admirado*): ¡Parece el Banco de Italia!

Augusto hace un leve ademán para que se callen. Los dos compinches adoptan una actitud de respetuosa espera.

Augusto camina por el cuarto, repitiendo cansadamente el discurso de rigor. El viejo mira los objetos que están en la mesa. Una pausa.

AUGUSTO: Como ya le dije... todo el tesoro es suyo... El difunto tomó disposiciones precisas al respecto... Pero lo que debe recordar, sobre todo, es esto: no diga una palabra a nadie. Se trata de un homicidio.

El Secretario, a sus espaldas, junto a la mesa, está hablando con el Viejo, en voz baja. Oímos su bisbiseo.

Augusto está aún en la ventana.

Cierra los ojos.

Tras unos segundos, la voz del Secretario le hace volver en sí.

SECRETARIO: Monseñor... Augusto se vuelve.

SECRETARIO: Hay un pequeño inconveniente... El señor no tiene aquí todo el importe de las misas... Tiene sólo... ¿Cuánto tiene? ¿Cuánto tiene?

VIEJO: Trescientas cincuenta mil liras.

SECRETARIO: Trescientas cincuenta mil liras. ¿Qué hacemos? Augusto, asumiendo un tono irritado:

AUGUSTO: ¡No importa! ¡No somos mercaderes! Que dé lo que tenga, ya volverá usted por el resto. ¡Yo se lo explicaré a Su Eminencia!

VIEJO: Verá, ese dinero lo tengo aquí porque mañana iba a ir a la feria a comprar un animal que necesito mucho para el trabajo. Tengo que pensar en ahorrar algo, ¿sabe? No por mí, sino por esas dos criaturas. Una me trabaja como un hombre, pero la otra, pobrecita, está paralizada, y cuando yo haya muerto, ¿quién se ocupará de ella?

SECRETARIO: ¡Vamos! Es usted injusto, no diga eso. Dios no abandona nunca a nadie. ¿Ha visto lo que la providencia le ha enviado? ¡Un tesoro! ¿No es así, Monseñor? (*A Augusto*).

El chófer, junto a la mesa, tiene en la mano algunos objetos del tesoro.

CHÓFER (*Riendo*): Sí, es cierto, ya quisiera yo ser un desgraciado como este campesino. ¿No?

AUGUSTO: El Señor no abandona jamás a sus criaturas. ¿Tiene el dinero encima?

VIEJO: Sí, aquí lo tengo. Tómelo.

El Viejo saca del bolsillo un rollo de billetes de diez mil y se los entrega al Secretario.

El Secretario los coge, mientras todos miran en silencio, con suma atención.

SECRETARIO (*A Augusto*): ¡Oh, Monseñor!

Augusto agarra el rollo de billetes. El cura joven interviene con tono deferente.

CURA JOVEN: Se está haciendo tarde, Monseñor. A las cinco nos espera Su Eminencia.

SECRETARIO: Sí, es cierto, tenemos que irnos (*Al viejo*) Discúlpennos. Y mis parabienes.

Augusto echa a andar hacia la puerta, seguido por los otros y el viejo. Sale a la era al tiempo que en el umbral de otra puerta aparece la Madre, que se acerca a Augusto:

MADRE: ¡Monseñor! ¡Monseñor! Discúlpeme, ¿Me hace un favor? Dígale unas palabras a mi hija.

AUGUSTO: Pero... yo... no puedo...

MADRE: Sea bueno, Monseñor. Sólo dos palabras.

Augusto se dirige a sus tres compañeros.

AUGUSTO: Espérenme un momento.

MADRE: Gracias, muchas gracias. Pero no le diga que se lo he dicho yo.

Augusto y la Madre se encaminan hacia detrás de la alquería.

La chica está sentada en una silla adosada a la pared.

Augusto y la Madre se le han acercado.

MADRE (*A su hija*): Mira, Monseñor quiere saludarte. (*A Augusto*) Voy a buscarle una silla, Monseñor.

AUGUSTO: No, no, me marcho en seguida.

La muchacha va a levantarse, pero Augusto la contiene con un gesto.

< No, no, quédate sentada.

Augusto se vuelve a ella. La tierna simpatía que emana de la joven paralítica lo ayuda, a pesar suyo, a superar su malestar.

AUGUSTO: ¿Cómo te llamas?

SUSANNA: Susanna.

Hay un silencio. Augusto ya no sabe qué decir. Por fin continúa.

AUGUSTO: Debes tener fe en Dios, hijita. Comprendo que para ti es algo terrible, pero es preciso resignarse a su voluntad. Este es un valle de lágrimas y todos llevan su cruz.

La muchacha no se ha fijado en el tono de las frases convencionales de Augusto. Para ella no son palabras convencionales. Sonríe.

SUSANNA (*Sonríe*): Lo sé, y no me quejo...

Vuelve los ojos al suelo y continúa, seria:

< Si no fuera por ellos...

Augusto la mira asombrado.

AUGUSTO: ¿Qué quieres decir con «ellos»?

SUSANNA: Si no fuera una carga para mi familia, a mí no me importaría nada.

AUGUSTO: Pero, ¿cómo? ¿En tu situación te preocupas por ellos?

La Madre, que ha vuelto a aparecer, se acerca a Susanna.

MADRE (*Conmovida*): Siempre está dándole vueltas a esa idea, Monseñor. Siempre cree que es una carga, esta hija mía. ¿Por qué dices eso? No es cierto, Monseñor, trabaja mucho. Sabe hacer cuentas mejor que una maestra. Y borda; mire las labores que sabe hacer.

La Madre se inclina a recoger el bordado que su hija está haciendo. Susanna, humilde, trata de disuadirla.

MADRE: ¡Déjame! Enséñaselo a Monseñor, ¡Mire, mire qué hermoso bordado!

La Madre tiende el bastidor con el bordado a Augusto, que lo coge, cohibido.

AUGUSTO (*Vacilando, a la Madre*): ¿Siempre estuvo así?

MADRE: No. Monseñor, se quedó a los nueve años, es la parálisis infantil.

La Madre se inclina sobre la chica, le besa el pelo, después se aleja unos pasos, llorando.

SUSANNA: Mamá, mamá, vete... La madre entra en la casa.

AUGUSTO: ¿Y cuántos años tienes?

SUSANNA (*Sonriendo*): Dieciocho.

Augusto está impresionado por la sonriente y serena aceptación de la chica.

AUGUSTO (*Como para sí*): ¡Nueve años!

SUSANNA: ¡Oh! Pero yo estoy bien aquí, ¿sabe? Estoy con mi bordado, oigo música... Estoy como una reina...

Susanna echa la cabeza hacia atrás, ríe divertida y continúa, indicando hacia el campo.

SUSANNA: Para mi hermana, la vida es más dura. Está ya en el campo, trabajando, desde las cuatro de la mañana.

AUGUSTO (*Casi desconcertado*): Pero, ¿no quisieras curarte?

La chica se estremece levemente. Sus ojos escrutan; los de Augusto como buscando en ellos la razón de esa pregunta.

SUSANNA: Pero... no es posible... No... Haría falta un milagro...

AUGUSTO: Los milagros suceden alguna vez...

SUSANNA: ¡Ah, sí! ¡Ya lo sé!

AUGUSTO: ¿Tú crees en ellos?

SUSANNA (*Sonriendo*): Sí, sí creo.

AUGUSTO: ¿Por qué?

SUSANNA (*Riendo*): No sé por qué, pero creo...

Susanna se pone repentinamente seria y continúa, absorta:

< Mi desgracia me ha hecho encontrar a Dios. Soy siempre feliz, incluso cuando me muero de dolor.

Susanna se echa a llorar; después, sonriendo de nuevo, vuelve los ojos a Augusto, que, vacilante e incómodo, tiende el bordado a Susanna.

AUGUSTO: Es muy bonito este bordado.

Después, bruscamente, hace ademán de alejarse.

SUSANNA (*Con aprensión*): ¿Se marcha, Monseñor?

AUGUSTO: Debo irme ahora. Tengo que marcharme.

Augusto, como exhausto por la dolorosa veracidad del coloquio en que se ha metido, sigue hablando en tono sincero.

AUGUSTO: No tienes necesidad de mí. Eres mucho mejor que otras gentes. Nuestra vida... la vida de mucha gente que conozco no tiene nada de hermosa. No pierdes mucho tú, no me necesitas, no tengo nada que darte.

Augusto se aleja. Susanna recoge sus muletas.

SUSANNA (*Llorando*): No, Monseñor, espere, no se marche...

Lo alcanza, le coge la mano y se inclina a besarla sollozando:

< ¡Rece por mí! ¡Rece por mí!

Augusto, trastornado e irritado por el gesto de dolorosa devoción de Susanna, retira bruscamente la mano.

AUGUSTO: ¡Déjame!

Y se aleja.

Escena n.º 73.

Exterior carretera rural. Día.

El coche negro recorre velozmente la carretera que serpentea por un paisaje solitario y salvaje.

Escena n.º 74.

Interior automóvil. Día,

En el interior del coche, Augusto, con el rostro en tensión, observa con leve expresión de desagrado a su compañero, que duerme junto a él.

FUNDIDO ENCADENADO.

Escena n.º 75.

Exterior carretera rural. Día.

El 500 de Vargas está parado, esperando, en un lado de la carretera. A su alrededor, el lugar tiene un aspecto de áspera soledad.

Un pedregoso talud desciende hacia el valle.

El automóvil negro está llegando y se para detrás del 500.

Vargas va hacia el coche, metiéndose el periódico en el bolsillo. El mocetón vestido de chófer abre la portezuela anterior y baja.

CHÓFER: ¡Podías hacer un poco más hondo el agujero esta mañana! ¡He sudado como un loco, me has hecho trabajar...!

Vargas abre la portezuela trasera.

VARGAS: ¿Bueno?... ¿Cómo ha ido todo?

Por la portezuela abierta por Vargas baja el Secretario. Augusto abre la portezuela opuesta y se desliza fuera, en silencio.

SECRETARIO: Trescientas cincuenta mil liras. Podíamos haber sacado más. Pero sólo tenían eso en casa y hemos preferido largarnos.

VARGAS: Hicisteis bien. La verdad es que no os esperaba a estas horas.

Augusto ha ido hacia la puerta posterior del coche; ahora está quitándose rápidamente la cruz y la faja roja; tiene el rostro tenso. Dice, seco, dirigiéndose a los otros dos.

AUGUSTO: ¿Quién tiene las llaves?

SECRETARIO: Las tiene él. (*Dirigiéndose al chófer*) Dale las llaves.

El chófer saca las llaves del bolsillo y se las tira al vuelo. Está silbando una melodía.

SECRETARIO (*Al chófer*): ¿Cómo se llama ese cantante?

CHÓFER: «The Menga Sinfony». La Sinfonía del Menga. Augusto abre el portaequipajes, deja allí la cruz, el solideo y la faja roja y empieza a quitarse el hábito sacerdotal, todo ello con gestos rápidos, el rostro en tensión.

El Secretario se acerca a su vez al portaequipajes para depositar su traje talar.

SECRETARIO: ¿Y la botella de coñac?

CHÓFER (*Off*): Me la bebí yo. ¡Con lo que he sudado, era como para coger una pulmonía!

El Secretario saca del portaequipajes el sombrero y el abrigo y se los pone. Al fondo, el cura moreno, ya vestido de paisano, está dando unos golpes de boxeo, flexionando las piernas.

SECRETARIO: Yo, desde esta mañana, tengo un dolorcillo aquí... Se lo dije a mi mujer, y me contestó: trabajas demasiado. Y es cierto.

CHÓFER (*Off*): Antonio, ¿dónde está la botella? Ah, está aquí, está aquí. El chófer está echando agua de la botella en el radiador del coche.

VARGAS (*Al chófer*): Pero, ¿qué haces con esa botella?

CHÓFER: ¿Cómo que qué hago? Echo agua. Tuve que ir en segunda toda la subida. Como no te decidas a tirarlo, tendrás problemas con este coche.

VARGAS: ¿Quién tiene el dinero?

SECRETARIO: Augusto lo tiene. Lo tiene Augusto.

Augusto, que está anudándose la corbata, tiene un instante de vacilación. Después, con rostro sombrío, dice a quemarropa, sordamente:

AUGUSTO: Realmente, sois un hatajo de bribones... No tengo yo el dinero, no lo he cogido.

Todos los compañeros se detienen a medias y lo miran en silencio, sin comprender.

< ¿Cómo iba a cogerlo? Desgraciados, ¿es que seríais capaces de robar a vuestra madre?

El joven moreno, desde lejos;

JOVEN MORENO: ¡Eh! ¿Qué estás diciendo?

AUGUSTO (*A Vargas*): No he podido hacerlo, Vargas, no he tenido valor. Era un pobre viejo con una hija paralítica. Él trabaja para que no acabe en un asilo...

Vargas interviene secamente:

VARGAS: ¡Augusto, no me hagas reír! (*Al chófer*) Pero, ¿qué dice?

SECRETARIO: Augusto, yo vi cuando lo cogías.

VOZ AUGUSTO (*Off*): Pues se lo devolví.

JOVEN MORENO: ¿Y cuándo se lo devolviste?

AUGUSTO (*Alzando la voz*): ¡Se lo devolví! ¿Entendido? Augusto se pone la chaqueta y saca del portaequipajes el abrigo y el sombrero, bajo la mirada amenazadora de sus cómplices.

Vargas se acerca despacio a Augusto, diciéndole en tono socarrón, algo siniestro:

VARGAS: Augusto... Eres el rufián más grande que he conocido. De modo que has tenido en la mano trescientas cincuenta mil liras y te las has dejado escapar... ¿tú?

Los ojos de Augusto se encuentran con los de Vargas. Brevemente, en tono de sinceridad, le dice:

AUGUSTO: ¿Es que te engañé alguna vez? (*Después, tras un silencio, encogiéndose de hombros*) Te digo que no he podido.

Ve al Secretario que ha sacado del portaequipajes su traje talar y está palpándolo.

AUGUSTO (*Agresivo*): Es inútil que mires ahí dentro. No está.

SECRETARIO: Ya veremos si encuentro o no el dinero...

AUGUSTO: Vosotros estabais todos en el coche, pero yo he hablado con la chica. Una pobre desgraciada clavada en una silla hace nueve años y que sabe que nunca podrá curarse. Te mira fijamente a los ojos, te besa la mano, te dice que reces por ella. Me gustaría ver lo que habríais hecho vosotros, si sois humanos. Yo tengo una hija y no he podido.

VARGAS: ¡Y todo para nada! Trabajo, riesgo de cárcel... ¿Es que te has vuelto loco?

AUGUSTO (*Off*): ¿Es que no puedo tener yo conciencia?

VARGAS: ¡Sería una cosa nueva! (*Pausa*) Entonces, ¿es cierto?

AUGUSTO: Te lo juro. Vámonos.

Augusto va a subir al coche, pero el joven moreno lo detiene rudamente.

JOVEN MORENO: Un momento. Todos confiados, todos tan amigos, un precioso discurso... Hasta me he conmovido. Pero no me lo creo. ¡Déjame ver!

Hace ademán de ponerle las manos encima a Augusto, para palparlo. Augusto rechaza con fuerza su mano, sustrayéndose al cerco.

AUGUSTO: ¡Soltadme! Y no me pongas las manos encima, ¿sabes?

El chófer coge del brazo a Augusto y se dirige a él con un tono falsamente amistoso.

CHÓFER: Augú, pero ¿qué dices? Ven aquí. Augusto, también estaba yo, ¿no te acuerdas?, estaba yo contigo. Te vi cómo lo cogías. ¿Es que quieres gastarnos una broma? Muchas gracias, ya nos hemos reído, pero ahora basta, eh, y perdona...

AUGUSTO: ¡Pero no tengo el dinero!

El joven moreno se lanza sobre Augusto por la espalda, lo inmoviliza sujetándole los brazos, mientras el chófer trata de registrarlo.

VARGAS (*Off*): ¡Regístralo!

AUGUSTO (*Soltándose*) : ¡No lo tengo!

CHÓFER: Pues si no lo tienes, ¿qué te importa? Déjanos ver...

AUGUSTO: ¡Soltadme!

Augusto da un empujón al chófer, que rueda por tierra.

CHÓFER: Me has hecho daño en el codo. ¡Así te maten! (*Dirigiéndose a los otros*) ¡Tiene el dinero, lo tiene encima!

Augusto, jadeante y con aire de desafío.

AUGUSTO: ¡Vamos, adelante! ¡No me dais miedo!

VARGAS: ¿Eh, tú? ¡No te creas que esto acaba así! Augusto se inclina a recoger el sombrero y en ese instante el mocetón moreno se le echa de nuevo encima. Entre los dos se produce un violento choque. El mocetón le pega repetidamente, con brutalidad.

VOCES (*Off*): Pero, ¿qué clase de canalla eres? ¡Pégale! ¡Rómpele la cabeza!

VARGAS (*Enfurecido*): ¡Cerdo asqueroso! ¡Querer engañarme a mí! ¡De rodillas me lo vas a traer, con los dientes!

Augusto consigue librarse del abrazo y echa a correr carretera abajo. Vargas le lanza una piedra, que pasa a poca distancia de él, sin darle.

VARGAS: ¡Te mato! ¡Te mato!

Ahora Augusto se desvía bruscamente, saliendo de la carretera y tirándose hacia abajo por el talud pedregoso.

Los tres lo persiguen, Vargas más retrasado que los demás.

Los otros se detienen a veces en su carrera, para recoger piedras y lanzárselas.

Augusto corre a saltos talud abajo, deteniéndose sólo para responder a las pedradas. Una piedra le da en la frente.

Augusto, con un grito sofocado, cae al suelo dándose en la espalda contra una gran piedra.

Augusto está tendido en tierra. Se mueve un poco, con breves gemidos ahogados, pero no tiene manchas de sangre.

AUGUSTO: ¡Mi espalda!... ¡Mi espalda!...

Los dos perseguidores lo alcanzan en un momento. De inmediato, jadeantes, lo registran.

AUGUSTO: ¡Quietos! ¡Quietos! ¡Mi espalda! ¡Mi espalda! Vargas y el Secretario se están acercando, mientras tanto, bajando de prisa por el talud. El joven moreno lanza, a media voz, una exclamación de triunfo.

Su mano saca de un zapato de Augusto un grueso fajo de billetes de banco.

JOVEN MORENO: ¡Aquí está! Lo tenía en el zapato. ¡Este cobarde!

Durante un instante sólo se oye el jadeo de los hombres, el gemido de Augusto. Augusto trata de retener el fajo de dinero.

AUGUSTO (*Con voz ahogada*): ¡Es mío! ¡Lo necesito! ¡Dejadlo!

Los dos continúan registrando a Augusto. El chófer grita hacia Vargas.

CHÓFER: ¡Lo tiene encima! ¡Todo encima! Llega el Secretario y se detiene a unos pasos.

SECRETARIO (*Jadeante*): ¿Dónde está el dinero? ¿Dónde está? El chófer le da el fajo de billetes que ha encontrado.

CHÓFER: ¡Ahí lo tienes! ¡Cuéntalo! El Secretario coge el rollo de billetes:

SECRETARIO (*Escupiéndole a Augusto*): ¡Maldito!

Y se lo enseña a Vargas, que los ha alcanzado ya.

< ¡Aquí está el dinero! (*A Augusto*) ¡Cobarde asqueroso!

Vargas coge el dinero de manos del Secretario y del joven moreno; lanza una mirada de furioso desprecio a Augusto y exclama con voz estrangulada:

VARGAS: ¡La hija paralítica! ¡La hija paralítica!

Después, como transportado por un feroz furor, le da a Augusto, tendido en el suelo, una primera y violenta patada. Augusto lanza un grito, el otro le pega dos, tres veces más, con el pie, violentamente.

VARGAS: Tú has acabado, ya, de trabajar conmigo... ¡En Roma no volverás a trabajar con nadie! (*Dirigiéndose a los otros*) Casi me había convencido, me había... ¡Este sinvergüenza!

Augusto lanza un gemido más profundo y ronco, y permanece silencioso, con los ojos muy abiertos y la boca contraída. Vargas hace ademán de marcharse y dice a los jóvenes:

VARGAS: Vámonos... Dejadlo, que se arregle como pueda. (*Se vuelve aún, a gritar a Augusto*) ¡En Roma te daré el resto! ¡Qué asqueroso!

Augusto, desde el suelo, vuelve los ojos lentamente hacia ellos, con un brillo en los ojos de aterrado descorazonamiento. Dice con voz estrangulada:

AUGUSTO: Vargas... Me encuentro muy mal...

VARGAS: ¡Así revientes! (*A los otros*) Vamos, venid. Y Vargas empieza a subir por la pendiente.

El Secretario y el joven moreno lo siguen, mientras el chófer, de pie junto a Augusto, le dice en un tono de broma cruel:

CHÓFER: ¿Ves qué amigos tienes? Te dejan aquí, de veraneo...

VARGAS (*A Augusto, subiendo la cuesta*) : Has hecho una gilipollez. La peor gilipollez de tu vida.

AUGUSTO: Vargas, Vargas... ¡Me encuentro mal! Llévame a casa...

CHÓFER: ¿A quién quieres engatusar? ¿A quién engatusas?

El chófer empieza a subir el talud. Augusto se queda solo.

Tiene el rostro bañado en sudor; trata de gritar de nuevo, pero sólo consigue emitir una voz ahogada.

AUGUSTO: ¡Vargas! ¡Vargas!... ¡No me dejes! Me he hecho daño, de verdad que me he hecho daño... ¡no puedo moverme!

Nadie le contesta.

Augusto, con un desesperado esfuerzo, trata de alzarse un poco para que su voz llegue a los otros, pero cae de nuevo con un gemido y una mueca.

Se queda en el suelo, jadeante, trastornado; levanta la cabeza y grita con idéntica voz, afónica y estrangulada:

AUGUSTO (*Al chófer*): ¡Riccardo! Riccardo, oye... tú eres amigo mío...

CHÓFER: ¡Cómo no!

AUGUSTO: ¡No me dejes aquí! Tú eres joven... Yo te puedo enseñar, te puedo enseñar... (*Hace una mueca de dolor*) te puedo enseñar muchas cosas.

VOZ CHÓFER (*Off*): ¿Qué me quieres enseñar? ¿A ser un cerdo como tú?

AUGUSTO: Tengo dinero escondido... iremos a medias, ¡pero no me dejes aquí!... ¡Vargas!... ¡Sé que estás ahí!... ¿Qué queréis?... ¿Queréis meterme miedo?... ¡Ya basta, ahora!... ¡Vargas! ¡Vargas! (*Grita*).

En medio del silencio, se oye de pronto el ruido de un motor que se pone en marcha, y después se aleja. Augusto escucha con desesperada tensión. Se oye un segundo motor; también el segundo coche parte. El zumbido de los dos automóviles se aleja.

AUGUSTO (*Gritando*): ¡Vargas! ¡Vargas!

Augusto jadea, trata de levantarse un poco, de gritar con un nuevo esfuerzo desesperado.

FUNDIDO ENCADENADO.

Augusto está volviendo lentamente en sí. Abre los ojos, los gira a su alrededor casi con asombro, como si se hubiera olvidado de dónde se encuentra y por qué. El sol calienta aún, aunque ya se acerca a las montañas. El rostro de Augusto está sudoroso.

Quizá sin darse cuenta, murmura, como queriendo tranquilizarse:

AUGUSTO: Seguro que vuelven... ¿Y si me muero? ¡No, no puedo morir así! Pero... (*Sufre una punzada lancinante*) ¿y si me muero?...

Augusto jadea, presa de un creciente terror, y grita:

< ¡Socorro! ¡Socorro!

Los ojos de Augusto vagan en el vacío, hacia el sol que está a punto de ponerse, hacia las montañas violetas, hacia el cielo iluminado por el ocaso.

AUGUSTO: Sabía que acabaría así... Siempre lo supe. Y si llego a salir adelante... Yo no tengo que mantener a nadie... por eso me muero...

Ya es de noche. De pronto se oye el zumbido de un motor desde la carretera en cuesta. Augusto no lo oye en seguida, pero cuando el zumbido se hace más fuerte y preciso, tiene casi un sobresalto.

Sus ojos recobran vida; levanta la cabeza, escuchando, en tensión. El zumbido del motor se acerca. Se trata, claramente, de un camión.

Augusto se alza un poco más; vuelve los ojos hacia arriba, en dirección a la carretera, que no se ve. Ahora el camión debe estar pasando casi sobre él, pero se aleja.

AUGUSTO: Vargas... Pero... no me acuerdo...

Augusto dobla de nuevo la cabeza a tierra, en un gesto de infinito desconsuelo. (*Llorando*).

< ¡Oh, Patrizia!... ¡Mi niña!...

Es casi el amanecer. A su alrededor se ve la difusa claridad del sol naciente.

Augusto está tendido en tierra, inmóvil.

Después se mueve, se alza un poco y con un esfuerzo tremendo consigue ponerse boca abajo. Un chorro de sangre sale de su boca y por un instante su rostro sucio de tierra y sudoroso tiene una expresión de alivio.

AUGUSTO: Ahora estoy mejor... Puedo..., puedo..., puedo...

Respira con estertores; mordiéndose los labios para no gritar, empieza a gesticular, tratando de arrastrarse hacia arriba.

Su rostro está contraído de dolor y desesperación. Augusto continúa subiendo por el talud, como si hubiera decidido jugarse el todo por el todo. Hunde las manos en la grava, resbala, se recupera. Su jadeo se hace más sordo, más profundo. Ya no llora. A su alrededor hay un gran silencio.

Augusto ha llegado ahora al borde de la carretera.

En el silencio se oyen de pronto voces infantiles; parecen irreales, pero no lo son. Se oyen pasos.

VOZ NIÑA: ¡Oh!... ¡Ven!...

Desde el suelo, Augusto vuelve despacio los ojos, ya nublados, hacia esas voces. Por la carretera se acercan unos niños, en compañía de dos campesinas. El grupito pasa al lado de Augusto, sin verlo, y se aleja.

Augusto los mira sin comprender muy bien; después, una mueca que parece una sonrisa aparece en su rostro ensangrentado y afloja sus rasgos; está salvado... Sus labios se mueven, su cabeza hace un leve gesto de asentimiento.

AUGUSTO: Esperadme... Voy..., voy con vosotros... Por último, siempre con esa sombra de sonrisa, se derrumba, postrado, con el rostro semiaplastado contra el suelo.

Está muerto.

TÍTULOS DE CRÉDITO

«IL BIDONE»

producido por la

TITANUS

con

BRODERICK CRAWFORD

GIULIETTA MASINA

RICHARD BASEHART

FRANCO FABRIZI

otros intérpretes

SUE ELLE BLAKE

IRENE CEFARO

ALBERTO DE AMICIS

LORELLA DE LUCA

GIACOMO GABRIELLI

RICCARDO GARRONE

PAUL GREENTER

EMILIO MANFREDI

LUCETTA MURATORI

MARIO PASSANTE

SARA SIMONI

XENIA VALDERI

MARA WERLEN

MARIA ZANOLI

ETTORE BEVILACQUA

Argumento y guión

FEDERICO FELLINI

ENNIO FLAIANO

TULLIO PINELLI

Director de la fotografía

OTELLO MARTELLI

(A. I. C.)

Director de producción

GIUSEPPE COLIZZI

(A. D. E.)

Montaje

MARIO SERANDREI

GIUSEPPE VARI

Colaborador artístico

BRUNELLO RONDI

Escenógrafo y ambientador de vestuario

DARIO CECCHI

Ayudante de dirección

MORALDO ROSSI

NARCISO VICARIO

Asistentes de dirección

DOMINIQUE DELOUCHE

PAOLO NUZZI

Secretaria de edición

NADA DELLE PIANE

Maquillador

ELIGIÓ TRANI

Peluquera

FIAMMA ROCCHETTI

Foto fija

G. B. POLETTO

Decorador

MASSIMILIANO CAPRICCIOLI
Técnico de sonido
GIOVANNI ROSSI
2.º operador
ROBERTO GERARDI (A. I. C.)
Operador adjunto
ARTURO ZAVATTINI (A. I. C.)
Inspector de producción
ANTONIO NEGRI
Secretario de producción
MANOLO BOLOGNINI
Secretario administrativo
EZIO RODI

Música de
NINO ROTA
dirigida por FRANCO FERRARA

Ediciones musicales
«TITANUS»

Dirección
FEDERICO FELLINI

Una coproducción italo-francesa
«TITANUS»-S. G. C.
El film ha sido realizado
en los estudios «TITANUS»
Negativo Revelado y positivado
KODAK STACO FILM
Grabación sonora con aparatos «R. C. A.»

Toda referencia a personas, acontecimientos y lugares realmente existentes ha de considerarse puramente casual.



FEDERICO FELLINI nació en Rimini en 1920 y murió en Roma en 1993. Empezó como caricaturista, creador de gags y autor de canciones antes de redactar, en 1944, su primer guión para Roberto Rossellini. Desde entonces, su larga trayectoria como cineasta le ha valido un reconocimiento mundial. Películas como *La dolce vita*, *8 1/2*, *Amarcord*, *Roma* o *Casanova* han hecho que el adjetivo «feliniano» pertenezca al habla común. *La voz de la luna*, su último film, está inspirada en *El poema de los lunáticos*, novela de Ermano Cavazzoni. En 1980 apareció un volumen de recuerdos que recogía artículos suyos y entrevistas sobre su obra.

Índice de contenido

Cubierta

El Jeque Blanco. I Vitelloni. La Strada. Il Bidone

El jeque Blanco
Títulos de crédito

I Vitelloni
Títulos de crédito

La Strada

Primera parte

Secuencia I.

Secuencia II.

Secuencia III.

Secuencia IV.

[Secuencia V.

Secuencia VI.

Secuencia VII.

Secuencia VIII.

Segunda parte

Secuencia IX.

Secuencia X.

Secuencia XI

Secuencia XII.

Secuencia XIII.

Secuencia XIV.

Títulos de crédito

Il Bidone

Títulos de crédito

Sobre el autor

Notas

Notas

[*] *I Vitelloni*, que no se estrenó en España en circuitos comerciales, aparece en la filmografía de Fellini como «Los inútiles», y también es conocida como «Los gamberros». La verdad es que ni una ni otra palabra expresan enteramente el significado de *vitellone*, que se acerca más al de «calavera», señorito tarambana, por lo que he preferido dejar el título original, perfectamente conocido. Cuando la palabra aparece dentro del texto del guión, la he traducido por tarambanas, calaveras o gamberros, según las necesidades del texto. (*N, del T.*) <<

[*] Aunque el título comercial con que se estrenó esta película fue el de «Almas sin conciencia», prefiero dejar el título original, que habría que traducir simplemente por «El timo», que no añade ningún matiz moralista al título italiano. (*N. del T.*) <<

[*] Las partes de cada gui3n original que no fueron rodadas o que se suprimieron posteriormente est3n puestas entre corchetes.[...] <<

[1] Se trata de la canción patriótica *Sul ponte di Bassano* (N. del T.) <<

[2] Los «vanguardistas» eran la organización juvenil del Fascio, inmediatamente anterior al ingreso en el partido. (*N. del T.*) <<

[3] En español en el original. <<

[4] En toda Roma, y como reliquia de las fiestas saturnales, hay la costumbre de arrojar a la calle por la ventana, la noche de fin de año, el conjunto más heteróclito de cosas y objetos viejos que haya en las casas. (*N. del T.*) <<

Federico Fellini
El Jeque Blanco
I Vitelloni La Strada
Il Bidone



Lectulandia